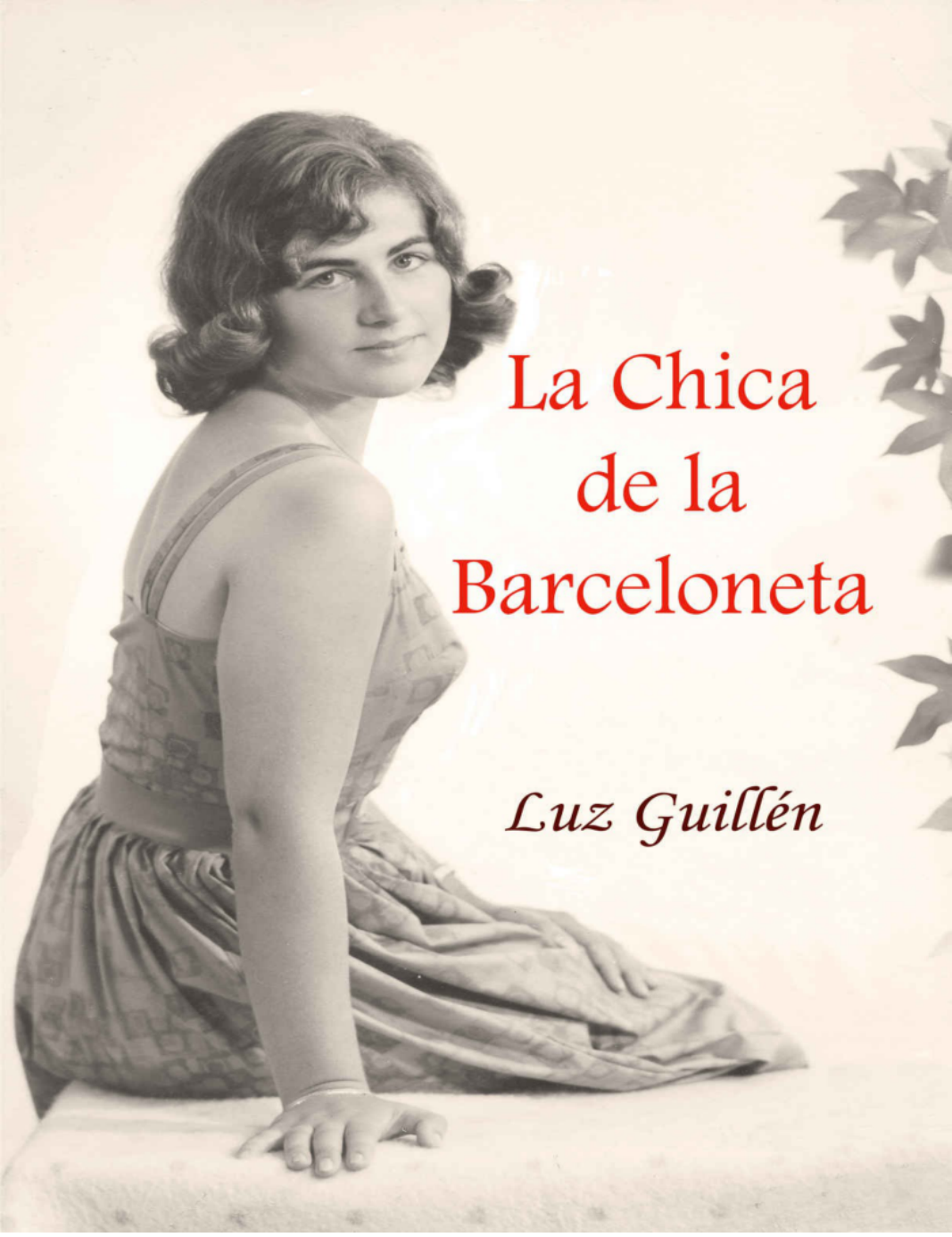

La Chica de la Barceloneta

Luz Guillén

La Chica de la Barceloneta

Luz Guillén

Copyright © 2021 Luz Guillén
Todos los derechos reservados

«Conversar con los personajes de otras épocas es casi como viajar»

René Descartes

A todos aquellos que, como mis padres,
vivieron una época de opresión y desigualdad,
y supieron seguir adelante.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo uno
Epílogo dos
Agradecimientos

Capítulo 1

Barcelona, barrio de la Barceloneta 1962

—Madre, Madre —gritó Elvira excitada, aporreando la puerta de su casa—Madre, abra.

El sonido de unos pasos decididos precedió al de las oxidadas bisagras antes de que se moviera la ajada madera para darle paso al interior de la vivienda.

—¿Qué pasa, hija? —inquirió Pepa secándose las manos en el mandil— ¿A qué vienen esos gritos?

—El señorito Bernat quiere que entre a trabajar a su servicio —anunció entrando precipitadamente.

—¡Bendito sea el Señor! Hija mía ¡qué alegría más grande se va a llevar tu padre!

Se abrazaron con los ojos humedecidos, presas del contento. Aquella era una noticia fantástica.

Las cosas no iban bien en la casa desde que su hermano, Antón, había tenido un accidente en la factoría donde trabajaba que lo había dejado manco de la mano izquierda y a su padre le habían despedido de su segundo empleo como responsable en una caseta de flechas de la feria. Con el trabajo en la fábrica de vidrio de su cabeza de familia y lo poquito que ganaba su madre lavando sábanas de un hotel no había suficiente para mantener cuatro bocas. Saber que Elvira ganaría un buen dinero, además de tener el sustento resuelto, era un gran alivio.

—Solo hay una contrariedad, madre —reveló la muchacha preocupada.

—No será nada tan importante como para quitarme la alegría que siento ahora mismo —aseguró Pepa dándole un apretón cariñoso en el hombro.

—Pero quizás a padre… —avisó precavida.

—No te preocupes por tu padre; dará saltos de alegría cuando se entere, estoy segura. De todas formas, hija, ¿de qué se trata?

—El ama del señorito quiere que me quede en la casa de día… y de noche —dijo despacio atemorizada.

—¿Siempre? —la voz de Pepa sonó con un matiz de alarma.

—Bueno —titubeó bajando los ojos al suelo—, libraré los jueves y sábados por la tarde y, si hay algún festivo entre semana, me dejarán irme uno sí y otro no.

La madre la miró frunciendo el ceño. Necesitaban el dinero que traería la niña, sin embargo, dejar a una jovencita de diecisiete años

hermosa y lozana bajo el mismo techo que un hombre como el señorito Bernat no era una opción decente… ¿o sí?

Su buena amiga Rosario había estado ayudando en la casa del señorito y le había explicado que aquel hombre era un poco *raro*. Según la mujer, Bernat era *demasiado educado*, nunca perdía las formas ni alzaba en demasía la voz. Con todo ello, Rosario estaba convencida de que su inclinación no estaba en las jovencitas… o en ninguna mujer, fuera de la edad que fuese. Así que Pepa decidió que su hija no correría peligro en aquella casa. Y eso era lo que pensaba decirle a su marido si ponía algún tipo de reparo a que Elvirita trabajara para esa casa. Además —se dijo buscando paz para su ignorante ánimo—, el ama de llaves vivía también allí y, siempre según Rosario, era una beata que jamás permitiría una actitud indecente bajo el techo en el que ella moraba. Con la tranquilidad que esos pensamientos le daban, sonrió satisfecha a su hija.

—Tu padre no dirá nada —afirmó confiada, meneando la cabeza de arriba abajo—. Si se pone farruco, ya hablaré yo con él —se reforzó el nudo del delantal que le rodeaba la cintura—. Y ahora, ve a comprar el pan para la comida, que no he tenido ni un momento para bajar. Tu padre y tu hermano están al caer y vendrán con hambre.

—Ya podría comprarlo Antón de camino —se quejó enfurruñada cruzándose de brazos—. No hace nada. Solo duerme, come y va al bar.

—Niña, no te quejes y haz lo que te digo —la regañó, frunciendo el ceño—. Tu hermano ya tiene bastante con lo que tiene. Además, es tu obligación.

—Pero, ¿por qué?

—Porque tú eres una mujer y él no está para estas cosas. Y no hay más que hablar, que me estás saliendo un poco respondona tú. Guárdate mucho de contestar así en casa del señorito —la advirtió señalándola con el índice.

Refunfuñando, Elvira se dirigió al bote de cristal donde guardaban las monedas, cogió una de dos reales, la bolsa del pan que ella misma había cosido y volvió sobre sus pasos para salir de su diminuto piso sin dirigirle la mirada a Pepa.

Bajó los escalones estrechos y deformados dando secos golpes con los talones. ¡Con lo contenta que había llegado hacía apenas unos minutos! La música de Antonio Machín se mezclaba con la de la Piquer en el hueco de la escalera, aumentando su enojo. Era tan injusto. Antón era un holgazán y estaba muy cerca de convertirse en un borrachuzo si sus padres no ponían remedio. Había faenas que podía realizar a pesar de ser tullido y deberían obligarlo a que las realizara. En vez de eso, se pasaba el día tumbado en la cama o bebiendo en el bar. Ella, sin embargo, desde bien pequeña había intentado ayudar en casa, haciendo trabajillos aquí y allá…

El paseo hasta la panadería le desinfló el enfado y volvió a casa un poco más calmada. Al llegar encontró a su madre terminando de poner la mesa después de haber apagado la lumbre.

—¿Corto el pan, madre?

—Sí y tráete los garbanzos a la mesa que no pueden tardar ya los hombres.

Justo en ese momento, asomó la cabeza por la puerta Antón con los ojos rojos y vidriosos.

—Madre, ¿qué hay para comer hoy? —farfulló.

Elvira estuvo tentada de gritarle que para los perezosos no había nada, pero se mordió la lengua sabedora de que le podría caer una buena si lo hacía.

—Garbanzos con chorizo y manzanas de postre —contestó Pepa de forma distraída mientras terminaba de recoger la cocina, solo a un paso del minúsculo comedor.

—¿Manzanas? —se quejó— Ya es tiempo de naranjas. Podría haber comprado unas cuantas.

—Están todavía muy caras —rebatió su hermana sin esconder su enfado—. Si quieres naranjas, gana duros para poder pagarlas.

Antón achinó los ojos con los dientes apretados y, de forma retadora, le mostró el muñón donde debería estar su mano izquierda.

—¿Con esto quieres que trabaje, estúpida?

Elvira detuvo el cuchillo con el que estaba cortando el pan, plantó las palmas de la mano en la mesa y lo miró rabiosa antes de escupir:

—Tienes otra que bien que haces servir para meterte vino en el gaznate.

—Haya paz —intervino Pepa dando un golpe seco en el mármol de la cocina—. Estoy harta de vuestras riñas. Menos mal que la niña se va y podré descansar de peleas. —Añadió la última frase para sí misma.

La puerta se cerró tras Isidro que acababa de llegar. Dejó la chaqueta de pana marrón colgando de la silla donde iba a sentarse, a la cabeza de la mesa.

—¿Qué es eso de que la niña se va? ¿A dónde va a ir la cría?

Elvira fue a contarle la buena nueva a su padre, pero Pepa se adelantó.

—¿Te acuerdas de que Rosario me dijo que en casa del señorito Bernat buscaban chica?

—No sé de qué me hablas ¿Quién es ese señorito?

—Padre…

—Tú calla y que me lo cuente tu madre —miró inquisitivo a su mujer y le hizo un gesto para que hablara.

—Sí, hombre —empezó Pepa mientras Isidro iba a la cocina a lavarse las manos—, ¿no te acuerdas de que te dije que Rosario me habló de un trabajo para Elvirita?

—No me gusta que vayas con esa mujer —la recriminó mientras tomaba asiento—. Es una chismosa de tomo y lomo.

—Es buena mujer —rebatió Pepa a la vez que también se sentaba —. A lo que iba, es en casa del señorito Bernat, ya te he hablado de él, buscaban una chica para servir y Rosario pensó en la niña.

—Y tú, ¿de qué conoces a ese señorito? —preguntó Isidro pasando por alto el tema del posible trabajo de su hija.

—No le he visto en mi vida, Isidro. Rosario ha trabajado para su casa y no para de decir cosas buenas sobre él.

Más relajado, su marido empezó a comer de su plato, con la cuchara en una mano y un cacho de pan en la otra. Masticó los garbanzos antes de volver a hablar.

—Bueno, ¿qué es eso de que ese hombre busca una sirvienta?

Pepa sonrió, a pesar de que a veces su marido se mostraba huraño, en realidad era un trazo de pan tan blando como el que se estaba comiendo.

—Pues como te decía, Rosario me dijo que buscan una chica fija en la casa. Al parecer, el ama es ya mayor y necesita ayuda permanente. Así que, como es amiga mía —remarcó—, pensó en la niña.

—¿Y qué? —preguntó Isidro metiéndose otra cucharada en la boca. Elvira no despegaba los ojos de su padre, ansiosa por conocer su reacción al escuchar lo que su madre le iba a decir.

—Envié a Elvirita esta mañana allí de parte de Rosario y, al parecer, la niña le gustó a la señora Angustias, el ama, y quiere quedársela.

—¿Por qué no me habías dicho nada de todo esto? —espetó el hombre dejando caer de golpe el cubierto.

Elvira se retrajo ante la voz airada de su padre mientras que Pepa bajaba los ojos a su plato, buscando las palabras adecuadas para calmar a su marido; la conversación se le estaba yendo de las manos. Había previsto que Isidro se mostrara contento por su iniciativa, sin embargo, su respuesta era de todo menos satisfecha, cosa que le estaba provocando una gran desilusión; desde luego la cosa no estaba yendo como ella esperaba. Antón, por su parte, seguía la conversación sin demasiado interés, más atento a sus garbanzos que a lo que podría ser una mejora en la economía familiar.

—Verás, Isidro, no quería darte falsas esperanzas. Lo que yo quería era darte la alegría de que la niña hubiera encontrado un buen trabajo en una casa de postín —aseguró dolida. Su plato, intacto, hacía rato que ya no humeaba.

—Está bien, explícame de qué va la cosa —pidió el patriarca antes de dar un buen mordisco al pan.

—Como te decía, la niña les ha gustado y quieren que se vaya con ellos. Le darán techo y comida y algunas perras para nosotros.

—¿Cuántas perras? —ese dato había captado su atención.

Elvira se atrevió a hablar al comprobar el interés de su padre.

—La señora Angustias, el ama de la casa, me ha dicho que cobrare cuarenta duros, además de techo, comida y ropa. Eso está bien, ¿no, padre?

Antón paró la cuchara a medio camino de su boca, que se quedó abierta de asombro. Pepa la miró alucinada e Isidro, atónito por la cantidad desorbitada que le ofrecían a su hija, se rascó la frente, pensativo.

—Padre —intervino Antón entonces—, eso es mucho dinero. Es casi lo que ganaba yo y sin las ventajas que tendrá la cría.

—¿Cómo no me has dicho que te iban a pagar tanto? —la recriminó su madre sin poder dar crédito todavía a lo que acababa de oír.

El cabeza de familia los miro uno por uno, observando sus caras a la vez que meditaba sobe el asunto.

—¿Por qué te ofrece tanto dinero? —dijo al fin—. Y si me apuras, ¿por qué tienes que ir a vivir allí? —con un gesto de la mano impidió que su hija contestara—. Ese hombre lo que quiere es una fulana y no lo voy a consentir. Seguiremos como hasta ahora y no hay más que hablar.

—Isidro —se aventuró a decir Pepa con voz confidente—, no creo que al señorito le interese la niña para eso —hizo un ademan significativo girando lánguidamente la mano con la palma hacia arriba y los dedos curvados—, tú ya me entiendes.

—¿En serio? —ante el gesto afirmativo de su mujer añadió—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Ya te he dicho que Rosario estuvo ayudando allí.

—En ese caso, padre, no hay nada que impida que la niña vaya a trabajar a esa casa —Antón ya se estaba frotando las manos mentalmente por los ingresos extras que se avecinaban—. Una boca menos y unos duros más en casa.

—Cállate, Antón, que esto no va contigo —le advirtió su padre con el ceño fruncido—. No me gusta. No sé, pero tengo un pálpito —miró a su mujer negando con la cabeza—, pero si es como dices, y no hay peligro para Elvirita, ese dinero nos va a ir muy bien, sin contar que la niña aprenderá un oficio, que eso siempre es buena cosa.

Satisfechas y felices, Elvira y su madre se levantaron de sus sillas y corrieron a abrazar a Isidro.

—Gracias, padre —dijo Elvira levantándose de su silla para besarlo mil veces.

—Ya verás como no te arrepientes, marido. Esto va a ser una cosa buena para esta casa, lo sé.

—Anda, anda, zalameras —las apartó el hombre con una sonrisa

ladeada—, dejaos de tanto besito y vamos a comer que esto más que garbanzos van a ser perdigones de helados que se van a quedar.

Y así, tan contentas, volvieron a sus sitios y la emprendieron con el potaje que verdaderamente ya estaba frío.

—Por cierto, Antón —dijo Isidro cuando su plato estaba casi terminado—, tú también estás de suerte.

—¿Yo, padre? —El chico alzó una ceja, incrédulo.

—Sí hijo —se apoyó en el respaldo de su silla y lo miró a los ojos —. No había dicho nada para que no os hicierais ilusiones; al parecer, tú madre y yo nos parecemos más de lo que creía —aseguró divertido aludiendo a lo que su mujer le había dicho un rato antes—. El caso es que el guarda nocturno de la fábrica está mayor y el jefe lo quiere sustituir. Yo le hablé de ti y le pareció una buena idea que tú ocuparas su puesto.

La cara de Antón demudó. ¡Con lo bien que estaba él sin dar un palo al agua!

—¡Qué magnífica noticia! —exclamó Pepa casi al borde de las lágrimas—. Hoy es un día de suerte para esta familia, ¿os dais cuenta?

—Si usted lo dice, madre —renegó Antón arrancando con los dientes un bocado del mendrugo que tenía en la mano.

—Sí, es un día especial que nos cambiará la vida —aseguró Isidro con un gesto satisfecho de aceptación.

Elvira los miró uno a uno y suspiró orgullosa. Se mudaba a un barrio mejor, a una casa grande, nada que ver con el cuchitril en el que estaba viviendo, e iba a aprender tanto modales, como a hablar con propiedad. No podía ser más feliz. Bueno, sí que podía; el día en que Manu, su amor secreto, le pusiera un anillo en el dedo anular jurándole ante un cura su amor eterno sí sería el día más feliz de su existencia.

La comida terminó con una taza de achicoria caliente, por supuesto sin azúcar, que estaba muy cara; después Pepa e Isidro se retiraron *diez minutitos para estirar las piernas*, dejando a los hermanos solos en el comedor.

Mientras Elvira recogía la mesa, Antón removía los restos de su infusión sin mucho interés, mirando hacia el lugar donde debería estar su mano perdida. Estaba resentido con la vida, que lo había convertido en un tullido con solo veinte años. Y ahora, además, también estaba furioso con el destino y con su padre por no dejarlo vivir su vida en paz.

Una de las veces que la pequeña de la casa salió de la cocina en busca de los trastos de la comida, se lo quedó mirando; su hermano tenía los dientes apretados y la mirada enfadada. En un intento de apaciguarlo, Elvira se sentó junto a él y le pasó la mano por la espalda.

—Este trabajo te irá bien, ya lo verás —aseguró esgrimiendo una sonrisa cariñosa—. Te olvidarás del bar y de las malas compañías que lo frecuentan.

—¡Tú cállate, mocosa! —espetó furibundo—. Al menos entre esos tipos no soy un lisiado digno de lástima. ¿Acaso crees que no veo cómo me miráis todos?

—No digas tonterías, Antón. Nosotros te queremos —aseguró con sinceridad, abriendo mucho los ojos y llevándose la mano al pecho—. El hecho de que padre te haya buscado un trabajo, un buen trabajo, es prueba de que no piensa que seas un inútil.

—Lo que quiere padre es no tener que mantener a un desgraciado como yo.

—Te equivocas, Antón —se levantó para llevar la jarra del agua y las servilletas a la cocina—. Y te diré más, estoy segura de que padre veía que ibas por un camino muy equivocado y ha intentado volverte al redil —dijo muy seria. Luego se giró y salió del comedor.

—¡Que se ocupe de sus cosas y me deje a mí con las mías!

Ella volvió a entrar sacudiéndose las manos mientras le miraba ceñuda.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No te das cuenta en lo que te estás convirtiendo?

—Dímelo tú, listilla.

—No trabajas, no ayudas en casa; solo comes, duermes y te encierras en la taberna para beber hasta reventar y gastando los cuartos de la casa en vino —soltó de corrido con las palmas en la mesa y la nariz pegada a la de su hermano—. Esa no es la manera de superar lo de tu accidente y lo sabes. Es la forma de procurarte problemas y, de paso creárselos a padre y madre.

Él la miró con odio. Odio por lo que decía su hermana pequeña, odio porque sabía que tenía razón y, sobre todo, odio porque no se veía capaz de salir de ese círculo de autodestrucción en el que había caído.

Recapacitó un momento en lo que le había dicho Elvira mientras ella comenzaba a fregar los platos en el cuarto contiguo. Sabía que tenía que cambiar, pero era duro. Desde el accidente había vivido a cuerpo de rey; acostumbrarse a lo bueno era fácil, lo contrario, no. Si no tenía más remedio que empezar a currar de nuevo, lo haría, pero pensaba disfrutar todo lo que pudiera hasta ese momento. Había una gachí que rondaba la tasca que estaba de muy buen ver y que, según decían todos, se dejaba querer a cambio de alguna moneda. Interrumpiendo sus cavilaciones, salió Isidro de la habitación desperezándose, se rascó el cogote de forma distraída y le dedicó una mirada reflexiva antes de hablar.

—Anda, Antón, arréglate que te vienes conmigo a la fábrica para

que el guarda te explique lo que tienes que hacer. El lunes empiezas.

—¿Cómo, el lunes ya? —preguntó dando un respingo.

—Hijo, llevas mucho tiempo sin hacer nada, cansado no es que vayas a estar, digo yo —expresó yendo al excusado para echarse un zarpazo de agua en la cara. Volvió al cabo de un instante secándose el rostro con una toalla amarilla que había visto mejores horas—. Es hora de que vuelvas a ser el de antes, Antón, así que coge tu gorra y la chaqueta y acompáñame.

En ese momento salió Elvira de la cocina después de haber dejado todo en su sitio, con un bocadillo envuelto en papel de periódico.

—Padre —dijo ofreciéndoselo a Isidro—, le he preparado la merienda.

—Gracias, Elvirita. Te voy a extrañar mucho cuando no estés en casa.

—¿A mí o a mis bocadillos? —preguntó jocosa.

—Buena pregunta, hija, buena pregunta —bromeó él también.

Antón, que ya estaba preparado para salir, echó un vistazo a su hermana y luego al paquete que le había preparado a su padre.

—¿Y el mío? —preguntó sin un ápice de cortesía.

—Ya no hay tiempo para que la niña te prepare uno. Ya te daré la mitad del mío —zanjó Isidro—. Y vámonos ya, que no me gustaría llegar tarde al trabajo.

Los hombres de la casa se fueron ante la atenta mirada de Elvira. Con una sonrisa bailoteando en su joven rostro, cogió su ejemplar manoseado de una vieja novela de Corín Tellado, que había cambiado por otra aquella misma mañana en el quiosco, y se sentó en una silla junto al ventanuco para disfrutar de su lectura.

Estaba muy orgullosa de sí misma. A diferencia de muchas de sus amigas, ella había aprendido a leer y no escribía demasiado mal. De ahí que le hiciera tanta ilusión trabajar para el señorito Bernat. ¡Lo que podría aprender junto a él!

Pepa salió un cuarto de hora más tarde, frotándose los ojos.

—Elvira, me he dormido, hija. ¿Cómo no me has despertado?

—Pensé que si no salía del cuarto era porque estaba muy cansada, madre —declaró separando los ojos de las páginas amarillentas de la novelita.

—Está bien, está bien. Gracias, Elvira. Ahora tendré que afanarme para terminar con las sábanas del hotel —sacó una manta de un cajón y la puso sobre la mesa—. Dentro de un par de horas vendrán a buscarlas y tienen que estar listas.

—¿La ayudo madre? —inquirió mientras ponía un paño limpio sobre la manta en la que su madre empezaría a planchar.

—¿No tienes nada que hacer?

Elvira se mordió el labio superior. Tenía planeado ir a contarle lo

de su empleo a su amiga Rita y después escaparse un rato para ver a Manu sin que nadie lo supiera, pero si su madre la necesitaba tendría que abandonar su propósito.

—Tranquila madre, quería decirle a Rita lo del señorito Bernat, pero ya lo haré mañana.

—Mira lo que haremos —Pepa enchufó la plancha y la puso de pie mientras se calentaba—, me ayudas un rato con las sábanas y si vamos bien de tiempo, te vas un momento con Rita. ¿Te parece bien, hija?

—Gracias, madre. Eso estará muy bien.

—Venga, apurémonos para que te quede un ratito libre.

Una hora y cuarto más tarde, el montón de sabanas perfectamente planchadas y dobladas triplicaba al que quedaba por alisar. Pepa dejó la plancha en vertical y, con las manos en los riñones, arqueó la espalda para aliviar la molestia que sentía en la espalda.

—Elvira, da de comer al canario y ya te puedes ir. Ya acabo yo sola lo que queda.

—¿En serio, madre? —preguntó la chica mirando con pena el cesto de la ropa arrugada—. No me importa quedarme si me necesita.

—No hija, está bien. Dentro de pocos días tendrás mucho trabajo que hacer en tu nueva casa y te mereces un rato de asueto. Ve a darle la noticia a tu amiga y disfruta de su compañía. Vas a tardar en volver a tener tiempo para hacerlo.

—Gracias madre.

Antes de irse, alimentó, cambió el agua y limpió la jaula de su pájaro. Después, fue a la cocina, peló una manzana, la cortó en dados y se la llevó a su madre para que merendara. Se despidió de ella con un beso en la mejilla y salió de su hogar enfundándose en su abrigo de paño marrón.

Bajó las escaleras a la carrera; tenía poco tiempo para todo lo que quería hacer. Corrió por las callejas que la separaban de la portería de su amiga, saludando con la mano a los conocidos que se encontraba, pero sin pararse; llegó con el resuello agitado tres minutos después de haber abandonado su casa. Su amiga salió de la garita desde donde vigilaba las entradas y salidas de los vecinos, se acercó a ella y la saludó con un abrazo y dos besos.

—Buenas tardes, Elvira, ya no te esperaba hoy —confesó la muchacha, cogiéndola del brazo y guiándola de vuelta a su cubículo.

—Estuve ayudando a mi madre con la ropa del hotel —explicó aún jadeante—, pero me dejó salir para que pudiera contarte una cosa maravillosa que me ha pasado.

—No me digas que Manu se ha decidido a hablar con tu padre.

—¡Qué va! Más quisiera yo —aseguró hundiéndose de hombros—. Dice que somos jóvenes y que hay tiempo para eso.

—Entonces, ¿qué es eso tan maravilloso que te ha pasado? —quiso

saber Rita, sentándose a la mesa que había en aquel cuartito e invitando a Elvira a que la imitara.

—Tengo trabajo de chica fija en una casa de Rambla Cataluña —la informó satisfecha y orgullosa.

—Pero, Elvira, eso es fantástico. Chica, que suerte la tuya. Vas a salir de este barrio para ir a uno de ricachones.

—Sí. ¡No me lo creo! Estoy tan contenta que me pondría a gritarlo a los cuatro vientos.

—No me extraña —dijo Rita cogiéndole las manos—. Me tienes que prometer que, si te enteras de algún trabajo así para mí, me lo dirás enseguida.

—Prometido. ¿Te imaginas que encontraras algo en mi misma escalera? —La ilusión preñando su voz—. Sería un sueño hecho realidad. Las dos juntas y en un barrio de bien.

—Vamos, no habría nada mejor.

Siguieron soñando despiertas durante un rato, hablando de lo que podrían hacer o no, de los planes para su futuro que podrían cumplir… Pero Elvira no podía malgastar el poco tiempo del que disponía haciendo castillos en el aire. Quería ver a Manu. Necesitaba explicarle la buena nueva, esa que les daba la oportunidad de un porvenir juntos.

—Rita, ahora me tienes que hacer un favor.

—Tú dirás.

—Voy a ir a ver a Manu, ¿me puedes cubrir si te preguntan?

—¡Claro, mujer! Se va a poner como loco con lo de tu trabajo.

—¿A qué sí? Por eso no quiero tardar más en decírselo.

—Anda, vete ya. Yo te cubro.

La muchacha salió del portal como alma que lleva el diablo y se dirigió hacia el puerto, donde Manu trabajaba como mozo en el almacén de una pescadería al por mayor. Su turno estaba a punto de terminar y lo encontraría a su salida si se daba prisa. Corrió todo lo que sus piernas le daban de sí para llegar a tiempo. La oscuridad de la noche, que a esas alturas del año llegaba muy temprano, se veía mitigada por la luz amarillenta de las farolas que la ayudaban a distinguir el camino. Llegó justo en el momento en que la sirena daba por finalizada la jornada laboral. Elvira vio salir a los hombres que, con aspecto cansado, se apresuraban a volver a sus casas. Alguno la miraba con ojos de reproche, una chica sola no debía estar a esas horas por la calle. Otros le decían alguna obscenidad a la que ella no prestaba oídos y la mayoría la ignoraba como si fuera invisible.

Cuando ya habían salido casi todos los trabajadores, se escuchó una jarana de risas. Un grupo de jóvenes obreros apareció haciendo bromas y contándose chistes. Entre ellos reconoció a Manu. Nerviosa, se retocó el cabello, bajó la mirada a su ropa para comprobar que todo

estaba en su sitio y, al darse cuenta de que no era así, cerró los botones de su abrigo. Nerviosa por encontrarse con Manu, empezó a cambiar el peso de su cuerpo de un pie al otro —parecía que sufriera el baile de San Vito de lo que se movía— hasta que, por fin, alzó la mano a media altura para llamar la atención del chico cuando lo vio aproximarse a ella.

Manu fue hacia ella rodeado de sus amigos que no dejaban de darle codazos en los costados y de decirle cosas que debían de ser divertidas, aunque Elvira no lograra oírlas. Lo que sí llegó a sus oídos fue un silbido de aprobación cuando los jóvenes estuvieron junto a ella.

—Menuda monada, Manu. ¿Por qué la tenías tan escondida? —dijo uno de los mozos mirándola de forma descarada.

—No te pases, Acacio, no te pases que te rompo el alma —contestó Manu apretando el puño y cubriendo con su cuerpo a la muchacha.

—¡Eh, no te pongas así! —El tal Acacio hizo un gesto de rendición —. Solo era una broma.

—Pues bromas con mi *novia*, las justas —a pesar de lo que acababa de decir, Elvira lo descubrió con una sonrisa guasona en los labios mientras le guiñaba un ojo a su amigo. Le molestó esa actitud socarrona que compartían los dos hombres, pero lo dejó correr; tal vez había sido una impresión suya, pensó.

—Tranquilo Manolito —dijo su compañero, haciendo un gesto de cabeza al resto del grupo—. Toda para ti —por desgracia, a Elvira se le escapó la ironía del comentario, esa vez.

—¿Podemos hablar? —preguntó la muchacha mirando de refilón al grupo que todavía no se había movido de su lado.

—Chicos, nos vemos mañana —se despidió Manu, dándoles a entender que aquello no iba con ellos.

—Hasta mañana —corearon todos como si fueran uno antes de desaparecer.

—Tú dirás, preciosa —quiso saber centrando toda su atención en Elvira cuando se quedaron solos.

—¿Me acompañas un trecho?

—Claro, pero dime de qué querías que habláramos.

—La semana que viene empiezo a trabajar como chica fija en una casa del ensanche —reveló al tiempo que enganchaba su brazo al de su *novio*—. Me pagan bien y es una oportunidad de salir del barrio.

—Buena chica. Me parece una noticia muy buena —aseguró él haciendo cálculos mentales de lo que le podría sacar a esa incauta.

Caminaron por los callejones casi desiertos a esas horas, haciendo unos planes que a Elvira emocionaban más que a Manu. Ella estaba ya proyectando una vida en común para un futuro no muy lejano. Ilusionada, hacía casillos en el aire teniendo en cuenta lo que podría

ahorrar con la parte de su sueldo que sus padres le dejaran para ella, así como con el dinero que podría guardar él si seguía en su puesto o, mejor todavía, si lograba ascender dentro de la empresa de pescado en la que trabajaba. Manu la dejaba hablar. Para él, esa muchachita no era más que un entretenimiento. Era cándida y se dejaba besar, cosa que no podía decir de la mayoría de chicas con las que había salido hasta entonces. Por eso no la sacaba de su error. Mientras ella fantaseara con un futuro juntos, él tenía asegurado algún que otro magreo y quien sabía si podría conseguir algo más en poco tiempo.

Se despidieron dos calles antes de llegar a casa de Elvira y quedaron en volverse a ver en cuanto ella pudiera escabullirse otra vez. Antes de separarse, Manu la arrinconó en un portal oscuro y la besó con ganas. Elvira se dejó hacer convencida de que su *novio* estaba tan loco por ella como ella lo estaba por él, sin sospechar ni por un momento el juego al que estaba jugando el joven.

Esa noche, como le solía pasar, se quedó despierta durante horas, mirando el techo y haciendo conjeturas sobre la vida que le esperaba.

***

Los cuatro días que restaban para comenzar a trabajar en casa del señorito Bernat los dedicó a preparar las cosas para su marcha. Dejó terminadas las tareas que tenía pendientes, se despidió de amigos y vecinos —prometiendo visitarlos las tardes que regresara a su casa—, ayudó a su madre a hacer limpieza general de la vivienda para que ella no tuviera que preocuparse de eso en algún tiempo y lavó, planchó y dobló con esmero las pocas prendas de ropa en condiciones que tenía, que sería la que se llevara consigo. Si bien viviría a poco más de media hora andando de su casa, era como si se mudara de ciudad. La vida en un barrio como el suyo nada tenía que ver con la que tenían en la zona *bien*, que era a donde se trasladaba.

No consiguió escabullirse para volver a ver a Manu, pero le encargó a Rita que le diera un recado de su parte: intentaría encontrarse con él tan pronto tuviera una oportunidad. Su amiga la tranquilizó comprometiéndose a transmitir sus palabras a su novio, que perdiera cuidado al respecto. Así mismo le aconsejó, que se dedicara en cuerpo y alma a su nuevo trabajo y, con muy buen juicio, le recomendó que no perdiera un segundo pensando en que no se había despedido de Manu, cuando no tardaría en volverlo a ver.

La última noche que pasaría en su hogar, Pepa preparó una cena especial: ensaladilla rusa con variantes y mayonesa —hecha por ella misma a base de girar la muñeca con la mano del mortero en el almirez—, y natillas; sabía cuánto le gustaba a su hija ese postre.

—Hija —pronunció su padre con tono solemne—, trabaja mucho,

no des que hablar, se prudente y discreta, y no hagas amigos.

—No dejes de aprender todo lo que te enseñen —intervino su madre sin poder ocultar la humedad de sus ojos—. Tienes la oportunidad de convertirte en una chica educada y refinada y, con eso, más adelante puedes llegar a conseguir un puesto en una tienda de barrio y, quién sabe, incluso en el *Corte Inglés*. Imagínate.

—Si tienes ocasión, sisa alguna perra, seguro que la gente como esa no se entera de si les falta alguna moneda —terció Antón. Sus padres lo miraron horrorizados.

—Ni se te ocurra hacer tal cosa —sentenció Isidro irguiéndose en el asiento y dedicándole a su hijo una mirada recriminatoria.

—No le hagas caso a tu hermano —le recomendó Pepa a la vez que meneaba la cabeza, pesarosa por las palabras de su primogénito.

La sobremesa fue más larga de lo habitual y solo terminó cuando los bostezos empezaron a hacer acto de presencia. El día siguiente era lunes y los cuatro debían madrugar. Isidro y Antón acudirían a la fábrica de vidrio, el primero para retomar su jornada laboral y el segundo para recoger las llaves de la nave, porque para él, al igual que para Elvira, ese también sería su primer día de trabajo. En el caso de las mujeres, tenían por delante el camino que las separaba de Rambla Cataluña, ya que Pepa insistió desde el primer momento en acompañar a su hija, y presentarse al señorito; quería que viera que la niña venía de una, aunque pobre, buena familia.

La campana del reloj sonó ensordecedora despertando a todos en la casa. Nada extraño si se tenía en cuenta las paredes finas como el papel con la que estaba construida. Pepa fue la primera en abandonar las sábanas mientras los demás se hacían los remolones. Calentó leche, encendió la lumbre para tostar las rebanadas de pan del desayuno y preparó el par de bocadillos que los hombres se llevarían para el almuerzo. Mientras ella se afanaba en tenerlo todo listo para su familia, poco a poco su marido y sus hijos se fueron poniendo en pie.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Isidro a su hija antes de morder la tostada con aceite y sal que le había preparado su mujer.

—Un poco.

—Tranquila, hija —dijo Pepa poniéndole delante un plato con pan crujiente—. Ya estoy yo nerviosa por las dos.

Elvira depositó en una sonrisa todo el cariño que le inspiraba su madre. Luego paseó la mirada por los ocupantes de la mesa deteniéndola en su hermano primero y en su padre después.

—Voy a echar de menos todo esto —confesó un poco triste fijando la vista en el retrato que colgaba de la pared en el que aparecían los cuatro—. Es cierto que me hace ilusión todo lo que me espera, sin embargo, este ha sido mi hogar hasta hoy y aquí quedan las personas que más quiero en este mundo.

—¡Ni que te fueras a la luna, niña! —exclamó irritado Antón— Dentro de unos días vendrás a ver este *hogar* que tanto vas a extrañar —dijo con retintín.

Sus padres miraron a Antón con cara de pocos amigos. Ese chico tenía la rabia metida en el cuerpo y había que sacársela de ahí como fuera; aunque tendría que ser en otro momento. Ese día se iba Elvira, su niñita pequeña, y toda su atención se centraba en ella.

Mientras los cuatro bajaban a la calle, Elvira recibió, por última vez, las recomendaciones de su padre y las puyas de su hermano, y, al llegar al portal, un beso de cada uno de ellos como despedida. Los hombres se encaminaron hacia un lado de la vía mientras ellas lo hacían hacia el opuesto. Cuando tras unos pasos la muchacha giró el rostro para ver cómo se alejaban, solo distinguió un par de figuras que doblaban una esquina, desapareciendo de su vista. Una mezcla de emociones se aglomeró en su pecho: felicidad, miedo, añoranza, incertidumbre, expectación… Aquel día decía adiós a la vida que había conocido hasta entonces para comenzar la aventura de una nueva existencia de la que nada conocía.

Con buen paso, las dos mujeres fueron cubriendo la distancia que llevaba a la joven hacia su futuro. No hablaban mucho, pero se miraban con frecuencia presas del nerviosismo. Elvira llevaba una vieja maleta de cuadros desvaídos fuertemente aferrada, como si de un escudo se tratara; su madre, con un fardo con el resto de sus cosas en la mano, daba la sensación de ser ella la que cambiaba de vida. Al llegar al cruce de Rambla Cataluña con la Avenida José Antonio Primo de Rivera, Pepa dejó de caminar.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Elvira frunciendo el ceño y dejando la maleta en el suelo— ¿Se encuentra bien? ¿Está cansada?

—No es eso, Elvirita, estoy bien, no te apures. Es solo que estas calles son tan diferentes de la nuestra que me da miedo que llegue el momento en que te avergüences de lo que dejas atrás y no quieras volver.

—Eso no va a pasar, madre. Sé quién soy y de dónde vengo y eso nadie lo va a cambiar.

—Ya veremos, hija. Ya veremos —y se puso de nuevo a caminar negando ligeramente con la cabeza.

Capítulo 2

El edificio era impresionante. Los materiales y el ornamento con que estaba construido le conferían un aspecto elegante y majestuoso. Al alzar la cabeza para admirarlo en su totalidad, se sorprendieron de la belleza de sus galerías redondeadas, encerradas por cristaleras, y de la filigrana en las barandillas de los balcones. Verdaderamente, no tenía nada que ver con la sencillez del suyo. El día que había estado allí, con los nervios, Elvira no había recaído en nada de lo que la rodeaba. Giraron sobre sus pies para admirar el resto de construcciones. Todas eran de una belleza extraordinaria. Qué bonito iba a ser pasear por esas calles. Qué distinta la vida que le esperaba entre esas gentes, aun a pesar de que estuviera allí como criada.

Pepa miró con orgullo a su hija; había conseguido un trabajo muy bueno. Un trabajo que, de buen seguro, le abriría un horizonte lleno de posibilidades, si se aplicaba en aprender todo lo que pudiera del comportamiento de la gente adinerada; su Elvirita era una chica lista y no dejaría pasar la ocasión que la vida le brindaba.

—¿Preparada, hija?

—Sí —afirmó mientras que con la cabeza negaba—. Pero estoy aterrada, madre.

—Vamos —la animó cogiéndola de la mano—. Ya verás como todo irá bien.

Las grandes puertas que franqueaban la entrada estaban cerradas. En una de las hojas de madera labrada se distinguía una portezuela que se abría independiente y sobre ella, un picaporte con forma de puño metálico descansaba sobre un soporte de hierro. Con mano indecisa, lo cogió entre los dedos y lo dejó caer produciendo un sonido seco y contundente. Durante unos instantes no pasó nada, solo les contestó el silencio. Tuvieron que esperar unos minutos para que el portón se abriera para mostrar a una mujer de la edad de Pepa vestida con una bata de cuadros en cuyo bolsillo guardó las llaves que acababa de utilizar.

—Ustedes dirán —preguntó mirándolas descaradamente de arriba abajo.

—Venimos a ver al señorito Bernat —fue Pepa la que tomó la palabra después de aclararse la garganta.

—¿Y para qué querría el señorito Bernat verlas a ustedes? —preguntó la mujer con un evidente tono de mordacidad.

—Mi hija va a trabajar en su casa a partir de hoy.

La mujer miró a Elvira, esta vez con ojos distintos; balanceó la

cabeza sonriendo y las dejó pasar.

—¿Así que eres la chica de la que me habló la señora Angustias?

—Sí, soy yo. —Confirmó Elvira con timidez.

—Me dijo mi hijo que eras una muchacha muy guapa y es verdad.

—¿Su hijo? ¿De qué conoce su hijo a mi niña? —preguntó Pepa destilando asombro en sus palabas.

—Fue él quien le abrió el otro día —informó la portera—. Cuando yo no me puedo hacer cargo de la portería, lo hace mi chico.

Elvira miró a su madre y asintió en silencio. Aunque el día que estuvo allí a duras penas tuvo ojos para nada, si recordaba vagamente que quien le había abierto la puerta, era un joven poco mayor que ella misma.

—¿Recuerdas el piso?

—Era el último, ¿verdad? —preguntó la joven mientras guiaba a su madre por las escaleras que conducían al ascensor.

—Sí —confirmó la portera subiendo los peldaños con ellas—. Cuarto derecha.

—Gracias —dijeron madre e hija a la vez. Abrieron la puerta metálica primero y las de madera después, para entrar en el pequeño cubículo del elevador.

No era la primera vez que subían a un artefacto como aquel, aun así, el traqueteo del ascensor al elevarse no hizo más que acrecentar su nerviosismo. Una sacudida les indicó que habían llegado al último piso, al que se dirigían. Se apearon con el corazón bombeándoles a mil por hora, se detuvieron frente a la vivienda y Elvira, dejando su destartalada maleta en el suelo, llamó al timbre. Desde el interior de la vivienda se oyó la voz de una mujer diciendo “voy”. Instantes después se abría la puerta.

—Hola jovencita —saludó con una sonrisa amable una mujer entrada en años, pulcramente vestida—. Veo que llegas puntual —miró luego a Pepa— ¿Es usted su madre?

—Sí señora. Espero que no le moleste que haya acompañado a mi niña.

—En absoluto —haciéndose a un lado, les dio paso—. Me alegra saber que Elvira tiene una familia que se preocupa por saber dónde se mete la chica. Por eso ha venido, ¿no es cierto?

Pepa asintió sin palabras, cogió a su hija por el brazo y la instó a que entrara en aquella elegante morada.

—Te olvidas algo —señaló Angustias mirando la maleta antes de que atravesaran el umbral.

Elvira se giró para recogerla, inspiró profundamente y, como si diera un paso al vacío, entró. Miró a su alrededor con reverencia; ya solo el recibidor era casi tan grande como su propia casa familiar. Se trataba de un distribuidor en el que la pared opuesta a la entrada se

abría a dos estancias; a su lado, una cristalera doble daba paso a la cocina. A la derecha, pudieron distinguir dos puertas más, una enfrentada a la otra, con un arco separándolas que desembocaba en una sala tan grande que no pudieron apreciarla en su totalidad. Aquello era un auténtico palacio para ambas mujeres.

—¡Es enorme! —exclamó Pepa sin poder remediarlo. El ama de llaves sonrió satisfecha.

—Sí, realmente es una casa magnífica —miró entonces a Elvira y añadió—. Acompáñame, te mostraré tu habitación antes de ver al señorito.

—¿Está en casa? —preguntó la madre de la chica, agitada de repente.

—Por supuesto —respondió la anciana mostrándoles el camino a la que sería su alcoba—. El señorito no sale nunca de casa hasta pasadas las diez. Tiene demasiado trabajo que hacer en su despacho antes de ir a la oficina.

Pepa se mordió la lengua para no preguntar a qué se dedicaba aquel hombre que había empleado a su hija. Ya lo averiguaría cuando Elvira fuera a su casa la tarde del jueves. Para compensar su curiosidad no satisfecha, miraba a todos lados admirando el lujo de todo lo que veía a su alrededor.

La habitación que iba a ocupar la niña no era, ni de lejos, tan grande como lo que habían visto hasta el momento, no obstante, tenía un tamaño más que aceptable. La cama, de ocho palmos, era un sueño; la cómoda y el armario a juego, aunque modestos, eran preciosos y de buena calidad. Elvira nunca había soñado con tener un espacio semejante para ella sola. En su casa compartía cuarto con su hermano, y sus escasas pertenencias las guardaba repartidas entre el comedor, la habitación de sus padres e incluso debajo de su cama, así que aquel sitio era un paraíso para ella. Dejó su maleta y el hatillo que llevaba su madre sobre la cama y miró a su alrededor. Angustias, imaginando lo que pasaba por la cabeza de la chica, le dio unos instantes para que asimilara el gran cambio que se le avecinaba. Pero tenían cosas que hacer y el tiempo corría de forma inexorable.

—Seguidme, por favor —pidió la anciana indicando con la mano la salida del cuarto. Las guio hasta la sala y les rogó que esperaran fuera —. Voy a hablar con el señor Font. Enseguida os recibirá.

—Gracias —murmuraron las dos a un tiempo.

En cuanto se quedaron solas, no pudieron evitar deslizar las miradas por aquella fastuosa sala que era bastante más grande de lo que ellas habían percibido en un principio. Una de las paredes daba a la terraza de forma circular que, con grandes cristaleras, llenaban de luz toda la estancia; en otra se abría un enorme arco que daba paso a otra sala, algo más pequeña que la principal, presidida por una gran

mesa de madera noble y seis sillas magníficamente tapizadas a su alrededor. Se miraron asombradas. En toda su vida no habían visto tanta opulencia, tanta distinción. Candelabros de plata sobre muebles labrados, cuadros realizados con tal virtuosismo que más que pinturas, parecían fotografías decorando las paredes; jarrones de la cerámica más fina que pudieran imaginar pulcramente expuestos en los estantes… pero lo que las dejó sin habla fue, al alzar la vista, la magnífica lámpara, elaborada con cientos de lágrimas de cristal, que colgaba del techo. Estaban embobadas, con toda su atención puesta en aquella hermosa fuente de luz cuando un carraspeo las alertó de que no estaban solas. Un hombre increíblemente alto, de mirada penetrante y elegantemente vestido, las contemplaba desde una puerta que les había pasado desapercibida con un brillo de humor en los ojos.

—Elvira —saludó a la chica mientras se acercaba a su altura extendiendo la mano hacia ellas—, porque supongo que tú eres Elvira, ¿no? Y esta hermosa dama debe de ser tu madre, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca señorito —contestó Pepa presa de la timidez estrechando la mano que le ofrecía el hombre—, pero en lo de hermosa exagera usted.

Bernat sonrió por la candidez de la mujer.

—Pero por favor, tomen asiento —les mostró un sofá de piel oscura a la vez que él se sentaba enfrente, en un sillón a juego—. Tengo poco tiempo antes de ir a la oficina, pero estaré encantado de despejarle todas las dudas que tenga sobre la labor que realizará su hija en mi casa.

Tanto Elvira como su madre se quedaron fascinadas por la manera tan culta y correcta con la que hablaba el señorito; su voz calmada y varonil aumentaba esa sensación.

—No se crea usted —dijo Pepa vacilante—, dudas no tengo ninguna. Mi hija viene aquí a trabajar y sé que la van a tratar bien. —Se frotó las manos, que empezaban a sudarle por la ansiedad—. Mi niña me contó lo que había hablado con la señora Angustias y no veo nada a lo que poner pega.

—Celebro oír eso —afirmó satisfecho acomodándose mejor en su butaca—. Espero que esté tan contenta de trabajar para mí como yo de que lo haga.

—¡Oh, sí! Ya lo verá. Mi niña es muy buena, muy trabajadora… y si algún día hace algo que lo incomode, puede darle un coscorrón, no se preocupe.

Bernat la miró escandalizado. ¿Qué métodos pensaba esa mujer que se usaban en su casa?

—Seguro que no hará falta nada de eso —puntualizó serio—. Estoy convencido de que su trabajo será excelente. Debo señalar, no obstante, que lo que más valoro en una persona es su capacidad de

trabajo, su sinceridad y, ante todo, su lealtad.

—Por eso no se preocupe usted, señorito. Mi niña tiene todo eso —aseguró satisfecha Pepa posando una mano sobre las de su hija, que en todo momento se había mantenido callada.

—Perfecto —dijo levantándose—. Entonces, si está todo dicho, las dejo —se despidió inclinando levemente la cabeza y desapareció por la misma puerta por la que había entrado unos instantes antes.

Angustias, que había observado el encuentro desde un discreto segundo plano, se acercó a ellas sonriendo.

—Parece que le has causado una gran impresión al señor Font.

—Van a estar ustedes encantados con la niña —ratificó la planchadora poniéndose en pie e indicando a su hija que la imitara.

—¡Madre! —exclamó Elvira avergonzada.

—¿Qué? —quiso saber la mujer alzando los hombres de forma poco refinada—Es la verdad.

Elvira, por prudencia, no dijo nada. No era cuestión de avergonzar a su madre diciéndole que ese no era un comentario apropiado. Ella era una muchacha fija, una criada, hablar de sus virtudes estaba de más.

Angustias las observó enternecida mientras acompañaban a Pepa a la salida; esa madre y su hija pertenecían a un mundo que nada tenía que ver con el que ella conocía. Si bien trabajaba al servicio de otros, no era por los mismos motivos que aquellas dos. Era una mujer culta que provenía de una familia bien posicionada en la ciudad… pero los ideales políticos de su padre durante la contienda española habían dejado a la familia en una situación complicada y ella, que cuando acabo la guerra tenía ya veinte tres años, se vio obligada a trabajar en casa ajena para ganarse la vida y, de paso, para pasar desapercibida a ojos de aquellos que habían comenzado una caza de brujas contra los perdedores del conflicto armado.

En cambio, esas dos mujeres se veían forzadas a trabajar sirviendo a otros porque no sabían hacer otra cosa. Pensó que Elvira representaría su íntima cruzada contra el régimen, siempre y cuando la muchacha estuviera por la labor y le permitiera educarla.

Minutos después, cuando la anciana y la joven sirvienta se quedaron a solas, la primera empezó la instrucción.

***

Los primeros días de su estancia en la casa transcurrieron en una sucesión de aciertos y errores por parte de la muchacha. Si preparaba correctamente el desayuno del señorito luego se equivocaba al servirlo. Si ordenaba la sala de forma impecable lo estropeaba dejando el plumero del polvo sobre la mesa… Sin embargo, no escuchó una

sola queja por parte ni del señorito ni del ama de llaves; se limitaban a hacerle notar sus deslices y le recomendaban que tomara nota para no volver a cometerlos.

Doña Angustias había reservado una hora diaria para que Elvira empezara su aprendizaje al margen de sus labores domésticas. Se llevó una grata sorpresa al saber que la chica sabía leer y escribir, que fue aún mayor cuando descubrió que lo hacía con bastante fluidez. Por lo tanto, ya que lo básico estaba solventado de antemano, optó por prestarle libros sobre distintas materias que pudieran iluminar su viva inteligencia durante su tiempo libre, y decidió que estaría bien enseñarle modales durante el tiempo de adiestramiento que compartieran. Todo era nuevo para Elvira, a quien le era imposible no debatirse entre la felicidad que le producía el mundo tan lleno de posibilidades que se abría a sus ojos y la añoranza que le causaba el recuerdo de los suyos y su vida sencilla. ¡Nunca hubiera imaginado lo diferente que era el día a día en esa parte de la ciudad! Tantos cambios de su conocida rutina consiguieron que los días previos a su primera tarde libre no fueran otra cosa que una difícil adaptación al ritmo de la casa.

En otro orden de cosas, durante ese tiempo, apenas coincidió con el señorito ya que, según doña Angustias, todavía no estaba preparada para atenderlo; era el ama de llaves quien se encargaba de servirle la comida y de cubrir sus necesidades, tales como ocuparse de su ropa o de llevarle el correo que llegaba cada mañana. Las escasas ocasiones en que se cruzaron fue por pura casualidad: coincidiendo, por ejemplo, cuando él salía hacia el trabajo y ella se dirigía a la cocina, o al retirar los platos de la cena mientras él seguía sentado a la mesa… Por supuesto, no habían intercambiado más de tres o cuatro palabras más allá del obligado saludo. Y, a decir verdad, Elvira lo prefería así. Ese hombre la intimidaba… un poco, y eso que no le había dado motivos para sentirse así. Sin embargo, su porte elegante, su aspecto cuidado, su erudición al hablar… la hacían sentir pequeña y poca cosa. Eso no impedía que el señorito Bernat le despertara mucha curiosidad. No obstante, tenía muy claro que se cuidaría muy mucho de preguntarle por él a doña Angustias. Lo más probable era que no le gustara en absoluto que se mostrara curiosa con algo que no tuviera que ver estrictamente con su quehacer.

***

El primer jueves desde que se había mudado, después de comer, recogió la mesa de la cocina, donde había comido con Angustias tal y como solían hacer. Acto seguido, fregó los platos y se preparó para disfrutar de su primera tarde libre.

—No vengas más tarde de las diez —exigió la mujer cuando Elvira estaba a punto de abrir la puerta—. Primero porque una jovencita no debe andar sola por la calle a esas horas —explicó la mujer con preocupación— y segundo porque no es conveniente que molestes a Bernat si decide acostarse temprano.

—No se preocupe doña Angustias. Mi padre no me dejaría venir sola de noche. En cuanto al señorito… no quisiera alterar su descanso, si es que decide por una vez retirarse temprano.

Sin pretenderlo, su último comentario había sonado un tanto irónico y el ama de llaves se lo hizo notar dedicándole una mirada de reproche, que acompañó con una seca inclinación de cabeza antes de darle la espalda. Elvira salió del piso con la extraña sensación de haber molestado a la mujer y se prometió cuidar mucho más sus palabras en el futuro.

Recorrió las calles con rapidez, sin detenerse más que cuando los coches de alguna calzada se lo exigían. Por el camino fue conjeturando sobre qué se encontraría al volver a casa. Cierto era que solo hacía cuatro días que había abandonado su hogar, pero para ella era toda una vida. También le dedico sus pensamientos a Manu, ¿cómo no? Sabía que no podría encontrarse con él, no tendría manera de escabullirse antes de tener que regresar, pero podría dejarle un mensaje a su querida amiga Rita para que se lo transmitiera. Quizás el domingo, cuando él no estuviera trabajando, podría buscar una excusa para salir de su casa y verlo, aunque solo fuera un momento.

La opulencia de las calles iba desapareciendo a medida que avanzaba. Al llegar a la Barceloneta, con sus calles estrechas y sus destartalados edificios, se dio cuenta, con desagrado, de que estaba de regreso a su antigua vida y la sensación la inquietó.

Traspasar la puerta de su casa supuso un reencuentro con olores y sonidos tan conocidos para ella: el aceite en la sartén friendo torrijas para la merienda, el piar de su canario, la voz de Conchita Bautista saliendo del viejo aparato de radio… Al verla en el dintel, su madre se abalanzó sobre ella y la llenó de besos y abrazos. Su niña volvía por unas horas y eso la hacía muy feliz.

—Me lo tienes que explicar todo —pidió Pepa arrebatada— ¿Comes bien, hija? ¿Cómo te tratan? ¿Es muy duro el trabajo?

—Uy madre, ¡cuántas preguntas me hace usted!

—Si es que lo quiero saber todo, mi cielo.

—Claro madre y yo quiero contárselo, pero no de golpe, mujer.

—Anda, siéntate y me vas contando mientras plancho estas sábanas.

—¿Quiere que la ayude, madre?

—Deja, hija, deja, que ya trabajas tú lo tuyo como para ayudarme a mí —Pepa le indicó que se sentara antes de coger la plancha—. Te he

hecho torrijas para merendar. Como sé que te gustan tanto...

—Gracias, madre. Sí, me encantan, pero no me distraiga. Quiera usted o no la voy a ayudar a doblar sábanas —aseguró la muchacha con voz firme—. Mientras yo esté aquí no dejaré que haga todo el trabajo usted sola.

—Eres una buena hija, Elvirita. Gracias. Te lo agradezco no sabes tú cómo.

—Acordándose de hacerme torrijas. Así me lo puede agradecer tanto como quiera —bromeó. Su madre le regaló una sonrisa agradecida mientras ella agarraba una funda de almohada y la doblaba por la mitad.

Entre risas, ropa blanca de camas ajenas y el calor que proporcionaba la plancha, Elvira le explicó lo bien que comía. Le habló de manjares que ella no había probado en su vida; le contó que en la casa no escaseaba ni la fruta, ¡ni el azúcar! y que podían tomar café cuando quisieran. Le dijo que, en vez de manzanillas y hierbas de esas, por las tardes tomaban té, que al parecer era una infusión muy elegante. Como si fuera la cosa más maravillosa del mundo, le contó que, en los días que llevaba en la casa, ya había comido carne ¡dos veces! Y en cuanto al pescado… no solo comían sardinas y bacalao. No. ¡Hasta habían cenado merluza una noche! Pepa la escuchaba embelesada mientras pasaba la plancha por la ropa. La de cosas buenas que estaba viviendo su niña y eso que acababa de comenzar. Estaba segura de que nada malo iba a pasarle a partir de ese momento. Pero cuando supo que doña Angustias le daba clases a su niña y le prestaba libros para leer ya no le quedó ninguna duda.

Entre las dos se ventilaron la faena en un periquete. Mientras Elvira recogía la manta sobre la que su madre había alisado las sábanas, Pepa preparó un vaso de leche para cada una y lo llevó al comedor junto a un plato rebosante de torrijas. Bajo la luz de la única bombilla que se mantenía intacta en la lámpara, dieron buena cuenta de la merienda, sin olvidarse de reservar algunos dulces para los hombres de la casa.

—Madre, ¿le importa que vaya a ver a Rita? —preguntó con prudencia mientras recogían los restos del piscolabis—. Solo será un momento. Antes de que Padre y Antón estén aquí ya habré vuelto —añadió para que su madre no pusiera reparos.

—Anda, ve —concedió Pepa elevando la comisura de los labios —. Pero no te entretengas mucho que con el poco rato que tienes para estar en casa…

—No se preocupe madre. En un abrir y cerrar de ojos estaré de vuelta.

Cogió su abrigo al vuelo al pasar junto a él, y se lanzó escaleras abajo como un caballo desbocado.

Volando más que corriendo llegó hasta la portería de su amiga. Para su desgracia, Rita no estaba. En su lugar era su hermano el que vigilaba el portal.

—Mi hermana ha ido a comprar para la cena —le informó el chico —. Si te esperas un poco, no creo que tarde en volver.

—Gracias, pero no puedo esperar —dijo apenada. Pensó qué hacer y añadió— ¿Sabes a dónde ha ido?

—Supongo que al colmado de las Marías. Si no está allí ya no sé dónde puede haber ido.

—Gracias —se despidió mientras sus pies emprendían la carrera.

Por suerte el colmado mencionado no quedaba demasiado lejos y se dirigió allí apremiada por el tiempo. Le había dicho a su madre que no tardaría y no pensaba hacerlo. Llegó a la tienda con los latidos del corazón retumbándole en los oídos y el resuello agitado. Afortunadamente, encontró a Rita que ya estaba pagando la cuenta.

—¡Elvira! —exclamó contenta al verla— ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a buscarte.

—Pues me vas a ir muy bien, anda, coge un asa y así me ayudas. Pero ¿cómo es que… ¡Ah sí, que los jueves libraras!

—Sí —cogió una de las asas de mimbre del capazo de Rita—, y tenía que verte con urgencia.

—Chica, sí que me echas de menos —bromeó Rita asiendo su lado de la bolsa.

—Bueno, sí, pero también era para pedirte un favor.

Rita la miró de reojo. Ya imaginaba qué tipo de favor se trataba; sin duda tendría algo que ver con Manu. Siempre Manu. Reflexionó un rato mientras caminaban meciendo la compra entre las dos. Ese chico… había algo en él que no terminaba de gustarle, pero era incapaz de decirle nada a Elvira. Ella estaba tan enamorada que temía que se enfadara si le daba su parecer. Realmente no tenía por qué sospechar de él, pero por los rumores que corrían sobre su persona…, se comentaba que no frecuentaba buenas compañías e incluso se hablaba de que lo habían visto con otras muchachas. Pero su amiga le pedía ayuda y ella no iba a negársela, aunque no le hiciera gracia.

—¿De qué se trata? —preguntó al fin.

—¿Puedes darle un recado a Manu?

—Puedo intentarlo, sí.

Elvira se paró en seco, se giró en su dirección y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eres la mejor amiga que alguien pueda tener.

—Venga, zalamera, dime qué quieres que le diga.

—Hoy no podré verlo, pero el domingo, que él no trabaja, sí. Mi idea es que nos encontremos frente a los *Baños San Sebastián* y demos un paseo de vuelta hasta casa.

—¡Menudo paseo! —exclamó irónica Rita emprendiendo de nuevo la marcha—. Si está aquí al lado, mujer.

—Ya, ya lo sé. Pero dudo que pueda escabullirme de casa mucho rato. Al menos podré verlo, si no nos alejamos demasiado.

—Está bien. Trataré de darle tu encargo —la tranquilizó llegando a la portería de su casa—. Gracias por tu ayuda. Esto pesaba un quintal.

—No es nada. Con el favor que vas a hacerme como para no ayudarte a esto y a lo que sea.

—¿Quieres pasar? —señaló la puerta con el pulgar— Al final no me has contado nada de lo que has estado haciendo en tu nuevo trabajo.

—El próximo día que nos veamos te lo explico todo. Hoy no puedo. Le he prometido a mi madre que no tardaría en volver; que estaría en casa antes de que llegaran mi padre y Antón.

—Si puedes, pásate el domingo antes de tu *cita* y hablamos —pidió un poco dolida. No tenía tiempo para ella, en cambio para ese *novio* suyo…

Llegó a casa apenas unos minutos antes de que lo hicieran su padre y su hermano. Cuando ellos aparecieron, la inundó el calorcillo de lo cotidiano, de lo conocido. Un beso en la frente, un apretón en el hombro, una cena sencilla pero deliciosa, una charla intranscendente… Se dio cuenta de que, a pesar de lo mucho que le gustaba vivir en la parte alta de la ciudad, aquella era realmente su vida. Una vida salpicada de cosas sencillas y fáciles de manejar. Eso no quitaba que quisiera volver a Rambla Cataluña, claro. Sólo que, tras la breve separación de su familia, podía apreciar mejor lo que había tenido hasta entonces.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó su padre empujando hacia la cuchara con un cacho de pan el pisto que había preparado Pepa.

—Sí, padre, mucho.

—Has tenido mucha suerte, aprovecha bien la oportunidad que se te ha brindado —le aconsejó antes de meterse una cucharada colmada en la boca.

—Intenta sacar partido de todo —intervino Antón con el vaso de agua en la mano—. Estaría bien que enamoraras al señorito ese y te convirtieras en la dueña de todo.

—No digas sandeces, ¿quieres? —lo amonestó Pepa clavándole una mirada asesina—. Tu hermana está allí para trabajar, aprender y nada más.

—Y a ti, ¿cómo te va el trabajo?

—Niña, pareces tonta. ¿No ves que estoy aquí? No empezaré como guarda nocturno hasta la semana que viene. Estos días voy para aprender y poco más —señaló molesto.

Elvira, intentando tener la fiesta en paz, no indagó más. Lo que ella quería saber era si aquello le gustaba, si era lo suficientemente

alentador como para que se alejara de las malas influencias que había tenido los últimos tiempos. Pero, por el gesto y el tono que usó Antón tuvo la sensación de que no se sentía nada entusiasmado con la idea de abandonar sus pésimas costumbres. La invadió el desasosiego. Si Antón no cambiaba de actitud, mucho se temía que iba a durar poco en la fábrica, que dejaría en la estacada a Isidro, creándole problemas con su jefe, y que volvería a la espiral de autodestrucción de la que su padre estaba intentando arrancarlo con ese empleo.

Embutidos en sus abrigos, salieron los cuatro del piso después de que ella y Pepa hubieran recogido y fregado los platos. La idea era que fueran todos juntos andando tranquilamente para que ella no caminara sola por la calle de noche. Pero antes de llegar a la esquina, Antón se despidió; según dijo había quedado con sus amigos hacía días y no podía hacerles el feo de no acudir a la cita. Isidro puso mala cara, aun así, no dijo nada. Pepa intentó convencerlo de que los acompañara, argumentando que ya no veía tanto a su hermana como antes. Elvira, por su parte, bajó la vista a sus pies y se mordió la mejilla por dentro para no soltarle todos sus reproches.

Pasado el mal trago que les había ocasionado el comportamiento despegado de Antón, empezaron a disfrutar del paseo. Comentaban admirados lo que encontraban a su paso. Barcelona era una preciosa ciudad que raramente tenían la ocasión de disfrutar de verdad.

—Mira tú por dónde, estos paseítos nos van a servir para descubrir rincones de Barcelona que no conocemos —comentó Isidro engarzando ambos brazos a los de sus dos *mujeres*.

—Sí que es verdad —convino su mujer—. A duras penas salimos del barrio.

—Pues tendremos que ir buscando otros caminos para ver más cosas —sugirió Elvira.

Todos estuvieron de acuerdo. Tendrían muchos viajes que hacer en el futuro desde un barrio al otro y bueno era que los aprovecharan.

Caminaban alternando los silencios con las exclamaciones de asombro cuando encontraban algo que les llamaba la atención. La noche se iba cerrando a su alrededor, los pocos transeúntes que todavía poblaban las calles iban desapareciendo paulatinamente. Escuchaban sus propios pasos retumbando sobre los adoquines que pisaban. A pocas manzanas de su destino, escucharon unas palmadas, que sonaron con eco, seguidas de un grito llamando al sereno.

—Elvirita —su madre se giró en su dirección—, ¿cómo vas a entrar al edificio? La puerta estará cerrada a estas horas.

Con una sonrisilla traviesa, sacó del bolsillo de su abrigo una llave grande de hierro.

—Doña Angustias me dio la llave de la portería. Me dijo que, si vivía allí, necesitaba una.

—¿También tienes la de arriba? —preguntó Isidro sorprendido.

—No, eso no —enfatizó sus palabras con un movimiento de cabeza —. Dice que quiere abrirme ella para asegurarse de que le he hecho caso y llego bien y a mi hora.

—Me gusta esa señora sin conocerla, mira tú —aseguró su padre, acompañando sus palabras con un gesto de aprobación.

—Sí —intervino Pepa. Con su mano libre se cerró un poco más el abrigo para defenderse de una ráfaga de viento repentina—, es una mujer muy agradable y se ve a la legua que la niña le cae bien.

—Me enseña muchas cosas —habló Elvira de nuevo. La voz entrecortada a causa del castañeo de dientes—. Le estoy cogiendo cariño.

—Ahora no la vayas a querer más a ella que a mí —dijo temerosa su madre a la vez que se estrechaba más a su marido.

Elvira se soltó del brazo de su padre para ponerse junto a Pepa y abrazarla con fuerza.

—Eso no pasará nunca, madre. Nunca.

Isidro sonrió. Su niña era un ángel. Tan buena, cariñosa y obediente…

Se despidieron frente a los portones del edificio. Sus padres se quedaron hasta que el golpe seco de la cerradura les aseguró que su hija estaba bien *recogida*. Miraron unos segundos la madera labrada y emprendieron el camino de regreso después, cogidos del brazo, muy juntos, luchando mano a mano contra el frío de la noche y contra el sentimiento agridulce de haber dejado a su hija en aquella casa.

Elvira subió caminando al cuarto piso. No deseaba molestar a los vecinos con el ruido que hacían las puertas del ascensor al abrirse y cerrarse, y evitar, asimismo, el sonido estridente del aparato al subir. Llegó a su replano casi sin respiración. Había subido deprisa los cinco pisos (si se tenía en cuenta el principal). Pulsó el timbre una sola vez y esperó. Medio minuto después, oyó unos pasos y la llave moverse en la cerradura. La puerta se abrió.

No era doña Angustias, como esperaba. En su lugar, Bernat la miraba desde su altura, elegante aún con su batín de seda granate de estampado arabesco. Su sobresalto fue tal que se echó la mano al pecho para evitar que su corazón escapara de él.

—Señorito, no pretendía molestarlo.

—No te preocupes, muchacha. Anda pasa —dijo apartándose para darle paso.

Miró a un lado y a otro buscando al ama de llaves sin encontrarla. Alzó la vista entonces hacia Bernat, extrañada.

—Angustias no se sentía bien y le pedí que se acostara —la justificó él, pasándose la mano por su corto cabello—. Yo tengo trabajo

atrasado, conque le dije que no me importaba esperarte hasta que llegaras. —Sonrió al ver cómo se ruborizaba.

—Lo siento tanto. —Sus palabras de disculpa se escaparon de sus labios de forma atropellada a la vez que se retorcía las manos sin parar—. De haber sabido que la señora no se encontraba bien, no me habría ido.

—¿Y perderte tu tarde libre? —bromeó él, elevando de nuevo la comisura de los labios—. Angustias no está tan mal, mujer.

—Ya, pero…

—Hemos estado mucho tiempo los dos solos y nos las hemos arreglado bien. No te inquietes.

Seguían en el recibidor, Bernat, mirándola con ojos benévolos, ella con la vista puesta en sus zapatos.

—¿Necesita alguna cosa? —preguntó cohibida y con deseos de huir de esa situación tan tensa para ella.

—No. Estoy bien.

—Pues si no precisa nada…

—Bueno, sí —dijo en el momento en que ella se giraba en dirección a su habitación.

—Usted dirá. —Tragó saliva. Su agonía se iba a alargar un poco más, muy a su pesar.

—Ven, vamos a la sala. Desde que estás en esta casa apenas hemos hablado y no sé nada de ti.

A Elvira se le dispararon todas las alarmas. ¿De qué quería hablar con ella, ¡con ella!, su jefe? ¿Habría hecho algo mal? ¿Estaría disgustado por haber tenido que esperarla? No lo parecía, la verdad. Su actitud era relajada y cordial, aunque…

Pasaron al salón donde Bernat, tomando asiento en un sillón, le indicó que hiciera lo mismo en el que tenía en frente.

—No sé de ti más que lo que Angustias me ha contado, así que, háblame sobre tu vida, tus ilusiones…

—¿Sobre mí? —balbució—. No hay mucho que decir.

—¿Qué edad tienes? ¿Eres hija única o tienes hermanos? —esbozó una sonrisa canalla mientras le hacía la siguiente pregunta— ¿Tienes novio?

—Yo… esto…

—Habla sin vergüenza, muchacha.

Bernat ya conocía algunas de las respuestas, pero le interesaba saber qué le confesaba ella sobre sí misma. Esa chica le hacía gracia. ¡Era tan joven y se la veía tan inocente! Le gustaba que mostrara interés por las lecciones que su ama de llaves le daba a diario. Era una muestra de inteligencia y de ganas de mejorar su educación para crearse un futuro mejor. Era diferente a otras mujeres que habían ido a su casa en el pasado a limpiar. Aquellas simplemente estaban

resignadas con la suerte de existencia que les había tocado vivir, en cambio Elvira tenía inquietud por mejorar en la vida.

—Pues verá, señorito —empezó con timidez, sin saber a dónde mirar—, tengo diecisiete años y un hermano mayor que yo, Antón. El pobre sufrió un accidente en el taller y perdió la mano izquierda. Desde entonces no encuentra trabajo —más animada, siguió esbozando partes de su vida—. Sin embargo, a Dios gracias, mi padre acaba de encontrarle un puesto de guarda en la fábrica de vidrio donde trabaja.

—Vaya, me alegro —la interrumpió dando su aprobación a cuanto oía con un vaivén de cabeza—. Un hombre tullido no suele tener muchas oportunidades estos días.

—Sí, señorito, una gran suerte —sin proponérselo, los ojos se le iluminaron ante la expectativa de que, con ese trabajo, las cosas fueran mejores para su hermano.

—¿Y qué más me puedes contar?

—Mi padre antes tenía dos trabajos, la fábrica y como responsable en una barraca de feria por las noches, pero las cosas no iban muy bien y se deshicieron de él —manifestó con pesar—. Mi madre lava la ropa de un importante hotel, el Manila ¿lo conoce?

Como respuesta, Bernat afirmó sonriente.

—Sí, lo conozco —reconoció divertido.

—Claro —gracias a la conversación fluida y el talante amable de su jefe, poco a poco Elvira se iba relajando —. Pues si ha dormido alguna vez allí, habrá visto lo limpias y bien planchadas que están las sábanas.

Bernat dejó escapar una carcajada ante el tono de entusiasmo con que dijo aquello. Se notaba que estaba orgullosa del trabajo de su madre, aunque fuera tan modesto.

—¿Y qué más? ¿Amigos, novio?

—Mi mejor amiga se llama Rita y ayuda a su madre en una portería… en cuanto a novios… hay un chico que…

—No me digas más. Un chico que te gusta, le gustas pero que todavía no puedes llamar novio.

—Algo así —reconoció ruborizándose de nuevo.

—¿Y qué esperas de la vida? —se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en sus rodillas, demostrando con ello lo interesado que estaba en su respuesta.

—Supongo —dudó otra vez presa de la timidez— que como todas las chicas: casarme, tener hijos —Bernat arrugó la nariz. No esperaba una respuesta tan manida de una chica que demostraba buscar más en su horizonte—, encontrar un buen empleo, quizás como dependienta en el *Corte Inglés* y, sobre todo, ser feliz —ese sí era un deseo a la altura de lo que mostraba esa joven.

—¿Así que no piensas quedarte aquí para siempre? —bromeó volviendo a apoyar la espalda en el respaldo del sillón.

—Bueno… señorito… no quiero que crea que soy desagradecida —dijo bajando los ojos a sus manos—, pero preferiría no pasarme la vida sirviendo, la verdad.

—Lo entiendo y me alegra que tengas expectativas más altas. Eres una buena chica. Me alegro de la decisión de Angustias al contratarte.

—Gracias, señorito.

—Y ahora, ve a dormir. Es tarde y mañana tienes que madrugar —le recordó poniéndose en pie.

Ella, que había ocupado todo ese tiempo el filo del sillón en el que había estado sentada, loe imitó de inmediato.

—Buenas noches, señorito.

—Buenas noches, muchacha. Me ha gustado hablar contigo.

Elvira se retiró a su habitación con la extraña sensación de que, de alguna manera, ya formaba parte de esa casa.

Capítulo 3

Elvira llevaba trabajando en Rambla Cataluña ya dos meses. Había pasado las Navidades en su casa porque, tanto doña Angustias como el señorito habían insistido en que esos días eran para disfrutarlos en familia. Ella se lo agradeció, naturalmente, sin embargo, no pudo reprimir el pinchazo de decepción que le atravesó el pecho al darse cuenta de que ellos, en realidad, no la consideraban una más. Aun así, se sentía apreciada e integrada en el funcionamiento de aquella casa que empezaba a considerar su hogar. Sus clases, su trabajo, sus charlas con doña Angustias y la benevolencia del señorito, con el que había vuelto a charlar en alguna que otra ocasión, hacían que se encontrara muy a gusto entre esas cuatro paredes.

Aquel primer sábado que había quedado con Manu, él no apareció. Elvira estuvo esperando más de media hora y al ver que no llegaba, desanimada, regresó a casa. A partir de ese primer día, cada jueves, a través de Rita, le daba el recado de que lo esperaría el sábado siguiente en el mismo sitio, pero al llegar el momento, él no aparecía. Después, cuando Rita volvía a hablar con él, siempre le ponía una u otra excusa por la que no había podido acudir. Su amiga, de forma sutil, le dejaba entrever que quizás aquel no era el mejor muchacho en quien fijarse, aun así, Elvira, para quien Manu era su primer amor, no dudaba en rechazar sus argumentos.

Después de resistirse semana tras semana, Manu por fin confirmó que acudiría a la cita. De la gran nevada del día de Navidad solo quedaba la crueldad de un frío que obligaba a la muchacha a moverse a saltitos para paliarlo. Estaba aguardando a que su *novio* apareciera pateando con un pie y con el otro en el suelo para entrar en calor cuando oyó:

—Vaya, Elvira, qué guapa estás —Soltó el joven a modo de saludo retirando de la comisura de los labios el cigarrillo de picadura que fumaba—. Se ve que trabajar con ricos te sienta bien —añadió mirándole descaradamente las piernas.

—Gracias. —Fue inevitable, se ruborizó. Como acto reflejo, se retocó discretamente el pelo, coqueta—. Tú también estás muy guapo —se atrevió a decir.

—¿Cuándo tienes que estar de vuelta?

—¿En la casa? A las diez.

—¿Y en la tuya? —preguntó a la vez que le rodeaba los hombros con el brazo.

—Como muy tarde a las siete y media —contestó mirando a un

lado y otro para asegurarse de que nadie los veía.

—Tenemos tiempo.

—¿Has planeado algo?

—Pues sí. Como hacía mucho tiempo que no nos veíamos, le he pedido a un amigo que me deje la llave de su casa… para estar un rato a solas.

—No sé, Manu. No me parece bien —hizo amago de separarse de su brazo, pero él la asió con energía impidiéndole alejarse de su lado.

—¿Por qué no, mujer? Somos *novios*, ¿no es cierto? —La estrechó con más fuerza contra su cuerpo—. Lo lógico después de tantos días sin verte es que quiera tenerte solo para mí —elevó la comisura de sus labios y la miró de arriba abajo—. Tengo ganas de darte un beso como te mereces.

—Pero… solos en una casa…

—Tranquila, no va a pasar nada que no quieras que pase.

Elvira confió en él. Estaba enamorada y, ya se sabe, el amor es ciego, sordo e imbécil.

Consiguió escurrirse del abrazo de Manu, aunque no sin esfuerzo, y que caminara a una distancia *decente* de ella, hacia su *destino*.

Elvira se sintió desvanecer cuando vio el lugar al que la llevaba Manu. Más que un piso, aquello era un cuchitril. Nada más entrar en la portería, oyó un chasquido a sus pies. Al mirar al suelo, descubrió una cucaracha negra aplastada bajo la suela de su zapato. Un escalofrío producido por la náusea le recorrió el cuerpo, sin embargo, siguió avanzando tras los pasos de Manu. Subió los dos pisos tratando de ignorar el olor a fritanga y a orina antigua y, a pesar de su creciente aprehensión, continuó andando. Una capa mugrienta de algo indefinido impedía descubrir el color de la puerta por la que iban a pasar. Aun así, la joven hizo de tripas corazón y atravesó el quicio. Antes de encerrarse en aquel sitio, se oyó el grito airado de una mujer seguido de lo que sonó como un bofetón que la dejó helada. ¿Dónde la estaba metiendo su *novio*?

El interior no era mucho mejor que lo que había visto —y olido— hasta el momento. El minúsculo espacio era un caos de platos sucios y ropa revuelta. A un lado un arco daba a una cocina del tamaño de una caja de zapatos; a su lado una mampara separaba el comedor del retrete y en frente de la entrada, una puerta estrecha daba a lo que ella imaginó que sería el dormitorio.

—No es gran cosa —confesó Manu con un chasquido de lengua— pero por un rato es todo para nosotros solos.

—Manu, no me gusta estar aquí —confesó acobardada sin atreverse a apoyarse en ninguna superficie de aquel antro—. ¿Por qué no vamos a tomar un chocolate caliente a alguna cafetería?

—Nena, ¿cómo vas a preferir un chocolate caliente a lo que tengo

pensado para nosotros? —E hizo un gesto obsceno que inquietó todavía más a Elvira.

—En serio, Manu, vámonos. —Giró sobre sus talones dispuesta a irse.

—No —espetó Manu acercándose a ella de forma amenazante—. Nos quedaremos un rato aquí, a pasarlo bien.

—Manu, quiero que nos vayamos —rogó más que expuso.

—Y yo que nos quedemos. Así que ya sabes —la cogió por los brazos y la besó de forma salvaje.

Ella trató de soltarse y como consecuencia, lo único que consiguió fue que los dedos de su *novio* se le clavaran con más fuerza en el brazo. El miedo ya estaba empezando a hacerse fuerte en su pecho.

A tirones, Manu le quitó el abrigo. Sin el estorbo de esa prenda, empezó a magrearle las nalgas con manos poco amables.

—Manu, no.

—No digas que no, mujer. Si te va a gustar, ya verás.

—Manu, has dicho que…

—Sé que te va a gustar. Deja que haga lo que quiero hacerte, ya verás que bien lo vamos a pasar.

—Por favor, deja que me vaya —suplicó muy asustada y al borde de las lágrimas.

—Ahora no, ya te irás después —tomó con violencia una de sus manos y la dirigió a su bragueta. Un bulto duro y caliente la recibió— ¿Ves?, todo esto es para ti, nena.

Presa del pánico, Elvira ya no pudo retener el llanto. Intentaba escapar del agarre de Manu sin conseguir apartarlo ni una micra. Mientras, él tenía sus muñecas agarradas con firmeza con una mano y con la otra le subía la falda para toquetearle la entrepierna.

—No, por favor. Deja que me vaya, Manu, por favor —sollozó luchando por huir.

—Anda tonta, si lo vas a disfrutar mucho. —Y la besó metiéndole a la fuerza la lengua en la boca. El olor a tabaco y alcohol que desprendía su aliento, le produjo una arcada.

Desesperada por huir de aquel lugar y de Manu, Elvira se atrevió a morderle el labio. En respuesta, recibió un bofetón que le giró la cara, que al instante sintió arder. El miedo la superó y se le escapó un chillido que le valió otra bofetada todavía más enérgica. En ese momento, y aun a pesar del pavor que sentía por recibir otra más, siguió luchando por liberarse de los brazos opresores de Manu.

—¡Zorra, calla! Todas sois iguales: unas calientapollas. Llevas meses detrás de esto y ahora que te lo doy, te haces la estrecha. Pero a mí no me vas a dejar con este calentón, puta. Te voy a follar hasta que se te salgan los ojos.

Cumplió su promesa con creces. Elvira perdió su inocencia y su fe

en la humanidad en aquel antro de mala muerte, a manos del hombre que ella había creído que la quería y la respetaba, pero que en lugar de eso la había ultrajado de la peor manera dejándola rota por dentro y por fuera.

***

Pepa dio un grito de horror cuando la vio aparecer en casa. Su abrigo arrugado, su cara magullada y el hilillo de sangre que se adivinaba en sus piernas no presagiaban nada bueno.

—Pero hija mía, ¿qué te ha pasado? —preguntó yendo a su encuentro.

Al escuchar los chillidos alarmados de su mujer, Isidro salió de la habitación, donde estaba descansando.

—Nada, madre. Me he caído —mintió, escondiendo en una débil sonrisa todo el asco y la vergüenza que sentía por sí misma.

—Deja que te mire. ¿Estás herida? —dijo Pepa solicita, empezando a palparle por todas partes.

—Madre, por favor, estoy bien. No se preocupe —al quitarse el abrigo su aspecto empeoró; su ropa presentaba un estado lamentable.

—Pero, ¿cómo quieres que no me preocupe si estás hecha un cristo? Deja que te vea.

—No, no hace falta —la apartó delicadamente, pero con contundencia—. Deje que me lave y me adecente y estaré bien, se lo aseguro.

—Anda pasa al lavabo. Si necesitas cualquier cosa, me lo dices.

Isidro, que permanecía en silencio, la miró con desconfianza. Una caída no explicaba el estado maltrecho que mostraba Elvira. Cuando la muchacha pasó por su lado de camino al baño, la cogió por la muñeca y le dijo:

—¿Estás segura de que te has caído, niña? —estaba claro que no la creía.

—¡Pues claro, padre! —río, tratando de disimular su desazón—. ¿Cómo no voy a estar segura? —pero bajó la mirada al suelo convencida de que su padre sospechaba que ahí había algo más.

—Ve, arréglate esas pintas —ordenó Isidro—. Ya nos explicarás qué clase de batacazo te has dado para quedar de esta guisa.

Se escabulló en cuanto su padre soltó su dolorido brazo. Una vez a solas en el pequeño lavabo, volvió a llorar, como había hecho durante su camino de regreso. Le daba miedo mirarse en el espejo, pero sucumbió a la tentación. No debería haberlo hecho. En ese momento entendió desesperada, el recelo de su padre. Una gran marca, que evidenciaba unos dedos en los bordes, cubría su mejilla izquierda. Los ojos, rojos e hinchados hablaban de un desesperado llanto. La ropa

manchada y con un par de desgarros diminutos… y lo peor de todo, las medias destrozadas con sangre reseca en el interior de las piernas. Quiso morirse en ese momento. Estaba aturdida, triste, enfadada, aterrorizada, hundida, avergonzada, y también furiosa… Se culpaba por haber sido tan confiada; por haber depositado sus ilusiones en ese chico del que Rita siempre le había estado advirtiendo. Tener la seguridad de que parte de lo ocurrido era culpa suya por haberse dejado convencer, a pesar de lo que le gritaba su juicio, la estaba destrozando.

Esforzándose por contener las lágrimas, empezó a limpiarse. Primero despacio, después con rabia. Se frotó intentando desprenderse de toda la angustia y el despecho que se habían hecho hueco en ella. Las medias, enganchadas a sus muslos por una liga sanguinolenta, se resistían a salir y tuvo que tirar de ellas para separarlas de su piel. Su sexo le dolía, le ardía, le palpitaba… Se lo frotó con furia, utilizando una toalla y desoyendo las punzadas dolorosamente atroces que sentía al hacerlo; se lo tenía merecido por idiota, pensó ella en ese instante. Lo último a lo que le dedicó su atención fue al cabello. A fuerza de tirones, consiguió desenredarlo para que tuviera un aspecto más o menos aceptable. Cuando volvió a mirarse al espejo, su imagen había mejorado un poco, aunque no lo suficiente para su gusto. Aun así, decidió echarle valor. Tomó aire profundamente con los ojos cerrados, giró el cuello a un lado y a otro para desentumecerlo y salió a reencontrarse con sus preocupados padres. Ambos la miraron de arriba abajo, estudiando con mayor detenimiento el golpe de la cara. Pepa cerró los ojos negando con la cabeza mientras que Isidro no dejó de observarla hasta que se sentó a la mesa.

—¿Estás segura de que estás bien? —insistió su madre.

—Deja a la chica —sugirió Isidro con voz helada—. Si ella dice que se ha *caído* —remarcó— tendremos que creerla.

Su madre le prestó unas medias; con el tiempo que hacía fuera no podía llevar las piernas al aire sin riesgo a resfriarse. Mientras se las ponía en la que hasta hacía poco había sido su habitación, Pepa no dejaba de observarla, tratando de descubrir, sin éxito, si realmente era grave o no lo que le hubiera pasado.

Como se estaba haciendo tarde, las dos mujeres prepararon en silencio tres bocadillos de pan de barra con tomate y chorizo, los envolvieron en papel de estraza y salieron con Isidro a la calle, con dirección a Rambla Cataluña. No habían avanzado ni dos manzanas desde su casa cuando vieron aparecer a Antón. Andaba tambaleante, con una sonrisa ebria en la comisura de los labios y los ojos inyectados en sangre.

—¿De dónde vienes tú así? —bramó Isidro, zarandeándolo—. Mañana tienes que trabajar. Anda, ve a casa y duerme la mona.

—Estábamos celebrando la despedida de soltero de Nicomedes —se justificó, arrastrando las palabras—. El muy tonto se casa mañana porque ha dejado preñada a la parienta.

—No hables así —lo reprendió su madre con el ceño fruncido—. No me gusta que hables de esa manera, y menos delante de tu hermana.

Él la miró con malicia, como si supiera algo que los demás desconocían.

—¡Uhhh! Cuidado que la niña se puede ofender.

—¡Vete a casa! —espetó Isidro indignado—. ¡Ya!

Antón hizo un amago de saludo militar para despedirse y se marchó, tan tambaleante como cuando se encontraron con él. Con preocupación, tres pares de ojos lo siguieron mientras se alejaba. A ese chico no había manera de enderezarlo y bien que lo intentaban. Por suerte, todavía no había hecho nada desastroso en la fábrica y conservaba su trabajo, pero ¿cuánto podía durar esa situación si seguía por ese camino? Con un suspiro de resignación, Isidro las animó a retomar el viaje. Elvira, a pesar de lo dolorida que estaba, anduvo como si tal cosa, aparentemente relajada, comentando lo que se encontraban a su paso y explicándoles alguna anécdota que se le hubiera quedado en el tintero durante la comida del medio día.

Se despidieron con un beso y la cara preocupada de sus padres frente a los portones cerrados del elegante edificio donde trabajaba la muchacha. Ninguno de sus progenitores se tragaba la historia que les había contado, pero ellos sabían que era una buena chica y que nunca mentía, así que tendrían que darla por buena.

La reacción de doña Angustias al verla tras abrir la puerta fue parecida a la de sus padres: de sincera preocupación. La niña debía haber tenido un accidente porque la veía mal, y no solo en el aspecto físico; sus ojos estaban más tristes, más apagados y su voz sonaba desgastada.

—¿Qué te ha pasado, chiquilla? ¿Te ha arrollado un tranvía?

—No se preocupe por mí doña Angustias, no ha sido nada grave, una caída. Estoy bien, en serio. Pero no le diga nada al señorito, por favor —pidió al oír amortiguada por las puertas esa música tan seria que solía escuchar su jefe—. No vale la pena que se preocupe por esta tontería.

—De acuerdo, no se lo diré. Pero tú, ahora mismo, te metes en la cama a descansar. No traes buena cara.

Ella se lo agradeció con un abrazo. Necesitaba el consuelo de un hombro amable. ¡El secreto que guardaba era tan grande! Y había tanto dolor y vergüenza en su alma…

***

Los días se sucedieron sin que el estado de ánimo de Elvira mejorara ni una pizca. Era una mujer marcada, perdida y se sentía sucia. A pesar de ello, de cara a la galería continuó fingiendo que nada había ocurrido, que era la misma chica abnegada y trabajadora de siempre, y comportándose en todo momento como se esperaba de ella. Limpiaba, cocinaba, hacía los recados que le encomendaban… A ojos de los demás, todo parecía igual que antes. Solo ella sabía que no era así. Que la muchacha que había ido ilusionada a trabajar a esa casa había muerto en manos de un desaprensivo, en un antro de mala muerte.

Poco a poco, sus erosiones fueron cicatrizando. El golpe de la cara, que había cambiado de colores por momentos, apenas era ya visible. Solo su corazón conservaba una herida tan profunda que dudaba que algún día cicatrizara. Había perdido la ilusión… y la esperanza. Ya no quedaba en ella nada de la chica alegre que un día fue.

Pasados tres meses desde aquella fatídica tarde, y para su desconsuelo, tuvo que terminar aceptando que el momento más horrible de su vida dejaría de ser un secreto.

El primer mes que no *fue mujer*, lo achacó al disgusto. El segundo, a los nervios… Ese tercer mes ya no tenía excusa que lo justificara. Estaba encinta. Embarazada por culpa de un mal hombre que se había aprovechado de ella y la había tratado como a una vulgar ramera. De momento sentía una relativa tranquilidad; su apariencia apenas había cambiado. Además, y por suerte, no había sufrido de nauseas matinales más que en un par de veces y ambas ocasiones las justificó con la excusa de que no le había sentado bien la cena de la noche anterior. De momento estaba a salvo. De momento…

Ese sábado tomó la decisión. Tenía que hablar con Manu y exponerle lo que le pasaba.

Dedicó la mañana a cambiar las sábanas y airear las mantas, que ya empezaban a sobrar. Después ayudó con la comida y, antes de salir para la Barceloneta, recogió la mesa, fregó los platos y le preparó un café a doña Angustias y otro al señorito Bernat.

La tarde era clara y hasta demasiado calurosa para el mes de abril que corría. El camino se le hizo eterno. Cargaba una losa sobre sus hombros que le resultaba muy difícil llevar. Además, le asustaba la reacción de Manu al saber que la había dejado embarazada. ¿Y si la volvía a pegar? Pero estaba convencida de que no tenía más remedio que hablar con él. También era su hijo y debía saber que venía de camino.

El jueves anterior, había informado a sus padres de que ese día llegaría más tarde que de costumbre; el pretexto para su demora fue que en la casa la necesitaban hasta las seis. Así que tenía hasta esa hora para hablar con Manu, exponerle su problema y tratar de

convencerlo de que se responsabilizara de lo que había hecho.

Lo primero que hizo al llegar a la Barceloneta fue ir en busca de Rita. No quería enfrentarse sola a Manu. No podía. Le aterraba la simple idea de estar a solas con él. Rita sería su apoyo, su escudo. Al ser sábado por la tarde, la portería estaba desierta, por lo que enfiló las escaleras para llegar a la buhardilla, que era donde vivía la familia de su amiga. Se le escapó una sonrisa triste mientras subía peldaño a peldaño. Ese edificio era muy diferente la del señorito. Allí, la música que se escuchaba tenía un sonido nítido, elegante, envolvente. En cambio, el que se escapaba por aquellas ventanas era estridente y distorsionada por culpa de la mala recepción de las radios que la emitían.

—Elvira, ¿qué haces tú aquí a estas horas? —le preguntó Rita asombrada al verla en su casa.

—He venido a verte. —La seriedad de su rostro reflejaba el terremoto que se desarrollaba en su interior.

—Anda, pasa —la invitó abriendo más la puerta—Mamá, mira quien ha venido.

Como siempre le ocurría, Elvira se sorprendió del trato que Rita daba a sus progenitores. A ella jamás se le ocurriría hablarles como a amigos; les debía el respeto que ellos le exigían.

Saludó a los padres de su amiga con dos besos y después las dos chicas se escondieron en la habitación de Rita.

—Elvira, chica, cada día tienes peor cara.

—¿De verdad? —preguntó alarmada tocándose las mejillas.

—Pues sí. Estás más delgada. Yo hubiera dicho que en casa de un ricachón comerías hasta hartarte, pero parece que no es así.

—No es por eso. Como mucho, muy bien y cosas muy ricas —aseguró sentándose sobre la colcha.

—¿Entonces? —preguntó su amiga, sentándose a su lado.

—¡Ay, Rita! Tengo algo terrible que contarte. —Pronunció en tono apesadumbrado.

—No me asustes. ¿Te han despedido?

—No. —Negó con la cabeza lentamente.

Durante más de media hora, Elvira le estuvo exponiendo los detalles más sórdidos de lo que había pasado aquella terrible tarde de enero, provocando en su amiga una expresión cada vez más escandalizada y preocupada. Cuando acabó su relato, Rita se había quedado sin habla, impactada por la gravedad de lo que había escuchado.

—Pero eso es terrible —aseguró cuando recuperó el hablar— ¿Cómo estás? ¿Cómo no me habías dicho nada antes?

—No podía Rita. ¡Es tan humillante y vergonzoso! —Bajó la mirada al suelo—. Yo me lo busqué.

—No digas tonterías —espetó enfadada su amiga—. Él no tenía ningún derecho a forzarte y si te lo dijo fue para justificarse; para que le pesara menos la culpa… si es que tiene la decencia de sentirse culpable.

—Todavía hay más— confesó abrumada sin alzar los ojos.

—¿Más? ¿Qué más te ha hecho ese malnacido? —De repente abrió los ojos alarmada llevándose la mano a la boca—. No. Dime que no, por favor. Dime que no estás… —el silencio de Elvira le confirmó sus sospechas.

***

Salieron cogidas del brazo en busca de Manu. La una arrastrando su desánimo, la otra su indignación. Aquel hombre era un canalla, sin duda, pero era el causante de los males que sobrevolaban la cabeza de Elvira y debía, no, tenía que responsabilizarse de lo que había hecho.

Le buscaron por todos los rincones del barrio. Bares, tascas, garitos… lo encontraron en uno de ellos, de pie, armando jaleo alrededor de un tonel de vino enorme que hacía las veces de mesa, flanqueado por su grupo de ruidosos amigotes. Sobre la superficie se amontonaban vasos vacíos y platos con restos de comida. Reía a carcajadas por la ocurrencia de alguno de sus acompañantes. De espaldas a la puerta, no las vio hasta que alguien le hizo notar su presencia. Con socarronería las recorrió de arriba abajo con la mirada antes de guiñarle un ojo a uno de sus acompañantes.

—Parece que le gustó —comentó como si tal cosa. Después se echó a reír y contagió a sus camaradas con sus risotadas.

Dolor, vergüenza, rabia, determinación y una falsa entereza recorrieron el rostro de Elvira. En el de Rita solo se podía leer asco y desprecio. Las dos jóvenes permanecieron inmóviles, esperando a que aquella cuadrilla de individuos terminara con sus carcajadas histriónicas y desmedidas. Cuando los notaron más calmados, se hicieron una señal entre ellas y Elvira habló al fin.

—Manu —su voz parecía serena a pesar de que sus rodillas no dejaran de temblar—, ¿podemos hablar un momento, por favor?

—Y hasta dos, nena —girándose hacia donde estaban los demás, añadió con lascivia—. No me esperéis que esto puede llevarme un rato.

Las dos muchachas salieron con rapidez al exterior. Aquel *local*, si es que merecía ser llamado así, no parecía muy recomendable para que ellas permanecieran dentro más tiempo del estrictamente necesario. Lo esperaron en la esquina siguiente, lo más apartadas que pudieron de la entrada, pero a la vista para que a Manu no le costara trabajo encontrarlas nada más poner un pie en la calle.

Al verlas, fue a su encuentro con toda la chulería de la que era capaz. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta de pana, andares lentos, ojos depredadores y un cigarrillo colgando de la comisura de los labios, llegó hasta ellas.

—Y bien, gatita ¿has venido a por más? —preguntó con ironía a un paso de las chicas.

Rita hubiera sacado sus uñas, bien afiladas para él, de no ser por la gravedad de lo que las había llevado allí.

—Ni loca —escupió Elvira apretando los puños de pura rabia.

—¿Me traes a tu amiga para que compruebe de lo que soy capaz? —miró codicioso a la aludida antes de dar una fuerte calada al cigarrillo con la que casi lo acabó.

—No. Nunca le haría algo así a alguien que quiero —renegó frunciendo el ceño, asqueada, con la voz amortiguada por el sonido de un autobús que pasaba a escasos metros de donde se encontraban.

—Entonces, ¿qué puñetas quieres? —Espetó con tanta frialdad que congeló el ambiente que los separaba, ya de por sí helado.

—Estoy embarazada —soltó ella de golpe.

Por un segundo, los ojos de Manu reflejaron miedo, asombro e incertidumbre. Solo un segundo se concedió para tal debilidad. Pasado ese instante, irguió los hombros y su rostro se tornó sombrío y duro a la vez.

—¿Y a mí qué me cuentas? —lanzó con maldad, cambiando el peso de una pierna a la otra—A saber de quién es ese bombo. No pretenderás que crea que es mío, ¿no?

—¡Pues claro que lo es! —exclamó Elvira indignada, apretando los dientes. Rita, al ver su intención, la sujetó por el brazo para evitar que lo golpeara.

—¿Y quién lo dice?, ¿tú?

En ese momento habría sido Rita la que le habría dado un buen puñetazo en esa cara de chulo desgastado que tenía, pero se resistió a la tentación.

—Sí, lo dice ella. ¿No te atreverás a dudar de su palabra después de lo que le hiciste? —dijo en lugar de dejar que su puño hablara por ella.

—Tú que sabrás de lo que pasó allí —señaló despótico apoyándose en la pared que tenía a su espalda y liándose un nuevo cigarrillo—. Te recuerdo que tú no estabas allí y no sabes más que lo que te ha contado ésta —señaló a Elvira con la barbilla—. Y para tu información, lo estaba deseando. Solo le di lo que quería.

—¡Te dije que no! —gritó exaltada Elvira, a lo que su amiga contestó con una mirada de aviso para que bajara la voz. Solo faltaba que alguien más se enterara de aquella desdicha.

—¡Va! —Se mofó—. Todas decís lo mismo. Es lo que os toca. Pero

lo estáis pidiendo a gritos. Tú la primera.

—Yo no quería, no. Me dio asco. Me hiciste daño. Me… —a pesar de la lucha contra las lágrimas, éstas le ganaron la batalla.

—Mira, ¿cómo era tu nombre? —dudó, golpeándose la barbilla con el índice— … ¡Elvira, eso era! No voy a discutir más. Tú dices que es mío y yo no te creo. —Dio una calada al pitillo que acababa de enrollar—. Es tu palabra contra la mía. A saber cuántos más se han metido bajo tu falda. No voy a cargar con las culpas de algo que no sé si he hecho.

—¡Eres un malnacido! —lo insultó Rita adelantando el cuerpo en su dirección.

—Cuidadito, nena. A ver si voy a tener que ponerte en tu lugar. —La advirtió alzando el dedo índice.

—Si le tocas un solo pelo, te castro —amenazó Elvira con las uñas en posición de ataque.

—¿Tú y cuántas más? —El miserable esbozó una sonrisa condescendiente y tiró la colilla al suelo. Al pisarla con saña añadió— Ten cuidado. Ten mucho cuidado con lo que dices o haces o lo lamentarás.

—Vámonos, Elvira, con tipos como este es mejor mantener las distancias, no vaya a ser que nos infectemos respirando el mismo aire que él —pidió Rita mientras tiraba del brazo de su amiga—. Es un desgraciado al que algún día alguien dará su merecido.

—Eso, largaos de mi vista. Si alguna vez nos cruzamos por la calle, no os molestéis en saludar, niñatas de mierda.

Se separó de la pared en la que estaba recostado y se acercó peligrosamente a ellas con intención de volver a amenazarlas. Por suerte, el chirriante sonido de un claxon le hizo levantar la mirada para encontrarse de cara con un amigo que le llamaba desde una motocicleta parada frente a los tres.

—Manu, ¿te vienes a jugar una timba de cartas a lo del cojo? —preguntó el joven ajeno a la tensa conversación que mantenía el trio.

—Sí, venga. Espérame un momento, acabo con esto y voy contigo —le dijo a su colega. Luego se giró hacia ellas, las miró con desprecio y, enseñándoles los dientes apretados rezongó con voz feroz—. Ni se os ocurra ir pregonando esta mentira por el barrio. En cuanto a lo del chiquillo, que te vaya bien y lo críes con salud —soltó como burla.

Después fue hasta el bordillo, levantó la pierna derecha para pasarla por el sillín de la moto, se sentó mirándolas de forma retadora y, dándole un golpecito en el hombro a su amigo para que se pusiera en marcha, desapareció calle arriba.

Las rodillas aún le temblaban cuando llegó al portal de su casa. Rita había insistido en acompañarla, dado el estado de nervios y preocupación en el que se veía inmersa.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó llorosa por enésima vez desde que Manu las había dejado—. No puedo decirles a mis padres que…

—Elvira, tarde o temprano se darán cuenta —le recordó haciendo valer la lógica—. Cuanto más tardes en explicárselo, peor será.

—Pero, ¿qué les voy a contar? —Sollozó.

—La verdad. Ese tal Manu necesita un escarmiento y estoy segura de que tu padre lo va a poner firmes.

—¿Y si no me creen? —preguntó asustada—. Ya has visto lo que ha dicho él: es su palabra contra la mía.

—Tus padres te conocen, Elvira. Saben que eres una buena chica y que nunca harías nada indecente.

—No sé… yo lo acompañé… además… no quiero estar con Manu. Me dé miedo lo que pueda hacerme si le obligan a cargar esto —confesó acariciándose la barriga aun plana.

—Mira, en eso te entiendo —descansó la palma de la mano en el hombro de Elvira—, pero no tienes otra salida.

Se despidieron con un abrazo. Rita era su mejor amiga, la única a la que se había atrevido a exponer lo que le había ocurrido y la situación derivada de aquello en la que se veía. Rita la creía, la respaldaba y había sido tan valiente como para acompañarla a ver a ese sujeto desalmado que la había desgraciado para siempre. Y a pesar de todo eso, no iba a hacer caso a su consejo, lo sabía. Ocultaría su desgracia hasta que fuera evidente y entonces ya vería cómo salir de ese atolladero.

Capítulo 4

—Chiquilla, cada día tienes más hambre —apuntó divertida doña Angustias una tarde de mayo durante su clase—. Diría que hasta estás echando panza.

Elvira levantó asustada la vista de la libreta en la que la tenía fija, dejando el trozo de pan con aceite y azúcar que se estaba comiendo suspendido en el aire.

—Mujer, no te asustes —intentó tranquilizarla la buena mujer—. Es normal que cojas un poco de carne. Aquí comes cosas con mucha sustancia y eso ayuda.

—Intentaré no… —dijo dejando la rebanada aceitosa en el plato que tenía al lado.

—¡Qué no, muchacha! Está bien que comas. Estás en buena edad —entrecerró los ojos al mirarla con intención de estudiarla con detenimiento—. Pero sí que es cierto que estás perdiendo cintura y tampoco queremos quitarte tu gracia natural, ¿verdad?

En ese momento, Bernat pasó por detrás de ellas de camino a la salida de casa.

—Me marcho —informó a nadie en particular—. No creo que venga a cenar. He quedado con unos amigos y tal vez me entretenga.

Elvira lo miró con disimulo. Siempre que lo veía o que tenía el privilegio de compartir un rato con él, le pasaba lo mismo. Sin conocer la razón, se alteraba. No se podía negar que Bernat era un hombre muy atractivo… mucho, mucho. Atractivo, distinguido, buen conversador… de hecho, ya no le parecía tan viejo como al principio. Al fin y al cabo, tenía treinta años, solo trece más que ella, y encima estaba soltero… Se regañó por la idea insólita que la desesperación le había empujado a pensar. Era una de las mayores locuras que… No, era mejor arrancar de su cabeza algo tan descabellado. Pero su situación era tan angustiosa que cualquier posible salida, por absurda que pareciera, era una opción.

—Pásalo bien, Bernat. Disfruta, que siempre estás trabajando y te mereces divertirte con tu cuadrilla —le animó el ama de llaves.

—Qué se divierta —balbució Elvira como despedida mientras lo seguía con la mirada y volvía a coger la merienda sin darse cuenta.

—Sed buenas en mi ausencia —bromeó él frente al espejo echándose un último vistazo antes de salir.

—Y tú malo —le guiñó un ojo Angustias, llevándose como recompensa a esa sugerencia una falsa mirada de censura por parte de su jefe.

—¡Angustias! —exclamó fingiéndose escandalizado.

—Anda, ve y diviértete. Te dejaré un vaso de leche sobre tu mesita de noche para cuando vuelvas.

—Gracias, Angustias —volvió sobre sus pasos y depositó un silencioso beso en su frente. Luego miró a Elvira—. Estudia mucho que tienes a la mejor maestra del mundo.

Lo vieron salir de casa cada una con un sentimiento diferente: Angustias de orgullo y cariño, Elvira… no podía definirlo.

Aquella tarde, a pesar de haberse prohibido pensar en ello, la idea fue cuajando en su cabeza. No tenía claro que aquello tuviera un buen fin, pero siendo el señorito un caballero y además nada dado a la confrontación, quizás no sería un plan tan terrible. Mientras fregaba los platos de la merienda, después de la clase, su mente no paraba quieta. Estaba claro que tenía que buscar una rápida solución a su *problema*. ¡Hasta doña Angustias lo había notado! Todavía no comprendía cómo sus padres no se habían dado cuenta. Además, el buen tiempo exigía aligerarse de ropa y por más disimulo que le echara al asunto, el caso era que aquello cada vez resultaba más evidente.

La ansiedad, el miedo a la reacción de sus padres, la preocupación por su futuro y el del niño provocaban que el pensamiento que iba fraguándose a fuego lento en su imaginación cada vez le pareciera más factible de llevar a cabo. En definitiva, ¿qué perdía? Bueno, tal vez el trabajo, pero eso ya lo daba por hecho. ¿Cómo iba a conservarlo con un bombo que le llegara a la nariz? ¡Y ya con el crio ni habláramos! No sabía muy bien cómo enfocaría el asunto, no pensaba mentir. Aunque si se mantenía en silencio sobre el *autor de los hechos*, tal vez sus padres darían por sentado que el culpable de su estado era Bernat. Su familia desconocía la existencia de Manu y el único hombre que ellos creían que la trataba era su jefe. Sabiendo de primera mano cómo era su padre, sumaría dos más dos y llegaría a la conclusión de que el señorito había ejercido su *derecho de pernada* con ella dejándola embarazada. No le parecía bien hacerle algo tan ruin a su jefe, ese que siempre la trataba con corrección, con amabilidad y hasta con cariño. Era una jugarreta la que le tenía preparada, una encerrona. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No veía otra solución, al menos ninguna que fuera realmente buena, y si esa mentira por omisión le salía bien, quedaría absuelta de toda culpa. Era de todos sabido que los señoritos se aprovechaban de sus criadas, ¿no?

Así que esperó al sábado siguiente nerviosa, pero decidida. El jueves previo no pudo ir a su casa porque doña Angustias volvía a sentirse mal. Sabía que sus padres se preocuparían, pero ya tendría tiempo de explicarles lo que había pasado… y de paso, y ayudada por el clima que iba mejorando a pasos agigantados, se dejaría ver con

menos ropa que le cubriera el abdomen. Ya empezaba a ser evidente que estaba creciendo y no precisamente por los bocadillos de tortilla francesa que comía. Sus padres se darían cuenta, estaba segura. Ella no lo manifestaría abiertamente, pero dejaría intuir que el señorito se había extralimitado y de ahí…

Deseaba más que nada en el mundo que todo aquel engaño llegara a buen puerto. La alternativa, era impensable. Estaba convencida de que especialmente Isidro pensaría que ella tenía su parte de culpa si le hablaba de Manu. Esperar que creyera que la había forzado era demasiado arriesgado. Muy al contrario, su padre podía imaginar que ella se había dejado hacer, obnubilada por el espejismo de amor. Y si llegaba a esa conclusión la echaría de casa con cajas destempladas y no los volvería a ver en lo que le restara de vida. Sin hogar al que volver y sin trabajo ¿qué pasaría con ella y con su hijo? No, definitivamente, tenía que conseguir que, sin decir nada en concreto, ellos acusaran a Bernat. "Pobre Bernat" pensó en un momento de arrepentimiento. Pero esa idea desapareció pronto.

En la casa grande intentaba disimular sus formas —especialmente después del comentario que había hecho doña Angustias— con camisas anchas, que dejaba colgando por fuera de la falda, para que le taparan lo máximo posible. Aun así, si no tenía cuidado, quedaba en evidencia una redondez que no estaba allí cuando entro a trabajar para ellos.

Y por fin llegó el sábado. El ama de llaves había mejorado notablemente en esos dos días y la animó a que se fuera, so pena de que sus padres aparecieran por la casa preocupados por ella.

—Estaré bien, no te preocupes, muchacha —aseguró la mujer empujándola hacia la puerta.

—¿Seguro, doña Angustias? —preguntó pesarosa, a pesar de las ganas que tenía de poner en práctica su plan.

—Anda, vete ya —le acarició la mejilla cuando ya estaban en la puerta—. Disfruta de la tarde con los tuyos y no llegues tarde por la noche para que no me inquiete.

—Como usted diga. Pero haga el favor de descansar. Ya recogeré yo todo lo que haya por el medio cuando vuelva.

—Eres una buena chica, Elvira —le sonrió todavía con su mano sobre su cara—. Me alegro mucho de que estés con nosotros. Mucho.

—Y yo también doña Angustias —sintió clavarse en mitad del pecho la puñalada del arrepentimiento y aun así, la ignoró.

—¿Lo llevas todo? —Elvira asintió— ¿Has cogido el trozo de queso que corté para tus padres? —miró la cesta que llevaba en el brazo y volvió a asentir.

—Bien, pues hasta la noche.

—Hasta la noche, doña Angustias.

—¿Te vas ya? —Bernat apareció por la puerta acristalada que separaba la entrada de la sala.

—Sí señorito —contestó bajando la mirada al suelo para evitar que la viera ruborizarse.

—Pues pásalo bien con tu familia.

—Gracias, señorito —dijo sin levantar los ojos.

Bernat desapareció igual que había llegado, sin hacer ruido; Elvira se fue con el alma dividida entre la culpa por la traición que estaba a punto de cometer y la esperanza de que su plan tuviera éxito.

Cada paso hasta la casa de su familia lo vivió como una tortura. Le resultaba imposible disfrutar de la calidez de la tarde, de la alegría que se respiraba a su alrededor propiciada por la primavera, que había llegado benévola después de un invierno frio y cubierto de más nieve de la que se recordaba en años en Barcelona. El bullicio de las calles, el piar de los pájaros con su cántico nupcial, los coches que la obligaban a detenerse en las aceras… nada llamaba su atención. Su mente estaba fija en un único pensamiento: ¿qué pasaría cuando sus padres descubrieran su embarazo?

Enfiló su calle como si de una montaña se tratara. Un último esfuerzo. La incertidumbre por delante, la vida tal y como la había conocido quedaba atrás. Antes de subir los peldaños angostos y desiguales de la escalera —irónicamente parecidos a su realidad—, hinchó los pulmones del aire cargado de salitre que se respiraba en aquella zona de la ciudad, deseando que la bravura del mar que quedaba a pocos metros de donde se encontraba entrara en su sangre y le diera el coraje que necesitaba para lo que se le venía encima.

Los olores conocidos de la portería no consiguieron tranquilizarla, más bien todo lo contrario. Tuvo que detenerse un par de veces para cargar sus pulmones de aire antes de que la puerta del diminuto piso en que vivía su familia quedara frente a ella. Cerró los ojos encomendándose al cielo, se arregló la ropa, asegurándose de que quedara visible el aumento de su cintura y rozó con los nudillos aquella familiar madera.

Fue su padre quien le abrió mostrándole una enorme sonrisa a la que ella no pudo responder. Tras él, Pepa salía de la cocina con una fuente de rosquillas que acababa de preparar para la merienda. Extrañamente, Antón no había salido esa tarde y alzó una ceja a modo de saludo.

—Madre, aquí le traigo un trozo de queso —destapó la cesta que llevaba inundando la pequeña habitación de su fuerte olor—. Se lo manda doña Angustias.

—¡Qué buena mujer! —dejó las rosquillas sobre la mesa antes de estirar los brazos en su dirección—Anda, niña, ven que te dé un beso.

Con el corazón tronándole en el pecho, se acercó a su madre para

fundirse en un abrazo. Su embarazo chocó con el cuerpo de Pepa antes que ella. Como si la hubieran pinchado, su madre se separó al instante; su cara, un segundo antes alegre y confiada, cambió hasta convertirse en una mueca de horror. La miró. Primero a los ojos, luego a la evidencia de lo que había presentido al estrecharla entre sus brazos.

—¿Qué…? ¿Qué es esto Elvira? —inquirió señalándole el vientre y negando con la cabeza, sin poder creer la evidencia.

—¿Qué pasa Pepa? —Isidro se acercó a ellas, intrigado al ver la reacción de su mujer.

Las palabras se habían quedado atascadas en su garganta. No sabía qué decir. Su padre, situado a su espalda, la cogió por el hombro y la obligó a girarse.

Antón no pareció inmutarse demasiado al ver la escena. Tomó con tranquilidad una rosquilla del plato y le dio un bocado antes de ponerse en pie y unirse a los demás. Los miró uno por uno. Su madre boqueaba presa de la angustia, Isidro se mantenía en silencio, con el cejo fruncido y los labios apretados mientras que su hermana parecía que estuviera a punto de llorar.

—¿Qué pasa con la mocosa? —preguntó mordiendo de nuevo el dulce.

—¿¡Quién es el padre!? —bramó Isidro que parecía no haber escuchado a su hijo— ¡Te juro por Dios que me lo cargo! ¿Quién te ha hecho esto? —señaló con rabia su cintura.

Antón siguió con la mirada el dedo acusador de su padre y fue entonces cuando se dio cuenta del porqué del estupor general.

—¡Eres una perdida! —gritó provocando que algunas migajas se escaparan se su boca—. ¡Puta!

Elvira ya no aguantó más y rompió a llorar de forma desconsolada.

—¡Tú calla! —exigió Isidro dirigiéndose a su hijo —. Y tú ya puedes estar soltando quién es el desgraciado que ha hecho esto.

—¡Dios mío, qué desgracia! —gimoteaba Pepa sin parar.

—¡Puta, puta, puta! —repetía Antón con saña. Ya no era el hazmerreír de la casa, su hermana había caído muy bajo, dejando en simple anécdota la falta de su mano.

—¡Habla! —insistía Isidro zarandeándola por los hombros una y otra vez.

Por mucho que se hubiera estado preparando de antemano, aquello era mil veces peor de lo que hubiera imaginado. Las caras contraídas en una mezcla de vergüenza, dolor y, sobre todo, desprecio fijas en ella… Encima, para su desesperación, la voz se negaba a salir de su cuerpo y no podía poner en práctica el plan de medias verdades y evasivas que había elaborado. Por momentos se sentía cada vez más aterrorizada, más perdida…

De repente, Isidro paró de gritar y se dejó caer sobre una silla llevándose las manos a la cabeza. Pepa, sorprendida por el cambio repentino de actitud de su marido, también paró su letanía de lamentos y lo miró con curiosidad.

Solo Antón seguía y seguía destrozándole el alma con sus insultos.

—¡Calla! —clamó el cabeza de familia con un aullido ensordecedor —. Todos los vecinos te están oyendo y no quiero poner en boca de nadie el buen nombre de esta casa, ¿me oyes?

Al instante, se hizo un silencio todavía más doloroso que los gritos que lo habían precedido. Todos los ojos fueron a parar a la figura de Isidro, sentado en la raída silla de enea con la cara gacha cubierta por sus dedos callosos. Era devastador mirarlo. Era la imagen misma de la derrota. Se lo veía hundido… desesperado. Su única hija, la niña de sus ojos…

Tras un tiempo indeterminado que pareció una eternidad, levantó la cabeza. La alegre mirada que le había dado la bienvenida se había convertido en un pozo profundo y oscuro. Paseó los ojos por la estancia y los detuvo en cada uno de los miembros de su familia. Antón, a pesar de la pesadumbre que amenazaba su buen nombre, tenía un discreto aire de triunfo. Pepa, su querida Pepa, había envejecido cincuenta años en el lapso de un suspiro. Y Elvira, su Elvirita…, que a su pesar mostraba la evidencia de su vergüenza, lloraba desconsolada.

—¿Quién ha sido? —musitó sin fuerzas— ¿Quién?

—Padre, yo…

—No hace falta que digas más —desvió la mirada hacia su mujer—. Me aseguraste que no le interesaría la niña —le recordó cada vez más derrotado—. Me lo aseguraste y te creí… y mira ahora.

—Isidro —intentó justificarse Pepa—, me lo dijeron como cosa cierta. ¿Cómo iba yo a imaginar…?

Sus padres habían llegado a la conclusión que Elvira deseaba sin que ella hubiera hecho nada al respecto. Al parecer, resultaba la explicación más lógica. ¿Quién iba a imaginar que una buena chica como ella conociera a un desgraciado capaz de deshonrarla? No. Al parecer, era más fácil pensar que solo un *"señorito"* desalmado, egoísta y prepotente sería capaz de una bajeza tan grande. Según su manera de pensar, ella no era nadie para él, solo una diversión a mano.

—Pepa, coge tu bolso. Nos vamos —decidido, descolgó la chaqueta del gancho junto a la entrada y se la puso.

—¿Pero a dónde, Isidro?

—A decirle de todo menos guapo a ese señorito de pacotilla.

—Padre, por favor…No… —se vio sobrecogida por un tremendo sentimiento de culpabilidad por involucrar a su jefe de una manera tan deshonesta.

—Calla, Elvira. Tú no tienes nada que decir en esto. Yo soy el responsable por haber permitido que mi hija fuera a casa de un hombre soltero. Tu madre y yo somos los causantes de esta desgracia —dijo con una extraña tranquilidad. Suspiró antes de volver a hablar —. Ahora debo arreglar este desastre… como sea.

—No, padre —la voz estridente de Antón insistía en humillarla—. La única culpable aquí es ella, que es una perdida, una buscona.

Tanto Isidro coma Pepa, giraron la cabeza en su dirección con una mirada de clara advertencia. Bastante malo era ya la deshonra que se cernía sobre la familia. No era necesario que se cebaran los unos con los otros. De manera protectora, sus padres habían llegado a la conclusión de que ella era totalmente inocente en aquel asunto, que había sido víctima de su propia inmadurez y de un hombre que se había aprovechado de su posición de poder: Bernat Font.

—No eches más leña al fuego, Antón —lo reprendió su padre señalándole con un dedo acusador—. Bastante calentitos estamos todos ya. Mejor te callas si no tienes nada bueno que aportar —se volvió hacia la puerta con los hombros hundidos y sin mirar a nadie añadió—. Y ahora vámonos ya.

La abatida comitiva perdió un miembro en la primera esquina. Antón no creyó que su presencia en casa del señorito fuera imprescindible, así que se despidió de su familia en la primera bocacalle y desapareció en unos segundos por entre las callejas aledañas. El resto continuó su triste paseo en silencio, sin poder apreciar las calles bulliciosas y llenas de vida por las que pasaban, igual que le había ocurrido a Elvira en el viaje de ida.

Conforme se acercaban a su destino el ritmo de sus pasos, ya extrañamente lento durante todo el trayecto, se ralentizó todavía más. A la joven le asustaba llegar. Temía, y con razón, la reacción de Bernat quien, como era de esperar, negaría cualquier implicación en ese embarazo; pero también la de su padre cuando escuchara la negación de boca de su jefe. Isidro ya lo había juzgado y sentenciado. Nada ni nadie iba a persuadirlo de lo que pensaba… salvo ella quizás, si confesaba la verdad… y eso no iba a ocurrir.

Sin poder evitarlo, la fachada del número 86 de Rambla Cataluña apareció ante ellos. La portera, extrañada de verla aparecer tan temprano en su día de fiesta y con compañía, la saludó con una inclinación de cabeza y una elevación de cejas a modo de pregunta.

—Buenas tardes Carmen —la muchacha le devolvió el saludo, más fría de lo acostumbrado—. Le presento a mis padres.

—Encantada, aunque a tu madre ya la conocía —dijo la mujer sin salir de su garita. Luego, dirigiéndose a ella añadió—. Llegas muy pronto hoy, ¿no?

—Sí —fue su escueta respuesta. Abrió la reja y las puertas del

ascensor y desaparecieron los tres en su interior.

El traqueteo de los engranajes del aparato era el único sonido que rompía el silencio casi reverente creado entre ellos. Con caras serias, evitaban cruzar las miradas. El corazón de Elvira bombeaba a una velocidad alarmante, las manos de Isidro, habían perdido su color de tanto apretarlas y Pepa parecía llevar el mundo sobre sus hombros cuando con una sacudida, la cabina se detuvo en el cuarto piso.

De reojo, Elvira miró a su padre primero y a su madre después. Lamentaba haberles dado un disgusto tan grande, pero ella no tenía la culpa de la situación en la que se encontraba… aunque sí de falsear la verdad. En pocos segundos añadiría una persona más a ese sufrimiento. En realidad, a dos. Sabía que Angustias se sentiría muy apenada tanto si creía que Bernat era el padre de su hijo, como si no. Estaba tentada de confesar la verdad de una vez y evitar que dos buenas personas se vieran mezcladas en algo tan sórdido. Por desgracia su cobardía no cedía ante su buen juicio y continuó con el plan.

La mano le tembló al tocar el timbre. Sus padres, flanqueándola a cada lado en su espalda, parecieron crecer al enderezar los hombros y alzar la cabeza en actitud retadora. Por un largo minuto no se oyó nada salvo un nuevo timbrazo. Pasado ese tiempo, el rumor de unos pasos y un desvaído "ya voy" precedió al sonido de los goznes al abrirse. Las cejas alzadas de Angustias revelaron su sorpresa por ver a Elvira tan temprano de vuelta y más cuando detectó que no estaba sola.

—Pero Elvira, niña…

—¡Quiero ver al indeseable del señorito! —la interrumpió indignado Isidro con los dientes apretados, pero sin alzar la voz—Y quiero verlo ya.

—Pero qué se ha creído usted — el ama de llaves se interpuso en el camino del hombre al ver que intentaba buscarlo por toda la casa—. El señorito es un hombre ocupado y usted no tiene ningún derecho a llegar así a su casa e insultarlo.

—¿Qué no tengo derecho, viaja alcahueta? —le gruñó con los ojos inyectados en sangre—. Usted engatusó a mi niña para que viniera y se la sirvió en bandeja a ese depravado.

—Padre, por favor —intentó mediar Elvira muerta de miedo—. Doña Ang…

—Cállate. Encima no los defiendas.

—Isidro no creo que… —quiso calmarlo Pepa.

—Mejor tú también te callas —la acusación implícita en sus palabras la empujó a enmudecer. Dirigiéndose de nuevo al ama de casa, agregó—. Dígale a ese… *hombre* —escupió la palabra como si de un insulto se tratara—que o viene de una vez y se enfrenta a mí o me

veré obligado a buscarlo y no le gustará cuando lo encuentre.

—Usted está loco. ¡Cómo se atreve! —Angustias miró dolida a Elvira adivinando de qué acusaba a Bernat y le exigió—: Díselo. Dile que está equivocado. Díselo.

Paralizada por la situación, Elvira bajo la vista a sus manos entrelazadas y no dijo una sola palabra. Isidro por su parte, convencido de que sabía la verdad, avanzó hacia la puerta que separaba el recibidor de la sala.

—¿Lo ve? La niña no puede mentir —alzando la voz volvió a exigir —. ¡Quiero ver a ese cobarde! ¡Ahora!

La cabeza despeinada y sonriente de Bernat apareció por el quicio de la puerta que Isidro había querido traspasar.

—Angustias, ¿qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos? —preguntó con voz amable justo antes de sentir un empujón que por poco lo tira al suelo.

—Malnacido, cabrón inmundo —se oyó chillar a Isidro mientras lo zarandeaba—. Ha desgraciado a mi niña. Lo voy a matar.

Los ojos de Bernat, amables un segundo antes, se tornaron fríos.

— ¿De qué demonios está usted hablando? —preguntó irguiéndose en toda su envergadura dejando al otro hombre a la altura de su barbilla—. ¿Y cómo se atreve a venir a mi casa y hablarme de esta manera? —añadió enfurecido apartando a su inesperado agresor con el brazo extendido.

—No se haga el sorprendido, hijo de Satanás —Isidro, como un toro, trataba de alcanzarle lanzando puñetazos que no llegaban a su destino.

—Padre…

—Isidro…

Trataron de calmarle su hija y su mujer tirando de su chaqueta. Pero fue Angustias, con un golpe de su bastón sobre su hombro, la que logro que parara sus envites.

—¡Pare animal! —exclamó la anciana.

Sorprendido por el bastonazo, Isidro dejó de pelear contra el aire que le separaba de Bernat. Miró las caras aterrorizadas de las mujeres y luego fijó los ojos en el rostro furibundo del señorito. Respiró hondo, tiró del bajo de su chaqueta antes de alisar las solapas y volvió a coger aire para dejarlo ir muy despacio después. A pesar de ser un hombre tranquilo, enemigo de la violencia, se había dejado llevar por la magnitud de la situación, cosa que no favorecía en nada lo que esperaba conseguir del dueño de la casa en la que había irrumpido como un elefante en una cacharrería. Intentando mantener los nervios bajo control, se dirigió a Bernat.

—Tenemos que hablar —anunció todo lo sereno que pudo.

—Desde luego que sí —convino Bernat.

Con un rápido gesto, Isidro separó las manos unidas que Elvira tenía sobre su regazo, dejando en evidencia su embarazo. Miró al señorito con el rostro contraído e hizo un movimiento de cabeza en dirección al abdomen abultado de su hija.

—¿Cómo ha podido aprovecharse de una inocente que estaba a su cargo? —preguntó abatido.

—¿Cómo dice? —atónito, Bernat miró a Elvira interrogativo. Poco a poco, entendiendo lo que esas palabras encerraban, su rostro fue reflejando la decepción y el enfado que sentía por la traición—. ¿Cómo ha llegado a la estúpida conclusión de que yo tengo algo que ver con eso? —Señaló con la barbilla a Elvira.

—Sea un hombre y haga frente a sus actos. Mi niña no trata con ningún otro —dijo Isidro cogiendo por el brazo a Elvira y poniéndola frente a su jefe—. No ha podido ser nadie más que usted.

—Ya veo. —Con parsimonia, Bernat se retiró un mechón de la frente—. ¿Así que solo yo…

—¡Por supuesto! ¿Qué pretende ahora? —la actitud de Isidro volvió a tornarse amenazante—. No pretenderá decir que mi hija es una cualquiera, ¿verdad?

Tentado estuvo Bernat en decir que sí, pero se contuvo. Estudió las caras que lo miraban expectantes, deteniéndose especialmente en el rostro avergonzado de Elvira.

—Pero eso es imposible. —Rompió el silencio Angustias crispada—. Bernat es incapaz de una cosa semejante.

—Señora —fue Pepa la que habló—, mire el vientre de mi hija. ¿Qué más pruebas necesita?

—¿Qué es lo que quieren de mí? —inquirió despectivo Bernat cruzando los brazos sobre el pecho—. Está visto que pretenden sacar tajada de este… asunto.

—No vaya por ahí —le aconsejó Isidro señalándolo con el dedo—. Lo honesto sería que se casara con la niña.

—¡Padre, no! —las cosas se estaban saliendo de madre; ¡no podía casarse con su jefe!

Los hombres la ignoraron y siguieron con su lucha particular.

—¿Y si no lo hago? —lo retó apoyándose en la pared y mirándolo de arriba abajo.

—Reconozca al niño, por lo menos.

—¿Y si no lo hago? —Repitió.

—Entonces, amigo mío, aténgase a las consecuencias.

—¿Me está amenazando? —se incorporó deshaciendo el nudo de sus brazos y abalanzándose hacia él.

—No le temo *"señorito"*. Por mi hija estoy dispuesto a todo. No creo que le guste que todo el mundo sepa lo que el elegante, educado e ilustre Bernat Font es capaz de hacer. No creo que su reputación

quedara muy bien parada después de oír qué clase de hombre es.

Bernat se paró a reflexionar por un momento. Por descabellado que pareciera, ese hombre tenía razón; no podía echar por la borda su futura carrera política, esa que se estaba labrando a base de esfuerzo y sacrificio, por culpa de un rumor. Por mucho que él lo desmintiera, siempre quedaría la duda de si había podido ser tan desaprensivo como para aprovecharse de una jovencita, aunque ésta estuviera a su servicio. Principalmente si estaba a su servicio. Fijó su atención en Elvira, quien no quitaba ojo a su padre. Sus facciones mostraban una mezcla de vergüenza, arrepentimiento… y pavor. En ese momento se dio cuenta de que la muchacha temía más que nada la reacción de su padre y de ahí que hubiera buscado una coartada para su desliz. Él era un hombre práctico, esa era una de sus mejores características, así que hizo balance con rapidez de los pros y los contras. El mayor de los inconvenientes era que tendría que cargar con un crio que no era suyo, y con una niña de los barrios bajos como esposa. Las ventajas… miró de nuevo a Elvira de arriba abajo; era una piedra por pulir, de eso no había duda. Sabía que debía casarse más pronto que tarde, así que, si se avenía a lo que le pedía aquel hombre, y al no proceder de una familia posicionada, no se vería obligado a contentar a unos padres que se creyeran el ombligo del mundo. Por otro lado, dada la juventud e inexperiencia de la chica, él podría moldearla a su gusto. Además, y teniendo en cuenta su actitud en ese instante, estaba convencido de que no sería capaz de avergonzarlo de nuevo, volviendo a las andadas con el que la había dejado preñada.

A todo eso había que añadir que Elvira había declarado abiertamente su deseo de aprender y educarse, algo que le ofrecería la oportunidad de enseñarle exactamente lo que él creyera oportuno para sus propios intereses… Si finalmente accedía a la reclamación que le hacía ese… pobre desgraciado, sería su obligación instruirla... a partir de ese momento. Sí, empezó a pensar que no sería tan mala idea casarse con esa chiquilla. Estaba convencido de que Elvira, consciente del lío en el que lo metía, no tendría inconveniente en que él siguiera con sus devaneos —secretos eso sí— por ahí sin levantar sospechas en el partido, siempre tan beato… en apariencia. Con una esposa joven y, por qué no decirlo, hermosa y un *hijo* en casa nadie pensaría que sus salidas nocturnas tenían un destino poco “honorable”. Bien pensado, ambos podrían representar un buen disfraz para sus intereses.

Todos lo observaban inquietos y expectantes mientras su cabeza no dejaba de maquinar. Elvira, con la cabeza baja, no paraba de retorcerse las manos. Isidro cambiaba constantemente el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, preparado para una posible pelea. Pepa apretaba un pañuelo entre sus dedos junto a su corazón a la vez que Angustias, blanca como el papel, daba pequeños paseos de un

lado a otro del pasillo. La tensión era una presencia más en el grupo. Todos estaban esperando a que hablara el señorito; que dijera qué pensaba hacer. Desde luego, nadie imaginaba la decisión que iba a tomar:

—De acuerdo —atravesó a Elvira con los ojos—, me casaré con ella. Pero antes, su hija y yo tenemos una conversación pendiente… a solas.

El ligero titubeo de Isidro le dio el tiempo necesario para coger a chica por el codo y llevarla a su despecho, dejando perplejos a todos.

Una vez a solas, la soltó y, haciendo un gesto con la cabeza, le indicó que se sentara.

—¿Me puedes explicar de qué va esto?

—Señorito yo… —balbució sin saber a dónde mirar—. No era mi intención. Yo solo pretendía…

—Echarme la culpa a mí creándome un montón de problemas.

—¡No! —levantó la cabeza y se enfrentó a la mirada airada de él.

—Mira, no es momento de profundizar en el tema —dijo con tranquilidad. Cogió la caja de tabaco que había sobre la mesa, sacó un cigarrillo y lo encendió inhalando profundamente—. Me lo tendrás que explicar todo, pero a su debido tiempo. Hay muchas cosas que tienen que quedar claras entre nosotros, si tenemos en cuenta el paso tan importante que vamos… que nos vemos obligados a dar —soltó despacio una bocanada de humo antes de proseguir—. Es innegable que le temes más a tu padre que enfrentarte a la realidad de los hechos.

—Es que…

—Entiendo —se rio sin ganas—. Es curioso, tu padre me acusa de no responsabilizarme de mis actos y sin embargo voy a hacerme cargo de los de otro.

Se oyó un murmullo tras las paredes que los separaban de los demás, pero no hicieron caso. Elvira estaba al borde del soponcio y Bernat… Bernat no dejaba de analizar todo lo que se le venía por delante. Sentía una honda rabia al pensar que un don nadie y su joven hija habían puesto su vida en jaque. Y a pesar de todo, no podía arriesgarse a que llegara a oídos de sus superiores que había tenido un comportamiento inmoral. Tenía gracia, él que siempre había sido discreto en sus idas y venidas con mujeres de todo tipo —incluidas las esposas de algunos de sus jefes— ahora se veía en un lio por algo que no había hecho.

—Señorito —se atrevió a decir Elvira—, no hace falta que se case conmigo. Tampoco que reconozca al crio —una lágrima recorrió su mejilla—. Si mi padre cree que usted… bueno, espero que con que él crea que usted es el padre sea suficiente.

—No, Elvira. Por desgracia no me puedo aventurar a que tu padre

—cabeceó hacia la puerta— guarde silencio o no.

Unos golpes los interrumpieron. Bernat se levantó del sillón en el que estaba sentado y, con paso firme, llegó hasta la entrada del despacho, abrió y dijo con furia:

—¡No nos molesten! Mi *prometida* —remarcó con ironía— y yo tenemos muchas cosas que discutir. Saldremos cuando esté todo en orden —y cerró con un fuerte golpe.

La *reunión* se alargó por más de una hora. Durante ese tiempo, llegaron a un acuerdo. A decir verdad, Elvira aceptó todas las propuestas que le hizo Bernat: En primer lugar, porque no tenía fuerzas para rebatir nada de lo que él dijera, y en segundo lugar porque no tenía argumentos para hacerlo. No en vano, Bernat era un abogado de prestigio con un futuro prometedor en la política. Entre otras cosas, acordaron casarse en cuanto obtuvieran la dispensa eclesiástica, a ser posible antes del cumpleaños de la muchacha. Una vez convertidos en marido y mujer, dormirían juntos, por supuesto; Bernat no estaba dispuesto a que nadie sospechara de la autenticidad de su unión. A cambio, él se comprometía a no poner un dedo sobre ella… jamás. Ya se ocuparía él de sus *necesidades* sin tener que recurrir a ella. Elvira, por su lado, se comprometió a aprender todo lo necesario para ser la esposa modélica de un hombre de su categoría. Y lo que quedó tajantemente claro fue que bajo ninguna circunstancia podía ponerse en contacto de nuevo con el verdadero padre de la criatura. Nunca. Jamás. Lo que ignoraba Bernat era que esa petición no representaba ningún problema para ella. Todo lo contrario. Aquella era, de entre todas sus exigencias, la más fácil de complacer.

Capítulo 5

Fueron pocos los invitados a la boda; apenas una decena de personas los acompañaron en aquella mascarada. La novia, vestida con un discreto traje color crema que intentaba, infructuosamente, disimular su estado, caminó por el pasillo hasta el altar con la cabeza baja y la tez carente de color. El novio, con gesto adusto, la vio acercarse a él y no pudo evitar preguntarse si lo que estaba a punto de acometer no sería el mayor error de su vida.

Por petición expresa de Bernat, el sacerdote no alargó de forma innecesaria el evento, limitándolo estrictamente a lo esencial. El momento más comprometido fue, sin duda, cuando el *señorito,* ya convertido en hombre casado, inclinó la cabeza y rozó los labios de Elvira, quien no supo cómo reaccionar ante aquel gesto.

Tras la ceremonia, celebrada en la cercana parroquia de *La Madre de Dios de los Ángeles*, se trasladaron a su casa. A Elvira le costaba considerarla como su hogar; no sentía que lo fuera, menos incluso que cuando estaba viviendo allí como una simple empleada. A partir de ese momento, ella sería la señora y dudaba de estar a la altura… al menos por mucho tiempo.

Desde que se había decidido el enlace, la muchacha había dedicado su tiempo a estudiar modales. Se había esforzado en adquirir conocimientos básicos con el fin de poder mantener una conversación sin delatar su ignorancia en la primera frase, aunque se preguntaba seriamente si lo habría conseguido. Por suerte, ese día no se vería forzada a demostrarlo. El pequeño grupo de invitados estaba principalmente formado por la familia de la joven esposa y unos pocos de sus allegados. Solo doña Angustias, quien había sido la encargada de instruirla de manera acelerada, y un par de amigos de Bernat no pertenecían a su entorno.

El menú que estaba disfrutando la concurrencia lo habían elaborado entre el ama de llaves y la nueva señora de la casa, y se habían esmerado al máximo en su empeño de agasajar a los asistentes de un acto, que, si bien no era feliz, sí era solemne.

—Una boda muy bonita, ¿no le parece? —preguntó Pepa a Mario, uno de los amigos de su recién estrenado yerno que se sentaba a su lado.

—Preciosa —contestó sarcástico, cogiendo inmediatamente después su copa y llevándosela a los labios.

—Mi hija estaba radiante, ¿no cree?

—Si dejamos de lado lo abultado de su vientre —apostilló alzando

una ceja. No le molestaba la gente de baja cuna… siempre que no la tuviera cerca.

—Bueno, eso… —Pepa enrojeció—. Dentro de poco verán su felicidad colmada con un hijo.

—Si usted lo dice —se sirvió un poco más de asado en un intento de persuadir a su vecina de mesa para que dejara de hablarle. No lo consiguió.

—¡Claro, hombre! Un hijo siempre es una bendición.

Mario la miró de reojo, chasqueó la lengua y siguió comiendo. Afortunadamente, esa farsa de celebración acabaría pronto y no tendría que volver a aguantar a aquella mujer nunca más.

Al otro lado de la mesa, Angustias intentaba ignorar a Antón quien, aprovechando que la bebida era gratis, había abusado de ella más de la cuenta y a consecuencia de ello estaba soltando la lengua más de lo debido.

—Menos mal que el señorito ha cumplido. Ya veía a mi hermana de esquina en esquina para mantener a su bastardo.

—Bernat es un hombre cabal —afirmó la anciana tratando de disimular su incomodidad—. Siempre asume sus actos hasta las últimas consecuencias. Nunca hubiera permitido que su hijo pasara necesidad.

—Eso si es su hijo, ¿verdad? —Soltó a la vez que le daba un codazo por encima de la mesa y le guiñaba un ojo de forma conspirativa.

Sin esperarlo, un puño aterrizó en su boca provocándole un corte que enseguida comenzó a sangrar. Isidro, sentado al otro lado de su hijo, había escuchado su mal intencionado comentario y no había dudado en hacerlo callar. Todos los comensales se pusieron en pie de golpe, a excepción del agredido. La mayoría alarmados… aunque alguno encontró divertida la situación; con gente de esa clase se podía esperar cualquier cosa. Lo que esos individuos ignoraban era que Isidro no tenía por costumbre golpear a nadie, y menos todavía a los miembros de su familia, pero no podía permitir que se enturbiara más la reputación de su hija.

—¡Isidro! —exclamó Bernat con voz potente—. No tolero este tipo de comportamientos en mi casa. Si vuelve a suceder, me veré obligado a pedirles que se vayan.

—Padre, por favor —rogó Elvira asustada, ignorando lo que había provocado el incidente.

Rita, que había escuchado parte de lo dicho por Antón, se acercó a ella con disimulo y le susurró al oído los motivos de su padre. Entonces, como si una varita mágica la hubiera tocado, adoptó una postura erguida, digna de la dueña de esa casa.

—Antón, te agradecería que abandonaras mi casa. Ahora.

—¡Elvira, no puedes echar a tu hermano! —Exclamó Pepa

consternada.

—Perdone madre, pero puedo hacerlo y lo hago —afirmó sin que le temblara la voz, sorprendiendo a todos los presentes.

Antón, con los ojos inyectados en alcohol y la rabia bullendo por sus venas, se puso en pie, repasándola de arriba abajo con ojos turbios:

—Hermanita, esto no va a quedar así —sentenció antes de dirigirse tambaleante a la salida.

En el momento en que desapareció de la escena, Elvira, se giró hacia sus invitados.

—Por favor, tomen asiento —pidió con una sonrisa forzada que trataba de esconder su pesadumbre—. No permitamos que este pequeño incidente estropee esta bonita reunión —concluyó mostrando a su recién estrenado marido, que las clases que había recibido no habían sido totalmente en vano.

Bernat le dedicó una mirada mezcla de admiración y orgullo. Si bien se había visto forzado a unir su vida a la de esa muchacha, no era menos cierto que observar cómo luchaba por convertirse en la mujer que él necesitaba, era digno de elogio.

A pesar de los intentos de los contrayentes por borrar de las mentes de los reunidos lo sucedido, la fiesta, si se podía llamar así, terminó por decaer definitivamente. El tenso silencio que se creó entorno a la mesa, junto a las miradas recelosas de unos y otros, obligó a ponerle fin más temprano de lo que todos esperaban, para alivio de algunos.

Los primeros en abandonar la casa fueron los padres de Elvira, muy afectados por el altercado con su hijo. Rita se fue con ellos, con la excusa de que llevaban el mismo camino; no deseaba inquietar a Elvira revelándole lo incómoda que se sentía entre esas cuatro paredes. La joven portera, muy a su pesar, llegó a la conclusión de que, a partir de ese momento, vería poco a su amiga…

Solo Mario y Fermín permanecieron en la casa para compartir con el recién casado el buen brandi que Bernat guardaba para las grandes ocasiones. Mientras Elvira ayudaba a Angustias y a Ramona, la muchacha que habían contratado para sustituirla, a recoger los restos del banquete, su marido se encerró en el despacho con sus amigos. Mario, que conocía aquella habitación a la perfección, nada más cerrar la puerta se dirigió al armario donde se guardaba el licor.

—No ha estado mal el numerito que ha montado tu *nueva* familia —señaló al tiempo que vertía líquido en su vaso—. Me parece a mí que vas a estar muy distraído de ahora en adelante —alzando la botella añadió—. ¿Queréis?

El dueño de la casa afirmó con la cabeza; Fermín se acercó al botellero y dio una rápida ojeada antes de alzarse de hombros y asentir también. Con su bebida en la mano, Mario le acercó a Bernat

su vaso antes de sentarse los tres en unos cómodos sillones de piel, estratégicamente situados en un rincón de la estancia.

—Menos mal que el culito de tu mujer bien vale aguantar a sus padres —alegó Mario con ironía—. Creo que hasta yo haría el sacrificio.

—No te pases Mario. Estás hablando de mi mujer —le advirtió tirante el dueño de la casa.

—¡Venga Bernat! Ya sabemos cómo ha ido esto. Esa putita se te puso a tiro y…

—¡Mario! —exclamó escandalizado Fermín al escuchar tamaña barbaridad.

De un salto, Bernat se levantó del butacón y lo agarró de las solapas.

—Te he dicho que no te pases. La tratarás con respeto porque es mi esposa. —Masticó cada una de las palabras— Déjate tus chanzas para quien las quiera oír. A partir de hoy, Elvira es mi mujer y, por lo tanto, intocable. ¿Te queda claro?

Sin tener en cuenta el cómo y el porqué de su matrimonio, no iba a permitir que nadie faltara al respeto a Elvira. Había aceptado aquel teatrillo de matrimonio así que estaba obligado a ser consecuente y luchar porque Elvira fuera aceptada por todos sus allegados como a una igual, aunque solo fuera por mantener su propia imagen intacta.

Con cuidado, Mario le apartó las manos de su chaqueta mostrando un arrepentimiento que realmente no sentía.

—Perdona, amigo —pasándose las palmas por la ropa, soltó como al descuido—. Pues sí que te ha dado fuerte con la chiquilla esta.

—Esa *chiquilla,* como tú la llamas, desde hoy es la señora Font.

—Chicos, chicos —medió Fermín, viendo cómo se estaban caldeando los ánimos—, tengamos la fiesta en paz. Ya hemos tenido suficiente violencia por hoy con lo que ha pasado durante la comida. —repartió la mirada entre uno y otro—. Mario, Bernat tiene razón. Elvira es su mujer porque así lo ha decidido él, así que, compórtate como el amigo que se supone que eres y respeta su decisión y a su esposa.

Mario hizo un gesto de rendición antes de hablar:

—Está bien, Bernat. Perdona. Soy un imbécil, ya lo sabes —se llevó su vaso a la boca y, antes de beber, añadió—. Me resulta extraño que te hayas casado, y más con esa chica, pero tenéis razón los dos. Soy tu amigo y sé que si has tomado este camino es por un motivo: amor, honestidad o lo que narices sea.

—Gracias por entenderlo. —Con un gesto, aceptó las disculpas.

Intentando mitigar el denso ambiente que se había creado, Fermín cambió de tema.

—Bueno, ¿y qué te han dicho los jefes del partido sobre tu boda?

Bernat lo miró con el ceño fruncido. Sus jefes no se habían mostrado muy satisfechos al enterarse de que se casaba con una mujer doce años más joven y a la que había dejado embarazada antes del enlace.

—No les hizo mucha gracia. De hecho, vi algunas caras muy molestas —se levantó para acercarse a su mesa y coger la caja de habanos que siempre guardaba allí—. Por suerte, el delegado de gobierno tiene toda su fe puesta en mí y me apoyó, recordándoles a mis detractores que me estaba comportando como un hombre de bien al responsabilizarme de mi desliz —ofreció un cigarro a cada uno de sus amigos que aceptaron encantados—. Al final, todos me dieron la enhorabuena, aunque unos con más entusiasmo que otros.

—No entiendo por qué se tienen que meter en vidas ajenas —se asombró Fermín acercándose el puro a la oreja para escuchar el sonido del tabaco al frotarlo entre sus dedos—. Son tus jefes, no tus amos.

—No seas inocente, Fermín —intervino Mario—. El régimen vive por y para controlarlo todo —se llevó el tabaco a la boca y aspiró con fuerza al acercar una cerilla a la punta—. Está a partir un piñón con la Iglesia y se rige por *el qué dirán*. Por supuesto que se mete en la vida de la gente, sobre todo en la de quienes están bajo su mando directo, como es el caso de nuestro amigo.

A pesar de que ninguno de los tres comulgaba con los aires políticos que vivía España, tenían claro que para alcanzar un nombre en la sociedad y conseguir prestigio en sus carreras, debían plegarse a los deseos de los que tenían el poder de las instituciones.

La conversación fue dando saltos de una cosa a otra haciendo que, lo que había comenzado con cierta tirantez, se relajara lo suficiente como para que resultara agradable la charla.

Mientras tanto, en la cocina, Elvira terminó de colocar toda la vajilla y el menaje en los armarios. Después, a pesar de que los nervios se la comían cada vez que pensaba que por primera vez iba a dormir con *su marido,* se despidió de las dos mujeres que trabajaban para ella para dirigirse a la que sería su dormitorio a partir de aquella noche.

Al pasar junto a la puerta cerrada del despacho, oyó las voces de los tres hombres amortiguadas por la gruesa madera, mezcladas con risas y el sonido inequívoco de copas entrechocando. Un ligero aroma a tabaco se filtraba en ese momento por los resquicios del marco. Tentada estuvo de entrar para despedirse de sus últimos invitados, pero la timidez y la certeza de que Bernat lo haría en su nombre, la disuadieron de hacerlo. En su lugar, dirigió sus pasos a su alcoba, dispuesta a pasar la noche, que no a dormir.

Giró el interruptor de la luz y el cuarto se iluminó de inmediato, permitiéndole ver el lecho al que, hasta ese mismo momento, solo se

había acercado para arreglarlo por las mañanas. Sobre el colchón la aguardaba un precioso camisón de un blanco virginal, parte del ajuar que Bernat se había empeñado en adquirir para ella. Se sintió desfallecer al contemplarlo. Con miedo, como si aquella prenda fuera a atacarla, se acercó poco a poco hasta quedar a escasos centímetros de la cama. Su corazón emprendió una carrera loca y el aire se esfumó de sus pulmones. Pasar la noche con un hombre, aunque fuera su marido, la asustaba; no podía olvidar lo que había supuesto para ella tener cerca a uno, lo que le había hecho y cómo la había tratado. Sin poder evitarlo, un miedo enfermizo se apoderó de su cuerpo. Solo una cosa logró templar un poco sus nervios: Bernat le había asegurado que no le iba a exigir nada y ella estaba segura de que jamás faltaría a su palabra.

Tomó con la punta de sus dedos los tirantes de blonda y los alzó para admirar una pieza de ropa tan exquisita. Ya no había vuelta atrás. Tendría que usarlo; tendría que acostumbrarse a vestir de forma elegante incluso de noche. Era la señora Font y, a pesar de que su matrimonio no fuera real, haría lo necesario para que fuera, como mínimo, creíble. Bernat se había sacrificado mucho, todavía no tenía muy claro de por qué, al casarse con ella y estaba decidida a no decepcionarlo.

Terminó de cambiarse para pasar la noche. Dormir era un lujo que sabía que esa noche no iba a disfrutar. Se tumbó bocarriba en la cama observando el techo, apenas visible por la escasa luz de la luna que atravesaba los visillos, y esperó a que su *esposo* se dignara ir a acompañarla.

Los segundos precedieron a los minutos y estos a su vez a las horas mientras Elvira seguía despierta, expectante e intranquila, aunque el cansancio y las emociones del día empezaban a hacer mella en ella. Agotada, cerró los ojos, convencida de que iba a pasar su noche de bodas en absoluta soledad. Sin embargo, en el momento en que el sopor empezaba a embotarla, la puerta del dormitorio se abrió de sopetón golpeando la pared. Aturdida, le costó unos segundos reconocer dónde estaba, hasta que el aroma a tabaco y brandi que desprendía el cuerpo que oscurecía la entrada de la habitación se lo recordó. Desde su perspectiva, Bernat se veía intimidante y a la vez, resultaba impresionante, con esos hombros anchos y esa altura fuera de lo común. Se sorprendió al darse cuenta de que, en todo el tiempo que llevaba viviendo en esa casa, nunca se había fijado en él como hombre. Y todavía le sorprendió más apreciar lo atractivo que se lo veía bajo esa luz mortecina.

Entró en el cuarto haciendo demasiado ruido, máxime teniendo en cuenta la hora que era. Tal vez por haber bebido más de lo que era habitual en él, dedujo la joven. De inmediato Bernat empezó a

desvestirse sin reparar en la presencia de su joven esposa. Elvira se tensó al instante; a pesar de que sabía de antemano que iba a compartir la cama con… su marido, no había sopesado lo que eso significaba: estar casi en cueros junto a él. Entre miedosa y expectante, se acurrucó en el borde del colchón, intentando mantenerse lo más alejada posible de Bernat, colocándose de espaldas a él.

Sintió cuando su, hasta hacía pocas fechas, jefe se sentó pesadamente antes de meterse entre las sabanas.

—Sé que estás despierta, no hace falta que disimules —le habló con voz un tanto pastosa—. Que tengas una feliz noche de bodas, *esposa*. Hasta mañana.

—Buenas noches, Bernat. Que descanses.

Su marido contestó con una carcajada ausente de humor, se estiró todo lo largo que era y en menos de dos minutos, se durmió dejándola a ella agonizando de angustia y remordimiento.

Elvira no pegó ojo esa noche. El duermevela que a duras penas había disfrutado antes de la aparición de Bernat en la habitación, se evaporó como por encantamiento. Durante las horas que se mantuvo sujeta a la cama, su joven cabeza no paró de darle vueltas a lo que la esperaba: una vida de opulencia que no era para la que había nacido, un marido que no había elegido y al que no amaba, y un hijo que le había sido impuesto. Con el amanecer ya cercano, y sin haber logrado descansar ni un minuto, sintió que las fuerzas se le escapaban por los dedos; poco a poco iba haciéndose a la idea de que su vida sería triste y gris; sin amor y sin esperanza… por muy acomodada que fuera. Solo la alentó la idea de adquirir conocimientos, de superarse a sí misma, de salir de la incultura que había sido una constante en su vida. Esa meta fue lo único que la ayudó a calmar su desaliento.

***

La nueva señora de la casa se levantó en cuanto el día comenzó a clarear; no podía mantenerse por más tiempo en esa cama, que se le antojaba hecha de espinas. Echó una ojeada a Bernat, quien descansaba sobre su costado con un brazo bajo la almohada y el otro sobre su estómago. Se fijó en su mentón levemente cubierto con una sombra de barba, en su nariz afilada y recta y en sus labios, que se abrían para dejar salir el ligero rumor de su respiración pausada. No podía negar que era un hombre atractivo, un viejo para ella, nada más y nada menos que doce años mayor, pero desde luego, resultaba muy interesante a la vista.

Se dirigió de puntillas a la salida de la habitación con un vestido en las manos con la intención de cambiarse en el baño. Estaba cerrando

la puerta con cuidado para no hacer ruido, cuando una voz se filtró por la ranura que quedaba todavía abierta, sobresaltándola.

—Entra. Ya.

Las piernas empezaron a flaquearle ante esa orden dada de forma tan tajante. Obedeció sin dudarlo ni un segundo, poniendo el mismo cuidado en entrar que el que había utilizado para salir. Una vez en el interior, se quedó quieta, con la puerta cerrada a su espalda y la mirada fija en la alfombra floreada que descansaba a los pies de la cama, sin saber qué hacer o decir.

Bernat sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, la observaba sin decir nada. Durante un instante, el silencio se apoderó de la estancia. Pero solo fueron unos segundos, enseguida él se justificó:

—No parecería lógico que salieras de tu cama tan temprano, teniendo en cuenta que ésta ha sido nuestra primera noche de casados, ¿no te parece?

—Supongo —levantó tímidamente la cabeza para encontrarse con los ojos de Bernat estudiándola—. ¿Qué se supone que debo hacer, entonces?

—Saldremos juntos dentro de una hora, más o menos, con cara de felicidad y demostrando las ganas que tenemos ambos de iniciar nuestra luna de miel —expuso mientras acomodaba su almohada—. Desayunaremos con tranquilidad y después llamaré para que nos envíen un taxi. El tren sale a las doce y cuarto.

Elvira miró el reloj situado en una de las mesitas de noche. Todavía faltaban cinco horas hasta ese momento y no tenía claro que esperaba él que hiciera. Finalmente, con paso indeciso y las manos reposadas en su vientre, se acercó a su lado del colchón y, abriendo las sábanas, volvió a meterse entre ellas.

—Ahora que ya está todo hecho y no hay vuelta atrás, deberíamos hablar largo y tendido —sugirió Bernat girando ligeramente el cuerpo hacia ella—. Pero no aquí. En Torredembarra tendremos tiempo para hacerlo.

—¿Es allí a dónde vamos? —preguntó ilusionada incorporándose. Por primera vez en su vida iba a salir de Barcelona.

—Sí. Uno de mis jefes me ha prestado su casa de veraneo para que pasemos unos días allí. —Al verla tan emocionada, se vio obligado a añadir—: Pero no esperes gran cosa. Por lo que me ha dicho es un pueblo de calles terrosas y casas bajas. La playa está al otro lado de las vías. Nosotros estaremos en la parte alta de la población —explicó estudiando sus reacciones ante lo que oía—. Hay un par de restaurantes, unos cuantos bares y muchos pescadores. Eso sí, hay una bonita iglesia que podremos visitar, si te apetece.

—Parece un sitio bonito.

—No lo sé. Nunca he estado allí, aunque debo reconocer que suena pintoresco todo lo que me han contado sobre él. En cualquier caso, lo descubriremos juntos.

Como respuesta, Elvira le sonrió y Bernat fue consciente de cómo se le había iluminado el rostro a su mujer, dejando ver a las claras lo hermosa que era.

Su mujer… ¡qué extraño! No quería pensar en ella de esa manera. Era una coyuntura que había tenido que afrontar sin haberla buscado y que, de antemano, no le apetecía lo más mínimo, a pesar de haber intentado hallar la parte positiva. Sin embargo, por alguna extraña razón, desde que había dado el sí ante el cura, no podía dejar de pensar en que aquella joven hermosa, dispuesta… y embarazada de otro, era su esposa. Y ese hecho, le estaba removiendo un sentimiento de posesión que no entendía de dónde salía y que, a la vez, también le despertaba una gran sensación de rabia.

Bernat la admiró mientras dormía. Tras salpicar su cara de ilusión nacida por los planes que tenían para la siguiente semana, Elvira se había dejado llevar por el sueño que la había rehuido durante la noche. El aprovechó esa oportunidad para contemplarla a gusto, algo que podría repetir siempre que quisiera a partir de ese día. Y debía confesarse a sí mismo que, por raro que pareciera, no le molestaba la idea.

Capítulo 6

El tren los dejó en la destartalada estación del pueblecito costero cercano a Tarragona a las tres y diez. Con las paradas en todas las estaciones y apeaderos desde Barcelona hasta Torredembarra, habían tardado casi tres horas en llegar. Como consecuencia, ambos estaban hambrientos, cansados y un poco malhumorados. Elvira, además, se sentía pesada, con los pies hinchados y algo mareada.

Un hombre apoyado en la puerta de un flamante *SEAT 1400* se acercó a ellos con paso decidido. Antes de llegar a su altura, cogió la colilla que colgaba de sus labios y la tiró al suelo.

—¿Los llevo a algún sitio, amigo? —preguntó, quitándose la gorra de plato de color azul que llevaba puesta en señal de respeto.

Bernat lo miró sopesando el ofrecimiento para después recorrer con la mirada a un lado y otro de la carretera de dos direcciones que tenía enfrente.

—Sí, pero no ahora mismo —señaló con la cabeza un edificio bajo que había al otro lado de la calzada—. Antes queremos comer algo. ¿Qué tal es ese restaurante?

El hombre echó un vistazo por encima de su hombro en la dirección que le indicaba Bernat. Las letras azules sobre la fachada blanca indicaban el nombre del establecimiento, así como su finalidad: *Restaurante El Tropic.*

—Es de lo mejorcito de por aquí.

—Bien, pues si no le importa esperar, nos puede llevar a la parte alta del pueblo, que es a dónde vamos cuando acabemos. —Se giró hacia Elvira—. ¿Te parece bien?

—Lo que tú digas —aceptó ella, encogiéndose de hombros.

—Pues vamos —cogió las maletas que había dejado en el suelo y comenzó a caminar asegurándose de que su mujer lo seguía y que ningún coche pasaba en ese momento por la carretera.

—Yo los esperaré en la puerta hasta que terminen, listo para ir a donde me digan —los informó el taxista mientras volvía a recostarse sobre su coche.

Lo primero que percibieron al entrar en el local fue un delicioso aroma a sopa de pescado. Como respuesta, sus estómagos se pusieron de acuerdo y gruñeron a la vez. Se miraron con complicidad y sonrieron a un tiempo; verdaderamente estaban hambrientos. Muchas de las mesas cuadradas vestidas con manteles blancos de la sala aún mostraban los restos dejados por los comensales que se habían sentado

a ellas. Localizaron una que se mantenía limpia y se acomodaron a su alrededor. Elvira no pudo contener la tentación de observar con curiosidad las paredes, adornadas con caparazones de tortugas marinas de distintos tamaños y formas.

—¿Sabes? —Elvira empezó a juguetear con el salero que había sobre su mesa—. En un bar de mi barrio he visto algunas como esas —explicó señalando con el índice el caparazón que tenían más cerca—. Aunque no eran tan grandes, eso sí.

—¿Echas de menos tu casa, tu barrio, a tu gente…? —preguntó Bernat apoyando los antebrazos en la mesa e inclinando el cuerpo hacia ella.

—A veces, si te soy sincera —suspiró, dejó el salero en la citrillera y recolocó los cubiertos sobre su servilleta antes de alzar los ojos y encontrarse con los pardos iris de su marido—. Pero no tanto como para querer volver a sepultarme allí.

—¿No hay nada ni nadie en la Barceloneta que desees volver a ver? —preguntó con segundas, adelantando un poco más el cuerpo.

—Solo a mi familia y a Rita. Lo demás…

—¿Lo demás? —estaba realmente interesado en la respuesta; de ella podría adivinar lo que todavía la unía al padre del hijo que llevaba en su seno.

El camarero eligió ese momento para acercarse a su mesa. Con la camisa tan blanca como el delantal que llevaba y con una libretita de espiral entre las manos, les cantó el menú, advirtiéndolos de que algunos de los platos sugeridos se habían acabado o solo quedaba ración para uno. Tras dejar que lo pensaran durante unos instantes, tomó nota de lo que habían elegido y fue a pasar el pedido a la cocina.

A pesar de la curiosidad no satisfecha que se le había quedado enganchada en la mente, Bernat no volvió a insistir. Ya habría tiempo en esa semana de sonsacarle a su mujer todo lo que quería saber.

***

Tal y como les había prometido, el taxista los esperaba en el exterior del local, reposando la espalda en el murete de obra que separaban la terraza del establecimiento y la calle mirando hacia las vías del tren. Desde algún lugar indeterminado se oía una voz de mujer cantando a voz en grito *Ay pena penita pena, pena* de Lola Flores y el conductor iba siguiendo la melodía con la cabeza. Al darse cuenta de que ya habían salido, se apresuró a abrir el maletero de su coche antes de acercarse a ellos y cogerle de la mano una de las maletas que cargaba Bernat.

Durante el trayecto hasta el chalé donde pasarían su Luna de Miel, Bernat le preguntó al chofer sobre la iglesia de la que le había hablado

su jefe. Él les explicó todo lo que sabía de ella, que era mucho: desde que sus inicios databan del siglo XV, hasta que fue construida sustituyendo un templo anterior. También les habló de otras edificaciones antiguas que poseía la villa, así como un poco de su historia. El matrimonio se miró esperanzado; al parecer, tendrían mucha más actividad de la que esperaban en un principio.

Al llegar a su destino, Bernat acordó con el taxista, que se presentó como Felipe, que se reuniría de nuevo con ellos dos días más tarde para mostrarles los alrededores; según les aseguró, había mucho que ver por la zona y a ellos les pareció que era buena idea visitar aquellos lugares en coche.

Lo que restaba de tarde lo dedicaron a recorrer la casa, familiarizándose con sus estancias, colocando sus pertenencias en la habitación que la chacha les había preparado y caminando entorno a la finca por senderos que bordeaban algunos campos sembrados de olivos y algarrobos.

—Es bonito esto, ¿verdad? —Elvira se puso de puntillas y alargó la mano para arrancar una algarroba—. Nunca había estado en un campo así.

—Sí —convino Bernat—. Se respira paz y tranquilidad.

—Creo que no me importaría vivir en un sitio como este para siempre.

—Lo dudo —la contradijo a la vez que partía la vaina que tenía Elvira en la mano y se llevaba a la boca el trozo—. Estás acostumbrada al bullicio de la ciudad. Los pueblos están bien para unos días, pero yo sería incapaz de permanecer por mucho tiempo sin el ajetreo que tenemos en Barcelona.

Ella no contestó. Entendía que Bernat tenía una vida plena, un trabajo que lo motivaba y unos amigos con los que compartir experiencias. Pero ella… ella no gozaba de nada parecido. Tal vez, con el nacimiento de su hijo encontrara algo con lo que llenar su vida, a parte del estudio al que se sometía con gusto a diario.

Anduvieron de regreso en un cómodo silencio, apreciando toda la naturaleza que encontraban a su paso, hinchando los pulmones de aire limpio salpicado con aromas naturales que no se percibían en Barcelona. Caminaban cada uno inmerso en sus propias cavilaciones, Bernat con la decisión tomada de llegar al fondo del porqué Elvira había engañado a sus padres con el tema de su embarazo. Ella temerosa de comenzar esa conversación que tenía claro que iba a tener lugar.

Cenaron lo que había dejado preparado para ellos la mujer que cuidaba de la casa. Eulogio no solo les había cedido la hacienda, sino también se había encargado de dejar orden de que se les atendiera en todo lo que precisaran a fin de asegurarse de que aquella semana sería

algo memorable para la pareja. No en vano Bernat era su mejor empleado, así como su tapadera cuando decidía *echar una cana al aire*. Él le decía a su mujer que tenía una importante reunión con Bernat y lo que hacía en realidad era acudir a antros clandestinos para acostarse con mujeres de dudosa reputación. Era una de esas incoherencias que se vivían en el seno del partido: en público mucho golpe en el pecho, mucha iglesia los domingos, mucho alabar la santidad de la familia… para luego dejar a sus mujeres en casa, cuidando del hogar familiar, enseñándoles oraciones y *el temor a Dios* a sus hijos mientras ellos mancillaban todos los valores que se esforzaban por defender. Tentado había estado Bernat de acudir alguna de esas noches a casa de Eulogio, revelarle la verdad a su esposa y hasta acostarse con ella, igual que hacía en secreto con algunas mujeres de otros mandatarios. Pero Mayte, la hermosa mujer de Eulogio, era una devota madre de familia, amable con todo el mundo, cariñosa con sus hijos e incapaz de serle infiel a su marido, al que adoraba por encima de todo. Solo por eso, se había contenido. Ella no se merecía el marido que tenía, y aún menos que le desquebrajaran el corazón haciéndole ver la realidad de su matrimonio, así que Bernat mantenía la boca cerrada, alimentando su ignorancia y ganándose con ello el favor de su jefe.

Absorto en sus pensamientos como estaba, Bernat se sobresaltó al darse cuenta de que Elvira estaba recogiendo los restos de la cena.

—Deja eso ahí —ordenó agarrándola por la muñeca—. Ya hay una mujer que se encarga de eso. Tú eres la señora de la casa ahora mismo; no tienes que limpiar ni recoger nada. Para eso está el servicio.

—Pero Bernat, en Barcelona lo hago —se justificó tímidamente ella mirando con cierta aprensión los dedos alrededor de su brazo.

—Sí, lo haces, aunque debes empezar a dejar esa costumbre. Pero acepto que es tu hogar y quieras cuidar de él. Además, no hay riesgo de habladurías con Angustias. —Meditó un momento a la vez que la soltaba poco a poco para después pasear la palma de la mano por las marcas que habían dejado sus dedos—. En cambio, esa muchacha nueva… no sé, no me gusta un pelo.

—Entonces, ¿lo dejo todo cómo está? —preguntó con la mirada fija en el punto en que sus pieles seguían en contacto.

—Sí. Anda, ve a acostarte que pareces cansada —le aconsejó al descubrir sus intentos por reprimir un bostezo—. Yo iré en un rato. Lamento que incluso aquí, tengamos que dormir en la misma cama. Pero no voy a dar pie a chismes que puedan llegar a oídos de mi jefe. Lo entiendes, ¿verdad?

Contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza. Tendría que acostumbrarse a compartir las noches con Bernat, a pesar de que

el temor que le producían los hombres desde lo ocurrido con Manu, se le enredara en el alma. Sin embargo, debía confiar en lo que Bernat le asegurara en su día: jamás tendría sexo con ella. Además, no tenía nada que temer ya que su marido era un buen hombre, nada que ver con aquel indeseable. De eso sí que estaba totalmente segura.

Un nuevo bostezo hizo el intento de mostrarse, así que decidió hacer caso de la sugerencia que le había hecho Bernat y, despidiéndose de él, se retiró al dormitorio.

Para su desconsuelo, y a pesar de lo agotada que se sentía, su cabeza, saltando de una idea a otra, no le permitió conciliar el sueño tan pronto como ella esperaba. Eran demasiados los frentes que tenía abiertos. Por un lado, estaba su embarazo que, por más que no le diera muchas molestias, sí que le producía cambios de humor sin previo aviso. Por otro lado, la martirizaba la culpabilidad que todavía sentía por haber engañado a sus padres e involucrado a Bernat con sus mentiras. Por último, y quizás lo que más la consumía, estaba relacionado precisamente con él. No podía, no debía defraudarlo bajo ningún concepto. Se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para que no se arrepintiera nunca de haberse casado con ella.

En ese momento, cuando su pensamiento estaba centrado en Bernat, la luz que se colaba por las rendijas de la puerta cerrada se apagó. Instantes después los pasos perezosos de su marido se dirigieron hacia la alcoba donde su mujer descansaba. Entró, y sin advertir que Elvira continuaba despierta, empezó a quitarse la ropa hasta quedarse en cueros. Ella, que lo observaba con los ojos entornados, no pudo reprimir un jadeo asustado, provocando que Bernat se girara en su dirección tan desnudo como había llegado al mundo.

—No sabía que estabas aun despierta —comentó cogiendo el pantalón del pijama de debajo de la almohada donde lo había dejado horas antes—. De todas formas, no sé de qué te escandalizas. No es como si fuera la primera vez que ves a un hombre sin nada encima, ¿verdad? —dijo mordaz mientras se sentaba en la cama para enfundarse la prenda.

—Yo… yo… —No pudo continuar. El miedo, la vergüenza y el desconcierto se concentraron en un llanto silencioso que sorprendió a Bernat por inesperado.

—¿No me irás a decir que nunca has visto a un hombre desnudo? —preguntó enfadado. Se puso en pie para terminar de subirse el pijama—. Que haya sido un estúpido al acceder casarme contigo, no me convierte además en tonto. Y me molesta, no sabes cuánto, que te creas que lo soy.

—No tú… yo…

—¡Ya me estás contando a qué viene esta llantina! —no solía

perder los nervios, pero la inexplicable reacción de Elvira lo había enfurecido— ¡Estás preñada, por Dios! Eso no sucede por generación espontánea.

—Bernat, yo… —se encogió sobre sí misma, como si temiera que pudiera agredirla.

—¡¿Tú qué?! —explotó el hombre en un grito afilado.

—Por favor, no te enfades —le rogó limpiándose el reguero de lágrimas con el dorso de la mano e intentando calmarse.

—Está bien, vamos a tranquilizarnos. —Tomó aire profundamente —. Pero me vas a contar porqué te has puesto así, quieras o no.

Cogió de un manotazo la camisa del pijama y se la puso con brusquedad mientras esperaba a que Elvira fuera capaz de hablar.

Aspirando con fuerza y haciendo un esfuerzo sobrehumano, la joven consiguió tranquilizarse lo suficiente como para comenzar su relato, sin dejar por ello de sollozar entre frase y frase.

Conforme la joven iba adentrándose en su relato, la rabia y la frustración de Bernat crecían exponencialmente. A cada palabra que sumaba Elvira, el deseo de venganza de su marido se veía incrementado por mil. Estaban en la situación que estaban por culpa de un malnacido borracho y cruel que disfrutaba abusando de mujeres jóvenes e indefensas. Se juró allí mismo, en aquel preciso instante, que ese tal Manu no se acercaría jamás a su familia. Porque lo que tenía claro era que, después de lo escuchado, Elvira y el hijo que llevaba en su vientre eran su familia y la defendería contra cualquiera que intentara dañarla. Mientras tanto, y solo como precaución, descubriría todo lo concerniente a esa escoria humana. Si intentaba el más mínimo acercamiento, acabaría con él. La Modelo estaba llena de gentuza de esa ralea y él era un abogado brillante, con importantes contactos que sin dudarlo le ayudarían a conseguir que aquella piltrafa acabara sus días encerrado allí.

—Lo que no entiendo, Elvira, es por qué no les podías explicar a tus padres lo que me has contado a mí —le acarició la cabeza presa de una ternura que hasta entonces no había sentido por ella—. Si ellos…

—No lo hubieran entendido —se defendió la muchacha—. Ellos me habrían culpado por haber confiado en Manu y haberme ido con él a una casa desconocida.

—Pecaste de ingenua, en eso estamos de acuerdo, pero no creo que tus padres te culparan por lo que pasó después.

—Seguro que sí —insistió ella dejando caer de nuevo las lágrimas. Bernat se metió entre las sábanas, se sentó con la espada apoyada en el cabecero y la atrajo hacia sí para consolarla—. Desde pequeña, ellos me habían advertido sobre este tipo de cosas. Fue culpa mía ir con Manu. Fue mi culpa que él creyera lo que no era. Fue mi culpa provocar la situación. Fue mi cul… —Bernat le selló la boca con un

dedo a la vez que negaba con la cabeza.

—No te culpes, Elvira, no lo hagas. Tú fuiste allí confiada, creyendo en él. Fue ese tal Manu quien, sabiendo que te fiabas de lo que hacía, se aprovechó de ti y no hizo caso a tus ruegos ni a tu rechazo.

—Pero yo… —intentó refutar a través del índice de Bernat.

—Tú no pudiste hacer nada contra ese depredador, lo sabes, y yo también lo sé. No te preocupes, nunca más tendrás que verlo, te lo prometo.

Por desgracia, era una promesa muy difícil de mantener. Si ese asqueroso animal se lo proponía, estaba convencido de que conseguiría dar con ella… y entonces sería su momento para hacerle pagar lo que le había hecho a Elvira, a su mujer.

A consecuencia del llanto y al cansancio que arrastraba, Elvira se durmió casi de inmediato. Una vez vaciada su alma, y gracias a los protectores brazos de su marido, que esa noche le prestaban cobijo, se sentía más ligera, como si se hubiera deshecho de un gran peso, el peso de la culpabilidad.

Para Bernat no resultó tan fácil conciliar el sueño. Se pasó parte de la noche meditando sobre lo que la joven le había referido mientras observaba como ella descansaba plácidamente, acurrucada junto a él. Pensar en aquel individuo le hacía rechinar los dientes; no entendía cómo un hombre podía actuar de esa manera y menos que obtuviera placer sometiendo a una mujer contra su voluntad. Si era capaz de hacer algo así… no quería imaginar qué más podría hacer. Se iba a dedicar en cuerpo y alma a averiguar todo sobre esa basura. No lo pillaría desprevenido si se atrevía a ponerse en su camino.

Capítulo 7

Aquella estaba siendo la mejor semana en la vida de Elvira. No solo por los paseos por la playa o las excursiones a lugares plagados de historia que visitaban con Felipe, el taxista que habían conocido el primer día, y que siempre iban acompañadas por interesantes y constructivas explicaciones por parte de Bernat. No. También por la sensación de que, de una forma tranquila y serena, cada día se iba afianzando una amistad entre ellos que, en el caso de Elvira, estaba mezclada con la admiración que sentía por su marido. No habían vuelto a compartir un momento tan íntimo e intenso como el de la primera noche, aun así, las charlas nocturnas antes de acostarse, y el calor que compartían entre las sabanas sin necesidad de tocarse producían en la muchacha una calma de espíritu que no recordaba desde que Manu la destrozara.

Se acercaba el momento de regresar a la ciudad. Elvira percibía que Bernat, aunque no lo demostrara, estaba deseoso de volver a casa para reemprender su vida, reincorporándose de nuevo al trabajo. Lo que ella ignoraba era que él necesitaba regresar para empezar con sus indagaciones sobre el desalmado que la había dejado embarazada… eso y retomar sus hábitos nocturnos. Estar junto a su mujer cada noche en la cama, le había encendido el ánimo en más ocasiones de las que se quería confesar. Aun así, se había mantenido fiel a su promesa, a excepción del primer día en que conoció el secreto de Elvira, y no la había tocado. No obstante, y sin saber por qué, ya no tenía tan claro que pudiera mantener su palabra eternamente, tal y como había pretendido en un principio.

Aquel era el último día de su luna de miel. El tren salía hacia Barcelona a las cuatro y media de la tarde y estaban decididos a exprimir su estancia en Torredembarra al máximo. Bernat había organizado una visita a la Cantera del Medol, la mina romana situada a las afueras de Tamarit, población cercana a Torredembarra. Felipe los recogió pasado un cuarto de hora de las nueve de la mañana. Al salir al encuentro del conductor, la brisa mañanera de principios de junio los recibió removiéndoles el cabello. Tras saludar al taxista, entraron en el *Seat 1400* y comenzaron el escaso recorrido que los separaba de su destino. Al llegar, encontraron lo que a Elvira le pareció una olla de piedra amorfa en cuyo centro se levantaba una columna del mismo tipo de roca caliza que las paredes, nada especial en apariencia.

—¿Para qué construyeron aquí un obelisco tan mal hecho? —quiso

saber la muchacha alternando la mirada entre el monolito y su marido.

—No lo construyeron —contestó Bernat con una sonrisa. Posó la mano en la piedra y la acarició con veneración.

—¿No? —preguntó ella copiando el gesto de él.

—No. Es un testigo —le explicó ante su mirada de extrañeza—. Servía para tener constancia de cuánto habían horadado la roca. Los informaba de la profundidad en la que habían llegado al sacar la piedra de su alrededor. ¿Sabes? —preguntó de forma retórica—, esto era una mina en tiempo del imperio romano. De hecho, muchos de los monumentos de aquella época que hemos visto estos días se construyeron con las rocas extraídas de este lugar.

—¿En serio? —Elvira no podía salir de su asombro; cada vez era más consciente de lo poco que sabía sobre cualquier tema.

—Sí. Incluso la Catedral de Santa Tecla, que se edificó durante la Edad Media, muchos años después de que los romanos abandonaran España.

—Vaya. Nunca me habría imaginado que…

—¿Te suena la palabra cantera, Elvira? —ante su negativa continuó hablando—. Esto es una cantera. Un lugar del que se extrae piedra, mármol u otro tipo de material que luego se utiliza en la construcción.

—¡Hay tantas cosas que no sé! —exclamó entristecida, dando una vuelta sobre sí misma y observando el entorno con otros ojos—. Nunca podré estar a la altura de la mujer que necesitas a tu lado —se lamentó—. Lo siento tanto.

Bernat no contestó. No estaba de acuerdo con ella. Era cierto que su educación era muy limitada, pero absorbía con avidez todo cuanto le enseñaban. En el poco tiempo que llevaba en su casa, había conseguido mejorar su forma de hablar, de comportarse, hasta había aprendido cómo sentarse a la mesa y cómo utilizar de forma correcta los cubiertos. Pero teniendo en cuenta que su instructora había sido Angustias, no era de extrañar que sus conocimientos se limitaran a ese tipo de cosas y no a otras menos *prácticas* como historia, ciencia o cultura general.

Se dijo a sí mismo que eso se tenía que solucionar. Decidió que en cuanto volvieran a casa, buscaría un profesor particular para Elvira. Era imperdonable no haber pensado antes en eso. Angustias era una buena mujer, pero, aunque con cierta cultura, no estaba a la altura de lo que se requería para educar a su esposa y él necesitaba moldearla, formarla tanto como fuera posible para que no desentonara en su círculo de conocidos y, sobre todo, en sus ocasionales reuniones con los miembros del partido y sus cónyuges. Su posición lo exigía. Aunque, si quería ser sincero consigo mismo, debía admitir que le motivaba las ganas de aprender que demostraba la muchacha. Que su

matrimonio hubiera sido una farsa no le impedía admirar los esfuerzos que hacía la joven por mejorar, especialmente para no avergonzarlo a él.

Elvira, que se había alejado de su lado, se había aproximado a una de las paredes de la cantera. Paseó la palma de la mano por la superficie rugosa antes de mirar hacia arriba para admirar el trabajo que aquellos antiguos mineros habían grabado en la piedra. Se podían apreciar las señales de los cinceles sobre la roca; muescas irregulares que hablaban del esfuerzo de hombres muertos hacía siglos. Se le erizó la piel imaginándolo; nunca había pensado en nada parecido. Nunca antes se había parado a pensar en cómo y quién había construido las edificaciones antiguas que había en Barcelona o aquellas que había admirado esos días por tierras tarraconenses. ¡Había tantas cosas del mundo que ignoraba y que estaba deseando conocer!

—¿Te gustaría saber más cosas como esta? —le preguntó de repente Bernat sobresaltándola.

—Sí —confesó sin dudarlo. Miró el muro que tenía junto a ella—. Parece increíble que esto esté así desde hace tanto tiempo.

—¿Qué te parecería recibir clases de historia, literatura, arte…?

—Sería un sueño. Conocer qué hacían y cómo vivían en la antigüedad —reconoció mirándolo fijamente a los ojos mientras intentaba controlar su pelo revuelto por el viento—. Ver un cuadro, por ejemplo, y saber quién lo pinto… sería maravilloso.

—Bien, porque he pensado en contratar una profesora para que te instruya. Angustias ha hecho un buen trabajo hasta ahora —reconoció apartándole un mechón que le tapaba los ojos—, pero creo que ha llegado el momento de que alguien más preparado se encargue de tu educación.

—Bernat, no puedo aceptar que gastes más de lo necesario en mí —dijo bajando la mirada al suelo, avergonzada—. Ya estás haciendo mucho, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Te lo agradezco, pero no lo puedo permitir.

—Elvira —la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo—, consentí en casarme contigo con todas las consecuencias, aun sin conocer lo que te había motivado a mentir a tu familia. Por otra parte, recuerda que vas a tener que alternar con mi entorno. No lo hago solo por ti.

Sin entender por qué, Elvira sintió una punzada de decepción. Sin embargo, se repuso al instante. Era lógico que Bernat no quisiera mostrar en público que se había casado con una muchacha tan inculta. De todas formas, le hubiese gustado que él… ¿pero qué tonterías se le ocurrían?

Pasaron un buen rato más paseando por la cantera apreciando, no

únicamente su valor histórico, sino su belleza —que después de la explicación de Bernat le resultaba más fácil admirar—, el enclave natural en el que se encontraba y la vegetación que la rodeaba mientras gozaban de la agradable temperatura que se disfrutaba ese día.

Encontraron a Felipe dormitando tras el volante de su coche. Tuvieron que golpear el cristal de la ventanilla medio abierta para hacerle notar su presencia. El taxista, desorientado, los miró antes de sonreírles y salir del vehículo para ayudarlos a subir. Luego, ya en Torredembarra, pararon a comer en el mismo restaurante del primer día como recuerdo de la maravillosa semana pasada en aquel pintoresco pueblo de la Costa Dorada. La luna de miel se acababa y, sin ser conscientes de ello, esos días habían cambiado muchas cosas entre ellos.

Prometiéndole a Felipe que volverían algún día, se despidieron de él en el andén de la estación, a donde los había acompañado cargando con una de las abultadas maletas de piel que llevaban. El chofer, al ver el fajo de billetes que le tendía Bernat, se acercó a él y lo rodeó con sus enclenques brazos.

—Señor, ha sido un orgullo para mí que me hayan dejado acompañarlos en su Luna de Miel. Son ustedes gente buena y hacen una bonita pareja. Se los ve muy enamorados. Estoy seguro de que esa criatura que viene en camino será la guinda a la felicidad que veo en ustedes y que tanto se merecen —dijo casi sin respirar.

Elvira y su marido se miraron incrédulos. ¿Esa era la imagen que daban? Nada más lejos de la realidad y, a pesar de saberlo, no pudieron ocultar una sonrisa satisfecha.

***

Llegaron a Barcelona cuando el sol ya se batía en retirada. La estación de Francia, no obstante, todavía era un batiburrillo de gente yendo de un lado para otro con bultos y hatillos de tela a cuadros marrones sobre los hombros.

Elvira, tratando de ayudar a Bernat a transportar su equipaje, cogió el asa de una de sus valijas y tiró con fuerza para cargarla. Inmediatamente, su rostro relajado se transformó en un gesto de dolor. Soltó lo que había cogido y se llevó las manos a la parte baja del vientre. Poco a poco sus rodillas fueron cediendo hasta que quedó arrodillada en el suelo con una mueca de sufrimiento en el rostro. Bernat, que no era hombre asustadizo, se agachó a su lado, espantado y la abrazó con fuerza.

—¡Elvira! —exclamó sin poder esconder su inquietud— ¿Qué tienes?

Ella negó con la cabeza sin poder responder y una lágrima solitaria producto del dolor escapó de sus ojos.

—¡Ayuda! —pidió él con desesperación—. ¡Que alguien me ayude!

Al instante, se formó un corrillo de personas a su alrededor y un par de hombres se apresuraron a socorrerlo. Entre los tres consiguieron poner a la muchacha en pie. Bernat la cargó en sus brazos mientras sus improvisados ayudantes cogían las maletas que habían dejado de cualquier manera sobre el suelo. Salieron a la calle casi a la carrera y otro tipo, que había estado esperando el momento adecuado para prestar su ayuda, llamó con urgencia al primer taxi que encontró y que salió disparado en cuanto ellos y sus pertenencias estuvieron dentro.

Mientras el coche volaba por las calles empedradas, el único pensamiento de Bernat era, por extraño que pareciera, que no le pasara nada al bebé que venía en camino. El solo hecho de pensar que le pudiera ocurrir algo lo enfermaba. Pero también se sentía incomprensiblemente asustado por Elvira. Era su mujer. Su mujer. Y verla contraída de dolor le estaba atravesando el pecho con astillas de angustia. Por suerte, de noche el tráfico era fluido y no les presentó problemas; llegaron a la *Maternidad* en la mitad de tiempo de lo que solía ser habitual.

Olvidándose de todo lo que llevaban, entró en el centro obstétrico, en pleno centro de la Avenida José Antonio, con Elvira en brazos pidiendo, exigiendo más bien, que la atendieran con rapidez. Una monja vestida totalmente de blanco apareció por una puerta acristalada a la izquierda del recibidor.

—¡Mi mujer! —fue lo único que pudo decir extendiendo los brazos solo lo suficiente para que la religiosa la viera.

Con la seguridad de la experiencia, la mujer, para desesperación de Bernat, volvió a entrar por la misma puerta por la que había salido. En segundos apareció de nuevo empujando una silla de ruedas y acompañada de otra monja más joven, que le instó a sentar a Elvira en ella.

—Usted espere aquí —ordenó la mayor. Y sin más explicaciones, las tres mujeres desaparecieron por aquellas puertas de vidrio, dejando a Bernat solo con su impotencia.

El taxista, en la puerta, con las maletas a sus pies, daba vueltas a su gorra de plato esperando a que Bernat le pagara la *carrera* sin que éste recayera en su presencia. Inquieto, carraspeó ligeramente para hacerse notar. Fue en ese momento que el abogado se giró en su dirección con la mirada extraviada, sin entender en un principio qué hacía ese hombre allí.

—¿Señor? —el conductor dio un tímido paso hacia él—No me ha pagado todavía.

—Sí, sí, claro —rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar el dinero —. Perdone. ¿Cuánto le debo?

—Son siete pesetas el viaje y una por las maletas, señor.

—Quédese con el cambio —le contestó dándole dos duros—, y perdone mi descuido.

—Tranquilo, hombre, lo entiendo. Espero que su *señora* se ponga buena pronto y que no se malogre el embarazo —ante la cara de crispación que observó en Bernat, añadió—. De todas formas, señor, es joven. Ya le dará otros hijos.

Bernat contempló estupefacto a aquel hombre simple que hablaba de la vida de *su hijo* de una manera tan frívola. Estuvo tentado a decirle cuatro cosas, pero no tenía sentido; así que, con un golpe de cabeza, *agradeció* al hombre sus *buenas* intenciones y se dio la vuelta hacia la puerta por la que se habían llevado a Elvira.

Tuvo tiempo de pasear nervioso de arriba abajo por el vestíbulo, de sentarse en una de las incómodas sillas de madera apoyadas a un lado de la vidriera que lo separaba de su mujer, de ver cómo entraban varias parejas con el semblante preocupado y a la vez feliz por lo que estaban a punto de vivir, el nacimiento de su hijo. Observó cómo los hombres que esperaban en la antesala de la clínica con él mostraban su mismo grado de intranquilidad. Oyó aullidos de dolor y llantos de criaturas recién nacidas. Presenció la alegría de unos padres cuando alguna monja salía con un hatillo en los brazos y les mostraba su preciada carga… Sin embargo, en ningún momento apareció alguien para darle razón de cómo se encontraba Elvira. Los nervios, la preocupación e incluso el desamparo hicieron mella en él. Estaba convencido de que aquel retraso, aquella espera, no traería buenas noticias. En su fuero interno estaba convencido de que alguno de los dos, o tal vez los dos, no saldrían de esa clínica y eso lo estaba matando. A pesar de que aquel no era su hijo biológico, Bernat lo había aceptado como tal. En realidad, ese niño no tenía un padre. El hombre que lo había concebido era una alimaña depredadora. Él era su padre porque así lo había decidido. En cuanto a Elvira…

Oyó abrirse nuevamente la puerta y ya no levantó la cabeza, seguro de que, con toda probabilidad, saldrían a darle una buena noticia al hombre sentado a su lado. Se llevó una sorpresa al escuchar su nombre.

—Sr. Font —una mano descansó sobre su hombro para sacarlo de sus reflexiones—. Ya puede pasar a ver a su esposa.

—¿Está bien? ¿Están bien?

—Tranquilo, Sr. Font —la religiosa bajita que le hablaba le sonrió reconfortándolo—. Su mujer es una joven muy fuerte y valerosa. Los dos están estupendamente, no se preocupe.

Se levantó arrebatado para seguir a la religiosa trastabillando al

hacerlo.

—Eh, amigo —lo llamó el hombre que había estado sentado junto a él—, se deja sus maletas.

Él miró alternativamente a uno y otras, descolocado. ¿Qué le importaban las maletas en ese momento? La monjita que lo acompañaba le dedicó una cálida sonrisa antes de hablarle:

—Cójalas, las dejaremos en la salita que tenemos para nosotras — Bernat la obedeció al instante. Lo único que quería era llegar cuanto antes junto a Elvira y comprobar que se encontraba bien.

Después de caminar por pasillos de baldosas blancas desolados y asépticos, llegaron a una gran sala con seis camas a cada lado. En aquel momento, solo dos estaban ocupadas. Elvira yacía en la más alejada de la puerta. Desde allí, la vio indefensa con la cara vuelta hacia la pared enfrentada a donde se encontraba él y con la melena castaña desparramada por la almohada. Una gran ternura le calentó el pecho. Esa muchacha, con la que se había casado solo ocho días antes para evitar un escándalo que podría suponer su ruina social, se había convertido, de la noche a la mañana, en alguien importante para él. Y estaba decidido a cuidar de ella con todas sus fuerzas.

Como si hubiera notado su presencia, Elvira giró el rostro y al verlo, una débil pero sincera sonrisa inundó su rostro. El abogado se la devolvió mientras caminaba decidido hasta ella.

—No vuelvas a darme un susto como éste —le pidió cariñosamente al llegar a su lado y le dio un suave beso en la frente.

—No era mi intención —bromeó ella a pesar del agotamiento.

—¿Te encuentras bien? —le cogió las manos a la vez que se sentaba en el borde del camastro.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima —volvió a bromear.

—En serio, Elvira, ¿estás… estáis bien? —apretó los dedos que sujetaban la mano de ella en señal de preocupación.

—Sí, estamos bien —sonrió sin ganas—. Aunque, tal vez hubieras preferido que…

—No lo digas —la interrumpió soltándole la mano de golpe—. Éste que llevas ahí dentro —señaló su vientre con un gesto de cabeza—es mi hijo. Así lo elegí cuando accedí a casarme contigo. Y aunque no lo fuera, jamás desearía… —cerró los ojos negando al mismo tiempo—. Ahora, Elvira, para bien o para mal, sois mi familia.

—Perdóname. Perdóname, por favor —pidió buscando su mano para agarrarse con fuerza a ella—Estoy aturdida, dolorida y no sé de lo que hablo. Si le hubiera pasado algo, yo…

—Por suerte los dos estáis bien —entrelazó sus dedos con los de su mujer—. En este momento lo único que importa es que te restablezcas pronto y vuelvas a casa… conmigo.

—Sr. Font, es hora de que descanse su esposa —aconsejó la monja que le había acompañado y que había estado atendiendo a la otra paciente hasta ese momento.

—Sí, claro. Ya voy —contestó Bernat por encima del hombro—. Solo un segundo más, por favor.

—Está bien, solo un segundo. Los dejo otra vez a solas para que se despidan, pero no tarde.

—Gracias, hermana.

Cuando se apartó la religiosa, se inclinó y le besó de nuevo la frente —Vendré mañana a verte. Mientras tanto, haz lo que te digan las monjas y cuida de los dos. ¿Lo harás por mí?

—Te lo prometo. Pero no tienes que venir si no quieres o estás muy ocupado.

—Vendré.

—De acuerdo. Te estaré esperando. No voy a ir a ningún sitio —aseguró con una sonrisa desvaída.

—Eso espero, Elvira. Eso espero.

Se levantó, dispuesto a irse, pero al llegar a los pies de la cama se giró para mirarla por última vez.

—¿Quieres que avise a tu madre?

—No, por favor —dijo Elvira reforzando su negativa con la cabeza —. Se asustaría. Además, si se entera querrá venir y seguro que tiene mucho trabajo que hacer.

—Está bien, como quieras.

Meditó las palabras de su esposa en su camino de vuelta a casa. En su vida acomodada era fácil dejar lo que se estuviera haciendo si se presentaba una emergencia, como era el caso. En cambio, Elvira, que conocía la importancia de lo que significaba el trabajo de Pepa y el dinero que representaba, había preferido no tener el apoyo de su madre con tal de que ella no dejara de colaborar en la economía familiar. Esa idea era ajena a él, porque, ¿qué sabía él de estrecheces?

Su padre, y su abuelo antes que él, habían disfrutado de una buena reputación como abogados. Entre sus representados se encontraba la flor y nata de la sociedad catalana; personajes importantes e influyentes que les servían de reclamo para otros clientes de la misma clase social y que les pagaban grandes sumas de dinero por sus servicios. Bernat había crecido en ese entorno acomodado, sabiendo desde niño que se convertiría en un hombre de leyes tan buscado, como mínimo, como sus antecesores. No le fue difícil encontrar clientela entre su círculo, al terminar la carrera. El apellido Font era sinónimo de profesionalidad y éxito. Su abuelo, hombre poco dado a las demostraciones afectivas, le había inculcado el deseo de ganar, de ser siempre el mejor, superando a todos sus contrincantes sin importarle cómo. Su muerte, en su primer año de carrera, había sido

un duro golpe para él… pero, a la vez, un alivio. No sabía si hubiera sido capaz de alcanzar las expectativas que el viejo tenía puestas en él. Por su parte, su padre, Albert Font, había relajado su talante gracias al carácter afable y cariñoso de su mujer, Anna Mercader. Gracias a ella no se había comportado como el padre frío que le había educado a él mismo. Eso no significaba que en su trabajo fuera débil. Ni mucho menos. Cuando se trataba de conseguir los mejores acuerdos, Albert era un tiburón que no daba cuartelillo a sus adversarios.

Bernat había tenido dos ejemplos, diferentes, pero ambos muy profesionales, en los que inspirarse. ¡Y vaya si lo había hecho! Por desgracia, ninguno de ellos pudo ver el resultado de su esfuerzo. Albert había muerto de un infarto unos meses antes de que él terminara sus estudios de derecho. Aun así, las lecciones y consejos que le habían dado tanto su abuelo como su padre y el poder de su apellido le habían abierto muchas puertas que él había sabido franquear a la perfección.

Por contra, Elvira no había tenido la misma suerte. Ella nunca había disfrutado de la tranquilidad que da el dinero ni de las posibilidades que brinda la educación. Pensar en todo ello le dio una perspectiva nueva sobre su mujer.

El taxi que había cogido en el sanatorio lo dejó en el portal de su casa cuando empezaba a clarear el día. Cargado de las valijas y el cansancio de aquella noche, entró en su casa intentando no despertar a Angustias. Era demasiado temprano y la mujer, a su edad, necesitaba descansar. Cerró la puerta procurando no hacer ruido, por eso se sorprendió cuando la luz se encendió iluminando el recibidor.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó aliviada la anciana—. Se suponía que llegabais anoche, ¿qué os ha…? ¿Dónde está Elvira? —su voz se llenó de preocupación al no ver a la joven con él.

—¿Qué haces levantada, Angustias? —preguntó él como respuesta mientras se quitaba la americana.

—Estaba preocupada por vosotros, no he podido pegar ojo pensando que os pudiera haber pasado cualquier desgracia —le cogió la chaqueta y la colgó del perchero de la entrada —. Pero dime, ¿dónde está Elvira? ¿Cómo es que no viene contigo?

—Ven, vamos a sentarnos y te lo explico.

—Me estás asustando —aseguró la mujer, yendo con él hacia la sala.

Una vez estuvieron sentados, Bernat le relató lo que había pasado al llegar. Le contó que su mujer había tenido que quedarse ingresada en el hospital y le confesó lo terriblemente angustiado que estaba por ella y por su hijo.

—No te preocupes, mi niño —le acarició la mejilla igual que hacía cuando era un crío—. Elvira es fuerte, podrá con esto. Y cuando

vuelva a casa, yo me encargaré de que esté bien atendida y no haga esfuerzos.

—No sabes cómo te lo agradezco, Angustias. Verla allí, tan desamparada… ha sido terrible.

—Eres un buen hombre, Bernat.

—No creas que no me he dado cuenta de que, desde que decidimos casarnos, tu actitud hacia ella no es la que solía ser.

—Bueno, eso ya no tiene importancia. La cuidaré como si fuera su madre porque a ti te importa su bienestar —desvió la mirada un momento para volverla de nuevo a él—. No te voy a negar que me disgustó que te acusara de ser el padre de ese niño. Sé que tú eres incapaz de hacer un acto tan vil —suspiró sonoramente antes de continuar—, pero tú decidiste casarte con ella, todavía no sé muy bien porqué, y ahora es tu mujer. Me dedicaré a ella y a ese niño igual que lo he hecho contigo desde siempre.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

—Y ahora, ve a dormir. Debes estar agotado.

—Sí, ¿para qué negarlo? —sonrió débilmente—. Tú ve a la cama también. Descansa un poco más.

—Sí. Admito que yo también estoy cansada —le dio un beso en la mejilla y se fue, dejándolo en soledad.

Bernat continuó unos instantes más mirando a ningún sitio en concreto y masajeándose las sienes. A pesar de la fatiga, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Elvira, sola en esa sala de camas blancas, provocando así que el nudo de preocupación que le comprimía el pecho se hiciera más grande.

Por fin, con la certeza de que poco podía hacer por la muchacha en ese momento, se retiró a su habitación. Dormiría unas horas. Por la mañana debía presentarse en el bufete antes de poder acudir de nuevo a la Maternidad y comprobar cómo se encontraban Elvira y el bebé.

***

Apareció por el despacho pasadas las diez de la mañana. A duras penas había conseguido dormir un par de horas y eso se reflejaba en su cara, que mostraba todo el agotamiento acumulado. El secretario se puso en pie al verlo llegar, lo saludó con una formal inclinación de cabeza y volvió a sentarse frente a la *lexicón 80* en la que empezó a teclear hábilmente.

Caminó hacia su despacho con intención de ponerse al día de los asuntos que hubiera pendientes con rapidez a fin de poder ir a ver a Elvira lo antes posible. No podía quitarse de encima la preocupación que sentía por ella. A medio camino, salió a su encuentro Eulogio, con un cigarro entre los dedos y la chaqueta del traje desabrochada.

—¡Hombre, el recién casado ya está aquí! —lo saludó con su inconfundible voz de barítono— ¿Qué tal por Torredembarra?

—Muy bien, gracias. Fuiste muy amable dejándonos la casa.

—No es nada, hombre —dio una calada a su pitillo—. Hasta final de mes no se irán Mayte y los niños a pasar el verano. Estaba cerrada y a mí no me costaba nada que la disfrutarais tu mujer y tú.

—Te lo agradezco mucho —dijo sin demasiado entusiasmo. En ese momento su cabeza estaba en el hospital.

—Chico, no pareces un hombre recién casado. ¿Qué pasa, tu mujer no te ha dejado contento?

—Eulogio, ¿podemos hablar en privado?

—Claro, hombre —accedió sorprendido, aspirando de nuevo de su cigarrillo—. Pasa a mi despacho.

—Tengo que confesarte una cosa —le dijo una vez hubieron cerrado la puerta del cubículo.

—Tú dirás —su tono amistoso había cambiado a otro más formal.

—Recuerdo cómo te sorprendió que me casara de forma tan precipitada —se sentó en uno de los cómodos asientos de piel situados frente a la puerta imitando a su jefe.

—Así es —afirmó Eulogio apagando el cigarrillo en un elegante cenicero de cristal que había sobre una mesita auxiliar.

—Lo cierto es que Elvira está embarazada y de ahí que tuviéramos tanta prisa en formalizar nuestro estado. —No había tenido oportunidad de decírselo a su jefe, a pesar de pasar tiempo con él. En ese instante, prefirió no comentar que algunos miembros del partido sí conocían ese dato.

—No puedo ocultar que me decepcionas, aunque ya lo había imaginado —se recostó en su sillón—. Tantas prisas eras sospechosas.

—El caso es que ayer, al bajar del tren, Elvira se sintió mal y tuve que llevarla a la Maternidad, y allí sigue todavía.

—¿A la Maternidad? ¿No es ahí donde van los que no tienen recursos?

—Fue el primer sitio en el que pensé —admitió algo avergonzado por haberla llevado allí.

—Espero que esté bien. Ella y el niño.

—Me aseguraron que sí cuando me fui.

—¿Qué me quieres decir, Bernat? ¿Quieres ir a verla? —preguntó levantándose de su asiento para dirigirse a un mueble del que sacó una botella de brandi y dos copas.

—Primero quiero ver lo que tengo sobre la mesa, pero sí, me gustaría poder estar al lado de mi mujer.

—Está bien —concedió sentándose de nuevo y sirviendo el licor—. Aunque hay un asunto importante del que te tienes que encargar. Puedes llevártelo y estudiarlo mientras acompañas a tu mujer.

—Gracias, Eulogio. Y no te preocupes, mirare de qué se trata y por la tarde podré decirte algo al respecto —aseveró dando un sorbo a su bebida.

—¿Vendrás esta tarde? —se extrañó, desviando la mirada del contenido de su copa a su empleado.

—Hay horario de visitas. Estaré de vuelta cuando se acabe el turno de la mañana y permaneceré aquí hasta que empiece el de la tarde, si no te parece mal.

—En absoluto. Entiendo que quieras estar con ella. Al fin de cuentas, se trata de tu hijo.

Bernat no contestó. Se limitó a echar un trago y a asentir con la cabeza.

Una vez en su despacho, repasó la carpeta que reposaba en el centro de su escritorio. El tema parecía importante y les representaría un buen pellizco. Le echaría un vistazo en el trayecto al hospital, pero dudaba que le presentara problemas. Metió los documentos en su maletín negro y, antes de salir, hizo una llamada que hacía días se moría por hacer.

—¿Mariano? —preguntó al detectar que habían descolgado.

Mariano López era el hombre al que acudía cuando necesitaba información para sus casos. En esta ocasión requeriría de sus servicios para algo más personal: localizar y averiguar todo lo posible sobre el tal Manu.

—Sí, ¿quién e…? —una tos seca interrumpió la pregunta.

—Soy yo, Bernat.

—¡Hombre, Bernat! Ya me han dicho que te has casado, bribón —un nuevo ataque de tos volvió a interrumpirlo—. Felicidades.

—Gracias, Mariano, pero no es para recibir felicitaciones para lo que te llamo.

—Está bien, tú dirás.

Y le dijo, claro que le dijo. Le expuso lo que sabía sobre el indeseable que había forzado a Elvira, que para ser sinceros no era demasiado. Todo lo que conocía de ese *individuo* se limitaba a lo que ella le había explicado. Pero era un comienzo. Mariano le aseguró que empezaría con las pesquisas de inmediato, tranquilizando con ello a Bernat.

A pesar de que había intentado agilizar su tiempo en el despacho todo lo posible, llegó a la clínica a las once y veinte; hacía ya un rato que había comenzado el horario de visitas. Recorrió con prisas el camino que había seguido el día anterior acompañado de la religiosa que lo guio y llegó a la sala donde estaba Elvira rápidamente. Allí se encontró un ambiente muy diferente del que había dejado unas horas antes. Solo quedaban dos catres vacíos y alrededor de los que no lo

estaban, se apiñaban familiares y conocidos dando la enhorabuena —en algunos casos de forma escandalosa— a las recién estrenadas mamás.

Bernat fue derecho hasta la cama de su mujer. La encontró con un libro entre las manos que sin duda le habían prestado en el centro. Estaba ensimismada en sus páginas y hacía un pequeño mohín con los labios como si no estuviera de acuerdo con lo que leía. El abogado la observó fruncir el ceño y negar con la cabeza antes de darse cuenta de que él estaba allí.

—Bernat, has venido.

—Te dije que lo haría, ¿no?

—Sí, claro —admitió avergonzada—. Pero después de faltar tantos días a tu trabajo pensé que no te sería fácil.

—Soy un hombre de palabra —aseguró sentándose a los pies de la cama y girando el cuerpo hacia ella—. Además, estaba demasiado intranquilo por ti como para poder concentrarme en nada.

—Gracias por preocuparte tanto.

—De todas formas, he traído algunos documentos para revisarlos mientras estoy contigo —levantó su maletín para que ella lo viera—. Así mato dos pájaros de un tiro: trabajo y a la vez te hago compañía.

—Está bien —sonrió. Le hubiera mortificado que él descuidara sus quehaceres por atenderla a ella, pero debía admitir que se sentía feliz de tenerlo allí.

—¿Qué lees? —preguntó Bernat señalando el libro que en ese momento descansaba sobre las rodillas de la muchacha.

—*Nobleza de corazones* de Isabel Salueña—contestó cerrando parcialmente el libro para dejarle ver la portada.

—¿Una novela de amor? —sonrió él con condescendencia.

—Me gustan, no lo puedo evitar —se justificó con un encogimiento de hombros—. De todas formas, solo tenía para elegir entre este libro, que al parecer se dejó una chica que estuvo ingresada hace unos días, y uno de salmos.

—¡Vaya!, entonces no tenías mucho donde escoger —siguió bromeando Bernat.

Elvira se encogió de hombros de nuevo y le devolvió la sonrisa.

—No, no mucho —luego miró la cartera que Bernat había dejado en el suelo—. No quiero distraerte, haz lo que tengas que hacer. Yo seguiré leyendo mientras trabajas.

Bernat asintió con un gesto, se levantó y acercó una de las sillas apoyadas en la pared cercana. Haciendo de la cama de Elvira su escritorio, extendió sus papeles y empezó a estudiarlos. De una forma extraña, se sintió cómodo centrando su atención en sus documentos mientras ella leía a su lado.

Capítulo 8

Le dieron el alta hospitalaria dos días más tarde. La enviaron a casa con la recomendación de médicos y enfermeras de que debía guardar reposo. Según le dijeron, eso no quería decir que se pasara el día tumbada en la cama, pero sí que era necesario que evitara esfuerzos y que saliera solo lo imprescindible.

En el tiempo que permaneció ingresada, Bernat repitió la rutina que había impuesto el primer día: se levantaba, iba a la oficina hasta que llegaba el momento de visitarla, justo hasta la hora permitida. Después, volvía al despacho hasta las cuatro y estaba firme como un clavo a las puertas de la clínica a las cuatro y media, instante en que podía volver a ver a su mujer. Repasaba los documentos que llevaba consigo a la vez que disfrutaba de la compañía de Elvira. No hablaban mucho, simplemente estaban allí, uno junto al otro, conociéndose sin palabras. Bernat aprovechaba cualquier segundo que ella estaba distraída para observar atentamente sus gestos, sus muecas… su pelo castaño —un tanto aplastado a causa de permanecer tanto tiempo acostada—, sus ojos negros, su nariz perfecta, sus labios, ligeramente entre abiertos mientras leía… Y ella leo estudiaba de reojo, cuando más concentrado estaba en sus legajos, con las pupilas pegadas a los papeles que examinaba y en los que escribía con trazos rápidos y enérgicos.

Habían sido días tranquilos en los que se había creado una comodidad entre ellos que ambos deseaban alimentar. Pero había llegado el momento de volver a la realidad; Bernat se debía a su trabajo y Elvira… ella debía hacerse cargo de la posición que ostentaba en su hogar.

Angustias los recibió con una limonada dulce y unas rosquillas. Tomaron el refrigerio los tres juntos, comentando alguna anécdota de los días que habían pasado en Torredembarra o de cómo la habían tratado las hermanas que la habían atendido en la Maternidad.

—Debo volver al trabajo —anunció Bernat una vez hubieron terminado de merendar—. No volveré tarde, pero si lo hago, no me esperéis para cenar.

—Intenta no tardar que te conozco —le aconsejó el ama de llaves —. Trabajas demasiado.

—Llevo mucho retraso entre unas cosas y otras —explicó poniéndose en pie—. Por favor, Angustias, asegúrate de que Elvira descanse. Y tú —se giró hacia la muchacha—Hazle caso. Es una magnífica *enfermera*.

—De acuerdo —aceptaron las dos a la vez.

***

Contrariamente a lo que solía hacer, decidió dar por finalizada su jornada laboral antes de tenerlo todo en orden. Esos tres últimos días no había descansado apenas y estaba agotado.

Abrió la puerta de su despacho reprimiendo un bostezo. Al alzar la vista se encontró de cara con Clara, la esposa de otro de sus jefes, Federico Mayol. La mujer clavó sus ojos verdosos en él y se lamió los labios de forma provocativa.

—Qué bien que hayas vuelto ya —dijo con voz tentadora—. Te he echado de menos.

—Buenas noches, Clara. ¿Qué haces aquí a estas horas?

No le apetecía nada el jueguecito que siempre se traía esa mujer con él. Sí, era cierto, habían disfrutado mucho el uno del otro en el pasado, pero la obsesión que parecía tener hacia él lo agobiaba, lo asfixiaba. En más de una ocasión había querido romper esa relación sin conseguirlo. Temía que, ante la desfachatez de esa *señora*, su marido terminara por enterarse, algo que representaría un duro golpe en sus pretensiones políticas. Por otro lado, ya estaba harto de que lo usara para vengarse de las infidelidades de su marido. Con todo, no podía olvidar que Clara sabía bien cómo subirle el ánimo. Además, hacía demasiado tiempo que no…

—He venido a recoger a Federico y, de paso —deslizó el dedo por la solapa de su americana—, a saludarte a ti y felicitarte por tu boda.

—Gracias —miró a un lado y otro del pasillo esperando encontrar a su jefe— ¿Dónde está tu marido?

—Un cliente de última hora —contestó mientras le cogía la corbata y tiraba de él—. Todavía tardará un rato.

—No puedo, Clara. Mi mujer me espera.

—¡Uy! No me digas que eres de los que se mantienen fieles una vez casados.

Esa era su oportunidad para deshacerse de esa relación tóxica.

—Por supuesto. No me hubiera casado de no ser así.

—Ya cambiarás de parecer —sentenció, levantando la barbilla airada—. Y cuando eso pase, no me busques porque no me vas a encontrar —aseguró soltando de golpe la corbata y dándose la vuelta en dirección al despacho de su marido.

Bernat se sintió aliviado. Esperaba que, por fin, se hubiera librado de esa mujer absorbente que lo había tenido agarrado por los huevos durante demasiado tiempo. Eso no evitaba, no obstante, que el tonteo de Clara lo hubiera afectado. Llevaba un par de meses sin satisfacer sus instintos más primitivos y eso se dejaba notar. Dormir al lado de

su esposa, tampoco ayudaba a calmar su deseo, que digamos.

***

Esa noche su estado de excitación llegó a un grado desesperante cuando Elvira apareció en el dormitorio con un camisón blanco de batista que dejaba entrever sus redondeces. El embarazo, al contrario de lo que pudiera parecer, la había dotado de una sensualidad muy atrayente. Se amonestó a sí mismo al notar como reaccionaba su cuerpo. Elvira era intocable, sobre todo en esos momentos. Además, se lo había prometido, y no pensaba romper su palabra. No obstante, cuando sintió el calor que desprendía el cuerpo de la muchacha al meterse entre las sábanas junto a él, no lo pudo soportar más. Se levantó de un salto y corrió al baño a satisfacer su ansiedad en solitario.

Una vez calmado —relativamente—, llegó a la conclusión de que debía reemprender sus actividades nocturnas fuera de casa, como hacía antes de comprometerse con Elvira. Se vería obligado a actuar con mayor discreción que antes, sin llamar la atención y buscando locales en los que no corriera el riesgo de ser reconocido; era mejor que nadie supiera de sus correrías. Decidió no esperar más y hacerlo al día siguiente; echaría una cana al aire para relajarse y así poder aguantar por un tiempo. Tampoco tenía la intención de tener escarceos muy a menudo, solo cuando la necesidad fuera insufrible. No le parecía buena opción abusar, ni por el riesgo que podría correr de ser descubierto ni, sobre todo, por el hecho de engañar a Elvira, aunque ella no llegara nunca a enterarse.

Volvió a la cama después de haberse duchado, llevándose con el agua parte de su desazón. Encontró a su mujer dormida, con los labios ligeramente abiertos, exhalando una respiración pausada. ¿Por qué veía a Elvira bajo otra perspectiva desde que conocía la verdad de su embarazo? Lo ignoraba. Pero enterarse de su desgracia, haber compartido unos días tan agradables junto a la playa y haberla visto tan indefensa en el hospital había cambiado la idea que se había forjado de ella desde que se vio empujado a casarse. Se durmió contemplándola, haciendo suya la paz que parecía impregnar a Elvira.

Al día siguiente, una desagradable visita a punto estuvo de dar al traste con su plan de aventura de esa noche. Mario.

—Buenas tardes, Bernat —saludó su amigo entrando en el despacho con ímpetu—. Vengo a invitarte a una copa en el local de Lupe… ya sabes.

—Buenas tardes, Mario. Pasa, pasa, como si estuvieras en tu casa —contestó con ironía y mal humor—. Te recuerdo que ahora soy un hombre casado y mi mujer, que por cierto no se encuentra muy bien,

gracias por preguntar, me espera en casa.

—No me vengas con esas, Bernat —se dejó caer en la silla al otro lado de la mesa, apoyó el antebrazo y sonrió con suficiencia—. Los dos sabemos que te has casado con esa niña por el bombo que le hiciste.

—Mira, Mario, te lo dije el día de mi boda y te lo repito ahora: Elvira es mi mujer y ni por la amistad de tantos años que tengo contigo voy a tolerar que hables mal de ella. ¿Queda claro?

—Bueno, hombre —dijo con desgana mientras sus dedos no paraban de jugueteas con todo lo que había sobre la mesa—, no hace falta que te pongas así. Pero no me negarás que casarte con tu criada da que pensar.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó con la mandíbula apretada—. Si has venido a invitarme a un club, ya te he dicho que no voy a ir. Si no quieres nada más, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—¿Me estás echando? —preguntó perplejo.

—No, solo digo que todavía tengo trabajo por terminar, que no voy a acompañarte al local de Lupe y que seguro que tienes mejores cosas que hacer que estar mirando cómo no te hago caso.

—De acuerdo —dijo el recién llegado levantándose de malos modos —, me voy. Veo que todavía no se te ha pasado la tontería con esa cría. Ya nos veremos cuando quieras calentarte con una mujer de verdad.

En cuanto su amigo desapareció por la puerta, pensó que desde que había vuelto de su viaje de novios no hacía más que tener enfrentamientos. Primero con Clara e instantes antes con Mario. Aunque si lo pensaba bien, ninguno de los dos había sido nunca santo de su devoción. Clara, a pesar de ser una mujer hermosa de cuarenta años muy bien llevados, le había persuadido para acostarse con ella con promesas de impulsar su carrera en el partido, en el que su marido estaba muy bien posicionado. En aquel momento le pareció una buena idea. De un plumazo se le presentaba la oportunidad de obtener una buena promoción para alcanzar puestos relevantes y de disfrutar de algún que otro revolcón con una mujer que sabía muy bien cómo complacer a los hombres. Pero ni siquiera entonces le gustó su manera de ser o de comportarse. Era fría, calculadora, manipuladora y, en ocasiones, cruel. En su fuero interno temió que, presa de su carácter, se vengara de él por haberla rechazado.

En cuanto a Mario… nunca hubiera podido hacerse su amigo de no haber sido por Fermín, a quien había conocido durante la carrera y con el que había compartido horas de estudio y risas. Mario era uno de sus colegas de infancia y en los días de facultad solía invitarlo muchas veces a salir con ellos. Bernat lo había aceptado por amistad a su compañero, pero nunca llegó a gustarle demasiado. Era frívolo,

clasista, mezquino y vengativo. Le había visto en su peor faceta más de una vez y no le gustaba ni pizca. Sin embargo, estaba demasiado bien posicionado en la sociedad barcelonesa como para alejarlo definitivamente de su entorno inmediato.

Avisó en casa que llegaría tarde, utilizando la excusa del trabajo. Fue el último en salir por dos razones: una era que en verdad estaba hasta arriba de expedientes y la otra que no quería que nadie sospechara que su destino era diferente al de su casa.

Hacía tiempo le habían hablado de un local a las afueras de la ciudad que, con el pretexto de un espectáculo de variedades, ofrecía a sus clientes masculinos compañía de *chicas de alterne*. Allí nadie lo conocía, o al menos era lo que esperaba. Le dio la dirección al taxista que lo recogió en la puerta del bufete y llegó allí media hora más tarde.

Nada de lo que vio al entrar le engañó sobre el tipo de establecimiento del que se trataba. Luces tenues, alguna que otra bombilla roja sobre los sofás del mismo color frente a los cuales se disponían unas diminutas mesas redondas donde dejar las bebidas. Al fondo, una tarima donde unas *señoritas* escasas de ropa movían sus cuerpos de forma insinuante. Se sentó en uno de los sillones vacíos y al instante una camarera morena de grandes atributos le preguntó que deseaba tomar. Se decantó por una copa de coñac y, mientras esperaba, empezó a recrearse con lo que pasaba sobre el escenario. Ni el baile sensual y descarado de las bailarinas ni las canciones soeces que entonó una de las chicas lograron animarlo. Había acudido a sitios como ese en multitud de ocasiones y siempre había conseguido excitarse con rapidez. Sin embargo, ese día no parecía que nada lo motivara. Su cabeza parecía hallarse en otro sitio…

Una camarera diferente a la que lo había atendido al llegar fue la encargada de servirle su consumición. Ésta era rubia teñida y llevaba la boca pintada con un carmín de un rojo vivo que sobresalía de la línea de sus labios. La joven dejó la bebida sobre la mesita… pero no se alejó. Por el contrario, se acomodó sobre sus rodillas y empezó a chuparle el lóbulo de la oreja sin reparos mientras se restregaba contra su hombría. Bernat se dejó hacer. Al fin y al cabo, para eso había acudido allí. La rubia era una maestra en lo suyo y sabía muy bien las teclas que debía tocar para calentar a un hombre. Y él lo era ¡claro que lo era! Notó como su cuerpo reaccionaba ante el ataque de esa hembra. Sintió la sangre agolparse en su entrepierna. Deseó dar rienda suelta a sus instintos. Necesitaba desfogarse dentro del cuerpo de una mujer… Sin embargo, no lo hizo. En su lugar, la obligó a levantarse e hizo él lo mismo. La miró con una sonrisa de disculpa y, planchándose el pantalón con las manos, le pidió la cuenta, sin haberse llevado la capa a los labios. Ella lo miró a los ojos, extrañada

y luego desplazó la mirada hasta el centro de su cuerpo, donde era imposible ocultar una más que considerable erección.

—Como quieras, cariño —dijo la meretriz con tono condescendiente —. Son doscientas pesetas —se acercó a él colocándole la mano en la evidencia de su deseo antes de añadir—. Y si te quedas, mil más.

—Gracias, no me quedo —contestó Bernat, sacando de su bolsillo dos billetes marrones y dejándolos sobre la mesa.

—¿Te veré otro día que estés más decidido?

—No.

Salió de allí como alma que lleva el diablo. No entendía que le había pasado. Él había ido allí para lo que había ido, es decir, para disfrutar de lo que la rubia oxigenada le ofrecía. Sin embargo, al sentirla pegada a su cuerpo, con ese olor empalagoso que desprendía su cuerpo, y esas artes mil veces desplegadas, sintió un asco y una vergüenza desconocidos. Imprevisiblemente, mientras ella utilizaba sus dotes de seducción, la imagen de su joven esposa encogida por el dolor en medio de la estación de Francia, le arroyó con fuerza y fue incapaz de continuar. Y eso era una terrible contrariedad.

***

Elvira había pasado el día alternando entre su habitación y la sala. Angustias le había prohibido hacer cualquier tipo de esfuerzo y la había obligado a tumbarse cada vez que ella se levantaba de la cama o el sofá. Sin nada que hacer, había tenido tiempo de leer el libro que Bernat le había recomendado, *Platero y yo*. Le había gustado, aunque ella prefería las novelas románticas que tenía por costumbre devorar. De todas formas, estaba concienciada con la idea de que debía cultivar su intelecto y sabía que con sus novelas de a duro, difícilmente lo iba a conseguir. Se dejaría aconsejar por su marido que, al fin y al cabo, era mucho más erudito que ella.

No podía esperar el momento de que Bernat regresara del trabajo para contarle sobre lo poco que había hecho o para escuchar de sus labios lo que tuviera a bien explicarle él. Se deshacía de ganas por comentar con Bernat lo que le había parecido el libro mientras cenaban tranquilamente. Le apetecía retomar la conversación iniciada en su luna de miel sobre un profesor particular para ella. Pero, sobre todo, necesitaba…, sí, necesitaba verlo, sentirlo cerca, disfrutar de su compañía, de su voz, de su aroma…

Era extraño, mientras trabajaba para él, siempre le había parecido un hombre amable, pero nunca se había fijado en los insignificantes detalles que lo hacían especial. Después, antes de la boda, su comportamiento había cambiado; se había comportado con ella como

un bloque de puro hielo. Sin embargo, tras el viaje de novios, había vuelto a ser, no ya solo amable sino tierno también. A pesar del escaso tiempo que habían compartido, su percepción de Bernat había cambiado. Entre otras cosas, ya no le parecía tan viejo, por ejemplo. Era más, había empezado a pensar que doce años no era tanta diferencia de edad como ella había pensado en un principio.

Por otra parte, el físico de su marido era mucho más que agradable a la vista: rasgos definidos, ojos pardos, que entrecerraba cuando estaba concentrado, pelo oscuro y rebelde —que no lograba controlar por más gomina que se pusiera— labios generosos y muy atractivos… Se descubrió fantaseando con su cuerpo, y eso que, por desgracia, sentía pavor hacia los hombres desde que Manu…

Empezó a impacientarse cuando, llegadas las ocho de la noche, Bernat seguía sin aparecer.

—*Debe tener mucho trabajo acumulado. Ya llegará* —le había dicho Angustias.

El ama de llaves la había obligado a cenar media hora más tarde, argumentando que debía comer para restablecerse por completo. Como veía que pasaban las horas y él no volvía, se sentó en un butacón con la radio a su lado sintonizando una cadena donde sonaba música moderna. *Ricky Nelson*, *Paul Anka, Cliff Richard, Chubby Chacker y Bobby Darin,* entre otros, fueron los que encargados de hacerle compañía durante su espera. A las once y media, Angustias entró en la sala con un vaso de leche y unas galletas en un plato.

—No vale la pena que lo esperes levantada, Elvira —le aconsejó ofreciéndole lo que llevaba en las manos—. Bébete esto y ve a dormir.

—No puede tardar ya mucho, ¿no le parece, Angustias?

—Eso nunca se sabe. Si está con un asunto importante se le puede ir el santo al cielo y no aparecer hasta la madrugada —le explicó mientras ella daba un sorbo a la leche—. Así que no te agotes más que no es bueno ni para el niño ni para ti.

—Está bien, escucho una canción más y me voy a la cama.

—Solo una más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Ah! Y acábate lo que te he traído que no es bueno acostarse con el estómago vacío.

No fue una, sino muchas las canciones que escuchó antes de decidir seguir la recomendación de Angustias. La convencieron la voz de *Manolo Escobar* y su *Porompompero* que, de tanto escucharlas, la tenían aburrida.

Despacio, tomándose su tiempo, se desvistió en el baño, se aseó bien y, con su ropa como escudo, se dirigió al dormitorio que compartía con Bernat. Al alcanzar la puerta, oyó el sonido de la llave deslizándose dentro de la cerradura. Se precipitó al interior de su

habitación, con la intención de tener suficiente tiempo para ponerse el camisón antes de que él apareciera. Bernat solía lavarse las manos nada más llegar a casa; confiaba en que esa noche siguiera su costumbre. Solo de pensar que pudiera verla desnuda como estaba la llenaba de pudor.

Por una vez, Bernat no fue fiel a su hábito. Después de lo que había pasado en el garito al que había ido, estaba deseando ver a Elvira y su angelical y casto rostro relajado gracias al descanso.

Le extrañó comprobar que la puerta estaba entreabierta y la lánguida luz de la mesita de noche se filtraba por el resquicio; se imaginó que la joven se habría quedado dormida, tal vez leyendo, sin darse cuenta de que dejaba la lamparita encendida. Abrió con cuidado, procurando no despertarla… lo que se encontró frente a sus ojos lo dejó sin respiración; se sintió igual que si hubiera caído a un mar de lava desde un acantilado. Elvira, de espaldas a él, deslizaba en ese momento un camisón rosa pálido por sus brazos, extendidos hacia el techo; por debajo de ese remolino de tela… nada.

Elvira se giró con rapidez para dirigirse a la cama antes de que él entrara. Su sorpresa fue encontrarlo allí de pie, observándola desde la puerta, con una mirada que hasta ese momento no le había dedicado nunca. Como acto reflejo se llevó las manos al pecho y gimió sobresaltada.

—¡Bernat! Me has asustado —intentó justificar su reacción—. No te había oído entrar.

Los ojos pardos de su marido la recorrieron de arriba abajo admirados. La curva de su vientre se apreciaba a través de la fina tela del camisón; era la cosa más bonita que pudiera imaginar. Su juventud mezclada con su belleza sencilla y fresca y ese halo tierno que le confería la maternidad lo habían dejado sin habla.

—¿Te encuentras bien? —se interesó la joven acercándose hasta él —. Pareces… —al llegar a su altura, un tufo dulzón y molesto inundó sus fosas nasales, provocándole un gesto de desagrado y un remolino de nauseas en el estómago.

Dio un paso tímido hacia atrás y luego otro, intentando poner distancia entre ese hedor, que le estaba quemando los pulmones, y ella. Su malestar no provenía solo por el olor en sí. Era su significado y su origen lo que realmente la enfermaban. Sabía que no tenía ningún derecho a sentirse herida; Bernat era un hombre con necesidades de hombre… no obstante, no pudo evitar sentirse defraudada ante su infidelidad. Sin lograr reprimirse, la pregunta brotó de sus labios por sí sola:

—¿De dónde vienes?

A él le costó responder. Todavía tenía impresa en sus retinas la visión del trasero más perfecto que hubiera visto nunca. Dándose

cuenta de que Elvira esperaba una contestación, pensó con rapidez una excusa. No tuvo ocasión de encontrarla.

—No, no te preocupes. No tienes por qué darme explicaciones —sentía el empuje de las lágrimas que pugnaban por salir—. Yo no soy quién para cuestionarte nada.

Bernat se movió en su dirección. Necesitaba justificarse ante ella. Necesitaba decirle que no había podido hacer nada, que su recuerdo se lo había impedido. Pero al acercarse notó como el gesto de Elvira cambiaba para convertirse en una mueca de asco y cómo, sin previo aviso, vomitaba sobre sus pies.

Capítulo 9

—¡Elvira! ¿Te encuentras bien? —Su preocupación era genuina. La tomó por los hombros y estudió su rostro— ¿Qué te pasa?

—¡Dios! Te he ensuciado los zapatos y el bajo del pantalón —se lamentó ella tapándose la boca con una mano y cubriéndose el vientre con la otra.

—¿A quién coño le importa eso ahora? —Desdeñó la preocupación por su atuendo mientras la estudiaba con detenimiento— Dime, ¿qué te pasa? ¿Tenemos que volver al hospital?

—No, no. Es solo…

—¿El qué? ¿Te ha sentado mal la cena, tal vez?

Elvira reusaba contestar que el motivo de sus nauseas era el insufrible olor que desprendían sus ropas, así que insistió en negar con la cabeza.

—Si no fuera nada, no habrías vomitado. Por favor, dime qué sientes —le cogió de las mejillas y la obligó a mirarlo. Ella en respuesta giró la cabeza, avergonzada—, qué te duele, qué…

Sabía que él no cesaría de preguntar hasta que le respondiera y finalmente cedió, aunque muerta de vergüenza; no quería que él se sintiera prisionero en un matrimonio que no había buscado, y cuando ella le confesara cuánto la molestaba ese hedor dulzón, y más todavía su procedencia, podía producirle precisamente ese sentimiento.

—Es ese olor… —susurró ella, alzando apenas el brazo para señalar la chaqueta que llevaba él puesta.

—¿Qué olor? —Preguntó él acercando su nariz a la manga. Al instante comprendió—. No es lo que tú crees.

—Yo —su voz cada vez sonaba más amortiguada—… no tengo ningún derecho. Yo… es esa peste, perdona.

—No, perdóname tú a mí. Es cierto que las mujeres embarazadas tenéis un olfato muy sensible —dijo en un intento de quitar hierro al asunto—. Pero, insisto, no es lo que tú piensas. Está tarde me he encontrado con la esposa de un compañero y me ha dado un abrazo como felicitación por nuestro matrimonio, eso es todo —mintió, presa de un inesperado remordimiento.

—No tienes que darme explicaciones. Yo no tengo ningún derecho sobre ti.

—En eso te equivocas. Eres mi esposa y, por tanto, tienes todos los derechos.

Lo soltó de forma irreflexiva, sin pensar realmente el alcance de lo que estaba diciendo. Cuando se percató se llevó las manos a la cabeza

mentalmente. Para empezar, ella solo era una cría que hasta hacía cuatro días era, además, su criada. Por otro lado, la relación que los unía era un mero trámite al que la muchacha lo había arrastrado con sus mentiras. ¡Joder!, además él necesitaba desahogarse dentro del cuerpo de una mujer; estaba en su derecho de buscar fuera lo que su *esposa* no le iba a dar… simplemente porque él mismo le había asegurado que no se lo reclamaría. Y, sin embargo, le había asegurado que ella tenía derechos sobre él. ¿En qué estaría pensando al afirmar algo así? Pero volvió la mirada a la muchacha y luego a sus maltrechos pantalones —que desprendían una fetidez tal que enmascaraba el del perfume barato que impregnaba el resto de sus ropas— y comprendió que era la preocupación y el creciente cariño que sentía por esa chiquilla los que lo habían empujado a decir algo como aquello.

—Por favor, deja que te limpie el estropicio que…

—No hace falta —la sujetó por los hombros de nuevo al darse cuenta de sus intenciones—. Ya se ocupará mañana la chica. Ahora voy a darme una ducha para desprenderme de este olor que tanto te molesta. Y tú, anda, ve a la cama y descansa —El titubeo de la muchacha no le pasó desapercibido—. ¿Qué ocurre?

—Me gustaría enjuagarme la boca antes, si no te molesta. —Dijo en un volumen apenas audible.

—Claro, claro. Qué desconsiderado soy. Por favor, ve tú primero.

Elvira pasó por su lado como alma que lleva el diablo, pero no pudo evitar que su marido la admirara en su camino hacia el baño y se recreara en las curvas que el camisón no era capaz de disimular. Una vez a solas, se lavó los dientes frenéticamente hasta hace sangrar sus encías, no ya solo para quitarse el amargor del vómito, sino para apartar de su cabeza a base de dolor la imagen que se había formado de Bernat en brazos de otra mujer.

Mientras tanto, él, todavía perplejo por el inusitado sentimiento que le despertaba cada vez con más fuerza su mujer, se deshizo de los zapatos manchados y los sacó al pasillo para que su mal olor no perturbara el santuario de su dormitorio. Por suerte —o por desgracia, no estaba seguro—, ellos se habían llevado la peor parte y en el suelo apenas se distinguían un par de gotas amarillentas y viscosas que limpió con su pañuelo. Lo dejó fuera también, sobre uno de sus *oxford* y regresó a la habitación a esperar a que Elvira terminara en el lavabo. Necesitaba una ducha. Fría. Además de la necesidad de librarse de los efluvios dulzones que la desconocida del club había impregnado en su ropa y de los hediondos producidos por el vómito de Elvira, precisaba calmar su excitación, que se había incrementado después de distinguir la figura de Elvira bajo la tela de la camisola. Aquella niña se estaba metiendo debajo de su piel sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Si al principio de aquel desaguisado había pensado que podría manipularla y seguir con la vida que conocía hasta entonces, se equivocó de lleno. Muy al contrario, tenía la sensación de que era ella, con su dulzura y su sencillez la que estaba llevándolo a él a su terreno.

—Ya puedes entrar —anunció Elvira en ese momento, saliendo del baño con la mirada baja y los hombros caídos.

—Voy. —La observó mientras se acercaba a la cama que compartían y no pudo contener la enorme sensación de ternura que le despertó verla tan abatida—. Descansa, lo necesitas.

—Sí, supongo que sí.

Le fue imposible contenerse. Se acercó a ella, que acababa de sentarse en el filo del colchón, y depositó un beso dilatado en su cabeza.

—Claro que sí. Tienes que cuidarte y cuidar de nuestro hijo, Elvira.

Nada más terminar de hablar, se separó de ella; si se mantenía un segundo más a su lado, no estaba seguro de poder aguantarse las ganas de besarla… y no solo sobre el cabello.

***

Dos días después de aquel incidente, Bernat se presentó en casa con una sorpresa para Elvira.

—Elvira —la llamó en cuanto traspasó el umbral de la casa—, ¿puedes venir?

Ella, que en ese momento estaba poniendo la mesa para la comida, apareció con los cubiertos en la mano por la puerta vidriada que separaba el comedor de la entrada.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

—Por favor, pon un servicio más en la mesa. Hoy tenemos un invitado.

—Claro, Bernat, ahora mismo lo hago.

—Pero antes, ven, quiero presentártelo.

Ella bajó los ojos a sus manos cargadas y luego más allá de su cintura, para comprobar si iba bien vestida. Al confirmar que así era, se apresuró a dejar los cubiertos sobre la mesa antes de dirigirse a donde la esperaba su marido con la visita.

—Este es Ricardo Montoya —lo presentó con un gesto de la mano —. A partir de hoy, será el encargado de tu educación. Ya lo hemos retrasado demasiado tiempo y si no nos damos prisa, llegará el niño sin que hayas podido comenzar con tus clases.

—Encantada, señor —con una felicidad difícil de esconder, alargó la mano esperando que el hombre se la estrechara y su sorpresa fue que, en vez de hacerlo, le besó el dorso.

—El placer es mío, señora Font. Su esposo no me hablo de su

estado de buena esperanza. Tendré que modificar el temario para que no sea demasiado duro de seguir, dadas sus circunstancias.

—Oh, por favor, no lo haga; no se preocupe por mi embarazo. Estoy bien y soy fuerte. Lo que más deseo en estos momentos es aprender todo lo que me sea posible. Mi marido necesita una mujer a su altura… y yo no lo estoy —reconoció ruborizándose.

—No le haga caso, Ricardo —medió Bernat—. Por mucho que se haga la valiente, ya nos ha dado un par de sustos y no estoy dispuesto a correr ningún riesgo con su salud. Si tiene que bajar el ritmo que tenía previsto, hágalo sin problemas. Su bienestar y el del niño son lo más importante ahora mismo.

—Intentaré llegar a un término medio. Veo el entusiasmo que tiene su esposa por aprender y, a la vez, entiendo su preocupación por ella.

—Pero, por favor, no se queden ahí parados. Pasen al salón, les serviré un coñac mientras terminamos de preparar el guiso.

En ese momento, como si la hubieran invocado, apareció Angustias para anunciar, precisamente, que la comida estaba lista.

—Angustias —Bernat se dirigió a ella con una sonrisa complacida —, quiero presentarte al nuevo profesor de Elvira, el señor Montoya.

—Señor —con una leve inclinación de cabeza, Angustias le dio la bienvenida.

—El señor Montoya se quedará a comer —anunció el dueño de la casa mirándola primero a ella y luego al invitado—. Espero que hayas hecho cantidad suficiente; no me gustaría que nuestro huésped se quedara con hambre—continuó con tono jocoso.

—¿Por quién me tomas, Bernat? —soltó rauda la mujer. En cuanto se dio cuenta de que su tono de confianza podría sonar extraño para una persona ajena a la casa, rectificó—. Quiero decir que por supuesto, señor Font. Sabe que siempre tiendo a hacer platos generosos.

—No hace falta que disimules, Angustias. Si el señor Montoya va a pasar tiempo por aquí, es mejor que sepa el tipo de relación que hay entre nosotros —se volvió hacia su nuevo empleado con una mirada divertida—. Ricardo, Angustias se ha ocupado de la casa desde hace muchos años y la consideramos una más de la familia. Cualquier duda que tenga, puede acudir a ella con la misma libertad que si lo hiciera con mi esposa o conmigo mismo.

—Lo tendré en cuenta —sonrió mirando al matrimonio antes de volverse hacia la ama de llaves e inclinar la cabeza a modo de saludo —. Encantado, señora.

—Bien, y ahora que las presentaciones están hechas, ¿qué les parece si pasamos al comedor y damos cuenta de lo que han preparado Angustias y Ramona? —propuso Elvira, ejerciendo de anfitriona a la perfección, tal y como se lo había enseñado a hacer el

ama de llaves.

Todos estuvieron de acuerdo con ella y juntos se dirigieron al salón comedor. Sólo Angustias se retrasó a fin de darle instrucciones a su nueva ayudante para que se ocupara de preparar la mesa y de servir la comida.

***

Alargaron la sobremesa con temas de lo más diverso. Montoya, intentaba discernir el nivel de conocimientos de su nueva pupila; era imprescindible para hacerse una idea de cómo enfocar sus clases. Se dio cuenta de que la joven estaba más instruida de lo que ella misma llegaba a imaginar. Con la charla había averiguado que había sido Angustias quien se había ocupado de su aprendizaje hasta el momento y valoró secretamente su labor. Sin embargo, se dio cuenta de que era Elvira la que era digna de admiración; sin demasiados conocimientos previos, había conseguido aprender muchas cosas útiles, tales como saber estar y comportarse en la mesa, o a cómo callar cuando no conocía el tema del que se hablaba, disimulando así su ignorancia. De todas formas, no le pasaron inadvertidas sus carencias. Todavía había mucho que hacer para que su formación estuviera a la altura requerida. No obstante, tenía claro que, con esa chica, su trabajo no representaría un problema ya que se la veía ávida por saber, por formarse y por complacer a su ágil inteligencia y a su marido.

Observó a la pareja en un momento en que conversaban sobre los precios de los alimentos. Bernat intentaba que su mujer comprendiera que, según la estación del año, la climatología y otras circunstancias eventuales, los productores se veían forzados a modificarlos para no tener pérdidas.

—No termino de entenderlo —expresó su perplejidad con un mohín —. Recuerdo que una vez hablé con un primo de mi amiga Rita que fue a pasar unos días a su casa; era agricultor, y como yo no había conocido nunca a nadie que se dedicara a la tierra, le hice muchas preguntas. Él me contó que, por ejemplo, las lechugas que nosotros pagábamos a cincuenta céntimos o más ellos las venden a dos, como mucho. Y cuando quise saber a qué se debía la diferencia, él aseguró que eso era cosa de los intermediarios, que a él le pagaban igual si tenía una buena cosecha como si la tenía mala. Así que, dime, ¿me engañaba aquel buen hombre, o lo que dijo era cierto y los que se aprovechan de esos percances de los que has hablado son los intermediarios, que son los que salen ganando con el trabajo ajeno?

Bernat se quedó callado, meditando la pregunta y buscando una respuesta adecuada, que no lograba encontrar. Ricardo aplaudió para sí la claridad de ideas de la joven. Tenía una mente abierta y rápida, y

analizaba con rapidez los conocimientos que adquiría para procesarlos y elaborar sus propias conclusiones. Sí, sería un reto ocuparse de su educación, pero a la vez, sería muy alentador impartir sus clases con alguien que realmente haría buen uso de ellas.

***

Antes de separarse, acordaron reunirse en la casa todas las tardes después de comer; el profesor daba clases por la mañana por lo que solo contaba con las tardes para enseñarle a ella.

Bernat esperó a que la puerta se cerrara tras Ricardo para volverse hacia su mujer y escrutarla con la mirada.

—Y bien, ¿qué te ha parecido tu maestro? —Inquirió llevándose los puños a la cintura.

—Creo que me irá bien con él —sonrió complacida—. Tengo la sensación de que es un hombre comprensivo, prudente y con mucha cultura que compartir.

—Eso mismo creo yo, por ese motivo lo elegí… Por eso y porque…

—¿Por qué…? —Indagó ella entrecerrando los ojos, todavía con las comisuras de los labios alzadas.

Entre las virtudes del docente, Bernat había tomado en cuenta su edad, que casi triplicaba a la de su esposa, y que no parecía ser un hombre que despertara el interés de las féminas. Por una secreta y extraña razón, la idea de que otro varón pasara tiempo con Elvira no era una de sus favoritas precisamente. A pesar de eso, no estaba dispuesto a que su esposa supiera que cada día se sentía más atraído por ella, que cada día le importaba más, que cada día se hacía más imprescindible en su vida, que cada día se iba enamorando de su mujer.

—Porque tiene unas buenas referencias, tiempo libre y, por lo que he podido averiguar, buenos conocimientos de todas las asignaturas que puedan ser de utilidad para ti —no mintió al decir aquello, no obstante, tampoco fue completamente sincero. Sin embargo, había otro motivo que ocultaba en su interior: la necesidad de asegurarse de que a Elvira nunca viera en él algo más que a su viejo profesor.

Capítulo 10

Parecía casi una contradicción que aquel julio fuera uno de los más calurosos que se recordaban, cuando el invierno había sido tan inusitadamente frío que había cubierto las calles de Barcelona de un manto blanco difícil de olvidar. Elvira, con su embarazo ya bastante avanzado, acusaba las altas temperaturas especialmente. Para combatirlas, se limitaba a mantener la casa a oscuras en las horas de más calor y no salir apenas de casa durante el día. Su única distracción era el rato que pasaba junto a su profesor, aprendiendo todo lo que el buen hombre tuviera a bien enseñarle, y la lectura de los libros que él le recomendaba. Quizás fuera esa falta de actividad… o el hecho de que Bernat se estaba convirtiendo en el centro de su vida a una velocidad vertiginosa, el caso era que el momento de la jornada que esperaba con mayor emoción y ansiedad era aquel en que oía la puerta de entrada anunciándole que su marido estaba de vuelta del trabajo.

Cada día, cuando el calor empezaba a remitir, ella se encerraba en el cuarto de baño, se aseaba, se perfumaba y se cambiaba de vestido para, después, quedarse sentada junto a la puerta del salón, aguardando oír el sonido de las llaves en la cerradura. Sin embargo, aquella tarde, no fue ese el ruido que se escuchó sino la llamada del teléfono, algo harto extraño a las horas en que Bernat no estaba en casa.

—Ya lo cojo yo, Angustias —anunció. Apuntaló las manos sobre los apoyabrazos del sillón y, no sin esfuerzo, consiguió ponerse en pie e ir hasta donde estaba el aparato—. Mansión del letrado…

Comenzó a soltar toda la retahíla de palabras que se usaban para contestar una llamada en aquella casa, pero Bernat la paró enseguida.

—Elvira, soy yo.

—¡Bernat!, ¿Tú? ¿Pasa algo? ¿Algún problema? ¿No vienes a casa? —Lo bombardeó a preguntas.

—Tranquila, estoy bien y no, no ha pasado nada, bueno, nada fuera de lo común —intentó serenarla con un tono calmado—. El caso es que hoy llegaré tarde a casa. Se nos ha presentado un nuevo caso y mis jefes quieren mantener una reunión para hablar sobre él. No sé a qué hora llegaré, así que no me esperéis para cenar. Ya picaré alguna cosa por aquí o cuando llegue a casa. Déjame algo sobre la encimera de la cocina, por si no he podido comer nada.

Para Elvira aquello fue como si le tiraran un cubo de agua fría sobre la cabeza. No solo no compartiría con él los avatares del día,

sino que la sospecha de que su marido la estuviera engañando con alguna mujer la azotó, muy a su pesar. No tenía ningún derecho en sentirse ofendida si su marido prefería la compañía de otra que estuviera más dispuesta a satisfacer sus necesidades que la suya. Además, estaba siendo muy cortés al inventarse una reunión para justificar su tardanza. No, no tenía motivos para sentirse molesta… pero lo estaba. Mucho. Muchísimo.

—De acuerdo. Te dejaré algo de cena fría, por si no has comido nada antes de volver a casa.

—Gracias, Elvira —su voz sonó extrañamente rota—. No me esperes despierta si ves que tardo en llegar; no tengo ni idea de cuánto puede durar la reunión.

—Bernat, ¿seguro que estás bien? —Enrolló el cable del teléfono en el dedo de manera nerviosa; el tono que había utilizado su marido no era el habitual y, desde luego, no se correspondía con el de alguien que tenía intención de echar una cana al aire.

—Sí, estoy —suspiró—bien. Un poco cansado y sin ganas de lo que tengo por delante, pero estoy bien, no te inquietes.

—Intenta no llegar muy tarde, necesitas descansar —le pidió antes de colgar.

—Hasta luego, Elvira.

—Hasta luego, Bernat.

A pesar de haber creído instantes antes que el retraso de Bernat se debía a una visita a algún burdel, el tono cansado de su voz la hizo cambiar de idea. Su marido parecía realmente agotado y sin ganas de asistir a la reunión que, al parecer, tenía por delante. Sí, era posible que aquello hubiera sido una estratagema de Bernat para que no sospechara, pero algo dentro de ella le gritaba que había sido sincero. En el tiempo que lo conocía, él siempre había demostrado ser, sobre todo, honesto y estaba segura de que esta vez también lo era.

Bernat colgó el teléfono y cerró los ojos mientras negaba con la cabeza. No deseaba acudir a esa reunión. Le asqueaba tener que hablar del caso que les había llegado esa misma mañana. No creía que aquel individuo de quien iban a hablar mereciera otra cosa salvo la cárcel… pero, para su desgracia, ese era su trabajo: defender a gente como aquella; adinerados prepotentes que se creían con el derecho a hacer lo que les apeteciera sin pensar en las consecuencias. Y aunque él no era especialista en el tema que se les presentaba, sus jefes habían insistido en que se pusiera al frente del caso, alegando que la similitud de edad con el cliente sería un factor positivo en el juicio.

Sin conocerlo, ya odiaba a su defendido, sobre todo después de haber conversado unas horas antes con Mariano López, su investigador privado, quien lo había puesto al día de cuanto había

descubierto del impresentable que había forzado a su mujer. Gracias a él, había sabido que el tal Manu era una pieza de cuidado. Todo lo bueno que se podía decir de él era que trabajaba como el que más en el puerto, cualquier otra cosa que se pudiera averiguar sobre su persona hablaba de su mala conducta: pequeños hurtos, alcohol, juego, trapicheos varios… además, se sospechaba que había comprometido a más de una joven con la que se le había visto.

Con toda aquella información, Bernat ya tenía claro el tipo de escoria que era. No obstante, instó a Mariano a indagar más, por si encontraba datos más concretos que poder utilizar en su contra. Lo que menos le convenía, por si las moscas, era estar desprevenido con un tipo de su calaña.

Lo hablado con Mariano, le había recordado el motivo por el que le interesaba ese sujeto: la vejación de su mujer. Era el mismo delito que el cliente sobre el que tenía que hablar con sus superiores y al que le había tocado representar por su orden expresa. Se frotó la cara con ambas manos, tratando de encontrar el coraje suficiente para enfrentarse a lo que había por venir. Logró sacarlo, no sabía bien de dónde, antes de ponerse en pie. Fue hasta el espejo que colgaba en la pared en un extremo de la estancia, se ajustó la corbata al cuello y miró su imagen; por suerte, le dio la impresión de que nada en su semblante delataba su estado de ánimo, ni el rechazo que sentía por el que iba a ser su defendido. Todavía esperó un poco más delante de su reflejo hasta asegurarse de que la furia que lo embargaba se hubiera calmado lo suficiente. Solo entonces, tirando de las mangas de su chaqueta y abrochándose los botones delanteros de la misma, decidió acudir al despacho de Eulogio, donde se encontraría con él y con Federico, sus jefes.

—Por fin llegas —se quejó Eulogio al darle paso tras su toque en la puerta—. Parece que no tengas ganas de salir del bufete.

—Disculpad mi demora; tenía asuntos pendientes.

—Bueno, ya estás aquí —medió Federico—. ¿Has podido revisar el dosier del caso?

—No en profundidad, pero sí. Y sigo pensando que no soy la persona idónea para este trabajo. Yo me dedico al derecho civil, no al criminal.

—Ya, sí, de acuerdo, pero este es un caso fácil. Además, nosotros estaremos detrás de ti para asesorarte en lo que necesites.

—Ese hombre violó a una chica —les recordó, por si lo habían olvidado, en un tono seco y acusador.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué y qué? Es un granuja que se aprovechó de su sirvienta, la forzó y ahora no quiere hacerse responsable de la criatura que espera la joven.

—Esas cosas pasan, Bernat, no seas ingenuo —dijo Federico con doble intención, haciendo alusión a su situación con Elvira—. ¿Quién te dice a ti que no fue al revés, tal como dice él? Cabe la posibilidad de que ella viera su oportunidad para mejorar social y económicamente. Vamos, que pretendiera dar el braguetazo.

Él se envaró. Aquella era una acusación ruin y despreciable que estaba a punto de rebatir cuando intervino Eulogio.

—Sea como fuere, él es nuestro cliente y es a él a quien nos debemos. Que la muchacha ha sido arruinada… es una pena, pero a saber cómo se comportaba y si ella hizo algo para provocarlo. Estas chicas se las saben todas.

Esa nueva insinuación a su situación personal le provocó un ramalazo de furia que supo contener a duras penas. En ese instante le quedó claro que no lo habían escogido solo por su edad sino, en especial, porque presumían que el caso se parecía mucho al que, según suponían, había vivido él mismo. Siempre había amado su trabajo y la labor que llevaba a cabo, pero en ese momento, odió ser abogado y tener que defender lo indefendible.

Durante el tiempo que estuvo reunido con sus superiores, trató de hacerlos ver la conveniencia de llegar a un acuerdo con la joven sirvienta y no ir a los tribunales, donde el nombre de la chica quedaría por los suelos, fuera cual fuera el desenlace —que Bernat ya auguraba negativo para ella—. El dinero siempre tenía la razón en estos casos y una mujer, normalmente, tenía las de perder en este tipo de contextos. Sin embargo, ellos insistieron en que tenían el caso ganado y que su defendido no tenía por qué cargar con un crío que a saber si era suyo, ni a mantener a una advenediza que quería sangrar su dinero. Él había quedado horrorizado ante semejantes argumentos, pero se tuvo que morder la lengua; al fin y al cabo, no era más que un empleado, muy bien valorado, cierto, pero un empleado, al fin y al cabo.

Renunciando a sus principios, muy a su pesar, acató los deseos de sus jefes y comenzaron a establecer una estrategia de cara al juicio, que siendo el de un prohombre, no tardaría en llevarse a cabo.

***

Agotado, asqueado, irritado, con ganas de golpear al tipo que tenía que defender… así llegó Bernat a su domicilio, pasadas las once y media de la noche. La casa estaba a oscuras y no se oía ningún ruido, salvo el que hacían de vez en cuando las cañerías o la madera al enfriarse después del calor del día. Aún sin hambre, se deslizó dentro de la cocina con intención de comer lo que Angustias o su mujer le hubieran dejado de cena. La tortilla de patatas tenía tan buen aspecto que no pudo resistirse a ella, pero descartó el pan con tomate y el

embutido que también reposaban sobre el plato. Al acabar, sigilosamente, fue hasta su dormitorio. Esperaba que Elvira estuviera durmiendo y aprovechar para admirarla mientras descansaba, pero no fue así, aunque él no lo supo hasta pasados unos segundos.

Elvira lo oyó entrar y, de manera instintiva, olisqueó el aire que los separaba temiendo descubrir retazos de la esencia de otra mujer. Para su satisfacción, solo percibió el olor a cansancio de su marido y el recuerdo en la ropa del tabaco que, sabía a ciencia cierta, Bernat no había fumado. La certeza de que no la había engañado, le arrancó un suspiro de satisfacción, cosa que alertó al jurista de que no estaba dormida.

—¿Todavía despierta?

—Sí. Me he acostumbrado a dormir contigo y si no estás no puedo conciliar bien el sueño —confesó, aunque muerta de vergüenza.

—A mí me pasa algo parecido—clavó sus ojos en ella mientras sus manos aflojaban el nudo de la corbata.

—Pareces cansado —continuó ella.

—No te puedes hacer una idea de cuánto —se quitó la chaqueta y la colgó en el galán de noche que había en un rincón.

—No es justo que te hagan trabajar de esta manera.

—No son solo las horas; también es… Déjalo, no importa.

Elvira se incorporó con dificultad y se apoyó en los antebrazos para poder mirarlo, a pesar de la poca luz que, a través de las ventanas, llegaba desde la calle.

—¡Claro que importa! Si necesitas hablar de ello, yo soy buena escuchando.

—No hace falta —se acercó a la cama y cogió la parte inferior de su pijama—. ¿Te importa si esta noche no utilizo la chaqueta del pijama? Hace mucho calor hoy —pidió enseñándole la prenda e intentando con ello distraerla de su ofrecimiento.

—Por supuesto que no me importa —no solo no le importaba, sino que, al visualizarlo en su imaginación, sintió como un calor desconocido y agradable le recorría el cuerpo hasta instalarse en su vientre.

Bernat desapareció por la puerta y la dejó con la anticipación de contemplar su torso desnudo, algo que no solía ocurrir, pero que cuando lo hacía la dejaba devastada. Echando la vista atrás, no podía comprenderse a sí misma al haber pensado en Bernat como un viejo solo unos meses atrás. Había descubierto que era un hombre extraordinario… en todos los sentidos que ella le conocía, y le hacía desear descubrirlo en otros que le había sido vedados antes de casarse con él. Se percató en ese instante de que día a día, su marido le estaba robando el corazón sin hacer ningún esfuerzo.

Unos minutos más tarde, reapareció en la habitación, ya cambiado

y con una delicada fragancia a jabón; como solía hacer, se había aseado antes de compartir el lecho con ella, otro motivo más para que Elvira lo admirara; no era frecuente que los hombres tuvieran esa gentileza con sus esposas, por lo que había oído.

Él se quedó unos instantes junto a la puerta, observándola. A lo largo de los meses había aprendido a quererla, a amarla. Se moría por poder abrazarla y sentir la calidez de su piel, pobre todo en ese momento, después de haber pasado una tarde infernal. Sabía que no podía exigirle nada, se lo había prometido, no obstante, tentó a su suerte.

—Elvira —se fue acercando a la cama despacio hasta pararse al llegar a los pies.

—¿Qué, Bernat?

—Me gustaría pedirte un favor.

—Lo que quieras. Siempre —se incorporó como pudo para enfrentarlo.

—Sé que lo que voy a decirte contradice la promesa que te hice antes de casarnos, pero… ¿Puedo abrazarte?

Ella oyó con sorpresa el ruego velado en sus palabras y sintió revolotear la ilusión en sus entrañas. Aquello era justo lo que ella deseaba más que nada.

—Por supuesto, Bernat. Claro que puedes. Soy tu mujer.

—No quiero que te sacrifiques por mí, aunque es cierto que necesito el confort de tus brazos con desesperación.

Elvira separó la sábana con la que se tapaba y, en silencio, lo invitó a acompañarla. Bernat comprobó que aquel no era un acto obligado cuando la sonrisa de su mujer se adueñó de su rostro. Le devolvió la sonrisa mientras se metía en la cama y, al instante, ella apoyó la cabeza en su pecho y suspiró complacida al sentir los brazos de su marido rodeando su cuerpo. Ni el abultado vientre de la muchacha ni el calor reinante hicieron mella en ninguno de los dos aquella noche.

Capítulo 11

Bernat no recordaba haber dormido más plácidamente en su vida. Tener a su mujer pegada a su cuerpo era una sensación extraordinaria, maravillosa. A Elvira le pasó algo parecido. Durmió de un tirón todas las horas que habían compartido.

Aun teniendo un cuidado exquisito para no despertarla, Elvira notó enseguida la falta del abrazo de Bernat. Abrió los ojos y se encontró con los de él, que la estudiaban con detenimiento. Al verlo ya con el pantalón del traje puesto, trató de levantarse.

—Descansa un poco más, todavía es temprano para ti.

—No, quiero prepararte el desayuno.

—En serio, no hace falta. Ya lo hará Angustias.

—Pero yo soy tu esposa y quiero hacértelo.

Esas palabras, después de la noche que habían pasado, le sonaron a música. Sí, Elvira era su mujer, lo sabía, y se alegraba mucho de ello. Y se prometió que, a partir de ese día, lucharía porque lo fuera en todos los sentidos.

—Entonces, adelante, esposa —bromeó guiñándole un ojo y dejándola a ella noqueada con su sonrisa.

Mientras Elvira le preparaba el desayuno y un pequeño tentempié para media mañana, él terminó de arreglarse. Al mismo tiempo que lo hacía se le ocurrió una idea que estaba seguro que le encantaría a Elvira. Se sentó a la mesa del salón, donde ya tenía preparado lo que iba a comer y la instó a que tomara asiento a su lado.

—He pensado una cosa, a ver qué te parece —dijo antes de tomar un sorbo de su café.

—Tú dirás.

—Hoy mandaré recado a tus padres para informarlos de que el sábado los invitaremos a comer a un restaurante del puerto, ¿qué te parece?

—¡Oh, Bernat! Es una idea fantástica.

—Ya me parecía a mí que te gustaría. Hace casi un mes que no los ves y seguro que los echas de menos.

—Sí, mucho.

—Estoy convencido de que tendrás muchas cosas que hablar con ellos, en especial con tu madre.

—Sí. Hay temas sobre el embarazo que me gustaría preguntarle, sí. Pero también quiero hablarles de mis clases, de mis lecturas… de ti.

—Ah, ¿sí? —dejó ir con tono burlón— ¿Y qué tienes tú que decirles sobre mí, si se puede saber?

Ella lo miró con intensidad, derramando en su mirada todos los sentimientos que le despertaba.

—Que estoy muy contenta de haberme casado contigo y que me haces feliz.

Aquella declaración de intenciones lo dejó momentáneamente sin palabras. Él pensaba igual, pero nunca hubiera imaginado que ella sintiera de la misma manera. Clavó sus ojos en los de su mujer tratando de profundizar en su alma… y lo logró. Elvira lo quería. No sabía cómo se había obrado el milagro, pero ella lo quería… y él a ella también. Saberlo hizo que sus esperanzas de convertirla finalmente en su mujer en todos los aspectos posibles fuera una realidad al alcance de su mano, sin embargo, esperaría a que fuera ella la que se lo pidiera. La quería tanto que esperaría lo que fuera necesario hasta que estuviera totalmente preparada para entregarse a él. Y cuando lo hiciera, no habría fuerza humana que los separara.

***

Las horas parecieron no avanzar hasta llegar al sábado. Elvira tenía tantas ganas de ver a su familia que sentía pasar el tiempo a cuentagotas. Incluso sus clases con el profesor Montoya se le hacían largas y tediosas —y eso que le interesaba todo lo que él pudiera enseñarle—. El único momento del día que se le pasaba sin darse cuenta era la noche. Desde que Bernat le había pedido que lo dejara abrazarla, lo había hecho cada vez que se metían en la cama, y ella estaba feliz por ello.

Para Bernat la sensación de lentitud en el transcurrir de los minutos era por otro motivo bien distinto. Durante esos tres días que faltaban para comer con sus suegros, en el trabajo le habían pasado varias cosas, y ninguna de ellas agradable. Sin ir más lejos, la preparación del litigio del nuevo cliente —aquel al que detestaba incluso antes de conocerlo—le estaba robando demasiado tiempo, un tiempo que no podía dedicar a sus otras cuestiones, y eso era algo que lo crispaba de forma considerable. Además, sus superiores no paraban de atosigarlo con consejos y preguntas sobre el asunto, sacándolo de quicio y robándole más tiempo todavía. Para agravar la situación, su ayudante, un joven estudiante que hacía las veces de secretario y pasante, había caído enfermo con unas diarreas veraniegas y tardaría en volver una semana como poco. Y si todo ello no fuera suficiente, la tarde del viernes, casi a la hora de concluir la jornada, se topó con Clara, la esposa de Federico, en el momento en que salía de su despacho.

—¡Hombre, el recién casado! —dijo a modo de saludo, empujándolo a la vez para volver a entrar y quedar al resguardo de miradas indiscretas.

Cerró la puerta tras ellos y se acercó a él para besarlo en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de sus labios para gusto de Bernat, ronroneando como una gatita.

—Hola, Clara —correspondió tensándose.

—Hace mucho tiempo que tú y yo no nos vemos… a solas.

—Ya te dije que ahora soy un hombre casado y me debo a mi esposa.

—Pensé que, pasado el primer momento, volverías a ser el de siempre —escupió con rabia apartándose de él.

—Pues te equivocaste, Clara. Amo a mi mujer y ya no siento interés por ninguna otra.

—Me decepcionas.

—Lo lamento, pero es lo que hay.

Ella lo repasó de arriba abajo con una mueca de desprecio. Le gustaba, claro que sí. Era un hombre muy atractivo y un amante fantástico. Sin embargo, no valía la pena perder más tiempo con él si su actitud era tan poco alentadora. De todas formas, ya le había echado el ojo a un nuevo ayudante del bufete, un chico más joven y moldeable que, estaba segura le proporcionaría momentos memorables en la cama. No obstante, no estaba dispuesta a que aquel abogacillo de tres al cuarto la rechazara de esa manera sin sufrir las consecuencias. Su ágil mente, enseguida ideó un plan para dejar en evidencia a la nueva señora Font, avergonzando a Bernat de paso.

—Entiendo. ¡Qué bonito es el amor! —soltó con sarcasmo—. En fin, si tan enamorado estás, tendremos que conocerla —fingiendo pensar, se golpeó los labios con el índice varias veces antes de continuar hablando—. ¿Sabes? Una buena oportunidad sería la cena de verano que celebraremos a final de mes en nuestra casa. Estará presente toda la plantilla y sus esposas. No entiendo cómo no lo he pensado antes —concluyó haciéndose la apenada.

—No sé si será posible —se disculpó él—. El embarazo de Elvira está ya muy avanzado y se fatiga con rapidez.

—¡Tonterías! —Bernat notó que el interés que mostraba sonaba sospechoso—. La obligas a reposar durante todo el día y, para cuando llegue a la fiesta, ya estará suficientemente descansada como para disfrutar de la velada. Además, prometo dejarle el lugar más cómodo de la casa a ella.

—Sigo sin verlo claro. Elvira es…

—Debe de ser una mujer fascinante, si te tiene tan enamorado. No la guardes solo para ti, Bernat. Los demás también tenemos derecho de disfrutar de su compañía.

Supo que estaba acorralado y que no tendría más remedio que claudicar. No le hacía gracia. Ninguna. Tenía la certeza de que aquella no era más que una artimaña de Clara para… no sabía bien para qué,

pero se imaginaba que para humillar a su mujer. Se crispó solo de pensarlo. Sin embargo, confiaba en Elvira. Había mejorado mucho sus maneras y sus conocimientos desde que estaba en su casa, especialmente desde que Ricardo era su profesor. Hablaría con él para reforzar sus clases, aumentarlas si era preciso, para conseguir que Elvira saliera de ese trance bien parada.

—Está bien, se lo diré —aceptó con un suspiro de derrota—. Supongo que si se lo toma con calma no habrá ningún problema. —Iba a dejarlo así, pero algo lo impulsó a añadir, aun a riesgo de enojarla —: Pero si veo cualquier tipo de incomodidad por su parte, de cualquier tipo —enfatizó—, nos iremos. En su estado no conviene que nada la altere.

—¡Qué romántico! —volvió a burlarse Clara de forma descarada—. Pretendes meterla en una urna de cristal para preservarla de todo mal. Perfecto. Si crees que no está a gusto entre nosotros, te la llevas y punto. —Ya se encargaría ella de que estuviera lo más cómoda posible hasta que le asestara la banderilla de gracia.

—De acuerdo, entonces. Nos veremos en la fiesta, Clara. Ahora, si no te importa, me gustaría ir a mi casa y estar con mi mujer. —Lo dijo con rotundidad, para que le quedara claro que con quien deseaba estar no era con ella.

Abrió la puerta de su despacho y la invitó a salir con un gesto de la mano. La mujer de su jefe pasó por delante de él, demasiado cerca para su gusto, y lo miró cuando estaba a su altura.

—Adiós, Bernat.

—Adiós, Clara.

***

El sábado amaneció radiante, soleado y caluroso, como no podía ser de otra manera, por lo que desecharon la idea de ir caminando hasta la Barceloneta, tal como había pedido Elvira.

—Me hubiera gustado ir dando un paseo —comentó la joven mirando la calle por las rendijas que dejaban las persianas bajadas—. Hace días que apenas salgo de casa.

—Lo sé, Elvira, y si no hiciera este calor tan asfixiante, iríamos andando hasta el puerto, pero acabaríamos empapados en sudor y agotados cuando llegáramos a casa de tus padres.

—Tienes razón, Bernat, como siempre. Además, no creo que Angustias aguantara todo el camino hasta allí.

—¿Qué es lo que no aguantaría? —Preguntó el ama de llaves entrando en ese momento cargada con la bandeja del desayuno, ya que, a Ramona, la chica que desempeñaba el trabajo del que antes se ocupaba Elvira, le habían dado el día libre.

—El camino hasta el puerto —contestó Bernat por ella.

—¡Va, tonterías! Claro que podría llegar hasta allí. ¿Qué os pensáis, que soy una vieja chocha? —Espetó airada. Después, cambiando el tono, añadió—. Aunque no veo la necesidad, la verdad. Ni a Elvira le conviene tampoco. En su estado, y con este calor, no debería esforzarse de forma innecesaria, ¿no crees, Bernat?

—Con este tiempo, ni a mí me conviene —bromeó sentándose a la mesa para dar cuenta de lo que había llevado Angustias.

Al momento, Elvira lo imitó, tomando asiento a su derecha. Angustias lo hizo a su izquierda.

—Ponte guapa para que tus padres vean lo bien que te cuidamos en esta casa —le aconsejó la mujer con su taza de café en la mano.

—Elvira siempre está guapa —afirmó Bernat, mirando a su mujer de reojo mientras untaba de mantequilla una tostada de pan.

La joven, con las mejillas encendidas, no replicó. Desde que empezaran a dormir abrazados, las muestras de afecto y complicidad de su marido hacia ella eran cada vez más frecuentes. Eso la conmovía de una manera que no sabía explicarse ni a sí misma. No podía ni siquiera imaginar que Bernat albergara ningún tipo de sentimiento romántico hacia ella, por supuesto, pero ese trato tan estrecho e íntimo que habían establecido la hacía soñar con que, en un futuro cercano, eso cambiara, tal y como ya le había pasado a ella y sin siquiera darse cuenta de cómo.

***

Mientras Angustias y Elvira terminaban de acicalarse, Bernat habló con la portera por el teléfono interno para pedirle que parara un taxi para ellos. La mujer le aseguró que lo avisaría en el momento en que el coche los estuviera esperando.

Poco después, los tres bajaban en el ascensor. Bernat, que ese día estaba eufórico por la perspectiva de una jornada distraída, metió la mano en su bolsillo y le dio una propina a la mujer en agradecimiento. Ella, complacida, bajó la cabeza; los acompañó a la puerta y la mantuvo abierta para ellos hasta que salieron a la calle. En la esquina los esperaba un hombre de unos treinta y tantos años, de piel morena, nariz aguileña y un llamativo bigote, con la gorra de plato en la mano, apoyado en un *Seat 1400* con los típicos colores negros y amarillo que distinguían a los coches de alquiler de Barcelona. El conductor se cubrió la cabeza antes de precipitarse a abrirle una puerta trasera al ama de llaves, mientras Bernat hacía lo mismo para que su mujer tomara asiento. Inmediatamente después, ambos hombres ocuparon sus lugares, uno tras el volante y el otro a su lado. Bernat le dio la dirección antes de que se pusiera el coche en marcha y el chofer

asintió emprendiendo el camino en silencio. Sin embargo, no habían recorrido ni cien metros cuando el taxista comenzó a hablar.

—¿Es su primer hijo? —le dirigió un vistazo a Bernat, sentado a su lado.

Él miró por encima de su hombro en dirección a Elvira. Estaba con la vista fija en lo que pasaba en el exterior y las manos cruzadas sobre su abultado abdomen.

—Sí, el primero.

—Yo tengo cuatro. La última ha sido niña, por fin —explicó henchido de orgullo—. ¿Sabe? No hay mayor alegría que cuando coges a tus hijos por primera vez entre tus brazos —sonrió—. Con la pequeña, fue tanta la ilusión que tuve que comprarme unas gafas negras para esconder mis ojos llorosos de felicidad.

—Debió ser un momento memorable —acordó Bernat.

—Ni se lo imagina, señor —admitió. Se había parado frente a un guardia urbano que les había dado el alto subido a la atalaya desde la que dirigía el tráfico y lo aprovechó para mirar a su copiloto—. Fue como si ese momento diera sentido a toda mi existencia. Ya lo comprobará por usted mismo —aseguró poniéndose de nuevo en marcha al darle paso el guardia.

Bernat pensó que bien podría tener razón aquel sujeto. Las noches que había permanecido abrazado a su mujer, los movimientos del niño contra su propio cuerpo le habían provocado una emoción que no era comparable con nada que hubiera vivido antes.

—No tardaré en averiguarlo —dijo sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción al pensar en el momento en que le viera la cara a… su hijo.

—¿Sabe, señor? —continuó el taxista—. Lo primero que hago en cuanto nacen mis niños es revisarlos de arriba abajo para cerciorarme de que son perfectos. Cuento sus deditos, tanto de las manos como de los pies, verificando que no le falta ninguno; les miro las orejitas, la nariz… En fin, todo. Y cuando estoy seguro de que nada va mal, respiro tranquilo. Se dice mucho por ahí, pero es que es cierto: se quieren más que a la propia vida, se lo aseguro.

Bernat se limitó a asentir con la cabeza, sin saber qué contestar. Sin embargo, algo le decía que a él le iba a ocurrir lo mismo, sin tener en consideración que aquel crío no fuera sangre de su sangre.

Elvira, por su parte, fingía no atender a lo que se estaba tratando en la parte delantera del coche, no obstante, no perdía detalle de lo que hablaban los hombres. De manera furtiva, lanzaba miradas a su marido y observaba sus gestos. Él le había dicho que consideraría a ese niño como suyo de cara a los demás y por las señales que podía leer en su rostro, ya lo estaba haciendo, pero de corazón. A cada instante que pasaba, su amor por él crecía un poco más. Era un

hombre bueno, justo y leal que la hacía desear cada vez con más vehemencia que llegara a amarla en el futuro. Lo que ella ignoraba, porque Bernat todavía no se lo había confesado, era que ya estaba perdidamente enamorado de aquella chiquilla que llegó un día a su casa para ayudar con las tareas domésticas para, tiempo después, convertirse en su esposa mediante engaños. En aquel momento creyó que podría utilizarla, manejarla como un títere a su antojo y convertirla en un mero adorno cuando fuera preciso. Al final, día a día se había ido dando cuenta de que Elvira era mucho más que eso, que le importaba de verdad, que se había convertido en alguien imprescindible para él. Que su mujer era el centro de su vida.

A partir de esa última afirmación, el hombre, que dijo llamarse Antonio, cambió radicalmente de conversación y la derivó a las altas temperaturas que estaba sufriendo la ciudad ese verano. Elvira perdió entonces el interés por la charla de los varones y se dedicó a ver pasar las calles que la separaban del hogar de su infancia, al que solo tardaron en llegar unos pocos minutos más.

La familia de la joven los esperaba a la puerta del mítico restaurante Siete Puertas, uno de los mejores de la zona, vestidos con sus mejores galas. Sin embargo, y a pesar de haber escogido con mimo su indumentaria, saltaba a la vista que sus ropas eran de peor calidad que las que llevaban los recién llegados.

Mientras Elvira y Angustias se apeaban del automóvil con la ayuda de Isidro, Bernat pagó la carrera y le agradeció a Antonio tanto haberlos llevado como sus consejos paternales.

—No lo olvide, señor, asegúrese de que su hijo tiene todo en su sitio y felicidades de antemano.

—Lo tendré en cuenta, Antonio. Gracias de nuevo —con una sonrisa de cortesía, se despidió del hombre y se encaminó hacia el grupo que lo aguardaba.

—Bernat —lo saludó Isidro con una palmada en el hombro—, se te ve muy bien. La vida de casado parece que te sienta divinamente.

—Sí. Su hija me ha hecho la vida mucho más agradable —le dijo sin segundas intenciones, pero a Isidro pareció incomodarlo ese comentario.

—Claro, claro —balbució antes de separarse de él y abrazar a Elvira—. Hija, estás preciosa.

—Gracias, padre. Usted también tiene buen aspecto; usted, madre y Antón están muy guapos.

—Ay, hija, qué cosas dices —intervino Pepa—. Nosotros estamos como siempre. En cambio, tú… Mírate, si pareces una princesa.

—¡Madre! —se ruborizó.

—Parece una reina —medió Bernat colocando su palma abierta al final de la espalda de su mujer.

Elvira lo miró con los ojos inundados de agradecimiento… y de amor. Él le sonrió en respuesta e instó al grupo a entrar en el local.

Antón fue el último en enfilar la entrada. Desde la retaguardia, contempló la imagen con inquina. Su hermana y el petimetre de su marido lo que pretendían con aquella invitación era, simple y llanamente, presumir de su superioridad. Los detestó por ello.

Capítulo 12

El salón en el que los sentaron era el más elegante que la familia Carrasco hubiera visto en su vida. Los manteles eran de fino hilo blanco, los muebles labrados eran hermosísimos y las sillas eran tan cómodas que hasta se podría dormir en ellas… Los tres Carrasco estaban fascinados con cuanto los rodeaba… Antón, era caso aparte. Para él todo aquello no era más que una nueva muestra de la altanería de Bernat. Una forma de restregarles por las narices el tipo de vida que disfrutaba junto a Elvira y que era tan diferente a la suya. Miró de reojo el traje que llevaba puesto y sintió vergüenza y rabia al compararlo con el que vestía su cuñado. Fijó los ojos en su muñón y notó como un arrebato de ira le subía por la espalda.

Desde que había nacido su hermana siempre la había envidiado. Era la típica niña bonita que todo lo hacía bien, subrayando con su comportamiento los defectos que lo distinguían a él: egoísta, interesado, holgazán, rencoroso e inclinado a los vicios y a la mala vida. Al enterarse de que estaba embarazada creyó que sus padres la repudiarían, convirtiéndose entonces él en el buen hijo. Para su desespero, sus padres se habían puesto de su parte. Otra vez. Y la mosquita muerta había conseguido cazar al señorito ricachón que la había preñado. ¿Se podía tener peor suerte?

Miró a su cuñado, quien, amablemente, acababa de retirar la silla para que se sentara Pepa. Después hizo lo mismo con el asiento de Angustias y finalmente con el de Elvira, demostrando su buena educación, aquella de la que él carecía. Otro motivo por el que lo odió un poco más, si cabía. Observó a su padre, que lucía una sonrisa satisfecha por el buen hacer de su yerno y que ni siquiera se fijaba en él. Se juró en aquel momento que les haría pagar a aquellos dos presuntuosos el ridículo que estaba pasando en ese momento.

***

Pidieron una paella de marisco, que era uno de los platos estrella de aquel lugar, y de postre crema catalana y café. Para beber, un priorato del 57 del que se hablaban maravillas. Un festín del que todos dieron buena cuenta, a excepción de Antón, que se limitó a meterse en la boca unos cuantos bocados y a beber en exceso. La conversación era amena, agradable y giró en más de una ocasión sobre el tema estrella de las dos casas: la criatura que estaba por llegar. Bernat se mostraba orgulloso, como si realmente fuera el padre del pequeño; Elvira

exponía sus dudas frente al parto y la maternidad; Isidro y Pepa demostraban con sus palabras lo emocionados que estaban con el inminente acontecimiento; Angustias aseguraba a unos y otros que estaría pendiente en todo momento de la joven madre y que se ocuparía personalmente de avisarlos en cuanto se pusiera de parto… Antón era el único que no intervenía. Oía lo que se decía mientras apuraba el vino de su copa… y el de todas las de los demás. Ese renacuajo nonato estaba acaparando ya más atención que él y comenzó a aborrecerlo tanto como a sus padres.

Después de una sobremesa de casi dos horas, y mientras el grupo salía del restaurante, Bernat se retrasó para pagar la cuenta. A diferencia de lo que pensaba su cuñado, su intención no era humillar a la familia de su esposa, sino la de agasajarlos y complacerla a ella. Se reunió con los demás unos minutos más tarde; habían decidido acompañar a Pepa e Isidro hasta su casa dando un paseo y, desde allí, pararían un nuevo taxi que los devolviera a su hogar.

Comenzaron a caminar haciendo pequeños corrillos, las mujeres por una parte y Bernat e Isidro por otra. Como pasara durante toda la comida, Antón se mantenía aparte intentando ocultar su andar tambaleante. Pero ya estaba harto de aguantar tanta *armonía familiar* y tanta pamplina, así que, de improviso, se despidió de todos al llegar a la primera esquina con la excusa de que había quedado con unos compañeros de trabajo. Era una mentira a medias, había quedado, sí, pero lo había hecho con sus colegas de juergas. Pensaba coger una cogorza de campeonato para poder digerir tanta gilipollez como había tenido que soportar durante aquella comida.

***

—¿Qué le pasaba a tu hermano? —inquirió Bernat un rato después de llegar a casa—Parecía enfadado con el mundo.

—Desde que tuvo el accidente siempre está así. No lo ha aceptado y culpa a todos de su situación. Aunque no se puede decir que haya sido nunca muy amable que digamos.

—¿Qué crees que le parecería si le buscara un trabajo en el edificio de mi oficina? —sirvió agua en dos vasos y le dio uno a ella—. En vez de trabajar por las noches, lo haría de día y cobrando mejor sueldo.

—Supongo que es una buena idea… pero con él, nunca se sabe. ¿Por qué no se lo has preguntado esta tarde?

—Lo he pensado mientras veníamos hacia aquí. He pensado que… —sacudió la cabeza como si la idea fuera una tontería— De todas formas, no quiero prometerle algo que luego no puedo cumplir. Hablaré primero con el encargado del bloque y, según lo que me diga, se lo decimos a Antón.

—Me parece bien. Lo último que querría es que te comprometieras y él te dijera que no le interesa.

—No tendría importancia —en ese momento, el teléfono empezó a sonar interrumpiendo lo que Bernat iba a añadir—. Yo lo cojo.

Elvira aprovechó la conversación telefónica para recoger los vasos y la jarra del agua y llevarlo todo a la cocina. Al volver, Bernat ya había colgado y se le veía contrariado.

—¿Problemas? —Elvira se acercó a él y le apoyó la mano en el antebrazo.

—No exactamente. Me ha llamado Fermín para pedirme que fuera con él y con Mario a tomar unas copas.

—Entonces, ¿te vas? —preguntó decepcionada.

—No, le he dicho que estaba cansado. Pero han insistido tanto que he terminado por invitarlos a venir.

—¡Vaya!

—Sí, ¡vaya! Tenía ganas de pasar el resto de la tarde aquí, contigo, descansando tranquilamente y me veo forzado a aguantar a mis amigos.

—Son tus amigos, Bernat. Es lógico que quieran pasar un rato contigo.

—Ya —aceptó chasqueando la lengua—. Por cierto, esto me recuerda que no te he comentado lo de la fiesta de la empresa.

—¿Qué fiesta? —el tono de voz de su marido la había inquietado.

—Cada año, antes de las vacaciones de verano, se organiza una reunión de todos los empleados de la empresa y sus esposas.

—¿Qué quieres decir?

—Ven, sentémonos y te lo explico.

Lo siguió reticente hasta el sofá y tomó asiento en el lado opuesto al que lo había hecho Bernat. Él, se aproximó a ella y le tomó las manos entre las suyas.

—¿Qué quieres decir? —repitió cada vez más nerviosa, porque, en realidad, sabía lo que le iba a decir.

—Vas a tener que acompañarme, Elvira —le sonrió con la intención de quitarle hierro a la cosa—. Me han pedido directamente que vayas y no he podido negarme.

La joven empezó a hiperventilar en el momento exacto en que se confirmaron sus sospechas. Su expresión de pánico alarmó a Bernat. Buscó a su alrededor hasta que se tropezó con un periódico, lo cogió y empezó a abanicarla con él.

—¡Angustias, por favor! —Exclamó el abogado sin parar de mover el diario para proporcionar algo de aire al su rostro blanco como la leche de Elvira—. ¡Angustias!

—¿Qué pasa, Bernat? ¿A qué vienen esos gri…? —al ver el estado de zozobra en que se encontraba Elvira, corrió a su lado—. ¿Qué te

ocurre, muchacha?

—¿Puedes traerle otro vaso de agua? Fresca si puede ser.

—Claro, inmediatamente.

Un instante después, el ama de llaves le entregó a Elvira lo que su marido le había pedido para ella y se quedó de pie, frente a ellos, esperando a que la joven se recompusiera. Sin embargo, Bernat le hizo un gesto con la cabeza para que los dejara a solas. No obstante, antes de que la mujer desapareciera por la puerta le anunció:

—Fermín y Mario no tardarán en llegar. Acompáñalos a la biblioteca; yo iré en cuanto pueda —ya a solas, Bernat volcó toda su atención en su mujer—. No tienes de qué preocuparte, Elvira. Estaré en todo momento junto a ti, si es eso lo que temes.

—No estoy preparada para mezclarme con tus conocidos —casi lloraba cuando lo dijo—. Haré el ridículo y te dejaré en evidencia. No puedo asistir a esa fiesta… por favor.

—No hay más remedio; si no vas se lo tomarán como un desaire y será peor. Además, aunque tú no lo creas, estás más que preparada. De todas formas, he pensado que hasta que llegue el día, sería una buena idea que reforzaras las clases con Ricardo, incluso que añadiéramos algunas horas para que te sientas más segura.

—Pero yo…

—Tengo fe en ti. Veo tus avances a diario —le sonrió de nuevo, apretando sus dedos para darle confianza—. Te repito que estás preparada. Preparadísima, diría yo.

Elvira esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias por tu confianza. Pero…

—No hay peros. Si lo crees conveniente, podemos pedirle a Angustias que te dé alguna recomendación para comportarte en público, aunque no creo que la necesites. Te he visto actuar hoy en el restaurante y lo has hecho divinamente.

Elvira no supo cómo tomarse sus palabras. Por un lado, le gustó haber pasado el *examen* de su marido; por otra, el que la hubiera estado observando para asegurarse de su comportamiento, la decepcionaba un poco. Algo en su semblante debió alertar a Bernat parque no tardó en volver a hablar.

—No es que dudara de que fueras a proceder de forma adecuada. Simplemente admiraba lo mucho que has evolucionado en el poco tiempo que llevas conmigo. Me he sentido muy orgulloso de ti.

—¿Gracias? —dudó de si era exactamente un agradecimiento lo que se esperaba de ella.

—No, gracias a ti. Te has esforzado mucho y esta es la recompensa de tu esfuerzo —guiado por un impulso, se aproximó más a ella y la besó en los labios.

Fue un beso tierno, cargado de cariño, pero a la vez, fue como una

revelación. Bernat se dio cuenta de que esos eran los labios que deseaba besar el resto de sus días. Para Elvira representó la constatación de la fuerza de sus sentimientos hacia su marido. Al separar sus bocas, Permanecieron unidos por sus miradas. Tan unidos como lo habían estado momentos antes. Solo el sonido del timbre consiguió romper esa conexión.

—Deben de ser tus amigos.

—Tan oportunos como siempre ¿Estás bien? —suspiró molesto—. Intentaré que se vayan pronto, te lo prometo.

—No te apures por mí. Ya estoy mejor. Atiende a tus invitados y disfruta de su compañía. Últimamente no lo haces muy a menudo.

—No me apetece tanto como antes —estuvo tentado de confesarle que prefería pasar sus ratos libres con ella, pero en el último momento, se contuvo. El beso, aunque más breve y casto de lo que le hubiera gustado, había sido demasiado intenso como para mostrarle aún más la envergadura de sus sentimientos por ella.

Poco a poco, se apartó de Elvira lo suficiente como para ponerse en pie, pero sin soltar sus manos. Todavía tardaron unos instantes hasta separar sus dedos y sus miradas. Entonces, con una sonrisa resignada, Bernat se dio la vuelta y se dirigió a la biblioteca, donde ya lo esperaban sus colegas.

—¡Hombre, el señor casado se deja ver! —con esas palabras que pretendían ser irónicas lo recibió Mario—. ¿Dónde está tu mujercita? —inquirió mordaz mientras se servía una copa de coñac como si estuviera en su casa.

—Elvira está algo cansada —dijo sencillamente, sin querer entrar en el juego de su amigo—. Hoy hemos estado comiendo fuera —añadió como explicación.

—¿Cómo va el embarazo? —se interesó Fermín—. ¿Todo bien?

—Como una seda —su sonrisa al decirlo le iluminó los ojos—. Ya está muy avanzado. El crío se mueve como una lagartija; no para quieto. Este niño va a ser futbolista como mínimo —el orgullo le hinchó el pecho.

—Vaya, vaya con nuestro Bernat —intervino de nuevo Mario—. Al parecer esto del matrimonio y su próxima paternidad lo han ablandado.

—No te voy a negar que estoy muy a gusto con mi nueva situación —dijo intentando mantener a raya la rabia. Por más que quisiera obviar la actitud de Mario, este se lo ponía cada vez más difícil.

—¡Claro que sí! —Fermín, como siempre, procuró enfriar los ánimos sin que se notara—. Debe ser un sentimiento muy intenso eso de saber que has creado una vida.

—Es cierto —no iba a revelar la vedad, ni siquiera a sus amigos. Se llenó una copa y tomó asiento en uno de los sillones libres—. Hace

que te des cuenta de lo que realmente es importante.

—Lo dicho, todo un hombre de su casa.

El tono sarcástico de Mario estaba destinado a molestarlo y Bernat lo sabía. No le iba a dar el placer de verlo saltar. Sin embargo, no pudo evitar tensar la mandíbula y cerrar la mano libre en un puño.

—Hasta que no conoces las bondades de la vida familiar no sabes lo gratificantes que pueden llegar a ser. —afirmó con rotundidad para dar por finalizado el tema. Pero Mario no estaba por la labor.

—¿Y dónde tienes encerrada a tu bella esposa? No tendrás miedo de que te la quitemos, ¿no? —meneó las cejas de forma impertinente y cargada de intención.

—¡Ya basta, Mario! —lo frenó Fermín; luego, dirigiéndose al dueño de la casa, añadió—. Perdónalo, Bernat. Ha tenido una semana difícil y hoy, durante la comida, se ha excedido con el alcohol.

—Tranquilo, Fermín, no le doy a sus palabras más valor del que tienen, que es ninguno —su paciencia se estaba acabando. No iba a permitir que aquel energúmeno llegara a su casa con esas salidas de tono, lanzando insinuaciones nada bienintencionadas. Se levantó de su asiento y se dirigió a donde estaba sentado Mario, que lo miró por encima de la copa que estaba bebiendo —Mira Mario, si vuelves a mencionar siquiera a mi mujer, tú y yo vamos a tener serios problemas. Nunca me has gustado, y a pesar de eso, te he aguantado durante años por la amistad que te une a mi mejor amigo —miró de soslayo al aludido—, pero ni la relación que tengo con Fermín te va a librar de mí si se te ocurre referirte a mi mujer de alguna manera, aunque sea para hablar maravillas de ella. ¿Queda claro?

Mario vio la furia que encerraban los ojos de Bernat y se asustó. Desde que lo conocía, siempre le había gastado bromas de mal gusto; le divertía tomarle el pelo o afrentarlo. Estaba claro que sus caracteres eran diametralmente opuestos: uno tranquilo y trabajador, el otro pendenciero y juerguista, algo que le gustaba subrayar con sus salidas de tono. Aun así, en los largos años que habían compartido, nunca lo había visto tan ofuscado por uno de sus piques. Levantó la mano libre en señal de rendición.

—Perdona, tío. Lamento si he dicho algo que te haya molestado —soltó su boca, aunque sus ojos no reflejaran una disculpa real—. No pensé que te afectara tanto.

—¿Qué esperabas? Es mi esposa y la madre de mi hijo. No hay nadie más importante para mí y no voy a permitir que se diga algo ofensivo de ella —tomó aire con lentitud y lo soltó poco a poco. Esperaba que le hubiera quedado claro a ese impresentable que su mujer era intocable. A él, desde luego, no hizo más que reafirmarle sus sentimientos hacia Elvira.

Fermín, que se había levantado al tiempo que él por si era

necesaria su intervención, se mantuvo a su espalda mientras advertía a Mario. Cuando comprendió que Bernat estaba algo más calmado, le puso la mano en el hombro para reclamar su atención.

—Ya está todo aclarado, Bernat. Este cabeza de chorlito ha entendido tu punto de vista, ¿verdad? —ante el asentimiento de aquel, continuó—. Ahora, ¿por qué no nos relajamos un poco y hablamos de otras cosas? Hace mucho que no nos reunimos y seguro que tenemos cosas de las que charlar.

Capítulo 13

Tras separarse de su familia, Antón, dejó de esforzarse por no tambalearse. Había acabado con todo el vino que se había servido durante la comida y con las copas que las mujeres habían dejado a medias, así que su nivel de consciencia estaba algo más que afectado. Una vez libre de la vigilancia paterna —los demás lo traían al pairo— condujo sus pasos vacilantes hacia la taberna donde esperaba encontrar a sus colegas de tragos. No se equivocó; en un rincón de la ruinosa tasca, un grupo de jóvenes de su edad, todos con su mismo estado de embriaguez, armaban un gran jaleo entre gritos y risotadas. Al dirigirse hacia ellos, tropezó con la pata de un taburete y casi acaba con sus huesos en el suelo. Por suerte, una mano lo agarró en el último momento y lo ayudó a incorporarse.

—¡Ten más cuidado, lisiado! —soltó su salvador.

—¡Qué te den!

Ya tenía el talante suficientemente soliviantado como para que un desconocido se pasara de la raya con él. Con un impulso desvaído, intentó golpearlo. El otro lo vio venir sin problemas y se hizo a un lado provocando que Antón cayera de bruces.

—Además de tullido, borracho. —chasqueó la lengua aquel tipo. Después, se dio la vuelta y lo dejó allí, cuan largo era.

Como pudo, Antón consiguió ponerse en pie, mientras sus amigos se carcajeaban de la situación. Uno de ellos, Pepe, que parecía más sereno, intentó ayudarlo, pero él, con un gesto brusco se deshizo de su mano tendida.

—Ya puedo yo solo; no necesito que nadie me ayude —masculló con furia.

Su colega alzó las palmas y se desentendió de él.

A otro lado del local, un hombre había estado observando divertido la situación. Aquel chico le sonaba. Le recordaba a alguien, aunque no podía identificar a quién. Echó un último vistazo y se giró hacia la mesa que tenía delante.

—Pobre Antón —se lamentó uno de los jugadores con los que compartía partida—. Desde que perdió la mano ha caído en picado. Me da pena el pobre muchacho.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es de aquí, del barrio. ¿Tú no?

—No estoy seguro… pero su cara…

—¿Vais a jugar o a seguir de cháchara? —intervino otro jugador — Venga, Manu, que te toca tirar.

Los dos que estaban hablando, dejaron de hacerlo y se centraron en la timba. Se jugaban una pasta.

***

A poco más de tres kilómetros de allí, Elvira seguía alterada, aunque algo más tranquila que antes. Angustias entró con un vaso de limonada en la sala donde ella permanecía recluida.

—Ten chiquilla, esto te sentará bien; está fresquita —le ofreció lo que llevaba en las manos con una sonrisa—. Te quería traer leche, pero apenas queda para el desayuno de mañana y Ramona llegará cuando la lechería ya esté cerrada.

A Elvira se le iluminó la cara antes de contestar.

—Puedo ir yo. Prepáreme la lechera, por favor.

—Pero muchacha, qué barbaridades dices —se escandalizó el ama de llaves llevándose las manos al pecho—. Una mujer de tu posición no puede hacer este tipo de recados. Eso lo hacen las criadas, no las damas.

Toda la ilusión que segundos antes reflejaba su rostro, se mutó en desconsuelo y, sin poder remediarlo, se le anegaron los ojos.

—Es que yo no soy una dama, ¿no lo comprende? No soy más que una chacha que… Voy a avergonzar a Bernat. Voy a ridiculizarlo y me odiará por ello. Yo…

—Shhh, chiquilla, no llores y, sobre todo, no digas tonterías. Que hayas querido ir a comprar leche no significa que no puedas ser una señora. Es solo que no conoces todavía algunos cánones de comportamiento. Eso se aprende, yo te enseñaré.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó presa de un llanto inconsolable—. A final de mes tengo que acompañar a Bernat a una reunión del trabajo a la que asistirán todos los de la empresa y sus esposas. —A duras penas se la entendía entre hipidos—. Voy a ser el hazmerreír de todo el mundo.

—Bueno, es cierto que nos apremia el tiempo, pero lo lograremos, ya lo verás. Te indicaré aquello que de ninguna manera puedes hacer o decir. El resto ya lo sabes tú de sobra.

—No —el sollozo le explotó en la boca—. No lo sé. Soy tonta. Soy una inútil. Soy…

—¡Ya basta! No consiento que hables así de mi señora, ¿me oyes? —con el paso de los meses había aprendido a quererla y a valorarla, a pesar de que llegara a pensar que había engatusado a Bernat para quedarse embarazada.

—Pero es que…

Angustias se sentó junto a ella, la cogió de las manos y la obligó a mirarla a la cara.

—No conozco a nadie que se haya superado de la manera que tú lo has hecho en tan poco tiempo. Tu forma de andar, de hablar, de comportarte… son prácticamente perfectas. Tienes cosas que pulir, sin duda, pero a muchas de las mujeres que vas a conocer en esa fiesta les falta lo que a ti te sobra: deseo de mejorar. Esa carencia las hace inferiores a ti —le pasó la mano por la cabeza hasta llegar a su barbilla—. Además, tienes un objetivo y es no dejar a tu marido en mal lugar. Con esa premisa, estarás atenta a todo lo que ocurra a tu alrededor y no bajarás la guardia —negó con la cabeza al tiempo que añadía—: No te voy a engañar, no vas a disfrutar de la velada porque estarás todo el tiempo ojo avizor, pero conseguirás lo que te propones, que es que Bernat se sienta orgulloso de ti.

Elvira no pudo rebatirle. Angustias tenía razón sobre la motivación que la impulsaba a mejorar, aunque no estaba de acuerdo en que pudiera salir airosa de una situación parecida. Sin embargo, lo intentaría. Lucharía con todas sus fuerzas por dar una buena imagen, por no decir nada inconveniente y porque Bernat pudiera salir de aquella fiesta con la cabeza bien alta.

***

La conversación dentro de la biblioteca adormecía por momentos. Aquellos que habían sido sus compinches de juergas ya no tenían nada interesante que aportar a su vida. Al menos era así con respecto a Mario. Fermín sin embargo se esforzaba por mantener su atención con algún comentario ingenioso e inteligente.

De los dos, Fermín era realmente su amigo. Tal y como le había dicho a Mario, había comulgado con su presencia por el afecto que sentía por el otro, al que había conocido en la facultad y con el que había congeniado enseguida. Con su compañero de clase lo seguía uniendo el amor por las leyes y esa afinidad que se crea cuando dos personas tienen un interés común. Bernat siempre se había preguntado qué movía a Fermín para continuar frecuentando a Mario, con el que no parecía unirle ni objetivos de vida ni comportamiento ni, desde luego, carácter. Sin embargo, ellos se mantenían igual de inseparables que en su juventud. Había algo que no le cuadraba en la amistad que tenían aquellos dos, en la que Mario parecía llevar la voz cantante. Siempre había notado una camaradería, una complicidad, demasiado estrecha, como si compartieran un secreto del que solo eran conocedores ellos dos. Sin embargo, no podía imaginar de qué podría tratarse. Alguna vez había sopesado la posibilidad de que ocultaran algo morboso… pero nunca los había descubierto en una actitud ilícita o mostrándose en actitud siniestra. Más bien, todo lo contrario. Y a pesar de carecer de pruebas, seguía escamándole el motivo por el cual

se mantenían tan unidos después de los años, teniendo en cuenta lo diferentes que eran. De todas maneras, era algo que no le quitaba el sueño. Allá ellos con su vida. Solo lamentaba el hecho de que, por culpa de Mario, sus citas con Fermín fueran tan escasas.

Harto de que pasaran los minutos vestidos de incómodos silencios, dio una palmada en el apoyabrazos de su sillón y se puso en pie.

—Bueno, imagino que tendréis cosas mejores que hacer que perder el tiempo conmigo. Si no mejores, al menos, más divertidas.

—¿Nos estás echando, Bernat? —Inquirió Mario con voz pastosa.

—Supongo que lo estoy haciendo, sí. Estoy cansado y tengo ganas de pasar un rato con mi mujer —hizo un gesto significativo con los hombros—. Hemos tenido que dejar una conversación a medias cuando habéis llegado.

Mario chasqueó la lengua y negó con la cabeza, pero fue Fermín el que habló.

—Pues no te robamos más tiempo. Perdona la interrupción —sonó molesto, aunque educado.

—Ya nos veremos en otra ocasión cuando no tengas *cosas importantes* que hacer —dejó caer Mario mostrando su fastidio con una mueca.

—Por supuesto —convino él—. Es más, organizaré una comida en casa un día de estos, ¿qué os parece?

Ambos hombres se miraron y con un gesto apenas perceptible, se pusieron de acuerdo en aceptar.

—¡Claro! Será maravilloso volver a ver a tu *amada* esposa.

Bernat pasó por alto el nuevo intento de Mario por molestarlo y, simplemente, se acercó a la puerta y la abrió invitándolos a salir. Al otro lado se encontraron con Elvira que, cansada de esperar a que los invitados de su marido se fueran, había decidido ir a la cocina a servirse otro vaso de limonada. Con el sobresalto de verlos aparecer de repente, parte del contenido se derramó sobre su vestido.

—¿Estás bien? —Bernat corrió a socorrerla.

—Sí, sí. Lo siento —se sacudió con rapidez el líquido de la ropa—. No esperaba que se abriera la puerta tan repentinamente —se justificó sin poder evitar enrojecer.

—Es comprensible, señora Font —dijo Fermín al notarla afligida—. No se preocupe. A cualquiera le hubiera pasado lo mismo.

Mario la escrutó de arriba abajo con una sonrisa ladeada y la mirada extraviada, a la vez que despectiva.

—Tranquila, *monada*.

Todos se tensaron tras su nueva salida de tono, en especial Bernat, quien ya iba derecho hacia él cuando la mano de Elvira sobre su pecho lo frenó.

—No vale la pena, Bernat —musitó solo para sus oídos. Miró por

encima de su hombro; no le costó comprobar el estado de embriaguez en el que estaba el hombre—. No es más que un pobre borracho.

Su marido la miró con intensidad, prendado en sus ojos, que rezumaban sabiduría, a pesar de su juventud. Aquella mujer encerraba más inteligencia de la que nadie podía imaginar. Tenía razón. Aquel pobre diablo no merecía ni el trabajo de mirarlo.

—No se lo tenga en cuenta, señora —intervino otra vez Fermín, consciente de la metedura de pata de su compañero de fatigas—. Ha bebido demasiado —señaló lo incuestionable con una inclinación de cabeza. Mario resopló a su espalda—. Espero que podamos tener otra ocasión para conversar adecuadamente —concluyó agarrando al susodicho por el brazo antes de dirigirse a la salida.

—Sin duda. En otro momento más propicio será un placer—acordó ella con una sonrisa forzada, desviando los ojos hacia Mario por un instante.

Dando muestras de su embriaguez, Mario salió de la casa y se apoyó en la puerta del ascensor con los párpados cerrados tras pulsar el botón de llamada. Fermín miró al matrimonio con una disculpa muda en el semblante.

—Fermín, si este tarambana no cambia su actitud, no lo quiero en mi casa nunca más, lo siento —Con expresión seria, Bernat se encogió de hombros—. Para ti, no obstante, las puertas están abiertas siempre que quieras.

—Ya hablaremos, amigo —fue su despedida.

***

Esa noche, tras una cena silenciosa, no tardaron en recogerse. Elvira, sumida en un estado de zozobra, se sentía agotada. Aquel había resultado un día agitado que la había dejado extenuada. Todavía no sabía cómo podría enfrentarse a la dura prueba que supondría la fiesta. Por otro lado, haber visto al amigo de Bernat mirándola de esa manera tan despectiva no había hecho más que reforzar su creencia de que no estaba a la altura de lo que se esperaba de ella.

Bernat también estaba cansado, la visita de sus viejos compañeros de clase le había dejado mal sabor de boca, y constatar que su mujer confiaba tan poco en ella misma no lo ayudaba a sentirse mejor. Pero el principal motivo por el que propuso acostarse temprano fue porque se moría de ganas de tener a Elvira entre sus brazos, algo que sólo ocurría cuando ambos compartían cama.

Cuando Bernat entró en la habitación, después de asearse, Elvira ya estaba entre las sábanas con la mirada fija en el techo y los brazos cruzados sobre su abultado abdomen. Al verla tan pensativa y con el ceño ligeramente fruncido, pensó que nunca la había visto tan

hermosa y madura. Con lentitud, se acercó al lecho y se sentó en el filo para descalzarse. Al instante sintió movimiento sobre el colchón y miró por encima de su hombro. Elvira, girada hacia él, observaba atentamente su espalda. Sin decir nada, se tumbó junto a ella y la acomodó sobre su pecho. Ella suspiró.

Pasados unos minutos, ninguno había emitido más sonido que el de su respiración. Elvira ardía en deseos de hablar con él, de volcar sus inquietudes y volver a confesarle sus temores, sin embargo, no quería importunarlo por si ya había conseguido dormirse. Pero Bernat no dormía; estaba atento a cada minúsculo movimiento de su esposa, absorto en la suavidad de su piel contra su brazo, concentrado en el calor de su aliento sobre su pecho… Estaba tan concentrado en ella que no le costó darse cuenta de que algo la inquietaba. Dispuesto a saber de qué se trataba, inclinó la cabeza hacia ella y con la mano libre la sujetó del mentón y la instó a mirarlo.

—¿Qué te sucede, Elvira? —susurró quedo.

—No es nada —dijo escondiendo la cara en el refugio del pecho de su marido.

—Por favor —rogó alzándole de nuevo la cabeza—. Todo lo que te aflija a ti me preocupa a mí.

Por unos instantes, ella se mostró reticente. Fue el brillo en los ojos de Bernat lo que la decidió a hablar.

—Estoy aterrada, Bernat. Tengo tanto miedo de avergonzarte delante de tus compañeros que siento que voy a explotar.

—Ya te he dicho antes que no tienes de qué preocuparte. Sé que estás preparada. Sé que lo harás bien. Y sé que, de todas formas, no me importa lo que piensen los demás. Eres mi esposa y no voy a permitir que nadie te humille, ¿me oyes?

Un dolor sordo se acodó en su pecho cuando lo oyó llamarla *mi esposa*. Ella deseaba que la llamara *mi mujer*. Deseaba serlo en todos los sentidos. Lejos quedaba en su memoria el acuerdo con el que habían sellado su unión. Olvidado por completo el miedo a que la tocara como lo había hecho Manu. Bernat, definitivamente, no era Manu, y ella sabía que jamás la trataría como lo había hecho aquel indeseable. Todo lo contrario, su tacto sería dulce y sus caricias deliciosas…

—Bésame, Bernat, bésame —pidió en un arrebato de valentía.

—¿Estás segura? —la intensidad de su mirada revelaba lo feliz que le había hecho escuchar esa petición y las ganas que tenía de complacerla.

—Completamente.

Lentamente, dándole tiempo a arrepentirse, bajó la cabeza hasta quedar a escasos milímetros de sus labios.

—¿Estás segura? —repitió para cerciorarse, porque no podía

creerse que la fortuna le hubiera sonreído de tal manera.

Ella no respondió. Se irguió con una agilidad asombrosa para su estado y rompió la distancia que separaba sus bocas.

La inexperiencia que encontró en los labios de su esposa lo conmovió profundamente. Maldijo en silencio, con más desprecio que nunca, al bastardo que le había robado por la fuerza la inocencia, sin darle ni unas míseras migajas de cariño. Era desgarradora la idea de que su mujer llevara en su seno un hijo sin conocer los placeres que debería haber sentido al concebirlo. Sin pretenderlo, recordó al indeseable que se veía obligado a defender, culpable de una infamia como la que había sufrido Elvira y se le heló la sangre de ira. Que hubiera hombres tan ruines que se creyeran con el derecho de robar lo que no les estaba dado, le repugnaba. Con el sabor de los besos de su esposa impregnando su boca, se prometió que la resarciría de todo el sufrimiento que había vivido.

—Gracias —susurró al romper aquel íntimo contacto. Su cuerpo reclamaba más de ella, pero su sentido del deber exigía que se detuviera en ese instante. Elvira no estaba preparada para dar el siguiente paso y él no lo daría hasta estar convencido de que era lo que ella deseaba.

Elvira se sonrojó al escucharlo, aunque la penumbra ocultó su rubor. Aquel era su primer beso de verdad, y nunca hubiera imaginado que fuera una sensación tan maravillosa. Sin duda, que fuera Bernat, el hombre al que había aprendido amar, el hombre que le había demostrado que se podía confiar en el género masculino, el hombre que provocaba que su corazón aleteara cada vez que estaban juntos, había conseguido convertir esa experiencia en la mejor de toda su vida. Con un suspiro de satisfacción, le acarició el mentón antes de recuperar su lugar sobre el pecho de su marido.

—Buenas noches, Bernat.

—Buenas noches —y sin palabras añadió—: amor mío.

Capítulo 14

Prepararse para el evento que organizaba la empresa fue una carrera frenética. Bernat se empeñó en que fuera a un salón de belleza para que le arreglaran el cabello, que, aunque era una preciosa melena, según sus palabras, necesitaba unos pequeños retoques para que lucieran en todo su esplendor. Por supuesto, la acompañó a una famosa boutique, en donde se probó más vestidos que en toda su vida. Finalmente, ambos estuvieron de acuerdo en que el que le favorecía más era uno de color granate, de manga corta, cortado a la altura del pecho y largo hasta los pies. Era perfecto, porque disimulaba su embarazo, pero no lo ocultaba. Ante la sugerencia de Elvira de buscar un atuendo que no dejara ver su estado de buena esperanza, Bernat se había negado en rotundo.

—Estoy muy orgulloso del hijo que llevas en tu seno, Elvira —le había dicho muy cerca de sus labios mientras le acariciaba la mejilla —. Quiero que todo el mundo sepa que voy a ser padre.

Conmovida por sus palabras, Elvira tuvo que luchar contra las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus emocionados ojos.

—Pero todo el mundo sabrá que nos casamos...

—¿De penalti? —Preguntó alzando los hombros a la vez que esbozaba una sonrisa—. ¿Y qué? No me importa lo que piensen los demás de nuestra unión. Tú y yo conocemos la verdad y eso debe ser todo lo que nos incumba.

—Pero…

—No hay peros, esposa mía —soltó con humor. Después, le dio un toque en la nariz dando por finalizado el tema.

Pero aquello a que le dedicó más horas en los pocos días que tenía por delante, fue a estudiar. Las clases con don Ricardo, se habían incrementado de manera sustancial. Así mismo, el tiempo que pasaba con Angustias intentando adquirir los ademanes necesarios para enmascarar sus orígenes era mayor. Y cuando no estaba con uno o con la otra, se dedicaba a leer cuanto caía en sus manos, intentando retener tantos datos como fuera posible, en previsión de los potenciales temas de conversación en los que se pudiera ver involucrada.

Solamente se daba un respiro cuando Bernat aparecía por casa. Entonces, toda su atención se centraba en él. Charlaban de los acontecimientos del día en la oficina, de sus avances a base de estudio y esfuerzo… y por las noches, ya en la cama, disfrutaba del calor de sus brazos, que en nada se parecía a la agobiante temperatura que padecía durante el día, y de la pasión de sus besos, que cada vez con

mayor frecuencia le sabían a poco.

Y así, entre preparativos diurnos y caricias nocturnas, llegó el día.

En el despacho tenían claro que los casos que no se habían resuelto hasta la fecha, se retomarían en septiembre, tras las vacaciones. Por ese motivo aquella mañana el ambiente festivo se había apoderado de todas las estancias del bufete. Los secretarios, a un ritmo mucho más relajado que de costumbre, acababan de formalizar los papeles que los letrados tendrían que firmar antes de cerrar durante el estío. Estos, por su parte, ultimaban los temas que tenían entre manos para facilitarse a sí mismos el trabajo a la vuelta. A mediodía, apenas quedaba algo por hacer. Los abogados se reunieron en el despacho de Federico con la intención de tomar una copa antes de despedirse hasta la noche.

—Por un año más cargado de éxitos —el jefe alzó su copa a modo de brindis—. Y por nosotros. Somos un gran equipo.

—Por nosotros —coreó el resto.

—La de hoy va a ser una noche memorable. Clara se ha esforzado mucho porque todo esté impecable.

—Siempre es así. No te mereces la mujer que tienes, granuja —dejó ir en broma Eulogio, el otro socio fundador de la firma.

—Tienes razón. Supe escoger asombrosamente bien —contestó el hombre dando una calada al habano que tenía entre los dedos.

Bernat pensó que su elección no había sido tan buena como imaginaba y que si supiera los cuernos que adornaban su frente, jamás hablaría con tal benevolencia de su esposa.

—Hablando de esposas, Bernat, por fin conoceremos a la tuya, ¿no es así?

—Sí —dijo sin poder disimular su cara de satisfacción—. Estoy deseándolo.

—Tengo entendido que es muy joven —intervino Pedro, un compañero de edad parecida a la suya que había entrado a formar parte de la empresa un año antes que él.

—Así es. Acaba de cumplir los dieciocho años.

—¡Vaya bribón!, ¡qué bien te lo montas! Carne fresca para el catre —habló Fernando, otro compañero.

—Te agradecería que no te refirieras a mi esposa en esos términos —le advirtió muy serio. Se estaba hartando ya de que todo el mundo se creyera con derecho de opinar sobre Elvira.

—Perdona, hombre —se disculpó su colega alzando las manos en señal de rendición—. Sólo era una broma.

—Haya paz, muchachos —medió Federico dándose unos golpes con la mano abierta en el abdomen—. No es día de enfados sino de pasarlo bien.

—Estoy de acuerdo —convino Eulogio—. Apuremos nuestras

bebidas y marchemos a nuestros hogares a prepararnos para esta noche. Nos espera una estupenda fiesta a cargo de Federico y su bella esposa Clara.

Bernat observó los rostros de sus compañeros al oír ese nombre y tuvo la sensación de que todos y cada uno de los *caballeros* de esa sala podían hablar de la *belleza* y *saber hacer* de esa mujer por experiencia propia. Sonrió para sí y acabó el líquido de su copa de un solo trago.

***

Elvira estaba más nerviosa que en toda su vida; más si cabía que cuando sus padres descubrieron su embarazo y se enfrentaron con Bernat. Su preocupación por llegar a ridiculizar a su marido era tan grande que la noche anterior no había podido pegar ojo. Había aprovechado las horas nocturnas para embeberse de su compañero de cama… y de vida. Su olor la embriagaba y lograba arrancarle suspiros de deseo; el roce de su piel encendía su cuerpo de una manera arrebatadora; el sonido de su respiración pausada la dejaba anhelante. Con todo, sin embargo, su cercanía no había logrado apaciguar sus temores. Tenía claro que aquella noche habría algunos que no se lo pondrían fácil. Gente que, enterada de su procedencia humilde, trataría de dejarla en evidencia. Y, a pesar de las palabras de aliento de Angustias, Ricardo y sobre todo de Bernat, no confiaba en sí misma lo suficiente como para calmar ese recelo.

La cita en casa de los Mayol era a las siete de la tarde, pero Bernat le había dicho que era de mala educación llegar a la hora en punto; lo correcto era esperar media hora, o incluso más para hacer su aparición. A ella, le pareció una norma de lo más acertada: cuanto más tarde llegaran menos tiempo tendría que permanecer en aquella casa.

No comenzaron a prepararse para la fiesta hasta bien entradas las seis. El abogado con un traje claro de lana de verano sin chaleco, camisa blanca, corbata negra y zapatos *Oxford* de color chocolate, la tuvo que esperar durante más de veinte minutos; en los días que habían pasado desde que compró el vestido, su embarazo se había hecho más evidente y le costó encerrarlo dentro de la tela. También le costó decidir si maquillarse o no. No quería parecer una simplona sin ningún potingue en la cara. Por otro lado, tampoco estaba dispuesta a parecer un payaso pintándose más de la cuenta. Angustias la ayudó a encontrar la justa medida para lucir elegante pero natural. Unas sencillas pero preciosas sandalias de tacón bajo complementaban su indumentaria.

Al verla, Bernat enmudeció. Estaba preciosa. Su apariencia juvenil quedaba resaltada por la tonalidad del vestido y por el suave colorete

que iluminaban su rostro. Los labios, ligeramente coloreados con carmín, se veían plenos y deliciosos, y estuvo tentado de mandar a paseo la fiesta y hasta la sensatez con tal de besarlos. Elvira reconoció en su mirada el deseo escondido y sonriendo negó con la cabeza. Sí, estaba paralizada por el pánico, pero era el momento de echarle valor al asunto y si Bernat la besaba… no habría fuerza humana que la separara de su boca.

—Está guapísima, ¿verdad, Bernat? —Tanteó Angustias.

—Sin duda. —No fue capaz de pronunciar ni una sílaba más, admirado como estaba por la estampa que le ofrecía su mujer. Sólo después de un tiempo, en que no dejó de contemplarla, pudo añadir—: ¿Vamos?

Elvira asintió y se colgó del brazo que le ofrecía el abogado.

El taxi los dejó frente a la casa de su jefe en Sarriá, a las ocho menos veinte. Habían aguardado el tiempo de rigor y llegaban a una hora más que oportuna. Elvira comprobó que no eran los primeros en hacer acto de presencia, pero tampoco los últimos. Detrás del coche que los había dejado, aparecieron varios más, de los que bajaron sendas parejas elegantemente vestidas. La joven se aferró al brazo de su marido e inspiró con fuerza.

—¿Preparada?

—Sí. Vamos.

En la puerta, los anfitriones saludaban a unos invitados que accedían a la mansión delante de ellos. Al verlos, Clara se disculpó con aquellos y fue a recibirlos con una sonrisa que pretendía ser amable, pero que encerraba malicia.

—Señora Font, qué placer poder conocerla al fin. Su esposo habla maravillas de usted. Me complacerá descubrir todas sus bondades por mí misma —afirmó cogiéndola del brazo y apartándola de Bernat.

Elvira le pidió auxilio con los ojos, pero no le sirvió de nada. Federico lo acaparó echándole un brazo por los hombros y colocándolo a su lado para dar la bienvenida a los siguientes invitados a la fiesta.

Clara la guio por la sala hasta un grupo de señoras —a las que ya había puesto en antecedentes sobre la chica— que charlaban animadamente entre ellas mientras sostenían una copa achatada de champan.

—Queridas, permitid que os presente a la joven esposa de nuestro querido Bernat Font —se volvió hacia ella—. No recuerdo su nombre de pila.

Las mujeres la miraron sin disimular una sonrisa de superioridad. Sin duda, según su parecer, lo que habían oído acerca de ella las hacía pensar que tenían derecho a creerse mejores que ella. Pero Elvira no se amedrentó. Por el contrario, hizo el esfuerzo de devolverles la

sonrisa.

—Elvira, me llamo Elvira —contestó haciendo gala de una seguridad autoimpuesta.

—¡Qué bonito nombre! —exclamó una de las damas rezumando ironía. En un claro intento por desestabilizarla, entrecerró los ojos y añadió—. No sabrá qué significa, ¿verdad?

Enseguida se dio cuenta de la encerrona que le tenían reservada y las maldijo en silencio. No obstante, continuó dedicándoles una mueca que cualquiera podría confundir con una sonrisa.

—Por supuesto, ¿quién no conoce el significado de su nombre? —afirmó mientras paseaba la vista por los rostros de las reunidas. Comprobó cómo algunas de ellas desviaban la mirada, como si las hubieran cogido en falta—. El mío es un nombre de origen germánico —comenzó a explicar.

—Vaya, germánico nada menos —dijo otra de las mujeres chasqueando la lengua.

—Sí —afirmó ella fusilándola con la mirada—. Y hace referencia a nobleza —algo de lo que ellas carecían, se dijo— y protección.

—Qué interesante —la maledicente lengua de Clara atacaba de nuevo—. ¿Desde cuándo conoce este dato, querida?

—No lo recuerdo con exactitud —dijo sin comprometerse y conservando la calma que aquellas querían arrebatarle.

No tuvo que ampliar su explicación. Justo en ese momento, Bernat, se posicionó junto a ella y la aferró por la cintura.

—Señoras, seguro que entenderán que les robe a mi esposa. Me gustaría presentarle a algunos compañeros.

El grupo torció el gesto, pero no se opuso. No podía sin delatar sus intenciones. Sin embargo, ninguna iba a darse por vencida; con toda certeza no tardarían en retomar su ataque a la que ellas consideraban una advenediza.

—¿Qué tal el primer asalto? —la interrogó Bernat después de asegurarse de que nadie los oía.

—Pasable. Podía haber sido peor —reconoció.

—Pues no bajes la guardia porque volverán a la carga más pronto que tarde.

—Puedes estar tranquilo; lo estaré esperando. No dejaré que me pillen desprevenida.

—Estoy completamente tranquilo. Sé que vas a salir airosa de todas las trampas que pretendan ponerte esas arpías. Eres mucho más lista que ellas. Se van a llevar un buen chasco al final de la noche. —Habló con seguridad, reflejando la fe ciega que tenía en ella—. Aun así, procuraré merodear constantemente cerca de ti, por si precisas de mi intervención.

—Eres muy considerado, Bernat, pero este es un asalto que debo

lidiar yo sola. Si te necesito, te lo haré saber de alguna manera —aseguró dedicándole una cálida sonrisa.

—No permitas que esas brujas se salgan con la suya dejando que te afecten sus comentarios malintencionados. —Sus ojos al hablar destilaban pasión—. Tú vales cien mil veces más que todas ellas juntas.

Elvira se lo quedó mirando arrobada. Si no hubieran estado en público le habría suplicado que la besara hasta hacerla desfallecer. En su lugar, con un suspiro de aceptación, alargó su mano, tomó la de su marido y se la llevó a los labios.

—Solo me importa lo que pienses tú. Por mí, todos los demás de esta casa se pueden ir al diablo. —Repitió las palabras que tantas veces le dijera él.

Bernat estalló en carcajadas, sin importarle las miradas curiosas de los que los rodeaban. Después, cuando pudo calmar su risa, la llevó a un aparte, acercó la mano de Elvira que aun sujetaba entre las suyas y le imitó el gesto.

—Pues si es así, no tienes de qué preocuparte —le susurró al oído, provocándole un estremecimiento que la dejó anhelante.

Después de aquel instante íntimo, le sonrió.

—Será mejor que volvamos al bullicio de la fiesta si no queremos ser la comidilla de todos. —Elvira elevó una ceja en un gesto guasón —. Es cierto, ya lo somos, ¿no?

Sus miradas se fundieron una vez más antes de que Bernat, sacudiendo la cabeza de lado a lado, apoyara su palma en la espalda de su esposa y la condujera hasta la mesa donde estaba dispuesto el ágape. Únicamente los separaban de su destino unos cuantos metros, no obstante, les costó un tiempo poder alcanzarlo. A cada paso que daban, alguien se detenía frente a ellos para saludarlos o para hacerles todo tipo de observaciones, pretendiendo descubrir algún dato desconocido sobre la joven esposa de Font. Él se limitaba a presentar a Elvira como su mujer y, cuando alguno de ellos pretendía profundizar en la conversación, ofrecía una excusa y continuaba avanzando, siempre con sus dedos sujetando los de ella. Utilizando su bien conocida mano izquierda, Bernat consiguió sortear todos los intentos de sus supuestos amigos sin llegar a alimentar su curiosidad hasta que lograron alcanzar la mesa repleta de comida.

—Sabía que esto iba a ser duro —dijo el abogado simulando un bufido de cansancio—. Has despertado mucha expectación. —Se quedó observándola durante un instante y agregó—: Aunque lo entiendo perfectamente; estás espectacular.

—Bernat, no me abochornes, por favor. Sé quién y cómo soy. No hace falta que…

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad?

Ella lo miró extrañada.

—¿Cuenta? ¿De qué?

Los ojos masculinos revelaron la magnitud de sus sentimientos. Con todo, su respuesta quedó suspendida en el aire por culpa de una nueva e inoportuna interrupción. Por desgracia, en esta ocasión no sería tan sencillo zafarse.

—Font.

El hombre que se dirigía a él llamó su atención con un toque en su espalda. En un acto reflejo, Bernat miró por encima del hombro sin imaginar a quién se encontraría detrás de él. Ni su férrea educación ni la conveniencia laboral consiguieron que su rostro disimulara el desagrado que le producía ese individuo. Oteó a su alrededor en busca de una explicación que justificara la presencia de esa… *persona* en aquel evento de la empresa, pero no encontró ninguna mirada a la que acudir.

—Señor Gavilán —inclinó la cabeza a modo de saludo, y como le pasara en ocasiones anteriores, pensó que el apellido le iba como anillo al dedo, dada su naturaleza depredadora.

—Vaya, y esta encantadora dama debe de ser la señora Font —dijo refiriéndose a Elvira.

El recién llegado se permitió el lujo de tomar la mano de Elvira y besársela sin pedir permiso ni a uno ni a la otra. Ella, ignorando de quién se trataba, le dedicó una sonrisa tan falsa como todas las que había dispensado con anterioridad. A Bernat, por poco se lo comen los diablos. ¿Qué hacía ese energúmeno ahí? ¿Y cómo se atrevía a ponerle una mano encima a su mujer? Si mantenía el contacto por más tiempo, estaba decidido a romperle la cara sin importarle las consecuencias. No hizo falta, no obstante. Gavilán la soltó al tiempo que inclinaba la cabeza como saludo para, después, fijar la vista en el abogado y guiñarle un ojo de forma apreciativa.

—Tiene usted un gusto espléndido para las damas —soltó intentando ser amable. Sin embargo, a Bernat aquel halago le sonó despreciable.

—¿Qué quiere, Gavilán? —espetó de forma brusca.

—Necesito hablar con usted sobre… mi caso.

—No creo que sea el momento más adecuado. Como ve, estoy con mi esposa y esto —abarcó con un brazo todo lo que lo rodeaba— es una fiesta.

—No le robaré más que un momento —insistió su cliente.

Volvió el rostro hacia Elvira y, con cara de circunstancias, le pidió que lo excusara un momento. Ella, ajena al mal trago por el que estaba pasando su marido, le aseguró que no tenía importancia, que atendiera a aquel hombre.

—Estaré bien —dijo para tranquilizarlo.

Más molesto que otra cosa, Bernat accedió a acompañar a Gavilán, preguntándose qué debía ser tan importante como para incordiarlo allí.

Una vez a solas, Elvira estudió los platos expuestos, indecisa, sin percatarse de una presencia que se acercaba a ella desde atrás.

—Elvira —la llamó Clara en cuanto estuvo a su lado—. La he estado buscando para continuar con la charla que hemos dejado a medias.

—Apenas hace quince minutos que nos hemos separado; dudo que en este corto espacio de tiempo haya tenido muchas oportunidades para buscarme, dada la cantidad de invitados que debe atender —mantuvo una voz firme, a pesar de la inquietud que le producía saber a qué se exponía por culpa de aquella mujer.

—Veo que su plato sigue vacío —cabeceó en dirección a sus manos —. Le sugiero el caviar. Supongo que le gusta, ¿cierto?

Por supuesto, aunque sabía de qué se trataba, Elvira jamás había probado tal manjar, pero no estaba dispuesta a hacérselo saber a aquella bruja.

—La verdad es que prefiero las huevas de merluza o de bacalao; a la plancha están deliciosas.

—¿Cómo puede decir algo semejante? —Clara se hizo la ofendida, aunque, en realidad, estaba satisfecha con su respuesta, que no era otra cosa que la admisión de su ignorancia—. El caviar es uno de esos extraños tesoros que nos regala la gastronomía. Es muchísimo más delicado y delicioso…

—Dicen, y estoy de acuerdo, que sobre gustos no hay nada escrito. Además, soy de la opinión de que es preferible cualquier alimento de nuestra tierra que cualquier cosa que venga de más allá de nuestras fronteras —no era del todo cierto, pero le pareció un buen argumento para defenderse y de paso, dejar en evidencia a la anfitriona, tal como ésta pretendía hacer con ella.

—Quizá es que su paladar no está hecho para tales exquisiteces —dejó ir la mujer en un claro intento de humillarla.

Elvira no dio muestras de sentirse afectada por tal afirmación, aunque sintió en el centro del pecho el insulto recibido.

—Tal vez, aunque lo dudo —le sonrió con condescendencia—. Lo que ocurre es que no necesito demostrar lo sofisticada que soy, ni proclamar a los cuatro vientos que mis gustos son *exquisitos* para sentirme realizada.

—¿Qué pretende decir? —esta vez Clara sí que se mostró realmente ofendida.

—Nada, en realidad. Solo expongo mi punto de vista. Para mí, más que demostrar a los demás qué tengo y a qué clase pertenezco, es importante sentirme bien conmigo misma gracias a mis propios logros;

tener aspiraciones más allá de comprarme un vestido nuevo o brillar con el fulgor de las joyas que luzco —volvió a dedicarle una sonrisa antes de continuar—: Creo que es más importante ser buena persona, amable y considerada que menospreciar a aquellos que no veo como iguales. Porque yo, no creo que nadie merezca ser tratado así. Nunca sabemos qué hay detrás de cada persona que tenemos delante; por su aspecto, podemos creer que se trata de un gran señor y no ser más que un gañán y, por el contrario, alguien que aparentemente es un don nadie, ser la mejor persona con la que nos hayamos cruzado. Eso, Clara, el fondo de la gente, es algo que considero realmente trascendental, no la ropa que viste ni la comida que consume.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera y en *mi casa*? —Preguntó Clara indignada mirándola con desdén, olvidado ya el trato de cortesía.

Elvira, por su parte, siguió manteniéndolo. Con todo, no disimuló su enfado y la encaró con la cabeza bien alta.

—¿Cómo se atreve usted a ningunear a una persona que ha invitado a *su casa*? —Su corazón latía a un ritmo frenético— ¿Para insultarla? ¿Para reírse de ella? ¿Qué clase de anfitriona se supone que hace algo semejante? No me importa que usted me considere una inferior. Yo sé que no lo soy. Pero recuerde que, intentando dejarme a mí en mal lugar, se lo está haciendo a mi marido y eso es algo que no pienso permitir —se llevó una mano al vientre. El niño, parecía advertir el estado de ánimo de su madre y no paraba de moverse—. Y ahora, si no se le ofrece nada más —la saludó con una inclinación brusca de cabeza y giró sobre sus talones con la intención de localizar a Bernat y pedirle que la llevara de vuelta a casa.

Capítulo 15

La conversación que estaba manteniendo Bernat con Juan Gavilán tampoco estaba siendo agradable, precisamente. Al menos, para él, que detestaba a aquel hombre con todas sus fuerzas.

Tras separarse de Elvira, su cliente lo había conducido al jardín, donde se estaban llevando a cabo parte de las actividades preparadas para la fiesta. Algunos grupos de personas charlaban con sendas copas en la mano amenizados por música ambiente. Una vez allí Gavilán lo llevó hasta un recodo que quedaba oculto a los ojos de los invitados. Se aseguró de que nadie podía oírlos mirando a todas partes antes de comenzar con un absurdo discurso acerca de cómo enfocar el caso al que se enfrentaba. En toda su perorata no hubo ni un solo argumento que delatara que tenía en cuenta a la desdichada víctima de sus despreciables actos. Bernat, harto de escuchar sus comentarios, nada acertados legalmente hablando por otra parte, se cuadró, obligando al otro a dejar de hablar.

—Conozco muy bien mi trabajo y sé cómo encauzar su caso, señor Gavilán.

—Eulogio ya me informó de que este no es su terreno —lo miró con aires de superioridad al decir aquello—. Mi intención es ayudarlo y hacerle más fácil su labor.

—Permítame que lo dude. Si hiciera caso a lo que dice, el juez me echaría de la sala por incompetente en el mismo momento en que abriera la boca —declaró Bernat con cara de pocos amigos—. Sé lo que tengo que hacer, y en el caso hipotético de que no fuera así, tengo tiempo para preparar su defensa —exhaló con fuerza porque lo que iba a añadir no le hacía ni pizca de gracia, pero era la verdad—. De todas formas, las leyes en este país obligan a la demandante a probar que lo que afirma es cierto y eso es muy difícil; es una palabra contra la otra, y ya sabemos que las influencias de las que goza usted son infinitamente superiores a las que tiene ella.

—Sí, eso es cierto —sonrió de medio lado otorgando a su rostro un semblante siniestro—. De todas formas, cualquier cosa que pueda reforzar mi postura, mejor para mí.

—Voy a serle franco, si me lo permite. —Su voz se enfrió todavía más.

—Adelante.

Si él pudiera realmente serlo…

—Mi consejo es no ir a juicio. —Chasqueó la lengua al ver la cara de asombro y desprecio de Gavilán—. Siempre es mejor un mal

acuerdo que un buen pleito.

—¿Se ha vuelto loco? No lo tenía por un cobarde —escupió al tiempo que sacudía la cabeza—. Si mi caso le viene grande, dígalo ya y me buscaré a cualquier otro que no tenga tantos remilgos por ponerse ante un tribunal.

A Bernat le dieron ganas de estamparle el puño en la cara, una vez más. Su buen juicio, no obstante, se lo impidió.

—Está en su derecho de hacer lo que más le plazca. Pero debe tener en cuenta una cosa: por mucho que salga vencedor en esta batalla, su nombre quedará en entredicho. Usted sabe que estas cosas, por mucho que se intenten ocultar, pueden salir a la luz. ¿Qué pasará entonces? —abrió los brazos mostrando las palmas—. Ya se sabe, una vez se han expandido los rumores, es muy difícil acallarlos. ¿Cómo afectará eso a sus negocios? ¿A su vida social? ¿A su familia?

Gavilán torció el gesto. Desde luego, y aunque le reventara admitirlo, no había tenido en cuenta lo que estaba señalando Bernat. Si aquello llegara al conocimiento de la cúpula del partido… sus aspiraciones a un puesto de relevancia en el gobierno se verían truncadas.

—¿Qué propone? —preguntó de mala gana.

—Llegue a un trato con la muchacha —expuso abiertamente.

—¿Qué ha pensado? —cabeceó en su dirección—. Estoy convencido de que no me presentaría esta opción si no la hubiera meditado antes.

—Efectivamente, en algo he pensado.

—Adelante —concedió con un gesto de la mano.

Decidido a crear expectación a su cliente, Bernat se mantuvo en silencio durante breves instantes, permitiendo que la música amortiguada se hiciera dueña del aire que los rodeaba. Cuando el abogado estuvo convencido de que había centrado toda la atención de Gavilán en lo que iba a revelarle, expuso su idea; una idea que beneficiaba a la joven, aunque no compensara, ni con mucho, el daño sufrido.

—Una manera de que la joven olvidara el asunto de una manera rápida y efectiva, sería redactar un contrato de confidencialidad que la obligue a mantener silencio sobre lo ocurrido entre ustedes a cambio de una buena suma de dinero.

—¿Cree que no lo intenté ya? —espetó acompañándose de un movimiento violento de manos—. Pero la muy zorra, o, mejor dicho, los asquerosos de sus padres no se dejan sobornar.

Las manos de Bernat se cerraron en puños. Su contención estaba llegando al límite y no sabía cuánto más podría durar sin darle el escarmiento que se merecía ese degenerado. Pensó en esa pobre chica e, inevitablemente, el rostro de su mujer cruzó su mente como un

rayo, se imaginó su sufrimiento cuando fue agredida, su vergüenza… solo habían salido dos cosas buenas de aquel acto degradante: que Elvira se había convertido en su mujer y que iban a tener un hijo al que darle todo su cariño. Reprimiéndose de nuevo las ganas de darle un puñetazo a Gavilán en esa cara de escoria que tenía, carraspeó antes de seguir desmenuzando su plan de negociación.

—¿Cuánto les ofreció?

Sentía asco de sí mismo al utilizar el dinero como contrapartida para tapar una acción tan repugnante. Con todo, era la única baza a la que podía acudir para ayudar en algo a la muchacha.

Gavilán se lo quedó mirando largamente. Por fin, desvió los ojos y se llevó la mano al mentón.

—Cincuenta mil pesetas.

—¿Y le extraña que lo rechazaran? Usted se gasta eso en un fin de semana —dijo con cara de pocos amigos—. Estamos hablando de silenciar a una familia.

—Estamos hablando de un chantaje.

—Llámelo como quiera, pero si no quiere que sus acciones lo salpiquen, aunque salga ganando en el litigio, pague.

—No sé si esas son las palabras que un abogado debe decirle a su cliente.

—Supongo que no son las que quiere escuchar —se encogió de hombros e hizo una mueca despreciativa con la boca—. Quiere que le diga que va a ganar el juicio: Sí, lo ganará. Pero, como le he dicho antes, su nombre se puede ver comprometido. Así que, usted mismo. Usted es el que manda —para su desgracia, pensó.

—¿En cuánto está pensando?

—Yo ofrecería un millón.

—¿¡Se ha vuelto loco!? —gritó Gavilán fuera de sí—. Eso es… Ni siquiera puedo poner nombre a la barbaridad que acabo de oír.

—Está bien, pues dejémoslo en medio millón. Pero yo no bajaría ni una peseta de esa cantidad. De hacerlo se arriesga a ir a los tribunales con las consecuencias que ya le he mencionado.

Gavilán se echó las manos a la cabeza y comenzó a deambular por el reducido espacio de jardín en el que se encontraban. Se frotaba la frente de forma compulsiva, como si pretendiera que lo que acababa de escuchar se le grabara a fuego dentro del cerebro. Bernat lo observaba ir de un lado para otro sin inmutarse. Si la jugada que había ideado salía bien, la muchacha, además de ahorrarse un bochornoso juicio, que sin duda perdería, habría ganado un dinero que la ayudara a salir adelante durante bastante tiempo. De hecho, si era lista, podría hacerse de un pisito y si seguía trabajando, aún le quedaría suficiente para vivir con soltura. No cabía duda de que aquella no era la mejor de las soluciones, pero era la única que había

encontrado para ayudar a la joven asegurándose a la vez de que nadie sospechara de su lealtad hacia su cliente.

Durante unos minutos observó la lucha interna que libraba Gavilán como quien contempla la lluvia al caer. Lo veía caminar sin apiadarse ni un ápice de su desazón. Allí, estático, sin mover un músculo, disfrutó al saber que había puesto a ese malnacido en una disyuntiva, a priori, muy difícil de resolver: Dinero —poco para su cliente, en realidad—o posición social. Sonrió para sí, convencido de que aquel ser inmundo elegiría la segunda opción.

No tardó mucho más en conocer su decisión. Una de las veces que pasó a su lado, y de manera repentina, Juan se plantó delante de él con el ceño fruncido, una mano todavía en su frente y la otra cerrada en un puño contra su pierna.

—Redacte ese maldito contrato —soltó después de un silencio tenso en el que no dejó de evaluarlo con la mirada—. Quiero tener todo esto resulto antes de irme de vacaciones con mi familia.

—Le pasaré un borrador en dos días —aseguró con tono firme y satisfecho.

—Tenía entendido que el bufete cerraba hoy —su tono sonó menos tenso y con cierto matiz de sorpresa.

—Y es cierto. Haré esto desde mi casa. Yo también quiero dejar el tema listo a la mayor brevedad posible.

Gavilán pareció relajarse con las palabras de su abogado e insinuó una tímida sonrisa.

—A eso le llamo yo devoción por el trabajo.

Bernat no lo sacó de su error. Para él, solventar rápidamente ese caso no se trataba más que de un triste afán por hacer justicia con aquella pobre chica… y, de alguna manera, con Elvira.

Se dio cuenta entonces de que llevaba mucho tiempo alejado de ella. A causa de su inesperada reunión, charla o como quisiera llamarse aquello que había tenido con Gavilán, la había abandonado a su suerte. Cerró los ojos y se encomendó al altísimo, rogándole que no le hubiera ocurrido nada en su ausencia.

—Gracias —dijo al darse cuenta de que no había dado respuesta a las palabras de su cliente—. Pero lo cierto es que prefiero comenzar mis días de descanso sabiendo que tengo el trabajo finalizado —forzó una sonrisa de compromiso antes de comenzar a despedirse—. Y ahora, si me disculpa, voy a ir a buscar a mi esposa, de la que ya llevo separado demasiado tiempo.

Gavilán asintió con la cabeza y le dio una palmada en el hombro.

—Claro, amigo Font —Bernat estuvo tentado de gritarle que jamás sería amigo de un animal como él, pero sus buenas formas lo obligaron a mantenerse en silencio—. Si yo tuviera una mujer tan hermosa y joven como la suya esperándome, no hubiera perdido tanto

tiempo con un cliente —dijo satisfecho de lo que él interpretaba como un halago—. Ya me he dado cuenta de que espera un hijo —le guiñó un ojo cómplice—. No ha tardado en… ya me entiende. A mí me hubiera pasado…

—Preferiría que dejara a mi esposa fuera de la conversación —se arrepentía de haberla nombrado delante de semejante energúmeno, por eso no dudo en interrumpirlo—. Le enviaré los papeles a su casa en unos días —concluyó como despedida.

Giró sobre sus talones y se encaminó a la parte del jardín donde la fiesta estaba en todo su apogeo con la intención de buscar a Elvira y disculparse por su tardanza. Miró en todos los lugares donde podría hallarla; para su desesperación, no encontró rastro de ella. Se adentró en la casa y se paseó por todas las estancias destinadas a albergar la fiesta cada vez más ansioso. No había rastro de Elvira en ninguna de ellas. Al entrar en la última se tropezó con el grupo de mujeres que la había arrinconado al principio de la noche. Se aproximó, convencido de que la encontraría por fin. Sus esperanzas se desvanecieron cuando paró junto a ellas y no la vio.

—Clara, ¿has visto a Elvira? —procuró enmascarar su preocupación, pero no pudo estar seguro de haberlo conseguido.

—¿Elvira? —contestó con otra pregunta, aunque ésta cargada de despotismo—. Tu querida mujercita no es más que una malcarada que no sabe comportarse en público.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—A la primera cuestión te diré que no tengo ni idea. Y tampoco es que me importe. En cuanto a la segunda… Se ha atrevido a insultarme ¡en mi propia casa! ¿Te lo puedes creer?

—No, no lo puedo creer. Si Elvira ha dicho o hecho algo ofensivo, estoy convencido de que ha sido como respuesta a una provocación —aquella afirmación y el tono en que la dijo reflejaban una acusación clara.

—Se ha atrevido a acusarme de no tratar a mis invitados con la delicadeza que se merecen —resumió, creyendo que, al igual que había pasado con sus amigas, él se pondría de su parte. Craso error.

—No me hago una idea de qué pudo originar algo semejante, pero sin duda, no debía de estar muy lejos de la verdad en cuanto a tu comportamiento para con ella —la miró fijamente a los ojos—. Te he observado mientras la abordabais tus amigas y tú, y no me ha pasado por alto la forma en que os mirabais las unas a las otras —paseó los ojos por todas ellas—, la burla implícita que había en vuestros rostros, el deseo malsano de dejarla en mal lugar.

—Pero…

—Venga, Clara, nos conocemos —elevó la barbilla en su dirección —. ¿Qué le has dicho a Elvira para que saltara? No está en su carácter

replicar; es dulce, paciente y respetuosa. Sin embargo, no es ni tonta ni cobarde. Si alguien tiene la desfachatez de pincharla, sabe cómo defenderse. Es eso lo que ha pasado, ¿verdad?

Clara no respondió, sus mejillas coloradas, tal vez de vergüenza, tal vez de rabia, lo hicieron por ella.

—Esperaba que estuvieras por encima de estas cosas, que respetaras que es mi esposa… y tu invitada. Ya veo que me equivoqué —balanceó la cabeza de lado a lado—. Y ahora, señoras, voy en busca de mi mujer.

Antes de que se diera la vuelta, Clara lo sujetó por el brazo.

—Realmente estás enamorado de ella —la realidad la atravesó como un rayo; no lo había creído cierto hasta ese momento.

—Hasta las trancas —confesó sin pudor.

Clara bajó la cabeza aceptando aquel hecho. No tenía sentido luchar por algo que ya tenía perdido y, desde luego, no servía de nada enfrentarse a una chica que había sido capaz de enamorar al soltero de oro de la empresa. Aceptó su derrota con mucha más deportividad de la que ella misma hubiera imaginado. Arreciando su agarre al brazo de Bernat lo miró de frente.

—Lo siento. —Ante la cara de asombro del abogado, añadió—: Me refiero a mi comportamiento anterior. No comprendía la magnitud de tus sentimientos. Pero ahora lo hago… y te envidio; hace demasiado tiempo que nada conmueve mi corazón de esta manera. —Enmudeció durante un instante, mientras sus ojos estaban fijos en los de Bernat—. Búscala, no debe andar muy lejos, y cuando la encuentres, dedícate a ser feliz con ella —solo entonces lo soltó.

Las mujeres que habían observado el intercambio de palabras, miraron a Clara sin comprender su cambio de actitud. Ella, recomponiendo su ademan altanero, les dedicó un alzamiento de hombros y una sonrisa ladeada. No estaba dispuesta a alargar por más tiempo aquel momento de debilidad, y mucho menos, delante de aquellas arpías que tenía como amigas.

Bernat abandonó al grupo con una inclinación de cabeza y retomó la búsqueda de su mujer. Por más que miraba por todas partes, no lograba dar con ella. Después de varias vueltas por todo el perímetro exterior y escudriñar cada sala de la vivienda, se le ocurrió mirar en los tres lavabos de la casa. El primero lo desechó de inmediato; la puerta entreabierta y la luz apagada daban muestras de que no había nadie dentro. El segundo, no obstante, estaba cerrado y la claridad interior se filtraba por debajo de la madera. Golpeó la puerta una vez, sin obtener respuesta. Eso lo llevó pensar que, con toda seguridad era allí donde se había refugiado Elvira. Volvió a golpear, pero esta vez añadió el nombre de su mujer al llamado.

—Elvira, ¿estás ahí?

Al principio le respondió el silencio. Solo al cabo de unos segundos, oyó un leve rumor de pasos. Inmediatamente después, el sonido del pestillo deslizándose antecedió al movimiento de la puerta. Elvira apareció llenando el hueco que dejaba la abertura. Su rostro mostraba los inconfundibles signos del llanto, y a la vez la fortaleza de la que había hecho alarde en su discusión con Clara. Ella, al verlo, lanzó sus brazos al cuello de su marido y se dejó abrazar.

—Llévame a casa, por favor.

No necesitó que se lo repitiera. Él también ardía en deseos de dejar atrás a esa gente frívola y clasista a la que hasta hacía pocos meses no le importaba frecuentar.

Con su mujer colgada del brazo, recorrió la casa en dirección a la salida. Más de uno lo detuvo y se interesó por el motivo de su precipitada marcha, dado que la fiesta todavía tenía horas por delante. Bernat, en todas las ocasiones, argumentó que Elvira se había indispuesto y que, dado su avanzado estado de gestación, debía retirarse a descansar. En realidad, no estaba faltando a la verdad. Era tan cierto que su esposa estaba alterada como que debía reposar; sin embargo, había otra razón que le urgía para volver a casa, dos, para ser exactos: huir de aquella reunión de hipócritas por un lado y por otro, el más importante, tener a su mujer acurrucada contra su cuerpo en la cama que compartían.

A aquellas horas, el barrio de Sarriá era un desierto. Sus grandes mansiones mantenían los pórticos cerrados ocultando a los viandantes la actividad que se desarrollaba en su interior. De vez en cuando una risa amortiguada por la distancia o una música lejana proveniente de alguna de las haciendas competían con el sonido acompasado de sus pasos. Caminaron por las calles débilmente alumbradas hasta llegar a la avenida del Generalísimo, donde empezaron a encontrar algo más de actividad, la suficiente como para detectar un taxi moviéndose en su dirección. Bernat alzó la mano para llamar su atención y en escasos segundos, el coche se detenía frente a ellos.

—A la Rambla Cataluña con Mallorca —indicó Bernat en el momento en que se acomodaron en el interior del vehículo.

Algo más de tres kilómetros y medio más tarde, se apeaban a la puerta de su edificio. El viaje había sido silencioso; ninguno de los dos se había atrevido a comentar lo ocurrido en casa de Federico y Clara. Elvira, apoyada en el hombro de Bernat, había sentido en su cuerpo cada uno de los baches que se encontraban en el camino, aun así, gracias el confort que le proporcionaba su marido, había cerrado los ojos para disfrutar de aquel corto trayecto. Por su parte, él, se había complacido al notar la tranquilidad que destilaba su mujer sobre su pecho, después de la desagradable experiencia que había vivido esa noche.

Bernat tanteó sus bolsillos y se percató de que había olvidado las llaves en casa. ¡Menudo despiste! Parados frente a los portones de su inmueble, Bernat chocó sus palmas con fuerza en una parodia de aplauso.

—¡Sereno! —gritó al vacío de las calles— ¡Sereno!

No tardó en aparecer un hombre bajito vestido con unos pantalones grises, que parecían prestados de lo grande que le quedaban, una camisa, de la que la escasez de iluminación impedía definir el color, una gorra de plato calada hasta las cejas y un manojo enorme de llaves de todos los tamaños.

—Buenas noches nos de Dios —dijo el hombre a modo de saludo.

—Buenas noches —contestaron los dos a un tiempo.

—Una buena temperatura para pasear y alejar el bochorno de las casas, ¿no les parece? —siguió hablando mientras buscaba entre las llaves la que pertenecía a esas puertas.

—Sin duda —ratificó Bernat, deseando que se diera prisa en hacer su trabajo y poder llegar a casa al fin.

—A las embarazadas estos calores les sientan fatal, ¿no es así, señora?

Elvira asintió son una sonrisa forzada. Estaba cansada, deseaba meterse en el lecho con su marido, no sufrir la cháchara de un extraño.

—¡Aquí está! —exclamó el sereno alzando la llave que abría el postigo.

Con una mirada cómplice, a ambos les pasó por la cabeza el mismo pensamiento: *Ya era hora.*

Capítulo 16

Saber que Bernat pasaría sin separarse de ella los siguientes treinta y un días la hizo tremendamente feliz. No obstante, su gozo quedó eclipsado durante las primeras setenta y ocho horas. Durante ese tiempo, su marido solo abandonó su despacho en contadas ocasiones, dado que estaba concentrado en redactar un acuerdo. Ella ignoraba de qué se trataba, pero debía ser muy importante para él porque le dedicaba todas las horas del día. Únicamente al caer la noche, cuando él abandonaba sus obligaciones laborales, podía gozar de su total compañía. Aquel era su momento de intimidad, cuando su cuerpo se amoldaba al de él entre las sábanas; entonces podía considerarse totalmente dichosa.

Bernat, también esperaba con ansia aquellos instantes. Estaba cansado de dedicar su tiempo a concluir un contrato —que él hubiera preferido más justo para la parte damnificada— en vez de disfrutarlo con su mujer. Le hastiaba tener que ir escogiendo las palabras que no delatasen su postura frente a su cliente —procurando no descubrir sus artimañas a favor de la parte contraria—. Él hubiera preferido mil veces dedicar ese tiempo a seducir a su mujer con frases de amor. En definitiva, estaba agotado de malgastar sus vacaciones con aquel asunto —que le parecía abominable—cuando lo que necesitaba era vivir intensamente aquellos días junto a Elvira.

La noche previa a entregar el documento, que él mismo se había encargado de mecanografiar, tumbado en la cama y con su mujer entre los brazos, respiró tranquilo; ya estaba todo concluido y solo restaba llevar los papeles a casa de Gavilán, cosa que haría al día siguiente. —*Sí* —se dijo—*Por fin dejaré atrás este tema y no volveré a tratar con ese desaprensivo*. Con todo, no lograba relajarse completamente; desde que Elvira le había otorgado el privilegio de sus besos y el confort de sus brazos, una inquietud diferente se arremolinaba en su sangre. Cada segundo que permanecía unido a ella era a la vez un viaje a la gloria y un descenso a los infiernos. Le ocurría en cada ocasión que rozaba la piel de su mujer: su cuerpo tomaba vida y el anhelo por profundizar sus caricias se hacía una tortura; sin embargo, no quería romper otra promesa, esta vez formulada para él mismo. Le había asegurado que jamás la tocaría como un hombre lo hace a una mujer y no había sabido mantenerse firme cuando Elvira le pidió que la besara. La segunda, la que se había hecho en secreto, era que no iría más allá de lo que ella le ofreciera, aunque su cuerpo se consumiera de deseo. Después de lo que había

vivido, iba a darle todo el espacio y el tiempo que ella necesitara para convertirse, finalmente, en su mujer en todos los sentidos. Pero su compromiso no le eximía de sufrir horrores ni de que su masculinidad reaccionara sin su permiso.

Al igual que otras veces, su cuerpo se acoplaba al de Elvira… menos en un punto determinado de su anatomía. Se estaba volviendo loco. Esa noche en particular, su necesidad de ella era mayor que nunca. No tenía claro si era a causa del trabajo que había conseguido cerrar esa tarde y las implicaciones que tenía para él, a que el aroma de Elvira era más envolvente que de costumbre o a que, antes de meterse en la cama le había regalado la visión de su perfil, de formas redondeadas y dulces, a través de la liviana tela de su camisón. Quizás para cualquier otro, el cuerpo hinchado de una mujer embarazada no despertaba deseo. No era su caso. Elvira nunca le había parecido más hermosa que en ese momento, con su cuerpo obrando el milagro de crear vida, albergando en su seno a su futuro hijo … Porque, igual que lo había hecho en infinidad de oportunidades antes, no podía pensar en esa criatura sin sentirla tan suya como de su mujer.

Si sus pensamientos seguían por esos derroteros, no sería capaz de aguantarse las ganas… y debía hacerlo; se lo debía a Elvira. Buscó una manera de enfriarse un poco y creyó encontrarla planeando el día siguiente. Sin duda, pensar en reunirse de nuevo con Gavilán desanimaba a cualquiera.

—Mañana tengo que salir a entregar el contrato que he estado redactando —dijo sin detener la mano que paseaba por la espalda de Elvira—. Espero que la reunión no me lleve demasiado tiempo. En cualquier caso, estaré aquí para comer.

Ella se incorporó sobre su codo y lo miró desde arriba.

—¿Te importaría que te acompañara? Podríamos ir después a visitar a mis padres. Tengo ganas de verlos.

—¿Qué se te ocurre que puedes hacer mientras no estoy contigo? —preguntó con una pizca de humor. Era la primera vez que proponía un plan y le pareció un buen cambio.

—¿Pasear? —volvió a su sitio entre los brazos de Bernat. Aquella postura erguida la incomodaba en exceso—. Lo cierto es que no salgo mucho desde hace un tiempo y lo echo de menos.

—¿Por qué no lo has dicho antes? Podríamos haber ido a caminar cada día un rato.

—Vuelves tarde y cansado, lo que menos necesitas es que tu estúpida mujer te fuerce a volver a la calle.

Esta vez fue él quien se levantó y quedó con su cabeza suspendida sobre la de Elvira.

—Para empezar, no vuelvas a decir de ti misma que eres estúpida porque no hay ni un solo cabello en tu cuerpo que lo sea. En segundo

lugar, no me siento forzado por replegarme a tus deseos, sino satisfecho de que los compartas conmigo, y para finalizar… —le dio casto un beso en la nariz—siempre puedes salir tú sola mientras yo estoy trabajando.

Elvira abrió los ojos de manera desmesurada, escandalizada por lo que Bernat había dicho.

—Mi madre me ha repetido siempre que las mujeres de alcurnia no deben andar solas por la calle, que está mal visto —aseguró con un timbre raro en la voz—. Me decía que deben ir acompañadas de sus maridos, empleados o damas de compañía.

—¿En qué mundo vive tu madre, Elvira? —Preguntó intentando disimular una carcajada—. No, cariño, no hace falta que vayan con alguien a todas horas, aunque la mayoría lo haga. Pero es más una cuestión de comodidad que otra cosa. Además, siempre puedes contar con Angustias para que te acompañe.

Ella meditó las palabras de su marido. Aquella afirmación le recordó otras cuestiones que había estado comentando con Ricardo durante sus clases. Él le había hablado de costumbres y aspectos legales a los que se sometían las mujeres en aquella época y que ella no compartía. Decidió consultarlo con Bernat, convencida de que su marido podría darle una respuesta más satisfactoria que la que había recibido de su profesor.

—Bernat, ¿puedo preguntarte algo?

—Adelante. Puedes preguntarme todo lo que quieras cuando quieras.

—¿Por qué una mujer no puede trabajar sin el consentimiento de su padre, mientras está soltera, o de su marido, cuando ya se ha casado? —soltó a bocajarro.

Bernat se quedó callado durante un instante, buscando una explicación a algo que no la tenía.

—Bueno, es cierto que parece una ley injusta, pero... Está pensada para que haya conciliación familiar. Recuerda que es la madre quien se encarga de los hijos, y salvo necesidad extrema, permanece en casa cuidando del hogar.

—¿Por qué? —sentía genuina curiosidad, pero, a la vez, algo de rabia por la falta de autonomía a la que se veían abocadas sus congéneres—. Si es así, si se trata de armonía dentro de casa, ¿por qué los hombres no necesitan de nuestro permiso? ¿Acaso no tenemos el mismo derecho que vosotros a decidir cómo queremos que sea nuestra vida?

—Por desgracia, no —suspiró. No le gustaba nada el derrotero que estaba tomando la conversación, sobre todo porque notaba que Elvira se iba alterando conforme hablaban—. Verás, las mujeres se ocupan de las cuestiones domésticas y, a cambio, son los hombres los

encargados de llevar el sustento a su familia. En cuanto al derecho a decidir vuestras vidas… bueno, al casaros ya habéis hecho vuestra elección.

—¡Pero eso no es justo! —se separó de él y se sentó con dificultad, con la espalda apoyada en el cabecero—. ¿Y si yo quiero tener una familia y a la vez trabajar?

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Es que tengo opción sin tu *beneplácito*? —cuestionó enfadada.

—No entiendo cómo hemos llegado a este punto —murmuró Bernat para sí—. Mira, Elvira, si tú quieres estudiar una carrera, trabajar o quedarte en casa, vas a contar con mi total apoyo, pero las leyes son las que son. No las hago yo; solo me encargo de hacerlas cumplir.

—Pero se debe luchar para que sean justas, ¿no crees? —soltó enrabietada—. ¡Ni siquiera se me permite tener una cuenta corriente en el banco! Aunque trabajara, tú serías quien administrara mi economía. ¿No ves lo injusto que es?

—Tampoco tanto. Mientras nosotros nos enfrentamos al mundo, luchamos por labrarnos un futuro e intentamos dar a los nuestros una buena vida, vosotras permanecéis en casa, ajenas a las preocupaciones, sin tener que dar explicaciones a nadie salvo a vuestros maridos.

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¿Te parece normal que no podamos depender de nosotras mismas? ¿Qué si un hombre decide gastarse el dinero que gana en el bar y no llevar comida a casa, la mujer tenga que aguantarse?

—Estás exponiendo un caso extremo.

—No de donde yo vengo, Bernat —dijo abatida—. No de donde yo vengo.

—De todas formas, se ha adelantado mucho en cuanto a los derechos de la mujer. —Quería que aquella conversación acabara y que lo hiciera bien. Su intento de relajar el tema se había vuelto contra él.

—¿Ah, sí? Dame un ejemplo.

Bernat rebuscó entre sus conocimientos, tratando de hallar algo que pudiera tranquilizarla.

—Por ejemplo, se ha eliminado la discriminación laboral por razón de sexo. Solo hay unos pocos oficios en los que está restringido su acceso a las mujeres. Eso es un gran avance, ¿no crees? —se pellizcó el labio inferior, exprimiéndose el cerebro en busca de algo más— O… mira, hace unos años, la casa familiar se denominaba "casa del marido" Ahora es el "hogar conyugal". ¿No te parecen adelantos? — Elvira meneó la cabeza repetidamente, dejando claro que todo eso no le parecía ni de lejos suficiente—. Y luego está el tema de la infidelidad. ¿Sabías que no hace tanto, si un marido encontraba a su

mujer con otro hombre, tenía el derecho de matarla? Bueno, pues ya no es así. Desde principios de este año ya no.

—¡Qué iluso! —exclamó alzando las manos al techo—. Eso sigue ocurriendo a diario, y no solo porque la mujer sea infiel. Si a un hombre se le cruzan los cables, puede matar a su mujer si se le antoja, y listos. Las mujeres estamos indefensas ante la violencia de nuestros maridos. Ya sabes, eso de "la maté porque era mía".

—Estás dramatizando.

—Bernat, el jurista eres tú. Yo solo leo los periódicos y escucho… bueno, escuchaba lo que se decía por las calles. Si no las matan, de todas formas, están expuestas a unas palizas que para qué, y no con la excusa de que sean infieles, precisamente.

—¿Qué te parece si nos calmamos? ¿Quieres que te diga que tienes razón? Pues sí, la tienes. De todas formas, ya te he dicho que se están haciendo avances. Y yo aplaudo que así sea.

—Perdona, ya sé que tú no eres así ni tienes la culpa de estas aberraciones, pero… parece que penséis que nosotras no tenemos criterio, que somos niñas pequeñas que necesitan ser tuteladas y no creo que deba ser así. Hay mujeres muy válidas, mujeres inteligentes, mujeres tan preparadas como cualquier hombre y sin embargo se tienen que supeditar a los varones por el simple hecho de llevar faldas.

—Estoy de acuerdo, sin embargo, ni tú ni yo, podemos cambiar las cosas, al menos, de momento. Lo único que tenemos en nuestras manos es intentar vivir en igualdad de condiciones y tomar de esas leyes partidistas lo mejor que podamos —cambiando de tono, continuó—. Te has revelado como una gran activista, esposa mía. Serías una gran abogada. ¿Sabes? Podrías proponerte estudiar leyes; estaría encantado de llamarte colega, además de mi amor.

Tal vez fue lo que dijo, o quizá la forma en que lo hizo, pero aquella propuesta calmó los ánimos de la joven y la llevaron a reflexionar. No tenía sentido discutir con Bernat, quien le había demostrado con creces ser un hombre justo, honesto y considerado. Su batalla no estaba en ese frente, sino contra la sociedad. La idea que había plantado Bernat en su cabeza, empezó a germinar. Determinó que, desde ese día se marcaría una meta: estudiar derecho. Lucharía desde dentro para acabar con las desigualdades entre géneros, para conseguir cosas tan básicas como que una mujer pudiera disponer del dinero que ganara o que pudiera acceder a cualquier trabajo que deseara realizar. Sería un largo camino, apenas había empezado a estudiar lo más esencial y la preparación para acceder a la universidad era mucha y muy difícil, pero estaba decidida a dejarse la piel en el intento si hacía falta.

Con la decisión tomada y la seguridad que le daba saber que Bernat

no era tan rígido como otros hombres, volvió a tumbarse, y no cesó de serpentear entre las sábanas hasta que su marido la acogió de nuevo entre sus brazos y la besó en la frente, dando por finalizado su primer enfrentamiento conyugal.

***

—¿Dónde está Antón? —Isidro entró en casa hecho una furia, alarmando a una Pepa entretenida cortando zanahorias—. ¿Dónde está ese crápula?

A esas horas, Antón solía dormir todavía después de haber pasado la noche de imaginaria en el trabajo.

—Pues, ¿dónde va a estar? Durmiendo. El pobre llegó muy cansado y con mala cara así que se metió en la cama nada más llegar. Ahora iba a ir a despertarlo, pero estaba haciendo tiempo hasta que llegaras para que descansara hasta el último momento —explicó la mujer con sencillez; al fin y al cabo, era lo que acostumbraba a hacer cada día su hijo—. ¿Quieres que lo levante ya?

—No, deja, ya voy yo. ¡Me va a oír este niño! ¡Me va a oír!

—Pero, Isidro, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan alterado, hombre? Que parece que te va a dar algo.

—¿Que qué me pasa? —formó un puño con su mano derecha y lo estampó contra la mesa del comedor—. Pues que han entrado en terreno de la fábrica esta noche y han hecho un estropicio. Por suerte, no han accedido dentro del edificio, sino, a saber qué nos hubiéramos encontrado esta mañana al llegar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Joder, Pepa, pues que no ha hecho su trabajo. O se ha dormido o… yo qué sé. El caso es que el jefe ha venido pidiéndome explicaciones por la suciedad que se ha encontrado en un rincón del perímetro, naipes desperdigados, botellas rotas, vómitos, sangre, orines… como si se hubieran reunido allí unos cuantos tipos a montar un sarao de cojones, vaya.

—Bueno, Isidro, si dices que estaba en un rincón…

—No lo defiendas; siempre lo defiendes y mira cómo le va. Su trabajo consiste en hacer una ronda por todas partes y, cuando la acaba, tiene que volver a empezar. No es mucho, digo yo —la mandíbula apretada y la voz masticada reflejaban su enfado—. Ya te lo hemos explicado varias veces, mujer. Tiene que limitarse a pasear una y otra vez por el terreno que rodea la nave, asegurándose de que todo está en orden, y si no es así, obligar al intruso o intrusos a que salgan de la propiedad sin dañarla.

—No habrá sido para tanto.

—No quieres entender la gravedad del asunto. No importa si es

mucho o poco; lo importante es lo que tenía que hacer y no ha hecho. Mi jefe está que echa humo por las orejas y me culpa a mí del comportamiento de Antón.

—Pero, ¿por qué? Tú no tienes ninguna culpa.

—Coño, Pepa, hoy parece que estés espesa —la ira salía de sus pupilas como dagas—. Yo lo recomendé. Mucho será si no lo despiden. Y miedo me da que este asunto me salpique a mí también. A mi edad, si me quedo sin trabajo… —sus últimas palabras salieron casi sin sonido de sus labios.

—Ya verás cómo todo sale bien.

—Eso espero, Pepa, eso espero —volvió a tensar la mandíbula antes de continuar hablando—. Y ahora, voy a por ese cafre. Me va a oír.

Antón había escuchado la conversación que acababan de mantener sus padres. ¡Cómo para no hacerlo con los gritos que había dado su papaíto! Lo que había dicho Isidro sobre perder el trabajo lo hizo palidecer. La noche anterior había permitido que sus colegas se colaran para jugar una timba de cartas en una zona alejada del edificio donde se hacían las piezas de vidrio. Aquello solía estar muy tranquilo y no esperaba que eso cambiara precisamente esa noche. Lo malo fue que sus amigos vinieron cargados de botellas de vino y, claro, él no dudó en echar un trago al gaznate. Uno o varios, la verdad. Como consecuencia de su mala cabeza, apenas fue consciente de que se originaba una riña y de que uno de sus camaradas acababa con un tajo en el brazo. Para cuando quiso despertarse de la mona, era de día. Vio lo que había a su alrededor, no se lo podía creer. Sin embargo, no tuvo tiempo de recoger lo que aquellos habían organizado, ni estaba en condiciones para hacerlo. Solo consiguió llegar a la fuente, echarse un zarpazo de agua en la cara para espabilarse e ir a encontrarse con su relevo, que estaba a punto de llegar. Había rogado en silencio que su compañero no pasara por aquel recóndito rincón, pero al parecer no había tenido tanta suerte. Y el muy… había ido con el cuento al jefe. Se desesperó. No podía perder ese curro; era a lo máximo que podía aspirar siendo un tullido. Pero, sobre todo, era impensable que su padre pudiera perder el suyo por culpa suya.

Cuando Isidro entró en su cuarto, él ya estaba sentado en la cama, esperándolo.

—Antón —nunca antes su padre había pronunciado su nombre con tanta autoridad, y eso era mucho decir—, tenemos que hablar.

—Sí padre, lo sé.

Capítulo 17

Elvira se despertó con unas intensas ganas de ir al baño, era un inconveniente que se había ido agravando conforme avanzaba su embarazo, pero el férreo abrazo de su marido le impedía moverse libremente. El brazo derecho de Bernat le rodeaba los hombros, mientras que la mano izquierda descansaba sobre su pecho, creando una agradable cárcel de la que solo la necesidad la obligaba a salir. Con mucho cuidado, separó la mano de Bernat y luego hizo lo mismo con el brazo, convencida de que él no lo notaría.

Se equivocó.

—Mmmm, ¿a dónde vas?

Aunque sabía que no tenía motivos, se ruborizó antes de contestarle.

—Al baño.

—Bien —dijo él aferrando la almohada de Elvira como si fuera ella misma—, pero no tardes. Te echo de menos cuando no estás en la cama conmigo.

No contestó; se limitó a sonreír mientras se iba. No se demoró en volver.

Algo más de una hora después, volvió a despertarse, pero esa vez no fue la naturaleza quien la arrancó del sueño sino los labios de su marido, que se paseaban por todo su rostro.

—Si quieres acompañarme, es hora de levantarse. Pero si estás cansada…

Ella se desperezó, estirando los brazos hacia arriba y terminó por engarzarlos alrededor del cuello de Bernat.

—Dame un momento y estaré lista.

Estaba tan preciosa con su cara adormilada y el pelo revuelto que Bernat no pudo contenerse y la besó en la boca con ansia. Si por él hubiera sido, aquel beso se hubiera convertido en mucho más… Sin embargo, todavía no estaba seguro de que su mujer estuviera preparada para recibirlo. Además, estaba el tema de Gavilán, del que se quería deshacer con la mayor rapidez posible.

Elvira se sintió decepcionada cuando se separó de ella. Cada vez con más fuerza, sentía una quemazón en las entrañas que le creaba una necesidad desesperada de que los besos de su marido no cesaran. No obstante, era consciente de que ese no era el momento de pedirle que siguiera besándola, acariciándola… como ella deseaba. Su trabajo lo esperaba y ella quería ir con él.

Cuando salió de su dormitorio, vestida con un sencillo pero

elegante vestido de gasa color crema con estampado de florecitas lilas y fruncido bajo el pecho, Bernat estaba sentado a la mesa del comedor, con la taza de café con leche casi acabada y una tostada con mermelada a medio terminar.

—¿Nos da tiempo a desayunar? —preguntó la joven al ver dispuesto otro servicio.

—Sí, claro —dijo el abogado como si fuera una cosa evidente—. No voy a permitir que salgas de casa sin alimentarte. Anda, cómete una tostada y acaba con ese vaso de leche que te ha preparado Angustias.

Sin una razón aparente, solo porque sí, Elvira se emocionó. Aquel pequeño detalle, la manera en que se preocupaba por su bienestar, la sobrecogió. Y no era el único que miraba por ella. Angustias, a su lado, se afanaba en ese momento en acercarle la miel por si quería endulzar la leche que le había servido. Estuvo a punto de romper a llorar de agradecimiento. No era que en su casa no se hubieran desvivido por ella, pero aquello… era más de lo que cabía esperar.

***

—Quedamos en aquella cafetería dentro de cuarenta y cinco minutos, ¿te parece bien?

—Claro. ¿Tendrás suficiente tiempo para encargarte de tus cosas?

—Sí, no te apures. Entrego estos documentos, le aclaro las dudas que tenga y vuelvo a reunirme contigo.

—De acuerdo. Yo, mientras tanto, miraré escaparates.

Bernat se separó de ella con un beso en la sien.

—Intentaré no hacerte esperar.

Se separaron cada uno en una dirección. Elvira caminó sin rumbo, deteniéndose cada dos pasos para contemplar las tiendas que se sucedían, otra tras otra, en aquella calle comercial. Se detuvo con mayor interés frente a un establecimiento dedicado a la venta de lencería y artículos para bebés. Había cosas preciosas. Al verlas, cayó en que todavía no había comenzado a preparar la canastilla, y eso que la necesitaría en poco más de dos meses. Hizo una lista mental de los enseres imprescindibles que sería preciso adquirir y sonrió pensando en su hijo y en lo afortunado que sería con un padre como Bernat. Cuando se quiso dar cuenta era casi la hora de reunirse con su marido. Por una décima de segundo entró en pánico; no estaba segura de poder encontrar la cafetería en la que había quedado con él ya que no conocía aquel barrio. Afortunadamente gozaba de una memoria prodigiosa, de la que se valió para reconocer los lugares por los que había ido pasando durante su deambular, y consiguió llegar al punto de encuentro antes de la hora convenida. El calor, sumado a la pesadez propia de su estado, le había despertado una sed agónica, así

que decidió sentarse a una mesa de la terraza y pedir una horchata mientras esperaba la llegada de Bernat.

El camarero se acercó a ella con una ceja levantada y una actitud de desdén. No era habitual ver a una mujer que a las claras era de una escala social inferior a la que normalmente se movía por aquellas calles —mucho menos embarazada— sentada sola en la terraza de un café.

—¿Va a tomar algo o espera a que llegue su acompañante? —preguntó con voz de desprecio.

Se sintió intimidada ante aquellos ojos cargados de censura y estuvo tentada de esperar a que apareciera Bernat. Al segundo se reprendió a sí misma por ese pensamiento. El primer paso para que las cosas cambiaran en la sociedad, era permitirse algo tan sencillo como pedir una bebida en un bar sin sentirse culpable, al margen de que, por su matrimonio, ella tenía todo el derecho de estar allí.

—Una horchata, por favor —a pesar de su determinación, no pudo evitar echar una ojeada a su alrededor para comprobar que nadie le dedicara el mismo talante crítico que mostraba el hombre parado frente a ella.

—¿Pequeña, mediana o grande? —escupió el camarero.

Ella estaba cada vez más acobardada, pero a la vez más decidida a no dejarse acobardar.

—Mediana, por favor.

Elvira detectó el instante preciso en que el hombre relajaba el gesto, que fue justo antes de sentir una mano sobre su hombro y un volátil beso en la cabeza. Bernat estaba allí. Alzó la cabeza para enfrentar su mirada y lo descubrió clavándole los ojos de forma severa al camarero, con el rostro tremendamente serio; parecía enojado.

—Nos vamos —anunció Bernat—. Conozco otro lugar donde los empleados muestran más respeto por sus clientes —sus ojos seguían taladrando al individuo que permanecía de pie junto a ella.

Elvira miró de forma dubitativa a su marido que, al parecer, había sido testigo del comportamiento de aquel hombre y alargó la mano para que la ayudara a ponerse en pie. Se sintió muy orgullosa de la forma serena y a la vez firme en que la defendía, sin necesidad de armar un escándalo ni de añadir una sola palabra. Bernat apartó la mirada de aquel tipo para posarla sobre ella; su mueca de furia se tornó en una dulce cuando la tomó de la mano y tiró de ella. Antes de empezar a caminar, volvió a mirar al sujeto que había osado tratarla de forma despectiva mientras depositaba un suave beso en su sien.

—Anda, vámonos de una vez.

—Sí vamos —la joven entrelazó su brazo al de su marido y lo miró con ternura—. Estoy sedienta.

Anduvieron no más de una manzana antes de encontrar otro

establecimiento con pinta agradable y mesas en la acera. Como el caballero galante que era, Bernat le retiró la silla para que se sentara antes de hacerlo él.

—Y bien, ¿qué has visto durante tu paseo?

—Muchas cosas —sus ojos brillaron de emoción—. Las tiendas de esta zona son muy elegantes y están decoradas con mucho gusto. Las que he visitado con Angustias no son ni de lejos tan exclusivas como las de aquí, y eso que aquellas me parecen fantásticas.

—¿Ha habido algo que te haya gustado especialmente? —Preguntó el abogado al tiempo que levantaba la mano para llamar la atención de un miembro del personal.

Elvira tardó unos segundos en responder. Dedicó ese espacio de tiempo a observar lo que pasaba a su alrededor, a escuchar el piar de los gorriones que volaban de árbol en árbol, y a decidir si le confesaba abiertamente a Bernat que se había enamorado de un conjunto de perlé para el bebé. Esperó a que su marido hiciera la comanda, dos horchatas grandes, antes de contestar:

—Bueno, lo cierto es que he visto algunas cositas para el crío que me han llamado mucho la atención.

—¡Es cierto! —Elevó las cejas dando muestras de que hasta ese momento no había pensado en ese detalle—. Todavía no hemos comprado nada para nuestro hijo.

Ella negó con timidez; siempre que él se refería a la criatura que iba a nacer como su hijo, sentía un pellizco en el corazón. Le enternecía enormemente que Bernat lo considerara así, pero, por otro lado, le dolía que no fuera su padre realmente.

—Se me acaba de ocurrir una idea fantástica —continuó el abogado —. De hecho, no entiendo cómo no lo he caído antes.

—Cuenta.

—Antes, nos beberemos nuestras horchatas y en cuanto acabaremos, me enseñarás la tienda donde has visto esas cosas para el crío que te han gustado y las compraremos. ¿Qué te parece?

—¿Tú vas a ir de compras… conmigo? —lo interrumpió, asombrada.

—Por supuesto. ¿Te molesta?

—No, en absoluto… es sólo que… los hombres no van con sus esposas a comprar ropa de niño.

—Perfecto. Yo seré el primero, entonces.

El camarero apareció a su lado en ese instante con sus consumiciones sobre una bandeja.

—¿Ir de compras es la idea has tenido? —indagó intrigada la joven después de dar el primer trago a su bebida.

—No, es otra cosa que seguro que te gustará. —Su marido le sonrió. Cuando ella hizo un gesto de incomprensión, él negó con la

cabeza, su sonrisa se ensanchó y le acarició la nariz con el índice, sofocándola—. Verás, se me ha ocurrido que podemos ir a Corbera de Llobregat, a la casa que heredé de la familia de mi madre. Voy muy rara vez, pero he pensado que podríamos pasar unos días allí. El calor en el pueblo es más llevadero, ¿sabes?, y, de paso, nos traemos la cuna que utilicé cuando era pequeño, si está en condiciones, claro. Mi madre la guardó en las golfas de la casa. Si te gusta… y quieres, la restauramos. Me haría gracia que mi hijo utilizara la misma camita que yo.

Aquello era más de lo que nunca hubiera podido soñar Elvira. Su marido era la persona más amable y comprensiva que había conocido en su vida. No sólo se había comprometido a llamar al crío que crecía en su vientre hijo, sino que lo trataba como tal. Y era tan cariñoso y amable con ella que casi sentía pavor porque aquella burbuja de felicidad terminara rompiéndose, destrozándola a ella en el proceso.

Cuando entraron en la tienda, después de disfrutar de sus deliciosas horchatas y del paseo que los llevó hasta allí, todas las miradas se volvieron hacia ellos. No era frecuente, por no decir impensable, que un hombre entrara en un establecimiento de esas características. Bernat, a pesar de ser consciente de que todos los ojos estaban clavados en él, no se inmutó. Con la mano apoyada en la espalda de su esposa, se acercó hasta el mostrador y llamó la atención de la dependienta. Media hora más tarde, salían con varios paquetes en las manos y una manifiesta satisfacción, que se traducía en sendas sonrisas. Había sido muy divertido comprar juntos cosas para el niño, pero más todavía observar la cara de estupefacción que habían mostrado tanto la vendedora como el resto de clientes de la tienda al verlo elegir algunos de los elementos que, finalmente, se habían quedado.

—He disfrutado mucho hoy —reconoció Bernat una vez dentro del taxi que los llevaba de regreso a casa—. Tenemos que hacer esto más a menudo.

—Pero, ¿tú has visto cómo te miraban? Si parecía que fueras un extraterrestre de esos que salen en las películas malas.

—Sí, pobres. Supongo que es extraño que un hombre muestre interés por la ropa de crío, pero me da igual ser un bicho raro.

Elvira se lo quedó mirando durante unos segundos, reconociendo la inmensidad de los sentimientos que su corazón albergaba por ese hombre y dando a la vez las gracias porque él pareciera experimentar algo parecido por ella. Todavía no habían dado el paso de hablar de sentimientos ninguno de los dos, pero los besos, los abrazos compartidos en la intimidad de su cuarto lo hacían por ellos.

—Y yo me alegro de que te dé lo mismo —confesó al fin.

—No me has dicho nada sobre mi idea de ir a Corbera. ¿Te

apetece?

—Mucho. Y utilizar tu cunita para el niño…

—O niña —la corrigió, acariciándole la mejilla.

—O niña. Será maravilloso.

Sus miradas permanecieron engarzadas sin importarles lo que ocurriera a su alrededor. No eran conscientes de las calles que atravesaban, ni de las sacudidas que daba el coche debido a los baches de la calzada. Mucho menos de los bocinazos de algunos vehículos que pasaban por su lado. En aquel habitáculo lo único que tenía importancia para ellos era el otro. Un frenazo los obligó a centrar su atención a lo que pasaba fuera del vehículo. Bernat la sujetó con fuerza para evitar que se golpeara con el asiento delantero.

—Pero, ¿qué hace? —espetó el abogado al taxista—. Tenga más cuidado. ¿No se ha dado cuenta de que mi mujer está embarazada?

—Lo siento, señor, no ha sido por mi culpa. Se me ha tirado una señora encima y he tenido que frenar de golpe si no quería llevármela por delante.

Desviaron la vista del cogote del conductor y la enfocaron en el exterior. Efectivamente, allí había una mujer de mediana edad que intentaba recomponerse del susto; junto a ella, un grupo de personas trataba de ayudarla mientras increpaba a un hombre que miraba la escena desde la acera, con cara de enfado y los brazos apoyados en las caderas. Al parecer, la había empujado hacia la calzada sin miramientos.

Aquella escena, de forma involuntaria, transportó a Bernat a esa misma mañana, a la reunión que mantuvo con su cliente, el señor Gavilán, y la falta de humanidad que mostrara por la chica a la que había violentado. Y de manera irremediable, pensó en la situación que había vivido meses atrás la mujer que tenía entre sus brazos. No podía comprender cómo había hombres que respetaban tan poco a las mujeres; era inadmisible que un hombre se creyera con el derecho de hacer con una mujer, o con quien fuera, lo que le diera la gana sin tener en cuenta sus deseos. Con todo eso en la cabeza, abrazó con más fuerza a Elvira y se prometió que haría lo posible por luchar contra esas injusticias, tan comunes en esos días. Ella, ajena a los pensamientos que enturbiaban la mente de su marido, se abandonó entre sus brazos, feliz por esa muestra inesperada de cariño.

Poco después, cuando el tumulto se hubo dispersado, reemprendieron el trayecto hasta su casa sin más sobresaltos. Bernat aún tenía asuntos que concretar para acabar de una vez por todas con el tema de Gavilán: el más importante era hacerle entrega a la joven agraviada —con la que había quedado al día siguiente— del cheque con la cantidad acordada. Una vez finalizado ese trámite, procuraría olvidar su participación en un tema tan escabroso como doloroso y

enfocaría toda su atención en preparar la escapada a Corbera que había ideado.

Capítulo 18

—¿Y ahora qué pretendes hacer con tu vida? —escupió Isidro en cuanto se topó de frente con Antón, al que habían terminado echando de la fábrica.

—Padre, yo no tuve nada que ver con…

—¡Pues claro que tuviste que ver! Tu obligación era controlar que nadie entrara en el recinto durante la noche y aquello parecía una feria —Estaba fuera de sí desde que había conocido la noticia del despido—. Tenías una oportunidad única, con un trabajo hecho a tu medida y lo has echado todo por la borda.

—¿Cómo quiere que me enfrente a esos tipos con esto? —alzó su muñón para enfatizar su argumento, sin confesar que había sido él quien invitara a aquellos tipos a montar la juerga en los terrenos de la fábrica.

—¡No me vengas con excusas! En la garita tenías un teléfono con el que llamar a la policía, si era necesario. Cualquier cosa antes que permitir los desmanes que se han producido mientras tú estabas de guardia.

—Isidro, no te exaltes —le rogó su mujer.

—¿¡Qué no me exalte!? ¿Tú sabes la vergüenza que he pasado cuando el capataz me ha llamado a su despacho para decirme lo de éste? —señaló a su hijo sin mirarlo—. Y ni te imaginas cómo he tenido que rogarle para que no me pusiera de patitas en la calle. Estaba decidido a dejarme a mí también sin trabajo.

—Pero no lo ha hecho —argumentó Pepa, deseando calmar a su marido. Se temía que perdiera los papeles con su hijo y terminara golpeándolo, aunque la violencia no fuera una de sus características.

—¡Porque Dios es bueno!

Antón callaba y los dejaba discutir; mientras lo hicieran entre ellos, él no saldría escaldado.

—Eso es, Dios aprieta, pero no ahoga.

—¡No me vengas ahora con refranes, Pepa, que no está el horno para bollos! Este energúmeno me ha dejado en ridículo y se ha quedado sin trabajo. ¿Qué pretende, que los gilipollas de sus padres lo mantengan toda la vida?

—No, claro, pero él no…

—¡No lo justifiques más, Pepa! —gritó con rabia—. Es un parásito y yo no quiero chupasangres bajo mi techo.

—Isidro, no digas o hagas algo de lo que te puedes arrepentir más tarde, por favor.

—Padre… —Por primera vez desde que empezara la pelea, le estaba viendo las orejas al lobo y se asustó al pensar que su padre pudiera cumplir la velada amenaza de echarlo a la calle.

—Mira, mejor cállate. Sal de mi vista. Será mejor que le haga caso a tu madre, porque si por mí fuera… Ya hablaremos más tarde, cuando me haya calmado lo suficiente como para poder hacerlo, porque ahora mismo… no sé qué te haría.

Sin añadir nada más, Antón se dirigió a la puerta, echó un vistazo a sus padres, cada uno en un rincón del pequeño comedor, y salió procurando no hacer ruido. No quería aumentar el enfado de su padre haciendo lo que realmente le apetecía: dar un portazo, mostrando así su indignación. ¿Qué se creían todos? Él podía hacer cosas mucho más importantes que vigilar una cochambrosa fábrica de vidrio. Él podía hacer grandes cosas. Él podía convertirse en lo que quisiera y ser lo que le diera la gana, no un desgraciado obrero como su padre. Para empezar, iría a ver a su cuadrilla para decirles que las fiestas que se pegaban por las noches en la fábrica se habían acabado, y, de paso, se daría un homenaje con unos chatos de vino. A ver si así se quitaba el mal sabor de boca que le había quedado tras la bronca de su progenitor.

***

—¿Lo tenéis todo preparado? —preguntó Bernat ese viernes.

—Sí, tranquilo, ya puedes decirle a la portera que pare un taxi —aseguró Angustias mientras dejaba una maleta junto al resto de equipaje a la entrada del piso.

El abogado fue cogiendo bártulo tras bártulo y los depositó dentro del habitáculo del ascensor.

—Os avisaré con una llamada al timbre cuando haya conseguido un coche.

—Perfecto. Ve, yo iré a comprobar que Elvira está preparada para salir.

Segundos más tarde, el elevador descendía hasta la planta baja mientras Angustias se reunía con la joven en su dormitorio.

—¿Lista?

—Sí. Estaba echando una última ojeada para asegurarme de que no me dejo nada.

En ese instante, Ramona se hizo notar en el quicio de la puerta.

—Señoras, si no necesitan nada más, yo ya me voy. Tengo la cesta con mis cosas preparada. Espero que pasen unos días muy agradables en el pueblo.

—Lo mismo te digo, Ramona —contestó Elvira—. Pásalo muy bien con tu familia estos días. Nos vemos a la vuelta.

—Gracias, señora.

Inclinó la cabeza en forma de despedida y dio media vuelta para desaparecer de allí. Si bien al llegar a aquella casa pensó que podría engatusar al señorito igual que había hecho su antecesora, enseguida se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Además, había llegado a apreciar a Elvira y a la señora Angustias. La trataban con afecto y nunca la hacían sentir inferior a ellas. Pasado un tiempo con esas mujeres, se dio cuenta de que era una traición siquiera que se le pasara por la cabeza aquella idea. ¡Si hasta le pagarían durante esos días libres que le concedían! Eran buenas personas… los tres.

Al llegar a la calle, coincidió con su jefe, que seguía custodiando el equipaje hasta que la portera parara un taxi.

—¿Ya te vas, Ramona? —le preguntó al verla.

—Si, señorito, me voy ya. Si me doy prisa, puedo llegar a casa de mi madre antes de la hora de comer.

—Te acercaríamos con el coche, pero el tren no espera.

—Lo sé y lo entiendo, señorito, no se preocupe. Me gusta caminar.

Y sin más, se despidieron con una sonrisa. Al girar el cuerpo para averiguar si la conserje tenía ya un vehículo de alquiler, Bernat se encontró de cara con su amigo Fermín, que lo miraba desde una corta distancia.

—Fermín, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Venía a verte. Necesito hablar contigo.

—Vaya, lo siento, amigo, pero no me pillas en muy buen momento. Me voy de vacaciones a Corbera de Llobregat.

—¿A la casa de tus abuelos?

—Sí. Elvira todavía no la conoce y ya va siendo hora de que lo haga. Además, para ella será un alivio dejar atrás el calor de Barcelona por unos días.

—Sí, claro. Debe de estar ya muy avanzado el embarazo —reflexionó, mirando al suelo y frotándose la frente.

Bernat, que lo conocía bien, no tuvo dificultad en adivinar que estaba agobiado.

—¿Es importante?

El rugir de un motor los obligó a centrar su atención en un coche que pasaba dejando una estela de humo negro. Cuando lo perdieron de vista, volvieron a mirarse.

—Sí…, no…, es igual. Tú tienes que irte y no quiero que…

— Fermín, somos amigos, si hay algo que te preocupa, debes decírmelo.

Su amigo suspiró profundamente. Por su aspecto, lo que le ocurriera debía de ser realmente serio, dedujo Bernat.

—No, no quiero… —se detuvo un instante y, de repente, abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Cómo vais a ir al pueblo?

—Con el tren hasta Molins de Rey y desde allí con un vehículo de alquiler.

—Tengo una idea. Yo os llevo. Podremos hablar y, de paso, disfruto de una jornada de campo, que buena falta me hace.

—Hombre, si no es molestia para ti… Para Elvira será mucho más cómodo que el traqueteo del ir cambiando de transporte.

—Pues, decidido. Acerco el coche y nos vamos.

Mientras Fermín iba a por su automóvil, Bernat avisó a la portera de que ya no hacía falta el taxi. Después hizo sonar el timbre de su piso para que Elvira y a Angustias se reunieran con él. Las mujeres llegaron al descansillo de entrada coincidiendo con la aparición de su amigo. Entre los dos hombres, cargaron el coche y en pocos minutos ya estaban preparados para partir.

Durante parte del trayecto no tocaron el tema que preocupaba a Fermín; estaba claro que se trataba de una cuestión de gravedad que debía debatir a solas con su colega. En cambio, hablaron sobre el embarazo de la joven, así como de otros asuntos sin relevancia hasta que las mujeres, acunadas por el vaivén del automóvil, se quedaron traspuestas en el asiento trasero.

—Parece que se han quedado dormidas —anunció Fermín mirando por el retrovisor.

—Sí, eso parece —confirmó su amigo girándose para observarlas—. Puedes empezar a contarme eso que te preocupa tanto.

Tras un nuevo vistazo a la parte trasera, negó con la cabeza antes de hacerlo con palabras.

—No, Bernat. Si no te importa, esperaremos a llegar al pueblo. Prefiero que salgamos a dar un paseo por el campo y asegurarme de que nadie puede oírnos.

—Me estás preocupando. ¿Tan grave es?

—Más de lo que me gustaría, sí.

—Está bien. Esperaremos.

***

La casa olía a cerrado; hacía mucho que no la visitaba nadie. En cuanto tuvieron todo el equipaje dentro de la vivienda, los dos amigos alegaron como excusa para estar a solas que no querían entorpecerlas mientras ellas se encargaban de airearla y de dejarla en condiciones.

—Sí, mejor idos —pidió Angustias—. Si estáis por aquí no vais a hacer más que estorbar.

Elvira sonrió ante el tono mandón del ama de llaves; los trataba como si fueran un par de chiquillos y no los hombres hechos y derechos que eran en realidad. Ellos no se hicieron de rogar, y, en cuanto se deshicieron de sus chaquetas y sus corbatas, desaparecieron,

dejándolas a ellas a cargo de adecentar la casa.

Caminaron en silencio por las calles —algunas todavía sin pavimentar— del pueblo hasta llegar a un camino de tierra que derivaba en unos viñedos. Una vez allí, se dirigieron a un muro bajo de piedra y se sentaron en el borde con las piernas colgando. La sombra del palosanto que los cubría, mitigó en parte el sofocante calor de principios de agosto.

—¿Y bien? —preguntó Bernat girando el cuerpo hacia su amigo—. No hay nadie alrededor que pueda oírnos, ya puedes vomitar eso que tanto te preocupa.

Durante unos segundos sólo se oyó el sonido de los grillos bajo el sol y la respiración de pesada de Fermín. Bernat se dio cuenta de que a su amigo le producía una gran inquietud lo que tuviera que decirle, por lo que le dio tiempo a que encontrara el coraje para contárselo.

—Sabes que conozco a Mario desde hace muchísimos años —arrancó con un sonoro suspiro—. Siempre hemos sido amigos y yo nunca… A ver cómo lo explico —meditó un instante cómo abordar el asunto—. Aunque a veces hacía cometarios fuera de lugar, nunca sospeché que… —se frotó los ojos con los dedos y los arrastró por su rostro hasta juntarlos en la barbilla.

—¿Qué tipo de comentarios, Fermín?

—No sé. Cosas como que… Mira, cuando éramos poco más que unos críos, un día me dijo que le gustaría besarme. Yo no le di importancia; pensé que estaba burlándose de mí o que, de golpe, se había sentido cariñoso. Lo cierto es que no volví a pensar en ello hasta que tiempo más tarde, durante un verano, fuimos a la playa de Castelldefels. Estábamos haciendo el burro en el agua, jugando como el par de chavales que éramos cuando, de repente, noté cómo me tocaba… ya sabes —dijo bajando la vista a su entrepierna—. Le pegué un empujón y le dije que tuviera cuidado, que ahí no me tocara ni en broma. Él le restó importancia y yo, inocente de mí, otra vez lo pasé por alto.

—¿Quieres decir que Mario es…?

—Sarasa, sí.

—Bueno, pues no veo que puedas hacer otra cosa que alejarte de él y no verlo más.

—¡Eso quisiera yo!

—¿Qué motivo puede haber para qué no lo hagas, Fermín? —preguntó incrédulo—. Cuéntamelo todo para que entienda tu dilema. Hemos salido muchas veces los tres juntos y él se ha mostrado abiertamente… digamos… inclinado a las mujeres.

—Esa es su tapadera. Verás, situaciones como las que te he narrado, se han ido sucediendo a lo largo de nuestra amistad. Aunque es cierto que jamás lo he visto tonteando con ningún hombre, debo

aclarar, sí que había detectado cierto interés insano por mí. Pero hace unos años, poco después de conocerte a ti. —Súbitamente, alzó la cabeza y señaló a lo lejos— ¡Mira un conejo! —A Bernat no le dio tiempo de ver más que el último salto del animal antes de que desapareciera entre unos matorrales. Se quedaron mirando durante unos segundos el lugar por donde había desaparecido el animal antes de que Fermín volviera a hablar—. Como te iba diciendo, una noche de esas que fuimos los tres de juerga, y que bebimos como cosacos, él y yo nos quedamos dormidos en mi habitación al llegar a casa de mis padres.

—¿Y? —lo animó Bernat ante el repentino mutismo de Fermín.

—Me desperté con la polla en su boca y una gota de semen resbalando por entre la comisura de sus labios —meneó la cabeza de lado a lado, intentando claramente olvidar aquel suceso—. Desde entonces vivo en un infierno.

—No me extraña. —Bernat se llevó las manos a la cabeza, horrorizado—. Vivir una experiencia como esa debe dejar huella.

El calor era tan insoportable que ambos hombres no paraban de sudar. Bernat se desabrochó otro botón de la camisa y empezó a abanicarse con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo; Fermín con el suyo se secó la frente. Las cigarras se oyeron con mayor claridad por el mutismo de los dos amigos. Lo dicho momentos antes pesaba en el ánimo de los dos, pero todavía quedaba mucho por confesar.

—No es sólo eso —soltó Fermín desconsolado—. Desde ese momento, me chantajea con hacer pública una inclinación sexual que no es la mía. Si no accedo de vez en cuando a sus deseos. Me intimida constantemente con la promesa de denunciarme si me niego. Su amenaza es muy clara: declarará que soy yo el que intento mantener sexo con él. Cada vez que accedo a sus desmanes siento asco de mí mismo, me repugno, pero no encuentro la manera de librarme de él.

—Lo que me cuentas es muy grave, Fermín —la cara circunspecta de Bernat confirmaba su afirmación.

—¡Dímelo a mí! Y lo peor es que he conocido a una mujer que me gusta mucho y con la que no me importaría llegar a entablar una relación con vistas al futuro. Pero, ¿Cómo puedo comenzar algo teniendo este lastre sobre mis espaldas? —Sus ojos se empañaron tanto de amargura como de rabia.

—La situación es jodida, no te lo voy a negar.

—No puedo seguir así —se desesperó—. Necesito ayuda. Yo no soy maricón ni me gusta lo que me veo obligado a hacer desde hace años.

—Siempre pensé que había algo raro en vuestra amistad, si quieres que sea sincero. Nunca entendí cómo aguantabas sus desplantes y su manera de ser… Ahora ya voy entendiéndolo. ¡Joder, Fermín! Esto es

rocambolesco.

—¿Qué me vas a contar? Es una situación de locos.

Cerró los ojos con fuerza y se cogió la frente con la mano, tapándose parcialmente los ojos. Sin embargo, el resplandor del sol que se colaba a través de los párpados cerrados le impedía sumirse en la negrura que necesitaba para evadirse de su calvario.

—Encontraremos una solución, ya lo verás —aseguró Bernat, posando la mano en el hombro de su amigo con el fin de reconfortarlo.

—Llevo años devanándome los sesos en busca de una y no he logrado dar con ninguna.

—Pero ahora somos dos explorando las posibilidades.

—¿Qué pensarás ahora de mí? —susurró como alma en pena.

—Que eres la víctima de un ser despreciable que se ha aprovechado de ti de mil maneras. Somos amigos, no te voy a juzgar —su voz sonó sincera—. Lo que sí voy a hacer es encontrar la manera de que Mario pague por todo el sufrimiento que te ha infligido, eso dalo por hecho. —Lo expuesto por su amigo se parecía tanto a lo sufrido por Elvira…

Fermín lo miró entre agradecido y avergonzado, y suspiró antes de continuar.

—Eres un buen hombre Bernat. No hubiera acudido a ti si no fuera por lo desesperado que estoy. ¡Son ya demasiados años sufriendo este castigo!

Bernat asintió con la cabeza, entendía bien lo que su colega quería decir. En su interior pensó que, en un corto periodo de tiempo, había entrado en contacto con demasiadas personas que eran doblegadas por otras contra su voluntad. Sin embargo, una idea se filtró en su cabeza: ¿Por qué había esperado tanto tiempo Fermín para poner fin a aquella condena? No era de los que censuraban a los que se sentían atraídos por su mismo sexo, aunque no lo pudiera entender. Más bien, era de la opinión de que cada uno en la intimidad, y con el consentimiento explícito de su compañero de cama, era libre de hacer lo que quisiera. No obstante, le costaba entender que su amigo hubiera aguantado esa situación durante años sin… Se reprendió a sí mismo por esos pensamientos tan poco empáticos. Él no había vivido algo parecido y no sabía cómo hubiera actuado en un caso como ese, así que no se permitiría opinar negativamente sobre Fermín. Todo lo contrario, haría lo que le había asegurado, buscar una vía de escape para el conflicto con el que lidiaba desde hacía años.

Sintiéndose con el alma liberada tras haberle confesado a Bernat su penitencia, Fermín se puso en pie de un salto.

—Será mejor que volvamos a tu casa —propuso con un encogimiento de hombros—. Aquí hace un calor infernal. Además, seguro que tu mujer y Angustias ya tendrán preparada la comida; no

las hagamos esperar.

—Sí, vamos —aceptó, saltando del murete él también—. La comida nos aguarda.

Capítulo 19

Fermín dejó Corbera y a sus amigos pasadas las diez de la noche. Durante las horas que pasó allí, ayudó a Bernat a hacer unas cuantas chapuzas en la casa, como ajustar un par de ventanas deformadas por el tiempo, arreglar un grifo que goteaba o eliminar de malas hierbas el patio trasero. Habría más cosas que poner al día, pero para eso eran necesarias unas manos expertas, por lo que concluyeron que era mejor ponerse en contacto con un albañil del pueblo para que se hiciera cargo de ellas.

Cuando se marchó, el talante de Fermín era visiblemente mejor. No tenía claro si era por el trabajo manual que había hecho —y que le había resultado de lo más gratificante— o por la liberación que había sentido al confiarle su secreto a su amigo. En cualquier caso, se sentía algo más fuerte para enfrentarse a un lastre que lo había perseguido durante casi la mitad de su vida.

En la polvorienta acera frente a la casa familiar, Bernat y Elvira observaron el coche mientras se alejaba, hasta que, engullido por las sombras nocturnas, desapareció de su vista.

—Me da la impresión de que Fermín se ha ido más contento que cuando llegó —dijo la joven cuando andaban por el jardín —que necesitaba a las claras un buen meneo— de camino al interior de la vivienda.

—Venir al pueblo le ha sentado bien, sí —colocó la palma de la mano sobre la espalda de su mujer y sonrió—. Supongo que huir del ajetreo de la ciudad ayuda a mejorar el estado de ánimo.

No pensaba hablarle de lo que había llevado allí a Fermín, sería traicionar su confianza; además, lo más probable era que Elvira no lo entendiera. Él mismo no terminaba de concebir que algo semejante le ocurriera a una buena persona.

A punto de cruzar el umbral, Bernat le hizo una sugerencia a su mujer:

—¿Te apetece que demos un paseo? Todavía es temprano y hace una noche espléndida.

—¡Pero si apenas se ve nada! Está todo a oscuras.

—Claro, es que es un pueblo —dijo como explicación, elevando los hombros— ¿Te apetece?

Elvira no contestó. Afianzó su brazo al de su marido y con un gesto de cabeza lo animó a volver por donde habían llegado.

Caminaron por las mal iluminadas calles en silencio, percibiendo los sonidos de la noche y las voces que, de vez en cuando, se

escapaban por las ventanas de las casas que se encontraban en su camino. El calor del día había disminuido de forma notable, dejando el ambiente fresco, delicioso.

—No hemos tenido oportunidad de hablar en todo el día —se quejó Bernat, recordando el trabajo realizado—. ¿Qué te ha parecido la casa?

—Es muy bonita. Necesita arreglos, es cierto, pero es muy agradable y espaciosa. Vivir en un sitio como este tiene que ser la gloria, sin tanto ajetreo, ni tantas prisas, ni ruido —dejó ir Elvira—. ¿Sabes qué? —ante la negación de su marido, continuó—: Mientras estabais fuera esta mañana, ha venido una vecina que ha reconocido a Angustias y nos ha traído huevos de sus gallinas y tomates y patatas de su huerto. Con ellas hemos hecho la tortilla del mediodía. Eso en Barcelona no pasa. Ni siquiera en mi barrio. Como mucho te invitan a un chato o te sueltan algunas sardinas que les sobre de las que hayan pescado esa noche.

—Sí es lo que tienen los pueblos, todos se conocen y se ayudan, en la medida de sus posibilidades. Es gratificante.

Elvira, que seguía estudiando y leyendo mucho, a pesar de lo avanzado de su embarazo y de haber aparcado las clases con el señor Montoya durante el verano, reconoció el significado de la última palabra dicha por su marido y asintió complacida.

—Mucho —paró de caminar y se colocó frente a él—. Gracias, Bernat. Siempre me estás regalando momentos maravillosos. —Le acarició la mejilla con suavidad—. Nunca había salido de Barcelona, y casi nunca de la Barceloneta, y en poco más de tres meses he viajado dos veces a dos lugares increíbles. Me mimas demasiado.

Bernat tomó su mano y la llevó a sus labios para besarla. Luego, enmarcó el rostro de su mujer entre sus palmas, se inclinó despacio y la besó en la boca.

Elvira se dejó hacer, poniendo el corazón en el beso. Aquello era el culmen de un día precioso. Pero, repentinamente, se separó alarmada mirando a todas partes.

—¡Bernat, que nos pueden ver!

Él soltó una carcajada. Era cierto que, en ese, como en todos los pueblos, detrás de los visillos siempre había ojos fisgones que observaban todo lo que pasaba en la calle, pero le daba igual que lo vieran besar a su mujer. En cambio, que ella se sintiera cohibida por ese hecho, le ablandó el corazón.

—¿Qué más da? Sólo estoy besando a mi esposa, demostrándole al mundo en general y, sobre todo a ella en particular, que la quiero. ¿Es eso malo?

Elvira pensó que se derretiría allí mismo y no por el calor que todavía se dejaba sentir, sino por el que le produjo la revelación de

Bernat. Su corazón comenzó una alocada carrera y sus labios ardieron de ganas de volver a sentir los de su marido. Le había dicho que la quería ¡qué la quería! ¿Se podía ser más feliz?

—Yo también te quiero, Bernat —y olvidando el riesgo de ser la diana de miradas ocultas, se alzó de puntillas y lo besó con todo el amor que le profesaba fundido en sus labios.

***

A poco más de treinta kilómetros de allí, en el barrio de la Barceloneta, se desarrollaba una escena diametralmente opuesta. Las riñas entre los hombres de la familia Carrasco eran cada día más frecuentes y subidas de tono. Pepa hacía lo imposible por mediar entre su marido y su hijo —que cada día estaba más intratable—sin demasiado éxito. La amenaza que pendía sobre la cabeza de Antón cada vez estaba más cerca de ser un hecho, sin que el joven fuera realmente consciente de ello. No se trataba sólo de que hubiera perdido el empleo, con el consiguiente peso económico que representaba para la familia un sueldo menos en la casa, sino porque su comportamiento provocador, desconsiderado e irrespetuoso era cada día más inaguantable.

La pelea de esa noche estaba siendo más violenta que de costumbre. Isidro parecía fuera de sí y a punto de perder los papeles. El detonante había sido la contestación de mal gusto que Antón le había dedicado a la pobre Pepa ante la pregunta "*¿Otra vez vas a salir*?" que fue seguida de un *"¿Y qué si salgo? A ver si dejas de controlar mi vida, joder"*, cuya réplica por parte de Isidro fue: *"No hables así a tu madre que te doy un mandao"* levantando la mano en su dirección. La bronca estaba servida. La paz y la armonía de antaño había desaparecido hacía ya tiempo junto con la mano que perdió el muchacho. Sin embargo, la guerra sin cuartel que se vivía en esa casa se había declarado con su despido de la fábrica de cristal.

Pepa, al ver que aquello estaba tomando dimensiones bíblicas, volvió a interceder entre los hombres que más quería, sin demasiado éxito al principio. Después de rogar y suplicar hasta las lágrimas, consiguió que dejaran de gritarse. Al final, entre los tres decidieron que, efectivamente, lo mejor para calmar el ambiente era que Antón desapareciera de la casa durante un rato. No obstante, se fue con un nuevo ultimátum pisándole los talones:

—Si en una semana no has encontrado trabajo sólo me dejarás dos opciones, y sé que no te gustará ninguna de ellas: O hablo con tu cuñado y le digo que te enchufe dónde sea, y esta vez, ya te cuidarás muy mucho de volver a fallar, o te vas de esta casa y te olvidas de que algún día fuimos tu familia. Y ojo, no te vayas a confundir pensando

que soy un tirano, eres tú, con tu comportamiento, el que me ha obligado a llegar a estos extremos. No puedo consentir esta falta de respeto en mi casa, esta desidia, esta cara dura que te gastas. Somos gente trabajadora, gente decente, cristianos de pro, y tú te estás convirtiendo en un vago, un borracho, un caradura… Ya me advirtió tu hermana, ya, y yo no quise hacerle caso… Pero se acabó. Ya no hay vuelta atrás.

Al escuchar mencionar a Elvira, estuvo tentado de girarse y comenzar de nuevo una batalla campal. Fue un milagro que resistiera el impulso de recordarle a su padre que era un tullido acercándole su muñón a la altura de los ojos. Por suerte, consiguió contener su rabia, no fuera a ser que la semana de margen que le acababa de conceder su padre se convirtiera en un minuto.

Su furia parecía aumentar a cada escalón que lo acercaba a la calle. Estaba enfadado con el mundo, con su suerte, con su padre… pero, más que nada, estaba que echaba humo por las orejas al recordar su propia estupidez. Si no hubiera cedido a la petición de sus colegas —en forma de botella de vino del Priorato—y no les hubiera permitido montarse una fiesta en los terrenos de la fábrica, nada de lo que estaba pasando hubiera ocurrido. Si hubiera hecho caso a su padre y al sentido común, habría entendido que era afortunado de que, a pesar de su discapacidad, le hubieran dado un trabajo de responsabilidad y bastante bien pagado para lo poco que hacía. Si no hubiera sido tan cabeza loca, en ese momento estaría currando tan ricamente en vez de estar corroído por el miedo. Si hubiera sido sensato y no se hubiera dejado enredar… De nada valía ya lamentarse por su mala cabeza. Lo importante en ese momento era encontrar una solución a su problema. Un milagro, vamos. Lo que ignoraba en aquel instante era que los milagros, a veces, existen.

***

Regresaron a la casa abrazados: Elvira apoyando la cabeza sobre el hombro de Bernat; él estrechándola contra su cuerpo. Por primera vez la joven sentía un anhelo que no era capaz de controlar. En otras ocasiones, mientras compartía lecho con su marido, había deseado que los besos que habían empezado a compartir, cada vez con mayor ardor, no se detuvieran en sus labios. Sin embargo, en esta ocasión el deseo había pasado a ser una necesidad. Sentir los potentes brazos de Bernat en torno a su cintura, transmitiéndole un calor que nada tenía que ver con la temperatura del ambiente la estaba enloqueciendo. Nunca pensó que, después de lo ocurrido con Manu, su cuerpo pudiera reaccionar de esa manera. Pero lo hacía, ¡vamos que si lo hacía! Conforme se acercaban a su destino, su cabeza no dejaba de formar

imágenes de Bernat sobre ella, dentro de ella… Era una sensación extraña, agradable y perturbadora a la vez; algo parecido el desespero por inhalar oxigeno después de un largo tiempo sin que entre en los pulmones y el enorme consuelo al conseguirlo.

Estaba decidida. Ese día se entregaría a su marido. Y alzando la cabeza para observarlo, intuyó que esa determinación de ánimo sería muy bien recibida por parte de Bernat, que le devolvía el mismo fuego en la mirada que el que la consumía a ella.

La casa estaba en penumbra cuando entraron. Una débil luz amarillenta parpadeaba en el recibidor. Con toda seguridad, Angustias la había dejado encendida para ellos antes de meterse en la cama. Con sigilo, y todavía entrelazados, se desplazaron casi a oscuras por la casa hasta las escaleras que daban a su habitación, dejando tras de sí el amplio comedor, la cocina, el aseo y un par de alcobas, una de las cuales utilizaba el ama de llaves.

Su cuarto, el que antiguamente utilizaban los abuelos de Bernat, estaba en el piso superior. No era una estancia excesivamente grande, pero sí lo suficiente como para que cupieran una cama de matrimonio, un armario de tres puertas y un tocador con su silla, y aún quedara espacio para moverse con libertad.

Durante el día, y mientras Bernat estaba entretenido haciendo arreglos con Fermín, Angustias y ella se habían dedicado a acondicionar las habitaciones que iban a emplear durante su estancia en el pueblo. Habían deshecho el equipaje y colocado en su sitio todos los enseres que habían llevado con ellos. Así que el abogado, al encender la luz, se llevó la grata sorpresa de que el desangelado espacio que viera por la mañana al dejar las maletas se hubiera convertido en un confortable lugar donde pasar la noche.

Esgrimiendo una gran sonrisa de satisfacción, ladeó la cabeza para mirar a su mujer. Lo que encontró al hacerlo lo dejó sin palabras: la imagen de Elvira era pura tentación, con sus labios entreabiertos y sus ojos suplicantes. Supo que estaba perdido, que no podría contenerse si seguía mirándola, e hizo el intento de separarse de ella. Sin embargo, los dedos de su mujer estrechando su muñeca no le permitieron alejarse.

—¿Elvira? —en su voz iban implícitas mil preguntas.

—Bernat —la contestación dio respuesta a todas ellas.

Los ojos del hombre descendieron por la figura de su mujer, con hambre, sí, y a la vez, con preocupación. Estaba seguro de lo que quería hacer, pero le atemorizaba que su deseo pudiera desencadenar en algún perjuicio para su mujer o el pequeño. Además, estaba el tema de su agresión, del que desconocía si ella se había repuesto.

—¿Estás convencida? —quiso saber, cubriendo su voz de cautela.

—Nunca en la vida he estado más segura de algo, Bernat. Te

quiero. Y quiero ser tu mujer en todos los sentidos de la palabra —confesó enrojeciendo—. En estos meses has sabido curar mis heridas, de las que casi no queda más que una cicatriz apenas visible. Te has convertido en mi mundo, y, sin embargo, gracias a ti, hoy mi horizonte es mucho más amplio —río bajito—. Dudo de que un tiempo atrás hubiera sabido utilizar estas palabras —guio las manos de Bernat hasta su espalda y llevó las suyas al cuello de su marido—. Estoy segura, ¡claro que lo estoy! Segura y muriéndome de ganas de sentir tu piel contra la mía —terminó susurrando a su oído, sincera y totalmente abochornada.

No hizo falta añadir nada más. Las ganas de Bernat se estrellaron contra las de Elvira, desencadenando una explosión de pasión. Las dudas y los miedos quedaron atrás. También los recuerdos de horrores pasados. Solo quedó el cariño que se profesaban y las ganas de convertirse en uno solo.

Para Elvira, aquella fue la primera vez. La primera en que sintió lo que era hacer el amor. La primera en la que el gozo venía de la mano de la dulzura. La primera en la que su cuerpo experimentaba la pasión más profunda. La primera en que alcanzaba las estrellas sin necesidad de salir de entre los brazos de Bernat… Y, en ese momento previo al éxtasis más intenso, la golpeó la realidad, más implacable que nunca, de lo que Manu le había arrebatado aquella fría tarde de enero.

Capítulo 20

Antón pisó la calle con furia y sin rumbo fijo al salir del portal. Su única fijación era alejarse todo lo posible de su casa. Su casa. Si no se espabilaba, iba a dejar de serlo en breve. Y lo peor del caso es que no sabía cómo remediarlo. Era un tullido, borracho y amargado, en el que nadie confiaría, en especial, desde que había metido la pata en la fábrica de vidrio. ¡No servía ni de barrendero! Pensó al ver uno de ellos acarreando la escoba de brezo en una mano y el capazo negro en la otra. Le apetecía un vino tanto como el respirar, pero no tenía ni un chavo para comprarse un vaso; por supuesto, no se lo podía pedir a sus amigos —si podía llamar amigos a aquellos que iban con él—, porque ya les había pedido prestado demasiadas veces y ya no se fiaban de su palabra cuando les aseguraba que esa sería la última. Sin una meta fija, con un humor de perros y sin un céntimo en el bolsillo, se dedicó a deambular por las calles, con los hombros hundidos. Su cabeza no paraba de buscar soluciones, pero se desviaba demasiado a menudo a ese vaso de vino que sabía que no iba a tomar. Que no debía tomar.

De repente, oyó que alguien gritaba su nombre a lo lejos. En un inicio, pensó no hacer caso, pero la insistencia de la voz lo obligó a girarse para comprobar de quién se trataba. Al principio no lo reconoció. Sin embargo, conforme se acercaba, la figura del hombre que se aproximaba a él se le hizo conocida.

—Don Félix, hombre, ¡cuánto tiempo sin verlo!

—Sí, hijo, desde que tu padre ya no trabaja en la barraca, ya hace sus días, ya —dijo el sexagenario, meneando la cabeza con pesar—. No sabes lo que me pesó tener que prescindir de él.

—Me imagino —aventuró Antón no muy convencido.

—Pues mira que es casualidad, justo estaba pensando en él.

—¿Y eso?

Estaban parados en una esquina, frente a las puertas de una taberna. El hombre la miró e hizo una inclinación de cabeza en aquella dirección.

—Te lo cuento delante de unos vinos, ¿te apetece?

¿Qué si le apetecía? Se moría por meterse un lingotazo en el gaznate, pero su falta de dinero lo acobardó. Quedaba feo que se dejara invitar por aquel hombre al que hacía bastante que no veía, y más feo todavía admitir que no podía pagar su chato de priorato.

—No, déjelo. Mejor me lo cuenta aquí.

Don Félix se lo quedó mirando. Gracias a sus años y su experiencia

adivinó el motivo por el que el muchacho se mostraba reticente, así que no insistió; no quería herir su hombría. Inspiró complacido el aroma a salitre que llegaba a ellos antes de comenzar a explicarse.

—Está bien, pues. Verás hijo, ya estoy mayor y me he dado cuenta de que ya no puedo llevar la barraca de feria como solía —confesó sin pudor—. Tuve que despedir a tu padre porque la cosa no andaba bien y no me llegaban las perras. Pero yo solo no puedo lidiar con ella; me he dado cuenta de que ganar unos cuantos reales más me va a llevar a la tumba. ¿Tú sabes lo que es empezar a las diez de la mañana y acabar pasadas las doce ¡cada día!? —ante el encogimiento de hombros del chico, don Félix negó con la cabeza—. No te haces una idea de lo que significa eso para mis cansados huesos. Eso sin contar con las broncas de la parienta, que cuando llego a casa no hace más que quejarse de que no me ve el pelo.

—Ya veo, ya.

—No hijo, no lo ves. Mi Mariana es muy cansina, la pobre. Es buena mujer, una santa, pero a pesada no hay quien la gane.

Sin saber qué decir, Antón carraspeó a modo de respuesta.

—Bueno, pues a lo que iba —continuó el feriante—, en estos días hay muchas fiestas vecinales, muchas verbenas… ¡en fin! mucho trabajo, ya sabes —no, Antón no sabía, pero no se lo dejó ver al hombre—. He pensado en pedirle a tu padre que vuelva a su puesto por las noches, como hacía antes. Él es joven y puede con eso y con lo que le echen.

Antón vio su oportunidad. No pensaba negarle a su padre la ocasión de ganar algo más de dinero, pero si jugaba bien sus cartas, igual él podría…

—Mi padre se pondrá muy contento cuando se lo diga, don Félix, le aprecia a usted mucho.

—Y yo a él, muchacho, mucho. Es muy buen hombre y mejor trabajador.

—Estaba pensando que…

—Di, hijo, di —lo instó con un gesto de dedos.

—Si usted quiere, yo puedo abrir la barraca por las mañanas, así puede desayunar con su mujer, y ya, cuando usted llegue, pues yo me voy… si no hay demasiado trabajo para uno solo.

—Hombre, no había pensado yo en eso —se llevó las manos al cogote y comenzó a frotárselo mientras meneaba la cabeza—Algo así significaría ganar todavía menos y las cosas, boyantes, boyantes siguen sin estar.

—Pero si estamos los dos por la mañana y si ayudo a mi padre por la noche, usted puede poner alguna diana más en la barraca, con lo que compensaría el gasto de mi sueldo con creces. Mire lo que le digo, hasta puede que salga ganando —su cabeza empezó a funcionar a mil

por hora, buscando argumentos para convencer a don Félix—. Y si hay poco trabajo, yo puedo ir por la feria anunciando la barraca y retando a todos los tipos con los que me encuentre a probar su puntería con las flechas.

El hombre chasqueó la lengua. Ese muchacho estaba intentando engatusarlo, estaba claro. Sin embargo, si lo pensaba con detenimiento, su propuesta podía ser interesante: podía probar la teoría del chico y, de paso, dejar de oír las continuas quejas de su mujer. Las ganancias no serían tantas, pero ganaría en tranquilidad, que buena falta le hacía. Mientras meditaba lo que acababa de oír, pasó un hombre en bicicleta y lo siguió con la mirada, como si en él estuviera la respuesta que buscaba. Cuando lo perdió de vista, ladeó la cabeza hacia Antón mientras asentía.

—Haremos una cosa, hijo. Vamos a probar una semana. Si veo en ese tiempo que la cosa puede funcionar, seguimos, si no, prescindo de ti, que en mi casa me piden habichuelas cada día y esas hay que comprarlas con parné —sus ojos se desviaron al muñón del brazo izquierdo de Antón y suspiró—. ¿Crees que con eso podrás hacerte cargo de la barraca por las mañanas tú solo?

—Ni lo dude, don Félix, ni lo dude —afirmó a pesar de no tenerlas todas consigo.

—Está bien, pues empiezas mañana —le señaló meneando el índice frente a su cara—. Te espero en mi casa, ya sabes dónde está, a las nueve en punto como un clavo. Probaremos a ver cómo se te da la cosa.

***

Elvira se estaba enamorando de la vida rural. Corbera baja —a pesar de ser el mismo municipio, sus habitantes hacían una clara distinción entre las dos zonas del pueblo— era una bonita villa ajena a las prisas y el anonimato de las que aquejaba la ciudad. Salir a pasear era un continuo goteo de saludos y sonrisas. Era frecuente recibir la visita de algún vecino cargado con una cesta de hortalizas recién recogidas o de fruta fresca de sus árboles; incluso, aunque no con tanta frecuencia, con algún pollo o conejo acabado de matar. Era una vida idílica. Sabía que no debía acostumbrarse a ella porque pronto llegaría a su fin, pero eso no era óbice para que no se sintiera hechizada con sus bondades.

Cada tarde, cuando el sol empezaba su descenso, Bernat y ella salían a pasear —de vez en cuando acompañados de Angustias—, pero normalmente ellos dos solos. En esos paseos, visitaban algunos de los enclaves que despertaban los recuerdos de infancia en Bernat: La Font de la Mata, donde iba con sus colegas a coger renacuajos, Can Bayona,

donde robaban melocotones sin que los pillara el dueño, a la Cruz Nueva, que utilizaban como fuerte para sus juegos de guerra, la Ermita del Santo Ponce, una iglesia del siglo XIII en medio de un paraje solitario a la que acudían para merendar como improvisada excursión, la viña de Ponsá, de la que se proveían de uvas de forma clandestina… Había tantos lugares que le evocaban sus veranos allí…

—¿Por qué se mudaron tus padres a Barcelona? —Preguntó una de aquellas tardes Elvira—. Yo no hubiera cambiado esto por la ciudad.

—Mi padre era de Barcelona. Vivía y trabajaba allí, así que era normal que se trasladaran.

—Pero tú hablas de Corbera como si hubieras pasado mucho tiempo aquí.

—Sí y así fue. Durante la guerra y huyendo, entre otras cosas —que prefería no comentar con su mujer—, de los bombardeos, mi padre decidió que estaríamos más seguros con mis abuelos. Aquí no había enfrentamientos y mi abuelo tenía huerto para abastecernos de lo más primordial. Además, aquí, el que no tenía una cosa, tenía otra y entre los del pueblo se hacían canjes. En definitiva, la vida era más fácil que en Barcelona. Así que, durante esos años, mi madre y yo nos vinimos a Corbera. Mi padre iba y venía, pero su trabajo de abogado le obligaba a permanecer largas temporadas lejos de nosotros.

—Tu padre hizo bien. El mío me contó que en la Barceloneta hubo varios bombardeos. En uno de ellos murió su hermano mayor y algunos amigos suyos —dijo la joven con pesar—. Nunca quiere hablar mucho del tema, porque se entristece, pero por lo poco que he podido adivinar por sus palabras, fue devastador.

—Sí, al parecer lo fue. —La tomó del codo y la llevó hasta un banco bajo el toldo desde donde se podía ver la piscina municipal—. Yo no recuerdo mucho aquel horror, porque era muy pequeño y estaba por otras cosas, como cortarles la cola a las lagartijas, por ejemplo —sonrió evocando aquellos momentos—. Pero sí me acuerdo de los años que siguieron a la guerra, el hambre, el estraperlo, los juicios…

—¿Pasaste hambre? —Lo miró con preocupación.

—No, yo no —dijo como si aquella pregunta fuera graciosa—. Mi padre, afín al régimen, enseguida volvió a ejercer plenamente y recuperó rápidamente su lugar en la sociedad barcelonesa.

Elvira no pudo evitar un estremecimiento. ¡Qué diferente era su familia de la de Bernat! Los suyos habían sufrido los devastadores efectos de la guerra, muertes incluidas; la de Bernat había pasado ese tiempo en el campo, mucho más tranquilo y seguro que Barcelona, sin lugar a dudas. Y acabada la contienda, los Font habían vuelto a una vida de comodidades y lujo —muy lejos de las penurias sufridas por sus padres y allegados— para convertirse en colaboradores de aquellos

que habían masacrado a las clases bajas. Ella no había conocido todo aquel horror, afortunadamente, pero había escuchado veladas narraciones de aquellos espantosos sucesos; había oído los lamentos de muchos que habían perdido a seres queridos durante aquellos años… había sido testigo del pavor que producía hablar de aquel tiempo de infortunio y destrucción… Pensar en todo aquello le supuso una nueva revelación: Desde su boda caminaba entre dos mundos muy diferentes sin pertenecer a ninguno de ellos en realidad. Todavía le resultaba impensable considerarse parte del elegante y cultivado universo de su marido, y, a la vez, se daba cuenta de que, en caso de volver a su vida anterior, se sentiría igualmente una extraña entre los suyos. Se le revolvió el estómago al pensarlo, a la vez que sintió al niño golpear con fuerza sus costillas, tal vez debido al estado de agitación que aquellos pensamientos le generaban a ella. Se llevó las manos a su abdomen y trató de tranquilizarse, tanto por sí misma como por el ser que crecía en su vientre. Quisiera o no, aquella era ahora su realidad y tendría que afrontarla con arrojo, por ella, por su hijo y por el amor que sentía por Bernat, y que inundaba su corazón. Sólo le quedaba una opción si quería encontrar por fin su lugar: esforzarse al máximo para merecer su pertenencia al círculo de los Font, aunque eso significara renunciar a una parte muy importante de su pasado. De todas formas, y a pasar del convencimiento de que debía actuar de esa manera, no pensaba renunciar de sus principios; nunca estaría de acuerdo con aquellos que sometían a otros seres humanos a base de coacción, ya fuera utilizando como arma el dinero o infligiendo temor para conseguir sus propósitos.

Sin darse cuenta, sus cavilaciones la habían mantenido en silencio más tiempo del esperado y sólo fue consciente de ello cuando su marido, con el ceño fruncido y cara de alarma, se arrodilló frente a ella y la sujetó por los brazos.

—Elvira, ¿estás bien? Estás pálida.

—Sí, sí, no te inquietes —su sonrisa desvaída fue apenas una mueca —. Debe de haber sido el bochorno de la tarde sumado al cansancio de la caminata.

—Es cierto, hoy hemos andado más que otros días, soy un inconsciente —meneó la cabeza a la vez que sus manos subían y descendían por los brazos de la joven—. No debería haberte llevado hasta allí, por más empeño que tuviera en ver cómo es ese nuevo hotel Can Rafael del que todos hablan en el pueblo.

Elvira le acarició la mejilla, enternecida por su preocupación; luego, miró a su alrededor, desviando sus ojos del rostro perfecto de su marido, para encontrarse con un entorno maravilloso ante su vista.

—Pues hubiera sido una lástima perderme el paseo —el armonioso piar de unos pájaros cercanos le provocó una sonrisa—. Además —

volvió a fijar sus pupilas en las de Bernat—, yo también tenía ganas de ver el famoso hotel.

—¡En fin!, ya no hay remedio. Por suerte, ya queda poco para llegar a casa.

—En especial si te tengo a mi lado cuando me sienta cansada.

—Eso ni lo dudes.

Cogidos del brazo y andares lentos, comenzaron el regreso a la vivienda, donde los esperaba Angustias con una deliciosa cena.

Capítulo 21

Antón todavía anduvo durante un tiempo indefinido por las calles casi desiertas de su barrio antes de decidir volver a casa. Tenía grandes noticias para la familia, y, a pesar de ello, reencontrarse con su padre no era una escena que le apeteciera vivir precisamente. No obstante, no tenía sentido alargar más lo inevitable; arrastrando los pies, se encaminó hacia su piso. Antes de llegar, se paró frente a una taberna de la que salían las voces de los hombres que bebían sus chatos mientras jugaban a las cartas. Los miró a través de los cristales de la puerta y deseó ser uno de ellos. Con un trabajo en el horizonte, ya no resultaría tan descabellado dejarse invitar, teniendo en cuenta que en unos días él estaría en condiciones de devolver el favor. Alargó la mano hacia el picaporte, decidido a entrar, cuando su brazo se paró en seco. Sucumbir a la tentación lo había llevado a la situación en la que estaba, se recordó. No hacía ni una hora que se había amonestado a sí mismo por esa razón. ¿Iba a dejarse llevar y caer de nuevo en la misma trampa? "*No*", se dijo. No le daría a su padre la satisfacción de volver a tratarlo como a un inútil. Le demostraría de qué pasta estaba hecho. Le daría una lección que le obligaría a cerrar la boca.

Con un último esfuerzo, más grande de lo que quería reconocer, dejó caer la mano y se dio la vuelta; tenía que anunciar a sus progenitores las buenas nuevas.

***

Elvira se despertó al alba con el cuerpo raro; no había pasado buena noche. Después de hacer el amor con Bernat, había entrado en un duermevela inquieto. En los momentos en que se interrumpía su sueño, achacó su malestar al paseo de la tarde anterior, que la había dejado extenuada. No obstante, la rigidez momentánea de su abdomen, así como una molestia constante en las lumbares le anunciaron que aquello nada tenían que ver con el agotamiento.

Se levantó con cautela, intentando no despertar a su marido y se dirigió al lavabo. Un fuerte pinchazo en el bajo vientre la atravesó antes de traspasar la puerta. Como un acto reflejo, se llevó las manos a la zona a la vez que se encogía sobre sí misma. Pasado el momento inicial y haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió llegar al cuarto de baño. Una vez allí, se sentó en el inodoro, no tanto para vaciar su vejiga como para recobrar el aliento que la punzada le había robado. Al acabar, comprobó que la presión que había sentido minutos antes

desaparecía casi por completo, lo cual no mitigó del todo su alarma. Llamándose a la calma, ya que sabía que ponerse histérica no iba a solucionar nada, regresó al dormitorio.

—Bernat —lo zarandeó suavemente—. Bernat, despierta.

—¿Qué pasa? —Preguntó el hombre alzando apenas los párpados.

La claridad del día se iba abriendo paso con pereza, pero alcanzaba para que Bernat reconociera los signos de inquietud en el rostro de su mujer.

—¿Qué pasa, Elvira? ¿Estás bien? —volvió a inquirir, esta vez con los ojos bien abiertos y la preocupación enredada en la voz.

—No… No sé qué me pasa, pero no me siento bien —con reticencia, ya que no quería asustarlo más de lo necesario, añadió—: creo que deberíamos llamar al médico.

La reacción del abogado fue inmediata. En menos de dos minutos ya estaba vestido y preparado para salir. Antes de desaparecer de la estancia, no obstante, la instó a meterse de nuevo en la cama hasta su vuelta. La ayudó a recostarse y la besó en la frente.

—Vuelvo en seguida —Se le veía más nervioso que a ella—. Ni siquiera te darás cuenta de que me he ido.

—Lamento…

—Ni se te ocurra disculparte, Elvira —la atajó mientras le acariciaba la barbilla—. Voy a avisar a Angustias para que te haga compañía hasta que vuelva. Mientras tanto, reposa, por favor.

Mirándola por última vez antes de irse, salió de la habitación con prisas y el corazón acelerado.

Ni un minuto después, Angustias estaba con ella, todavía ataviada con su camisón blanco con ribetes celestes.

—¿Qué te pasa, niña? Bernat tenía la cara tan blanca que parecía que lo persiguiera el diablo.

—No quería asustarlo, pero es que no me siento bien.

—Explícame exactamente qué sientes, anda.

—He notado un pinchazo en la panza y cómo se tensaba hasta ponerse dura como una roca.

—¡Vaya! Eso no suena muy bien. No pueden ser contracciones, todavía faltan casi dos meses para que salgas de cuentas.

—Por eso estoy tan preocupada. Y si…

—No conjetures, que sólo lograrás angustiarte más. —Le pasó la mano por la frente, por las mejillas para después bajarla por su brazo hasta llegar a su vientre, que en ese momento estaba completamente laxo.

—¿Y si le pasa algo al crío? —Se alzó sobre sus codos para formular la pregunta.

—Ni pienses en eso. Todo va a salir bien. Ya verás como no es más que una falsa alarma, igual que ocurrió cuando volvisteis de

Torredembarra.

—Angustias, si le pasa algo…

Se desmoronó de nuevo sobre el colchón y colocó su mano sobre el de la mujer, buscando su consuelo. Ella, se lo dio en forma de sonrisa. Únicamente cuando la vio más calmada se aventuró a ponerse en pie para dirigirse a la ventana y terminar de abrir los portones que estaban entornados. Luego, volviendo junto a ella, comenzó a estirar las sábanas desde un lado, sin permitirle moverse de su posición.

—Voy a adecentar la habitación antes de que llegue el doctor San —anunció rodeando la cama para hacer lo mismo por el otro lado—. No queremos que piense que somos unos zafios, ¿no crees? —Elvira, al oír esas palabras, intentó levantarse—. Ni se te ocurra, niña, si no estás bien no lo estás y punto. Yo me encargo.

Ella la obedeció, no tanto por sumisión —que un poco también— sino por el temor a las consecuencias para su hijo que pudiera acarrear no hacerlo.

Observó a Angustias trajinar por la habitación con diligencia y eficacia; en menos de cinco minutos, el cuarto estaba recogido y aireado. Hasta le había dado tiempo a colocar un jarrón con margaritas sobre la superficie del tocador. Al acabar, volvió a desaparecer durante unos instantes tras los que volvió con una jofaina, una toalla y un cepillo.

—Anda, deja que te lave un poco la cara y te peine —dijo cuando ya estaba frotándole con brío las mejillas con el paño húmedo.

—¡Ay! —Se quejó por el ímpetu con que la mujer restregaba su rostro.

—No te quejes, niña. Tienes que estar presentable para cuando llegue el médico.

—Pero… —le parecía ridículo *estar presentable* cuando se suponía que estaba enferma.

—No hay peros que valgan —dejó el balde sobre la mesilla y se dispuso a cepillarle la melena—. La familia Font es muy conocida en el pueblo y no podemos permitir que el doctor San se lleve una mala impresión de nosotros.

Si era por salvaguardar el apellido de su marido, aguantaría lo que fuera, incluso los tirones de pelo que le estaba dando el ama de llaves en ese momento. Aunque no estuvo tan segura cuando se vio obligada a soportar el baño de colonia a la que la sometió la mujer; aquello sí que representó una dura prueba para la joven.

Como si se hubieran sincronizado, Bernat regresó en el mismo instante en que Angustias acababa su trabajo con ella. Elvira oyó su voz mezclada con la de otro varón —que sonaba algo aguda— acercándose paulatinamente conforme subían las escaleras. No sabía qué pensar del tan afamado doctor, pero desde luego, nada que ver

con la imagen del hombre que apareció por el quicio de la puerta. Debía de tener unos cuarenta años, era de baja estatura, pelo ralo, nariz grande y ojos pequeños que la miraban con genuino interés. Sin presentarse siquiera, se acercó a la cama esgrimiendo una sonrisa y se sentó sobre el filo.

—A ver, jovencita, ¿qué es lo que te pasa?

Elvira bajó los párpados, intimidada. A pesar de su corta atura, el médico imponía respeto con su simple presencia. Desvió la vista hasta encontrarse con los ojos preocupados de Bernat, que en silencio le rogaban que contestara.

—Esta mañana, al despertarme, he sentido un fuerte pinchazo en el bajo vientre y luego he notado cómo se endurecía hasta parecer de piedra —musitó.

—Ya veo —el hombre la miró con interés antes de darle una palmadita en el hombro—. Está bien, vamos a ver qué nos encontramos aquí —dijo antes de separar las sabanas y subirle el camisón.

De forma instintiva, ella echó las manos al bajo de la prenda con intención de taparse, presa de una vergüenza inusitada.

—Chiquilla, si no dejas que te explore, poco podré hacer por ayudarte —sentenció el médico—. No te preocupes, no tienes nada que no haya visto ya mil veces. Además, tienes a tu marido aquí, observando todos mis movimientos, así que no tienes de qué preocuparte —concluyó comprensivo.

Indecisa, soltó la tela y permitió que el hombre la explorara. Empezó palpándole el abdomen, relajado en ese momento, para luego pasar a su entrepierna. Los dedos expertos del doctor la examinaron a conciencia mientras ella, en una muda súplica extendió su mano hacia su marido, que corrió a tomarla entre las suyas.

Después de lo que a Elvira le pareció una angustiosa eternidad, el facultativo preguntó dónde podía lavarse y se fue guiado por Angustias al baño. A solas, Bernat se inclinó sobre su mujer para besarla furtivamente en los labios. El sabor salado de sus lágrimas le rompieron el corazón.

—No llores, cariño. Ya sé que ha sido duro, pero era necesario. —Intentó animarla—. Es por nuestro hijo.

No le dio tiempo a responder. El galeno entró secándose las manos en una toalla blanca, que devolvió al ama de llaves una vez hubo acabado, y se dirigió directamente a Bernat, esquivando la mirada de Elvira.

—Parece que todo está perfectamente y sólo se ha tratado de una falsa alarma. —La cara de preocupación del matrimonio se relajó al instante tras escuchar esa afirmación—. No obstante, es un poco pronto para tener contracciones, que es lo que parece que le ha pasado

a su mujer.

—Pero… ¿ella está bien? ¿El niño?

—Sí, no se preocupe, de momento todo está como debe estar —giró el rostro para mirarla afablemente—. De todas formas, yo de ustedes me plantearía la posibilidad de volver a Barcelona después de un par de días de descanso y reposo.

—¿Quiere decir que hay riesgo…? —inquirió Bernat con el ceño fruncido.

—Oh, no —lo interrumpió el doctor San—. Dudo que vaya a precipitarse el parto. Pero soy de la opinión de que más vale prevenir que curar. Aquí no tengo los medios necesarios para un eventual parto prematuro, si quieren que les sea sincero. En cambio, en la ciudad, tienen hospitales dotados de incubadoras, si fuera preciso. Aunque, como he dicho, no creo que lo sea.

—Entonces, ¿nos aconseja volver a casa?

—Verá joven, su embarazo está muy avanzado y ya sabemos que no se puede ir contra la naturaleza. Si su hijo decide venir a este mundo antes de tiempo, lo hará, por más que yo crea que no es el caso. Las contracciones que ha sentido esta mañana, aunque inofensivas, son significativas. Todas las embarazadas las tienen durante el último tramo de su gestación y no revisten mayor relevancia. Pero las suyas han aparecido un poco pronto, a decir verdad. Y aunque no sea preocupante, de momento, si creo adecuado que esté preparada por lo que pueda pasar.

El alivio que minutos antes había albergado la pareja se les congeló en el rostro.

—¿Cuándo cree que deberíamos marchar? —Angustias, desde el dintel, lanzó la pregunta que ellos no lograban formular.

El hombre le dirigió una mirada de entendimiento al percatarse de que era la única que mantenía la mente fría, dadas las circunstancias.

—Como he comentado —comenzó dirigiéndose a la pareja—, debería descansar un par de días, así nos aseguramos de que no se vuelven a repetir las contracciones, y pasado ese tiempo, mi consejo es que regresen a Barcelona.

—¿Es preciso que guarde cama? —La preocupación entelaba los preciosos ojos negros de la muchacha, que aferraba la mano de su marido como si fuera su tabla de salvación.

—No me parece que sea necesario salvo que vuelva a sentir molestias. Eso no quiere decir que se dedique a hacer barbaridades, ¿de acuerdo? —dijo mientras agitaba el índice en su dirección—. Una vez en su casa, no haga esfuerzos ni cargue pesos, pero sí que le irá bien dar pequeños paseos.

***

Dos días más tarde estaban cargando el maletero del coche de Fermín. Bernat lo había llamado para pedirle que los recogiera porque quería que Elvira tuviera un regreso cómodo. Su amigo, por supuesto, no dudó en ofrecerse cuando supo del susto que había pasado la pareja.

La cuna, que Bernat se había encargado de reparar durante su estancia en Corbera, iba sujeta a la baca por unas cuerdas de esparto en el techo del vehículo. En el asiento trasero apenas había sitio para que se sentaran las dos mujeres ya que Elvira se había empeñado en coger algunos enseres y juguetes viejos que habían pertenecido a Bernat cuando era niño. Por si eso fuera poco, los vecinos, al conocer la noticia de su marcha, les había llevado productos de sus huertos, huevos y un pollo por desplumar. Si Bernat había pretendido una vuelta relajada y cómoda, con todos aquellos bultos no estaba seguro de conseguirlo.

En un momento que los dos amigos se quedaron a solas, Bernat le preguntó a Fermín de forma velada si había vuelto a ver a Mario. Él negó con la cabeza dejando ir el aire a la vez.

—Se ha ido a Palamós a la finca que sus padres tienen allí. Por suerte no regresará hasta mediados de agosto.

—¡Vaya! No es mucho tiempo para elaborar un plan… pero algo se me ocurrirá.

—Después de tantos años, puedo soportarlo un poco más… aunque espero que no sea mucho porque cada vez me resulta más repulsivo… y eso es mucho decir.

—Tranquilo, conseguiremos que te deshagas de él.

—¿De qué hay que deshacerse? —Preguntó Elvira saliendo de la cerca que rodeaba la casa con un par de hatillos en la mano.

—No cargues peso —la regañó Bernat a la vez que corría a arrebatarle su carga.

—No pesa, si no, no lo hubiera cogido, no te preocupes —le sonrió con dulzura. Luego se giró hacia Fermín—. Ya lo ves, me cuida como si en vez de embarazada estuviera enferma. Por cierto, ¿de qué había que te tienes que deshacer?

Los dos amigos se miraron sin saber muy bien qué contestar. Fermín fue el encargado de inventarse una excusa:

—Tengo un viejo sillón que ya no quiero, pero que todavía está en uso y me da no sé qué tirarlo.

Ella meneó la cabeza. Le costaba entender que alguien tirara un mueble que fuera aprovechable. Pensó en sus padres de inmediato, pero no había caso. En su casa no cabría algo así sin tapar alguna de las puertas de las habitaciones. Otra diferencia que sumar a las ya existentes entre su vida pasada y la actual: por viejos que fueran los

trastos de su casa, no se desechaban hasta que estuvieran rotos e inservible, en cambio Fermín hablaba de deshacerse de un sillón en perfecto estado porque sí, porque ya no le *gustaba*. Bernat pareció leerle la mente porque en seguida justificó a su amigo:

—Es que era el sillón preferido de su padre y le trae demasiados recuerdos.

Su explicación todavía empeoró más las cosas. ¿Cómo eliminabas un objeto que te recordaba a tu padre? La cara de disconformidad que puso la chica fue muy explícita. Por suerte para los amigos, Angustias apareció con un paquete que parecía pesado y los distrajo del momento tan incómodo que se había creado sin querer para evitar otro todavía lo hubiera sido más. Fermín miró de reojo a Bernat y éste al primero. Se habían librado de caer en las garras de Herodes para caer en las de Pilatos y no sabían qué era peor. Con un asentamiento de cabeza acordaron retomar la conversación que Elvira había interrumpido cuando estuvieran seguros de no tener posibles oyentes.

***

Antón había comenzado a trabajar en la barraca hacía unos días y parecía que don Félix estaba muy satisfecho con su labor. Era puntual, se encargaba de dejar las cosas en orden antes de abrir, atendía a los pocos que a esas horas tan tempranas se acercaban a la caseta… En definitiva, daba la impresión de que había tomado el buen camino. Y así era. Después de verle las orejas al lobo no se iba a arriesgar a jugársela… aunque ganas no le faltaban. Con el dinero que corría por sus manos, ¡la de timbas que podría hacer! Y del vino, mejor ni mencionarlo. Llevaba una semana, ¡una semana entera! Sin probar ni una gota y el esfuerzo le estaba pasando factura. Pero ni con esas iba a sucumbir. Era preferible el suplicio, los sudores fríos y las ganas de vomitar que tenía constantemente a vivir en la calle, como un mendigo, sin nada que comer y sin un techo bajo el que cobijarse.

Su padre era el encargado de cerrar el negocio. Llegaba sobre las ocho, después de acabar su jornada en la fábrica y de pasar por casa para adecentarse un poco, y se quedaba hasta que la última persona abandonaba la feria. Antón lo acompañaba. Lo hacía por varias razones: coger más experiencia, ganar unos cuartos extra y demostrarle a su padre que podía volver a confiar en él. Y estaba surtiendo efecto. Isidro estudiaba cada movimiento, cada gesto, cada palabra que soltaba el chico sin encontrar señales de caer en los errores y vicios de siempre. No es que creyera que su hijo había cambiado de la noche a la mañana, no era tan iluso. Pero quizás el ultimátum que le había lanzado estaba haciendo efecto.

Capítulo 22

Después de visitar al tocólogo y que éste les asegurara que, tal como había dicho el doctor San, el embarazo seguía su curso normal, acordaron disfrutar de sus vacaciones haciendo turismo por la preciosa ciudad que habitaban, aunque la temperatura en Barcelona fuera sensiblemente más elevada que en el pueblo. Los dos doctores le habían aconsejado que paseara y qué mejor manera de hacerlo que conociendo rincones idílicos sin alejarse demasiado de su hogar.

La primera salida que proyectaron fue la visita a los Carrasco. Bernat, aun sin preguntarle a su mujer, sabía que ella tenía ganas de reencontrarse con su familia, ya que hacía más de un mes que no la veía, y le pareció el destino perfecto para ayudarla a olvidar el susto vivido en Corbera. No obstante, antes dejaron pasar un par de días para reponerse del viaje y para asegurarse de que Elvira no volvía a sufrir una indisposición.

El día elegido para ir a la Barceloneta hacía un calor demoledor. Ni una brizna de aire sofocaba la sensación de bochorno en el ambiente cuando posaron los pies en la calle, a pesar de que ya eran más de las seis cuando lo hicieron. La posibilidad de ir dando un paseo hasta el barrio de su niñez quedó desechada de inmediato.

—Sé que la idea era ir paseando hasta la casa de tus padres, Elvira, pero acabaríamos derretidos si lo hiciéramos —le advirtió el abogado —. Creo que es mejor ir en coche y una vez allí caminar por el paseo marítimo. La brisa del mar refrescará la temperatura y andar no será tan agotador ni para ti ni para mí.

—Supongo que tienes razón. —Calló un instante antes de añadir—: Así mis padres nos pueden acompañar. —Bajó la cabeza como si le avergonzara seguir hablando.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no te parece?

—Bueno… que… los podríamos invitar a tomar algo.

Él la miró con una sonrisa colgando de sus labios. Elvira todavía no se había dado cuenta todavía de que él accedería a cualquier cosa que le pidiera, más en ese caso, que ya tenía planeado invitarlos a merendar.

—Me parece una idea fantástica.

Para cuando tomaron el taxi ya eran pasadas las seis y media de la tarde. Les había costado más de lo esperado encontrar uno libre. En el trayecto, Elvira iba elaborando excusas que evitaran que Bernat

subiera al modesto pisito en que vivía cuando era soltera. No era que se avergonzara exactamente, no en vano sus orígenes estaban allí, pero sí la embargaba un cierto reparo porque su marido conociera de primera mano las condiciones en las que había crecido. Estaba convencida de que a su madre le daría un jamacuco si veía a su yerno apostado en la entrada de su casa. Por otro lado, tampoco es que se le ocurriera ningún argumento convincente para subir sola dejándolo a él esperando en el portal. Enfilaban ya su calle y ella seguía sin encontrar una salida. Si no se producía un milagro, no le quedaría más remedio que confesarle a Bernat que prefería que no subiera con ella. El milagro se produjo al distinguir la figura de Isidro caminando cansadamente en dirección a su edificio.

—¡Mira, Bernat! Es mi padre.

El hombre se encontraba a unos cien metros de su destino cuando oyó que un coche se detenía a su lado.

—Padre. —La voz de Elvira le hizo girar la cabeza en su dirección y se detuvo al comprobar quién lo llamaba.

—Pero bueno, ¿qué hacéis vosotros aquí?

Bernat pago la carrera mientras su mujer se apeaba del vehículo, no sin dificultad.

—Hemos venido a pasar la tarde con ustedes —contestó una vez en tierra.

—¡Oh, vaya! Pues no va a poder ser, hija.

Su yerno se unió a ellos en ese preciso momento y escuchó sus palabras.

—¿Algún problema?

—Nada, hijo. Le decía a mi hija que, por desgracia, no voy a poder acompañaros esta tarde, y mira que me gustaría.

—¿Qué pasa, padre?

—Es una buena noticia, no te inquietes. —La tranquilizó Isidro con una sonrisa—. Es que he vuelto a trabajar en la barraca por las noches y tengo que estar allí a las ocho.

Bernat los miró sin comprender a qué se refería. Él sabía que su suegro trabajaba en una fábrica de vidrio y no tenía idea de que lo hiciera en ningún otro sitio. En esas estaban en el momento en que llegaron al viejo edificio en que vivía la familia.

—¿Qué le parece que lo acompañemos? De esa manera estaremos juntos y usted no tendrá que desatender su trabajo. —Argumentó Elvira. Era una buena salida al problema que le había estado rondando durante el viaje hasta allí—. Si madre no está muy liada, ella también puede acompañarnos.

—Subid y se lo preguntas tú misma.

—Prefiero quedarme aquí esperando, padre. No me apetece subir tantas escaleras con este bombo. —Improvisó señalándose el

abdomen. Como respuesta su padre le dedicó una mirada de orgullo.

—Lo entiendo. Estás ya muy gordita. Este nieto mío crece que se las pela. Está bien, pues esperadnos aquí. Seguro que tu madre deja todo lo que esté haciendo y se une a nosotros.

Diez minutos más tarde, tiempo que ellos habían aprovechado para recorrer la acera de arriba abajo para no quedarse parados como pasmarotes, apareció la pareja. Era obvio que Pepa se había arreglado un poco para la ocasión. Desde que se había casado, su hija no se dejaba caer por aquellos lares muy a menudo y tenerla allí era un motivo de celebración.

—Hija mía, qué guapa estás —le dijo nada más verla—. Y qué barriga más grande tienes ya. Ya me lo ha dicho tu padre. —Después se volvió para mirar a Bernat—. Y usted también se le ve muy bien. Eso son las bondades de la vida de casado, ¿me equivoco?

Bernat le sonrió antes de girarse a admirar a su mujer, haciendo que su sonrisa se intensificara.

—En absoluto. Casarme con su hija es lo mejor que he hecho en mi vida.

Tras esa afirmación, el pecho de Isidro se hincho de orgullo. Los ojos de Pepa brillaron emocionados. La mirada de Elvira se llenó de amor.

Caminaron hacia la feria, que se encontraba a unos veinte minutos andando, en dos grupos: Bernat lo hacía con Isidro y, detrás de ellos, las dos mujeres. Mientras la conversación de Pepa y Elvira estaba centrada en la llegada del nuevo miembro de la familia y en cómo iban las cosas en sus casas respectivas, los hombres comentaban el cambio de actitud de Antón. De alguna manera, su padre estaba sembrando ante la eventualidad de que su hijo pudiera necesitar la ayuda de Bernat para conseguir un trabajo.

—Pues sí —decía Isidro en ese momento—, parece que Antón está empezando a sentar la cabeza. Sabes, muchacho, mi hijo no es mal chico, pero lo de su mano lo trastocó mucho y ha estado un tiempo a la deriva.

—No lo dudo, Isidro. Sin embargo, hay que darle tiempo al tiempo para asegurarse de que el cambio es real. Y ojo, que me alegro mucho de que lo esté intentando, pero…

El hombre bajó la vista al suelo. En eso su yerno tenía razón y no se la podía rebatir. No obstante, insistió.

—Creo que ha empezado a ver las cosas más claras y que su comportamiento va a ir a mejor.

—Eso espero, suegro, eso espero.

—¿Qué es lo que espera, señorito? —Preguntó Pepa aproximándose a ellos con su hija colgada del brazo.

—¡Por Dios! No me llame señorito, Pepa, soy su yerno. Usted me

puede tratar como a cualquiera de sus hijos, por favor.

—Perdón entonces. Le preguntaba que a qué se refería.

—Su marido me ha dicho que Antón está muy cambiado últimamente.

—Mi madre me ha comentado lo mismo —intervino la joven.

—Pue sí. Tuvimos una buena bronca en casa y desde entonces, parece que la cosa va por buen camino.

—Ojalá la cosa siga así —dijo Isidro y todos mostraron su acuerdo con una inclinación de cabeza.

***

Al ser viernes, la feria era un cúmulo de bullicio, gente yendo y viniendo, música estridente, voces alegres y gritos invitando a unirse a las distintas barracas. Antón estaba haciendo eso precisamente cuando la comitiva llegó. Al joven se le quedó atascado el reclamo al ver aparecer a los recién llegados. No esperaba que su *distinguido* cuñado y su *perfecta* hermana se dejaran caer por un sitio como aquel. Pero ahí estaban, tan impecables, tan sonrientes, tan cómodos como si estuvieran en el salón de su lujosa morada. En aquel instante hubiera salido corriendo para meterse en un bar y beberse un par de chatos con tal de no verlos. Se contuvo. Lo hizo porque se había propuesto cambiar y porque no quería darles la satisfacción de ver que tiraba la toalla tan fácilmente.

—Hola, Antón —lo saludó Elvira acercándose a él y depositando un ósculo en su mejilla—. Don Félix, qué bien lo veo. Por usted no pasan los años.

—Ay, muchachita, que además de estar embarazada necesitas gafas. Cada día estoy más cascado. Pero bueno, aquí andamos, haciendo lo que se puede. —Balanceó la cabeza cuando recayó en Bernat—. Este debe ser tu marido. —Extendió la mano para estrechar la que Bernat le ofrecía—. Encantado de conocerlo, señor. Se ha llevado la perla más bonita de toda Barcelona, que lo sepa.

—Soy plenamente consciente. —Y se volvió para mirar a su mujer —. Si no le importa, me gustaría tentar a la suerte lanzando los dardos. A ver si puedo conseguir un muñeco de esos para mi hijo.

En el momento en que sus palabras abandonaron sus labios vio como Elvira se tensaba a su lado; sus bellas facciones se crisparon y perdió todo el color de su rostro al tiempo que se aferraba a él como si su vida dependiera de ello. Al principio Bernat imaginó que su alteración era producto de su temor a que no supiera tirar las flechas, pero enseguida se dio cuenta de que la mirada de su mujer estaba fija en un punto en la distancia.

—Vámonos, Bernat, por favor.

—Pero…

Antón y su padre estaban atendiendo a unos clientes, por lo que no se dieron cuenta del cambio súbito que sufría Elvira, Pero Félix y Pepa lo notaron tan bien como el propio Bernat.

—¿Qué te pasa, Elvira?, ¿te sientes mal? —Se preocupó su madre.

—Muchacha, parece que hayas visto un fantasma —pronunció el feriante.

Como si un rayo le hubiera abierto la mente, Bernat dedujo lo que le pasaba a su mujer. Dirigió la mirada al mismo lugar que la tenía fija Elvira y no le cupo duda: aquel era la escoria de hombre que la había agredido meses atrás.

—No es nada, madre —trató de tranquilizarla—. Un simple mareo, supongo que debido al calor.

—¡Pero si ahora hace bueno!

—Mi parienta siempre estaba acalorada cuando estaba en estado. Eso es normal. —Restó importancia el hombre.

—Será mejor que nos vayamos. Elvira necesita descansar —atajó Bernat seco, dejando al resto perplejo.

—Si crees que es necesario… —Pepa estaba sorprendida con el cambio producido en el abogado, aunque en la cara crispada de su hija quizás estuviera la respuesta a ese cambio.

—Volveremos en otro momento, quizás el domingo que Isidro no va a trabajar a la fábrica…

—¿Qué pasa? —Se interesó el aludido que acaba de despedir al cliente con el que estaba.

—Que los chicos se van. La niña se nos ha mareado.

—Elvirita, ¿estás mal? —Se preocupó—. No irás a darnos el susto de parir antes de hora, ¿no?

—No, padre, es solo un mareo —balbució sin dejar de mirar al motivo de su zozobra.

Bernat tiró de ella con la intención de alejarla de aquel lugar lo antes posible con tan mala pata que, al hacerlo Elvira tropezó con un hombre algo bebido que pasaba por delante de la caseta. De inmediato se montó un pequeño alboroto. Aquel individuo, sin percatarse de que la joven estaba embarazada, empezó a increparla, lo que obligó a intervenir a los hombres que la acompañaban, incluido Antón, que dejó el cliente que en ese instante le preguntaba por el precio de las tiradas para apoyar a los demás.

Al otro lado de la feria, Manu, acompañado de sus colegas, estaba en pleno cortejo con unas jovencitas de otro barrio que no conocía y que le parecían de lo más *apetecibles*. Ellas, al oír el bullicio que provenía de la caseta de don Félix, giraron el cuerpo para saber de qué se trataba. Eso obligó a un Manu molesto por la interrupción a hacer lo mismo. Achinó los ojos. ¿Aquel de allí no era el tullido? Y la que

estaba junto a él, ¿no era…?

Vaya, vaya, pensó. Al parecer, la mosquita muerta había dado el braguetazo. La ropa que vestía no era aquella basta y de mala calidad que le conocía. No. Más bien daba la sensación de ser bastante buena… y la muy zorra iba del brazo de un señoritingo… Vio una oportunidad que ni había imaginado. La putita esa llevaba a su hijo en el vientre… o eso le había dicho ella. Pues iba a sacer partido de aquello. ¡Claro que lo iba a hacer!

Con un gesto de la mano, se despidió de sus amigos. A las chicas ni las saludó. Corrió por entre la gente cuando detectó que la *feliz pareja* tomaba el camino a la salida del recinto. Esos dos no se le escapaban como que él se llamaba Manuel Díaz Pérez.

Los alcanzó ya en la calle, cuando caminaban acera abajo para encontrar un taxi que los llevara de vuelta a casa.

—Hombre, Elvira. —Durante el escaso tiempo desde que los viera, había recordado el nombre de la chica—. Qué bien acompañada vas.

Ellos intentaron esquivarlo, pero se colocó frente a ellos, impidiéndoles el paso.

—No vas a presentarnos.

—Tú, aparta y déjanos pasar —exigió Bernat con tono tan frío como el hielo.

—Me parece a mí que no —replicó Manu con la misma fuerza que había utilizado el abogado.

—Bernat, por favor, vámonos —imploró la joven a punto de llorar.

Bernat, que tenía cogida a su mujer por la cintura, la estrechó con más fuerza contra su cuerpo a la vez que trataba de rodear a aquel individuo que, con actitud amenazante, les impedía el paso.

—¿Cómo está mi hijo? —soltó irónico señalando el vientre de Elvira.

—No es tu hijo —lo atajó Bernat con furia—. Y ahora, haz el condenado favor de dejarnos ir.

—Ni lo sueñes… Esta putita puede que te haya engañado, pero el crío que lleva ahí dentro es mío. Recuerdo perfectamente lo bien que lo pasamos para hacerlo.

Manu no lo vio venir. El puño de Bernat se estampó contra su rostro haciéndolo trastabillar. Pero a diferencia de lo que hubiera sido lógico, Manu, frotándose en el lugar en el que había recibido el impacto, soltó una estruendosa carcajada.

—Vaya, vaya con la mosquita muerta. Se ha agenciado a un defensor de su honor. Pues te diré una cosa, *señoritingo*, si no quieres que vaya pregonando a los cuatro vientos que tú no eres el padre de ese zagal y que esa —la señaló con desdén— es una cualquiera, vas a tener que cerrarme la boca con pasta. Tú tienes mucha, no te importará deshacerte de una poca.

Bernat ya tenía el puño en alto para asestarle un nuevo puñetazo cuando un pensamiento cruzó su mente como un relámpago. ¿Y si…? Era una idea arriesgada que podía salir mucho peor que mal. Pero si tenía éxito, se librarían de ese energúmeno de una vez por todas, eliminando el riesgo para siempre… y de paso….

Capítulo 23

Bernat había concertado una cita con Manu para una semana más tarde. Necesitaba ese tiempo para perfilar su plan con la intención de que no quedaran flecos sueltos. No podían existir fisuras por las que se pudiera desmoronar. No solo estaba en juego su prestigio o el buen nombre de su mujer. La justicia sería la mayor ganadora si su treta salía bien.

Invitó a Fermín a comer el martes. No necesitó ninguna excusa; eran amigos desde hacía tanto que la invitación resultaba natural, más teniendo en cuenta que estaban en periodo de vacaciones y ninguno de los dos tenía obligaciones que atender por la tarde. Su verdadera intención era averiguar un dato importantísimo para llevar a cabo la estrategia sin que su amigo fuera consciente de que se lo daba. De ello pendía todo el proyecto.

—Fermín, qué gusto verte. —Lo saludó Angustias al abrir la puerta —. Pasa, Bernat y Elvira te esperan.

Los encontró en la galería acristalada que daba a Rambla Cataluña, sentados en el sofá que lo rodeaba. Se aproximó a ellos raudo y se paró al ver el aspecto enfermizo que tenía Elvira.

—¿Te encuentras mal, Elvira? De haberlo sabido…

—No es nada, Fermín —dijeron los dos a la vez.

—Pero…

—Son cosas del embarazo. —Bernat le restó importancia al estado de su mujer con una sonrisa.

Ella simuló otra sonrisa en un intento de contradecir lo que era innegable a simple vista. Desde que se habían topado con Manu, la joven estaba en un sin vivir. Se sentía culpable porque su marido se tuviera que enfrentar de nuevo a aquel canalla, y a la vez, sentía un miedo visceral por que el hombre que amaba saliera perjudicado de alguna manera en esa reunión. No dudaba de que Bernat pudiera salir airoso de cualquier situación, sin embargo, no se fiaba de que el otro no utilizara alguna artimaña que pudiera causarle algún quebranto. Y con esa angustia metida en el cuerpo que la estaba matando llevaba casi tres días insoportables. Con todo, no estaba dispuesta a dejar en evidencia a su marido y sí a esconder su preocupación frente a su amigo.

***

Después de la comida, Angustias retiró los platos y Elvira se retiró a

descansar. Era el momento que estaba esperando Bernat con auténticas ganas.

—Bueno, y ahora que estamos solos, cuenta, ¿qué le pasa a tu mujer?

—Ya sabes que las mujeres embarazadas se lo toman todo muy a pecho. El viernes pasado tuvo un enfrentamiento que le dejó mal cuerpo y todavía no se ha repuesto del disgusto. —Era una verdad a medias, pero verdad, al fin y al cabo—. Bueno, ¿y tú que tal con la chica que conociste?

—Llevo días sin verla. Se fue con sus padres al Puerto de Santa María, donde viven sus abuelos. No volverá hasta septiembre.

—Tienes que presentárnosla en cuanto tengas ocasión.

—Me gustaría, sí. Pero si se entera Mario… Temo su reacción.

Por fin había derivado la conversación a donde Bernat quería.

—Hablando del diablo, ¿qué sabes de él?

—Solo lo que te conté, que está en Palamós en casa de su familia, y que volverá en unos días: imagino que después de la Virgen de Agosto.

—Eso es pasado mañana, ¿no?

—¡Que no te oigan los del partido! Si supieran que no estás al día con las fiestas religiosas te echaban a patadas —bromeó Fermín—. ¿Qué, nos tomamos un orujo?

—Venga —accedió el anfitrión poniéndose en pie. Luego, como si acabara de tener una idea, agregó—: Por cierto, si te llama Mario, dile que necesito hablar con él.

—¿Para qué? —Una sombra de desconcierto nubló sus ojos.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, es por un caso que no consigo quitarme de la cabeza. Como él está especializado en derecho penal…

—No sé si sabrá ayudarte, pero se lo diré.

***

Más tarde, cuando las mujeres de la casa se unieron a ellos, Fermín se despidió de la familia con palabras de agradecimiento y elogio. Al dirigirse a Elvira no pudo evitar darle un consejo:

—No permitas que personas que no te importan te desestabilicen. —Su mano apoyada en el hombro de la mujer de su amigo—. Esta sociedad es muy cruel y trata por todos los medios de hundirnos. Pero, aunque estemos en lo más profundo del abismo, no podemos permitir que nadie lo sepa y pueda aprovecharse de nuestra vulnerabilidad —le sonrió antes de añadir—: Como dice el refrán, a mal tiempo buena cara. No dejes que tus enemigos conozcan tus debilidades y utilízalas como arma en su contra.

Elvira no supo muy bien a qué se refería Fermín, sin embargo,

asintió con la cabeza en señal de entendimiento. Bernat sí conocía el significado de sus palabras y se alegró de que pronto, si la suerte lo acompañaba, pudiera ponerlas en práctica.

***

Lo primero que hizo Mario en cuanto pisó Barcelona fue llamar a Fermín. Llevaba demasiado tiempo de abstinencia sexual y necesitaba resarcirse. La conversación que mantuvieron no fue todo lo bien que él hubiera deseado.

—¿Cómo que no puedes quedar conmigo hasta el domingo?

—Tengo unos compromisos previos que no puedo eludir, Mario. Mi mundo no gira en torno a ti.

—Pues debería. Ya sabes lo que te puede pasar si no me complaces.

—Sí, lo sé muy bien. No hace falta que me lo recuerdes cada vez que hablamos —escupió enfadado.

—Ten cuidadito conmigo, Fermín. Ya sabes como soy cuando me enfado.

Sí, para su desgracia conocía muy bien quién era Mario cuando se enojaba. Se mordió la lengua, a pesar de los mil exabruptos[MLG1] que su pecho luchaba por expulsar.

—Cambiando de tema —dijo en su lugar—, Bernat me pidió que te dijera que necesita hablar contigo de un caso.

—¿Bernat? ¿El sabelotodo quiere consultarme a mí? Eso si es una novedad. Está bien, lo llamaré en cuanto me digas cuándo podrás quedar conmigo. Tengo ganas de meterte la polla hasta los huevos.

Fermín sintió arcadas. Cada vez que oía un comentario de ese tipo sentía como la sangre le bullía de rabia y de asco.

—Ya te he dicho que nos veremos el domingo —espetó reteniendo las ganas de gritarle.

—Pues hasta el entonces. Me avisas de la hora en que vas a venir.

—Descuida, lo haré.

Mario se tomó su tiempo antes de telefonear a Bernat. Afortunadamente lo pilló en casa cuando lo hizo, puesto que aquella tarde, y con la intención de animar a Elvira, habían ido a visitar el *Real monasterio de Santa María de Pedralbes*, una preciosa construcción gótica situada en la parte alta de la ciudad y que, como otras que habían visto esos días, Elvira no conocía.

—Hola Bernat. Fermín me ha dicho que necesitabas mi ayuda. —Hizo notar su petulancia al pronunciar cada una de las sílabas de aquella frase.

—Hola, Mario, sí. Si no es un engorro para ti darme tu opinión en un caso durante tus vacaciones, te lo agradecería, sí. —Si para conseguir el éxito de su plan tenía que mostrarse sumiso, que así

fuera.

—¿De qué se trata?

—Preferiría hablarlo en persona. ¿Te parece que nos veamos mañana en mi casa?

—¿A qué vienen tantas prisas?

—Me gustaría terminar de pasar mis días libres sin necesidad de pensar en este asunto.

—Está bien, ¿a qué hora te va bien que pase?

—Sobre las diez. A esa hora Angustias y Elvira salen a pasear, antes de que el sol queme demasiado y la calle sea intransitable. Nadie nos molestará. —Le urgía dejar el tema zanjado antes de encontrarse con Manu a media tarde. Tenía el tiempo justo para lanzar el anzuelo y que ambos cayeran en él.

—Un poco temprano me parece a mí, pero… está bien, a las diez nos vemos en tu casa.

Bernat inspiró con fuerza al mismo tiempo que colgaba el aparato. Era cuestión de suerte, lo sabía; igual que sabía que solo tenía una oportunidad de éxito. Cerró los ojos con fuerza antes de murmurar:

—*Alea jacta est.*

La suerte está echada.

***

Se despertó más temprano de lo habitual. La incertidumbre por lo que iba a hacer, por el resultado de lo que había planeado, no dejó que su sueño fuera reparador. Todo lo contrario. Estuvo inquieto toda la noche. Ni el calor que deprendía el cuerpo de su mujer, ni el movimiento constante de su hijo desde el vientre de su madre consiguieron tranquilizarlo. Ese día se jugaba mucho. Con cuidado extremo salió de la cama, procurando que Elvira no notara su ausencia. Tomó una ducha fría esperando que el agua lo ayudara a despejar la mente y a mitigar la angustia que se enredaba en su cabeza, en su pecho, en sus extremidades…

La casa dormía y aprovechó ese hecho para encerrarse en su despacho y repasar los pormenores de cuanto había ideado. Confiaba en que Mario diese rienda suelta a su instinto. Confiaba en la ambición Manu. Confiaba en que los agentes de la ley acudieran en el momento oportuno. Era mucho confiar, era consciente, pero no podía hacer otra cosa o desistiría. Y hacerlo no era opción. No podía fallarle a la mujer que amaba. No podía darle la espalda a su mejor amigo. No podía dejar las cosas sin solucionar.

Una vez revisó punto por punto cuanto había ideado, regresó a su dormitorio; Su mujer estaría a punto de despertar y quería estar junto a ella cuando lo hiciera. Necesitaba verla para infundirse del coraje

que su empresa necesitaba. Entró con el mismo cuidado con el que había salido y se sentó en el sillón que había junto a la ventana y que le ofrecía una vista perfecta de la cama y de la mujer que reposaba en ella. Sí, no tenía dudas. Lo que iba a hacer era lo correcto y si aquello no salía bien… No. Saldría bien. No había opción para el fracaso.

Elvira parpadeó lentamente, saliendo de la bruma del sueño. Lo miró desconcertada al verlo en el asiento y no en la cama, junto a ella.

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no estas en la cama? —Preguntó con voz soñolienta.

—Quería contemplarte.

—Puedes hacerlo desde aquí, más cerca de mí. —Señaló el hueco vacío del colchón.

Él no contestó. Se limitó a sonreír y a aproximarse a ella hasta sentarse en el canto de la cama.

—¿Qué pasa, Bernat? —Inquirió la joven al detectar la arruga de preocupación que partía la frente de su marido.

—No es nada. Me ha surgido un asunto de trabajo que no puede esperar.

—Pero si estás de vacaciones —Protestó ella ladeando el cuerpo en su dirección.

—Lo sé.

—No tendrá que ver con Manu, ¿verdad?

—Olvídate de eso. Tú no te apures por nada. Soy tu marido y yo te protegeré de ese tipejo, aunque sea lo último que haga en la vida.

—Bernat…

—Tranquila, mi amor. No hay nada que temer. —Sus palabras sonaron tan seguras que Elvira las creyó. Él, sin embargo, no lo hizo.

Angustias y Elvira se despidieron de Bernat cuando todavía no eran las diez. Si querían aprovechar las horas de menos calor, era mejor no retrasarse en salir. El joven abogado sintió que se quitaba un peso de encima. Algunas mañanas a su mujer se le hacía cuesta arriba salir, más todavía si él no la acompañaba, pero ese día no fue una de ellas. Además, con la excusa del caso que se le había presentado, tenía el pretexto perfecto para quedarse en casa. Esperaba que Mario no se retrasara demasiado; no le hacía especial ilusión que se encontrara con su esposa.

Por una vez, Mario no se demoró. A la hora señalada, sonó el timbre de la puerta. Antes de abrir, Bernat se apretó los ojos con las palmas de las manos y respiró con fuerza. Ya no había vuelta atrás.

Su semblante circunspecto le dio la bienvenida al recién llegado.

—Gracias por venir —dijo como saludo.

—No me diste mucha opción que digamos.

—Anda, pasa.

Ya en el despacho, Mario fue directo al grano.

—Y bien, ¿de qué se trata ese caso tan importante?

Bernat sirvió el café que había preparado Angustias en sendas tazas y le ofreció una antes de sentarse en el sillón que quedaba libre.

—Se trata de un muchacho, un invertido que ha recibido una amonestación por comportamiento indebido y escándalo público.

—¿Una sanción? No me parece gran cosa.

—Lo pillaron en una situación un tanto comprometida, aunque no lo delatara propiamente dicho. Pero, ¿sabes? El problema es que él se gana la vida digamos… prestando sus servicios a individuos con su misma inclinación. Lo que quiere es que lo asesore para que, en caso de que lo vuelvan a pillar, tenga algún argumento que exponer.

Bernat lo observó mientras le explicaba el asunto y detectó una cierta incomodidad que Mario supo disimular con suficiente maestría. También notó como sus ojos se volvían codiciosos y adquirían un tinte de interés. Al parecer, el anzuelo que había lanzado estaba a punto de ser mordido.

—Supongo que lo más inteligente que podría hacer es dejar esas actividades delictivas. Tarde o temprano lo acabarán cogiendo *in fraganti* y no habrá Dios que lo salve de ir a la cárcel o, lo que es peor, que lo exilien a Canarias, a uno de los centros de reinserción para mariquitas que existen allí.

—Eso ya se lo he dicho yo, pero él insiste en que es su vida y que ese es su medio de ganársela.

—Yo no puedo añadir mucho más, la verdad. No sé para qué me necesitas.

—Había pensado que podrías hablar con él. Tú sabes más sobre temas criminales y te conoces la ley de vagos y maleantes mucho mejor que yo. Seguro que tienes manera de hacerlo entrar en razón.

—Cuéntame algo más sobre él. Debo tener una idea de cómo es si queremos ayudarlo.

Bernat le explicó que era joven, muy joven —echando así más carnaza en el anzuelo—, que era bien parecido —un poco más—, delgado, no muy alto y que le gustaba beber en abundancia. Añadió que era de clase humilde para que Mario terminara de tragarse que Manu era fácilmente manipulable, que por unas perras podría convencerlo para tener una relación ilícita con él. De ese aspecto en concreto dependía todo su plan.

—Y bien, ¿qué te parece? ¿Podrás hablar con él?

La mirada de Mario se había vuelto codiciosa. Se notaba a la legua que ya estaba saboreando los placeres que podría disfrutar con aquel joven.

—¿Cuándo quieres que hable con él?

—Y había pensado que os encontrarais esta misma noche. Cuanto

antes lo persuadas de que deje su… *trabajo*, mejor.

Mario sopesó la propuesta. Tenía los huevos a punto de reventar por la falta de actividad. Fermín no estaría disponible hasta el domingo. Aquello parecía un regalo caído del cielo.

—Está bien. Dale mi dirección y dile que lo espero en mi casa a las nueve. —De esa manera tendría tiempo de preparar las cosas, incluido hacerse de alguna sustancia que lo ayudara en caso de que el muchacho se pusiera rebelde.

—Gracias, Mario. Te debo una. —La misma que le iba a pagar en cuanto apareciera la policía en su casa y lo pillara tal como Bernat esperaba que lo hiciera.

***

No pudo remediar estar inquieto toda la tarde. La primera parte de su maquinación ya estaba hecha, ahora faltaba la decisiva. Si todo iba bien, solo quedaría dar cuenta a los cuerpos de seguridad de lo que pasaba en aquella casa mediante una llamada anónima. Si por una eventualidad salía su nombre a la palestra, siempre podía decir que se había limitado a poner a un cliente en contacto con un abogado.

Elvira notaba el estado de nerviosismo que mostraba su marido. Ella creía saber que se debía a la inminente reunión que tendría con Manu. Y no es que fuera errada del todo. Volvió a ofrecerse a ir con él. Bernat volvió a negarse; por nada del mundo dejaría que su mujer se acercara otra vez a ese energúmeno, si él podía evitarlo.

Llegada la hora fijada, el abogado se despidió de su mujer besándola en los labios con una pasión desmedida, como si ese fuera el último beso que fuera a darle. El desespero de sus labios alertó a Elvira; algo le decía que en aquel encuentro había algo que Bernat no le había dicho.

—Ten mucho cuidado, por favor. No te fíes de él. Es un mal bicho.

—Sé muy bien a quién me enfrento, tranquila. Tendré muchísimo cuidado, no te preocupes. —Después de decirle aquello, acarició el abultado vientre—. Cuida de tu madre en mi ausencia, hijo.

Al quedarse a solas, Angustias, que se había mantenido al margen de la conversación, se acercó a Elvira y descansó su mano sobre el hombro de la joven.

—No sé a quién os referíais, pero estoy convencida de que no tienes nada que temer. Bernat es un hombre sensato y prudente, pero también es fuerte y sabe defenderse, en caso de ser necesario.

La mujer lo dijo con tal seguridad que el ánimo excitado que tenía Elvira desde que viera de nuevo a Manu, y que se había incrementado ese día al saber que era el fijado para que ambos hombres se reunieran, se aplacó ligeramente. Confiaba ciegamente en la pericia de

su marido. Sin lugar a dudas saldría airoso de ese encuentro. Por si acaso, rezó en silencio.

***

La cita estaba fijada a las siete de la tarde en la terraza de la cafetería *Zurich*, al pie de la calle Pelayo esquina con *Ramblas de las Flores*. Fue Bernat quien propuso el lugar; era un sitio público, lo cual haría difícil que Manu montara alguno de sus numeritos, y era equidistante de los dos barrios de los que procedían.

Manu se adelantó a la hora y decidió esperar de pie, apoyado en una farola. Estaba eufórico. El polvo que había echado unos meses atrás, además del gustillo que le proporcionó, ahora le haría rico… o menos pobre, al menos.

Bernat lo detectó de inmediato. Era fácil hacerlo. Desentonaba en el entorno. A diferencia de los clientes del establecimiento, él vestía de manera modesta y con prendas deslucidas. No pudo reprimir el escalofrío que le recorrió la espalda. Aquello podía ser un descalabro. Aunque también podía ser una liberación. En pocos minutos sabría hacia dónde se decantaba la balanza.

—Sentémonos —ofreció Bernat sin tomar la mano que le ofrecía Manu.

—Como usted diga, amigo.

—Para empezar, yo no soy ni nunca seré tu amigo. Dejemos las cosas claras.

—¡Vaya humos! Pues como quiera, *señorito* —pronunció con ironía —. Sentémonos.

Les costó encontrar una mesa libre. A aquellas horas, y en un lugar tan concurrido como aquel, la tarea no era sencilla. Aguardaron hasta que quedó un espacio vacío y lo ocuparon antes incluso de que el camarero retirara la consumición anterior.

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Verá… *señorito* —volvió a utilizar el tono sarcástico—, yo había pensado en una cantidad que para usted no será muy grande pero que a mí me arregla la vida.

—Tú dirás.

—Medio millón de *pelas*.

A Bernat le entraron ganas de reír. La cantidad era bastante elevada, pero lo gracioso estaba en que era la misma que se le había pagado a la pobre víctima de Gavilán. Por supuesto no estaba dispuesto a pagarle ni esa suma ni ninguna. Tenía varios ases en la manga. Mariano López, su detective, le había conseguido información de interés sobre aquel hijo de puta que, con su conocimiento de leyes, contribuiría en destruirlo, de ser necesario.

Esperaron a que el camarero retirara los vasos sucios y les tomara nota de su comanda antes de retomar la charla.

—Vaya, pues no pides nada, *amigo* —soltó con sarcasmo— ¿Y por qué no un millón, ya puestos?

—Hombre, ami… digo *señorito*, si usted me quiere dar un millón.

—Lo que yo quiero darte es una hostia y partirte la cara, pero soy un hombre civilizado y me avendré a pagarle doscientas mil pesetas.

—Eso es menos d la mitad de lo que le he pedido.

—Tú mismo. O lo tomas o lo dejas. —Lanzó el ultimátum.

—No ha pensado en lo que pasaría si yo dijera que el crío es mío, de lo contrario no me haría esa oferta de mierda.

—Sería tu palabra, la palabra de un don nadie que no tiene dónde caerse muerto, frente a la mía, la de mi mujer y la de todos mis allegados. ¿Tú a quién crees que creerían?

Manu sospesó la propuesta. Desde luego, el señoritingo de mierda tenía razón. Además, doscientas mil pesetas era un buen pellizco. Tendría suficiente para comprar un pisito en el barrio y aun le quedaría una pequeña cantidad para ir tirando. Por otra parte, siempre podía volver a pedirle dinero más adelante.

—Está bien. De momento acepto la pasta. Ya hablaremos en el futuro.

—En eso te equivocas. Nuestra relación se acaba hoy. Tengo suficientes informes sobre tus actividades furtivas, tus trapicheos, tus andanzas con jóvenes tan inocentes como Elvira como para empapelarte, así que ya sabes a lo que te expones enfrentándote a mí.

A Manu se lo llevaron los diablos. Aquel hijo de su madre había hecho los deberes y lo tenía cogido por los huevos. Sería mejor que aceptara lo que le ofrecía y que callara la boca. *Más vale pájaro en mano que ciento volando,* pensó.

—Está bien. ¿Cuándo veré la guita?

Bernat sonrió para sí. Anzuelo lanzado, anzuelo mordido.

Capítulo 24

Después de un par de chatos para Manu y un café con leche para Bernat, regresaron a la conversación que habían dejado a medias.

—Como puedes comprender, yo no llevo ese dineral encima. He quedado con un colega de profesión en que vayas a recogerlo a su domicilio.

—¿Es un tipo de fiar?

—Por supuesto —mintió sin ningún remordimiento—. Es abogado.

Mientras Manu se bebía su tercer vino, Bernat escribió la dirección de Mario en un trozo de papel y lo deslizó por la superficie de la mesa hasta los vasos vacíos de su acompañante.

—Debes acudir a esta dirección a las nueve en punto. No te retrases. Mi colega es un hombre ocupado y no puede perder el tiempo esperándote.

—Por la cuenta que me trae, no me retrasaré.

—Bien, pues ya está todo dicho. Espero no volverte a ver en la vida. Procura no cruzarte en mi camino o en el de alguno de los míos, te lo advierto.

Mano lo miró con socarronería, pero ante el gesto adusto de Bernat aflojó el gesto y afirmó sin palabras.

Después de pagar la cuenta, a la que añadió otro vino más, el abogado se puso en pie y reemprendió el camino de vuelta a casa. A Elvira.

***

—¿Cómo ha ido la entrevista? —Preguntó nerviosa su mujer en cuanto se encerraron en su dormitorio para evitar que Angustias oyera su conversación—. ¿Qué ha pasado?

—Me ha pedido medio millón de pesetas para mantener la boca cerrada.

—¡Pero eso es…!

—Tranquila, le he ofrecido bastante menos y se ha avenido.

—No es propio de Manu dar su brazo a torcer. Aún menos cuando cree que tiene las de ganar.

—Pero no las tiene —repuso mortalmente serio. Luego, cambiando de tema, añadió—: Si no te importa, voy a darme un baño. Hace un calor de mil demonios en la calle y estoy sudado. Además, todavía tengo que eliminar un fleco en el caso que se me presentó esta mañana. Cuando salga de la bañera, me encerraré en mi despacho. Por

favor, que nadie me moleste.

—¿Estás bien, cariño? Se te ve agobiado.

—Nada que deba preocuparte. —Le sonrió antes de besarla en la frente.

Se puso en pie y, con andar cansado, se dirigió al cuarto de baño ante la atenta mirada de Elvira. Ella, intuía que pasaba algo grave, algo que su marido no quería explicarle, logrando con ello que su inquietud creciera de forma exponencial. Sin embargo, no insistió. Sus razones tendría para ocultarle lo que le pasaba. Además, ¿qué sabía ella de leyes?

Media hora más tarde, Bernat, tal como había anunciado, se encerró en su despacho. Al entrar, consultó el reloj de mesa de madera que reposaba en uno de los estantes de su amplia biblioteca. Había esperado que el tiempo corriera más acelerado, pero éste seguía su curso inapelable. Todavía faltaban más de cincuenta minutos para que llegara la hora en que Manu acudiría a la cita con Mario. Iba a ser una espera eterna. Sopesó todas las posibilidades negativas que tenía su plan, que eran abundantes; desde que Mario no se sintiera atraído por el cabrón que lo visitaba y, por tanto, que la policía al entrar no encontrara más que a dos hombres charlando, hasta que Manu le propinara una sonada paliza y, entonces, solo se solucionaría uno de los dos problemas que lo tenían en un sin vivir. Eso sin olvidar que su nombre podía salir a colación cuando alguno de los dos indeseables, a los que les había puesto la trampa, fueran interrogados por los cuerpos de seguridad del estado. No tenía ni idea de como salir del lío en que se vería metido si eso pasaba.

***

Mario había estado toda la tarde preparando el escenario para la ansiada cita. En realidad, no le importaba cómo fuera el joven con el que se iba a encontrar; si era alto o bajo, gordo o delgado, guapo o feo… Lo único que le importaba era que se dejara hacer. Aunque para eso ya tenía solución. Siempre guardaba alguna dosis de morfina, por si el dolor articular de su padre se intensificaba. Por desgracia, su progenitor se lo había llevado consigo a Palamós. Por esa razón, no tuvo más remedio que acudir a la botica para adquirir un poco con la excusa de que a su padre se le había acabado. Si el muchachito se ponía *flamenco* y no se avenía a sus planes… Por si acaso, mejor se lo pondría en la copa que le ofrecería al llegar. De esa manera se ahorraba discusiones sin sentido. Su polla se estremeció solo de pensar en lo que le esperaba. Llevaba demasiados días sin meterla y hacerlo en un cuerpo joven le apetecía especialmente.

Se olió los sobacos para comprobar que su olor no era demasiado

fuerte, preparó una copa, se recolocó la erección dentro de los pantalones y se sentó a esperar.

Faltaban cinco minutos para las nueve cuando el timbre sonó. Mario se relamió el coñac que todavía perlaba sus labios mientras acudía a abrir. Su pene bailó de alegría por la anticipación.

—Hola, señor. Vengo a por mi dinero. —Ese saludo cargado de vino descolocó por un momento al abogado, pero era tal su ansia de sexo que lo pasó por alto.

—Pasa, hablemos un momento antes de entrar en materia —dijo haciéndose a un lado y señalando el interior de la vivienda.

Al traspasar el dintel, Manu silbó al tiempo que sus ojos se desperdigaban por todos los rincones. Aquella casa rezumaba dinero. Dinero con mayúsculas. Siguió a Mario con paso vacilante por el amplio pasillo hasta desembocar en una gran sala, aún más ricamente vestida que el corredor por el que había caminado, y dejó ir otro silbido.

—¡Menuda vida tienen los ricos! —Exclamó para sí, pero en un volumen tan alto que, de haber alguien más, lo hubiera oído desde el otro lado de la casa.

Mario sonrió satisfecho. Ese joven sería fácil de persuadir. Con ofrecerle un par de billetes seguro que se dejaría hacer todo lo que él quisiera. No obstante, y por si acaso, decidió que lo mejor era seguir con lo previsto. Esperaba que la cantidad de alcohol que había ingerido aquel desgraciado no supusiera un problema.

—Ven, siéntate. Te prepararé una copa.

—Gracias, amigo. Se lo agradezco.

—¿Qué quieres beber?

—Un güisqui, que es bebida de potentados y yo no lo he probado nunca.

—Un Wiski, pues.

Se acercó al mueble bar, donde ya tenía guardada la dosis de morfina, y sirvió una generosa cantidad antes de verter el contenido del sobrecito. Él eligió un vino suave; quería tener todos sus sentidos alerta. Volvió sobre sus pasos y le ofreció el vaso.

—Espero que te guste.

—No se preocupe. A mí me va todo —dijo elevando el cristal tallado hasta sus ojos y mirándolo con codicia. Al segundo, le dio un largo trago ante la atenta mirada de Mario.

—¿Y bien? ¿Cómo te llamas?

—Man… —se le escapó un eructo—. Ups, perdón. —Le entro una risa tonta que, de no haber sido por las ganas que tenía de follar, hubiera desinflado los ánimos del abogado.

—Pero quítate la chaqueta, hombre. Aquí hace calor.

—Pues ahora que lo dice… —Trastabillando se puso en pie y, a

tirones poco elegantes, se deshizo de la prenda—. Como le decía, amigo, mi nombre es Manuel Díaz Pérez, para servir a Dios y a usted.

—Qué bien enseñado te tiene tu madre.

—Bah, no se crea. Es que me ha… —un nuevo eructo— parecido fino decirlo.

—Ya veo… —Lo que veía era que los ojos de Manu se iban cerrando sin su permiso, lo que le produjo una gran satisfacción—. ¿Por qué no te quitas la camisa también? Estarás más cómodo.

—Pues… sí… creo que…

—Espera, yo te ayudo.

Manu apenas era dueño de su voluntad y se dejó hacer. Después de la camisa, que algún día había sido blanca, fueron los zapatos, tan desgastados que se clareaban en algunas zonas. El olor a alcohol que desprendía el chico al respirar resultaba asqueroso, pero cuando lo tuviera de espaldas, eso no sería un inconveniente. Lo último en desaparecer fueron los pantalones de tergal, que Mario arrastró hasta el suelo a la vez que el calzoncillo, que prefirió no mirar.

Tendido boca arriba en el sofá, con el cuerpo despendolado y la verga flácida no es que resultara muy deseable. Con todo, Mario tenía demasiada hambre de sexo como para dejarlo estar. Se desnudó sin prisas, contemplando el cuerpo inerte que tenía frente a él que lo llamaba cada vez con más vigor. Una vez sin ropa, se acarició su sexo arriba y abajo mientras buscaba la vaselina que había dejado escondida en un rincón. Se untó la mano con ella y se tocó otra vez para impregnarle de aquella untosa sustancia. El muchacho era de complexión pequeña por lo que no le costó trabajo darle la vuelta y colocarse entre sus piernas.

Era tan intensa su necesidad que, ante la falta de actividad del otro, no tuvo reparos en entrar en él con violencia. Tanta, que el joven bajo su cuerpo se quejó ligeramente. Mario colocó su palma contra su cogote y volvió a hundirle la cabaza entre los cojines del sofá antes de comenzar a embestirlo con ganas. Una, dos, tres…

Estaba tan concentrado en su tarea que no percibió los sonidos amortiguados procedentes de la escalera. Ni notó el estremecimiento de la madera al abrirse la puerta de golpe. Su éxtasis llegó al tiempo que tres policías irrumpían en la sala.

***

—Tengo que salir. —Había anunciado Bernat quince minutos antes de las nueve.

—¿Tardarás mucho?

—Espero que no. Por si acaso, no me esperéis para cenar.

No había subido al ascensor. En su lugar, había bajado las escaleras

de dos en dos. Le faltaba el aire, le temblaban los músculos, la incertidumbre le oprimía el pecho… Llegó a la calle sin respiración y no debido al ejercicio precisamente. Sabía muy bien qué debía hacer y esa era la razón de su estado. Corrió como si lo persiguieran Rambla Cataluña abajo. Su intención era llegar a la avenida Primo de Rivera, girar a la derecha y llegar hasta la Plaza Universidad y una vez allí localizar un bar con teléfono. Tenía que apresurarse. Debía hacer la llamada justo a las nueve. Contando el tiempo que se demoraría la policía en acudir, debería ser suficiente para pillarlos *in fraganti*. Esperaba, confiaba, rogaba porque el vino que le había hecho beber a Manu hubiera surtido efecto. Que el joven no estuviera sobrio era parte del buen funcionamiento del plan.

Bernat jamás hubiera entrado en una taberna como aquella, pero el símbolo del teléfono público enganchado en el cristal de la entrada lo animó a hacerlo. Miró a todos lados hasta que identificó el aparato. Estaba sobre la barra, al lado de un individuo apoyado en la pegajosa superficie de madera. Se presentaba el primer inconveniente: debía evitar que lo escucharan. Su anonimato era fundamental.

Alzó el índice de la mano derecha para llamar la atención del tabernero y pidió cambiar una peseta por dos fichas para poder utilizar el aparato. Con ellas en las manos, se aproximó al teléfono, insertó una de las fichas por la ranura y le dio la espalda al parroquiano, quién, al ver su gesto, comprendió que necesitaba privacidad y se alejó de él acarreando su bebida hasta el otro extremo del mostrador.

Con la mirada fija en la descuidada pared que tenía frente a los ojos, esperó a que le contestaran, Un tono, dos… Al tercero, la voz de un oficial le preguntaba el motivo de su llamada, así como su nombre. Bernat se identificó con una personalidad inventada y pasó a exponer la razón de ponerse en contacto con ellos. Le expuso al agente que le constaba que se estaban realizando actividades delictivas, puntualizando la naturaleza de las mismas, en una dirección concreta del barrio de Gracia, que le facilitó con todo detalle. A la pregunta de cómo conocía él ese dato, argumentó que no era la primera vez que veía a un joven de ciertas características introducirse de manera sospechosa en aquella casa. El policía no necesitó más argumentos. Le agradeció su buena acción ciudadana y se despidió de él.

Mientras regresaba a su hogar, tomando un camino diferente al de la ida, no pudo evitar rogar porque su treta hubiera surtido efecto y la guardia llegara a tiempo de pillarlos en plena faena. No obstante, y a pesar de que su mayor empeño era quitar de la circulación a dos seres corrosivos, sintió que la culpabilidad le arrastraba los pies. Él siempre había respetado a quienes no actuaban como él en la intimidad, siempre y cuando lo que hicieran fuera consensuado por la persona o

personas que compartían dicha intimidad, aunque él no compartiera esas prácticas. Pero no era el caso de aquellos degenerados. Uno le había robado la mitad de su vida y la posibilidad de encontrar la felicidad durante mucho tiempo a su mejor y más querido amigo. El otro… el otro había agredido a su mujer, destrozándole la inocencia y dejando una impronta en su memoria que, por más que él intentara borrar a base de besos, caricias y amor, siempre permanecería con ella. Y, aun así, a pesar de saber que había actuado como era debido, como era justo, no dejó de sentir cierto remordimiento por empujar a dos hombres a un futuro nada halagüeño.

***

Elvira lo esperaba en la penumbra de la galería circular del salón, con un libro sobre su regazo que ni siquiera había abierto. Estaba inquieta. La manera en que Bernat se había ido de la casa casi dos horas antes le había dejado un mal sabor de boca que no era capaz de explicarse. Se enderezó en el asiento al detectar cómo el paletón de la llave se introducía en la cerradura. Por fin su marido estaba de vuelta en casa. Vio su figura abatida, con los hombros hundidos y la cabeza baja, y sin poder contenerse, se alzó y salió a su encuentro. Bernat, al verla, la cogió por los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Ella lo miró con una pregunta muda enredada en sus ojos. Su respuesta fue un beso tan necesitado, tan urgente, tan desesperado que no necesitó de más explicación.

Capítulo 25

A Bernat le había costado conciliar el sueño, inmerso como estaba en un sinfín de preocupaciones. A la duda de si su plan había tenido éxito había que sumarle el hecho de que su nombre saliera a relucir durante las investigaciones. Tanto Manu como Mario podían dar referencias de su implicación en que ellos se hubieran reunido y, por más que intentara alejarse de las acusaciones y por más que las rebatiese, ver su apellido unido al de esos dos en un tema tan escabroso podría traerle consecuencias desastrosas tanto en su carrera política, como en la profesional. Y lo que era aún peor, podría mancillar el nombre de la mujer que reposaba junto a él, su esposa, la mujer que amaba.

En cuanto a ella, Elvira tampoco había podido dormir, pero lo fingió durante gran parte de la noche para no afligir más a su atribulado marido. No podía interrogarlo sin el riesgo a profundizar en el pesar que pendía sobre él. Pero, por otro lado, tampoco podía dejarlo estar, dándole a entender que no le importaba lo que le sucedía al hombre que amaba.

Se mantenían abrazados, como cada noche, como cada mañana. Pero en esta ocasión un secreto los separaba y los dos eran conscientes de ello. Bernat se prometió que, si todo terminaba bien, le confesaría lo que había hecho. No quería que ninguna sombra sobrevolara su relación. El niño, como si también se diera cuenta de lo que les ocurría a sus padres, aprovechó ese momento para patear el vientre de su madre con tanta fuerza que Bernat también lo sintió.

—Parece que quiere decirnos algo —aventuró Bernat.

—Quiere que sepamos que está aquí, con nosotros. —Reconfortándonos, pensó.

En ese instante, y a pesar de lo temprano que era, sonó el teléfono. Al tercer timbrazo se oyó la voz amortiguada por la distancia de Angustias contestando a la llamada. A los pocos segundos, un par de livianos toques sobre la puerta.

—Bernat, es para ti.

Él ya lo imaginaba. Cerró los ojos con fuerza antes de separarse de su mujer con una sonrisa triste.

—En seguida vuelvo. No te levantes —dijo al ver su intención.

Salió de la habitación cubierto solamente por el pantalón del pijama. Elvira lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Una sensación extraña, una premonición, congeló sus articulaciones, a pesar de que el calor de la mañana había empezado a

dejarse sentir. Agudizó el oído en un intento de averiguar qué hablaba Bernat con quien lo hubiese llamado, pero no consiguió más que distinguir alguna palabra suelta que no le aclaró nada.

En su despacho cerrado, Bernat mantenía una conversación que no se esperaba. Fermín acababa de enterarse de la detención de Mario.

—Me ha llamado su padre hace unos minutos para darme la noticia —le explicó en un tono que se debatía entre alarmado y aliviado—. Lo pillaron con un muchacho en una actitud que no dejaba lugar a dudas. Por lo que me contó, su padre, don Mario, no daba crédito a lo que le exponía el agente que lo había llamado —Bernat escuchaba en silencio, intentando averiguar si debía preocuparse en serio o no—. No he tenido más remedio que ofrecerme para ayudarlo; hubiera parecido raro que no lo hiciera siendo amigos. Sin embargo, don Mario me ha dicho que no piensa mover un dedo a favor de un maricón. Que su hijo ha dejado de existir para él y que solo me llamaba para que estuviera sobre aviso, por si Mario intentaba ponerse en contacto conmigo. No me he atrevido a llamar a comisaría para que me dijeran qué había pasado. Prefiero mantenerme al margen, por si acaso. Él es bien capaz de involucrarme de alguna manera y eso sería mi ruina.

—Lo entiendo.

—Te llamaba, además de para que supieras lo que ha pasado, para que tú tampoco te impliques, en el caso de que pretenda que lo socorras. Mario es capaz de cualquier cosa, hasta de decir que tú o yo tenemos algo que ver en el asunto. De todas formas, y por lo que me ha dicho don Mario, él mismo le ha dado a entender al policía que no creyese una sola palabra de las que salieran de la boca del que había sido su hijo hasta ayer mismo. Que era un borracho, embustero y ahora sabía que también sarasa. ¿Está mal que me sienta liberado, Bernat? ¿Soy una mala persona?

—En absoluto, Fermín. Has sido su esclavo durante años; es normal que te sientas así. ME alegro, me alegro mucho por ti. No te merecías vivir bajo el yugo de un tipejo como Mario. Espero que todo se acabe pronto y que no volvamos a saber más de él en la vida.

—Dios te oiga. ¿Sabes lo primero que voy a hacer?

—Tú dirás.

—Voy a pedirle a Rosa que se case conmigo.

—Pero ¡si hace cuatro días que la conoces! —Bromeó Bernat gozoso al notar el alivio que destilaba la voz de su amigo.

—Sí, sé que no hace tanto que la conozco, pero sé que es la mujer con la que quiero compartir mi vida. Quiero que sea la madre de mis hijos. La quiero.

—Pues si es así, adelante. Ya has perdido demasiado tiempo siendo desgraciado. Ha llegado el momento de que seas feliz.

—Espero que seas el padrino de mi boda.

—No lo dudes, Fermín. Ni por un momento.

—Gracias, amigo. Desde que me atreví a confesarte lo que estaba viviendo me he sentido más libre que nunca y ahora, ya lo soy completamente.

—Gracias a ti por confiar en mí… y por ser mi amigo.

Se despidieron con la promesa de verse pronto. Fermín quería presentarle a Rosa. Bernat moría en deseos de hacerlo.

Al colgar la llamada se sintió él mismo liberado. No estaba seguro de que todo hubiera concluido, pero si hasta el padre de Mario le daba la espalda, no se vería extraño que los que habían sido sus amigos también lo hicieran. Ellos dos podían demostrar que no tenían nada que ver con aquel mundo oscuro que habitaba Mario; él estaba casado e iba a ser padre en breve y Fermín, que sí se había visto obligado a transitarlo, iba a dejar muy pronto la soltería. Respiró hondamente mientras una sonrisa se adueñaba de su rostro. Todavía quedaba por ver qué pasaba con Manu, pero si un hombre de la categoría social de Mario había caído en desgracia, aquel pobre infeliz no tenía muchas esperanzas de librarse de un buen escarmiento.

Volvió a su dormitorio con hambre de Elvira. Durante días, se había mantenido alejado de ella de alguna manera. La besaba, sí, la abrazaba, sí, pero la inquietud que lo había estado acosando no le había permitido ir más allá. Eso se acababa ahí y en ese preciso instante.

La contempló desde el dintel de la puerta con los ojos llenos de anhelo. Elvira supo interpretar al instante lo que le pedía su mirada. Lo mismo que ella estaba deseando. Afirmó con la cabeza mientras lo llamaba con la mano. Bernat traspasó la puerta y la cerró tras de sí. Se demoró un poco mientras observaba cómo su mujer se sacaba el camisón por la cabeza. La estampa era cautivadora, arrebatadora: los pechos plenos con las aureolas oscurecidas por el embarazo, la línea alba que partía en dos su fértil vientre, los rizos casi escondidos entre el vértice de sus muslos, que se abrieron para él… Y cuando la visión no podía embriagarlo más, la voz de Elvira terminó por volverlo loco.

—Ven.

***

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Al ser agosto, y con la mayoría de bufetes de vacaciones, Mario no tuvo a quién recurrir ni dinero para hacerlo. Siempre había sido un manirroto y había contado con la economía de su padre para cuando fuera menester, pero ahora no podía contar con nadie, menos aún con su progenitor, que lo había repudiado. En cierta manera se sentía manipulado y víctima de un

engaño, aunque no tenía manera de demostrarlo. Intentó hablar con Bernat. Intentó hablar con Fermín… Nunca obtuvo respuesta. En consecuencia, entró en prisión, en espera de ser trasladado a Tefía después de un simulacro de juicio en el que ya estaba condenado antes de entrar. La manera tan explícita en que lo habían pillado no daba margen de error. No supo el destino que había corrido el pobre imbécil al que había drogado, pero dudaba de que fuera mucho mejor que el suyo. En cualquier caso, a él le daba igual. El único futuro que le importaba era el suyo. Y no podía presentarse más negro.

***

Manu había despertado del sopor producido por el narcótico con las manos aprisionadas por unas esposas, en la caja de hojalata de una furgoneta, con dos guardias mirándole con asco y una manta cubriendo su desnudez. No entendía qué pasaba ni porqué estaba allí. Él no había hecho nada malo. Al menos nada que los maderos pudieran saber. Siempre se había cubierto las espaldas, o eso creía. Solo recordaba que había ido a buscar su dinero, que había entrado en una casa de postín y que había bebido un güisqui, que tampoco es que le hubiera gustado tanto. Cómo había acabado en cueros y en un vehículo de la policía era todo un misterio para él.

—¿Qué hago yo aquí? —Se atrevió a preguntar.

Le cayó un bofetón en la boca que le giró la cara.

—Tú te callas, maricón.

—¿Quién es maricón? —Preguntó gallito.

Un nuevo golpe impactó contra la mejilla, dejándolo confundido y desorientado. Tampoco entonces se calló. En cuanto se recuperó volvió a la carga.

—¿Me van a decir de qué va esto? —Preguntó mirando hasta la manta que se le había deslizado por los hombros

—Mira, muerdealmohadas, esto va de que o te callas de una jodida vez o te quedas sin dientes, ¿te enteras?

Manu estuvo tentado de replicar, fue las caras de pocos amigos de los dos hombres que lo custodiaban las que lo contuvieron. Estaba seguro de que cumplirían su palabra si volvía a hablar.

Si el juicio de Mario fue un chiste, el de Manu fue directamente una burla a la justicia. A cada cosa que él quería rebatir, había diez que contradecían sus palabras. Además, y de forma misteriosa, había caído en manos del fiscal un dosier con información sobre el acusado —omitiendo la que tenía que ver con sus fechorías cometidas contra mujeres, porque podría haber servido de prueba favorable— en el que se hablaba de trapicheos antiguos —y no tanto— cometidos por él y sus amigotes. Ese fue el clavo que cerró su ataúd metafórico.

Aquellos dos procesos no se dilataron más que una semana. El domingo siguiente, un camión conducía a Mario hasta Cádiz donde lo embarcarían rumbo a Fuerteventura. A Manu lo trasladarían unos diez o quince días más tarde, cuando se recuperara lo suficiente de la agresión sufrida en el calabozo a manos de unos cuantos presos que lo utilizaron para calmar sus ardores sexuales.

***

Durante aquellos días, Bernat fue recabando tanta información como pudo sin que nadie pudiera sospechar de su verdadero interés. En más de una ocasión volvió a sentir aquella punzada de culpabilidad que ya lo había atacado en algún momento. Sin embargo, la tranquilidad que le daba saber que había hecho lo correcto, que había impartido justicia y que había librado al mundo de dos personas que eran una lacra para la sociedad lo compensaba con creces. En todo ese tiempo guardó el secreto de su intervención en el desarrollo de los acontecimientos en lo más profundo de su alma. Aquello tenía que cambiar. Sentía la necesidad de sincerarse con las dos personas por las que había hecho lo que había hecho. Decidió que había llegado el momento el día en que supo que también Manu, y no solo Mario, iba rumbo a Fuerteventura.

Fue a los juzgados con la excusa de recoger unos papeles que en realidad no necesitaba. Por culpa de las vacaciones, eran pocos los que se aproximaban a la audiencia, así como pocos eran los que trabajaban allí. Por eso, los chismorreos eran plato de cada día, eran de las pocas distracciones que tenían las personas que seguían acudiendo a diario a las instalaciones. Ellos, sin ser conscientes de que lo hacían, se encargaron de informarlo de lo que le interesaba. Gracias a las noticias que le habían dado, volvió a casa más ligero y feliz de lo que había salido.

Tenía la intención de convocar a su casa a Fermín ese mismo día para hablar de una vez con él y explicarle lo que había hecho. Antes, no obstante, lo haría con Elvira, que era su principal preocupación. La había estado observando desde el día de su cita con Manu y, aunque ella no decía nada, se la notaba intranquila, algo que, por otra parte, no le convenía al bebé.

—Elvira, ven un momento a nuestro dormitorio. Tengo que hablar contigo.

Había elegido aquel lugar por ser el más privado de la casa, alejado de la cocina o el salón, que era por donde solía moverse Angustias.

—Sí, claro.

Dejó el libro que estaba leyendo —*Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, que Bernat se había empeñado en que leyera— y con la

dificultad que le presentaba su embarazo, se puso en pie y lo siguió.

—Ven, siéntate. —Bernat le señaló el sillón bajo la ventana nada más traspasar el umbral—. Tengo algo que contarte.

Ella le hizo caso y tomó asiento mientras él cerraba la puerta, para después hacer lo mismo en la banqueta del tocador, después de situarla frente a ella.

—¿Qué ocurre, Bernat? —preguntó con voz apurada. Sentía que lo que venía a continuación era trascendental.

Y no se equivocó.

Con todo lujo de detalles, Bernat le fue desgranando cómo había ideado un plan para deshacerse de Manu y de Mario, sin mencionar la razón por la que había incluido al abogado en el asunto, ni la coacción a la que se había visto obligado Fermín —su amigo le había hecho partícipe de su desgracia en confidencia y pensaba llevarse a la tumba su secreto—, pero sí dándole a conocer sus inclinaciones sexuales. Le contó cómo había manipulado a uno y a otro para desencadenar los hechos que habían acabado con los huesos de los dos en la prisión. Le habló del temor que sintió durante los días previos a poner en práctica su proyecto, del pavor con el que convivió después porque las cosas se torcieran y el escándalo le salpicara a él, de esa culpa de la que no lograba deshacerse completamente, del alivio que supuso saber que todo había terminado sin consecuencias para ellos… No se dejó nada en el tintero.

Y tras cada palabra, tras cada frase que salía por su boca, en contra de lo que él hubiera imaginado, Elvira lo amó más. Se había arriesgado por ella de una manera extrema, sin importarle que el resultado de sus actos pudiera pasarle factura. Se había arriesgado por ella, por el deseo de hacer justicia contra el hombre que la había vejado y que amenazaba con desestabilizar su futuro. Lo amo como nunca antes, porque si en algún momento la invadió la duda sobre la grandeza de los sentimientos de Bernat hacia ella, en aquel instante quedó disuelta en el aire caliente que los rodeaba. Sus acciones gritaban la inmensidad del cariño que le profesaba y Elvira se rindió a él fundiéndose en sus brazos.

—¿Tienes algo que decirme sobre lo que te he contado? —preguntó con miedo, hablando sobre el cabello de su mujer, pegado a su mejilla.

—Solo puedo decirte gracias. Gracias y que te quiero con todo mi corazón. —Se separó de él de repente y lo miró con el entrecejo fruncido—. Bueno y que no debiste ponerte en peligro por mí. Si te llega a pasar algo, si te…

—Pero no ha pasado nada, mi amor. Estoy aquí, contigo, con vosotros —dijo acariciando su vientre— y nada ni nadie me moverá de vuestro lado jamás.

Epílogo uno

Horas después de la charla mantenida con Elvira, Bernat, en la intimidad de su despacho, le repitió la misma historia a Fermín, sin dejarse ni una coma. Pero, en este caso, lo que no mencionó fue el agravio que Manu había cometido contra su mujer —algo que, por supuesto, solo les concernía a ellos dos—. Su amigo escuchó con atención todo cuanto le decía sin poder evitar que la emoción y el agradecimiento tiñeran sus ojos. Lo que Bernat había hecho por él, el riesgo que había corrido por liberarlo de su cautiverio era el mayor acto de amistad que alguien podría realizar.

—Eres el mejor amigo que se puede tener —le dijo estrechándolo en un abrazo sentido—. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí.

Bernat le devolvió el gesto durante un buen rato, consciente de que Fermín necesitaba de ese contacto. Al cabo, lo cogió por ambos hombros y lo separó hasta situarlo frente a él a la distancia de sus brazos extendidos.

—Yo conozco una manera en que puedes empezar a hacerlo.

—Lo que quieras. Cualquier cosa que me pidas.

—Entonces no te importará ser el padrino de mi hijo, ¿verdad?

La sonrisa sincera y franca que recibió fue la mejor respuesta que cabía esperar.

***

Ana Font Carrasco nació el treinta de septiembre de mil novecientos sesenta y tres, tras un parto más corto y menos doloroso de lo que era de prever en una primeriza. Su orgulloso padre, Bernat, había aguardado nervioso la aparición de la monja encargada de presentársela, envuelta en una toquilla color marfil. Era una niña preciosa, perfecta, con la cara redonda y abundante cabello del mismo color oscuro del de su madre. Se parecía a Elvira, pensó al verla. Cuando la religiosa se la puso en los brazos y sintió su calor pegado a su cuerpo supo, sin asomo de duda, que daría la vida por ella, que lucharía por crear un mundo mejor y más justo para ella. Fue todo un reto para la hermana arrebatársela de los brazos para devolvérsela a su madre, a la que estaban terminando de atender.

Bernat todavía tuvo que esperar un tiempo a que le permitieran reunirse con sus dos chicas. Cuando por fin le dieron acceso a la habitación privada donde se encontraban su mujer y su hija, supo que

con ellas estaban su destino y su felicidad. Lo que había comenzado como un engaño se había convertido en el sentido de su vida y una parte remota de él se alegró de que los acontecimientos se desencadenaran de la manera en que lo habían hecho.

***

Regresaron de la iglesia de *La Madre de Dios de los Ángeles* —la misma en la que habían dado el sí quiero meses antes Bernat y Elvira — con la niña, ya bautizada, en brazos de su abuela. La portera se acercó a ellos para admirar a la criatura, que parecía una princesita con aquel vestidito de organdí blanco níveo, su faldón a juego y el gorrito que enmarcaba su rostro.

—Señorito Bernat, tiene usted la niña más bonita que he visto en mi vida.

—Estoy de acuerdo con usted, Carmen. Es preciosa.

—¿Qué vas a decir tú, que eres su padre? —Bromeó Fermín dándole una palmada en el hombro— Cada vez que la miras se te cae la baba. —Rosa, a su lado, sonrió ante la ocurrencia de su prometido.

—No es para menos. Mi nieta es la niña más hermosa del mundo — intervino Isidro dando un paso hacia adelante.

—Sí, padre, ya lo sabemos. Usted no para de proclamarlo a los cuatro vientos. ¡Como para no saberlo! —Antón se sumó a la charla. Desde que había empezado a trabajar en la feria, su carácter había mejorado sustancialmente, en especial desde que don Félix le había dado más responsabilidades después de sufrir una mala caída en la que se había roto una pierna.

—¡Bueno, vale ya de cháchara! —Exclamó Angustias—. Ramona nos espera para el convite y el chocolate desecho frío no vale nada.

—A sus órdenes jefa. —Le tomó el pelo Bernat a la vez que, con el brazo extendido, le indicaba al resto que fueran subiendo.

La mayoría lo hizo por las escaleras. Angustias, Pepa con la bebé, Rosa y Rita utilizaron el ascensor.

Bernat y Elvira los observaban mientras ascendían, con Carmen todavía junto a ellos.

—Quién hubiera dicho lo que cambiarían las cosas en solo un año, ¿verdad, señorito?

—Yo, desde luego, no —le contestó a la mujer. Acto seguido se giró hacia Elvira y añadió—. Pero nunca podré estar más agradecido de que lo hayan hecho.

Y sin importarle la presencia de la portera, tomó por la cintura a Elvira, que lo miraba con los ojos anegados de amor, y la besó dando así por ciertas sus palabras.

Epílogo dos

Rambla Cataluña, 1973

—¡Ya estoy en casa! —Anunció Bernat haciendo sonar las llaves.

—¿Preparados, niños?

—Sí, mamá —contestó Ana adoptando la postura erguida que su querida Angustias le había enseñado desde pequeña.

—Sí, mamá —repitieron los dos gemelos de seis años, el pequeño Bernat con aire formal y Albert con una sonrisa pilla titilando en sus labios.

—¿Angustias?

—Sí, hija, nosotras también lo estamos —afirmó la anciana agarrando la manita de María José, la benjamina de tres años de la familia; la más parecida a su padre.

—¿Dónde os habéis metido todos? —Después de oír cómo revisaba varias estancias de la casa, se escuchó la voz del cabeza de familia acercándose al despacho, donde estaban esperándolo.

Al abrir la puerta se encontró a toda su prole y a una Angustias envejecida, pero aun vital, en línea. De Elvira, su amada esposa, ni rastro.

—¿Dónde está vuestra madre? —Preguntó extrañado al no verla junto a ellos—. ¿Y se puede saber qué hacéis vosotros en mi…

No pudo continuar hablando. La fila que formaban sus hijos se abrió para dejar a la vista a Elvira, sentada tras la mesa de roble que presidía el cuarto… con su toga negra de abogado sobre los hombros.

—¡Lo conseguí! —Gritó presa del júbilo poniéndose en pie y corriendo hacia él, que la acunó contra su pecho en cuanto llegó a sus brazos.

—Sabía que lo harías. —Se giró hacia sus hijos que observaban la escena llenos de emoción, y les dijo mientras, con disimulo, deslizaba la mano por la espalda de su mujer en dirección a su trasero—: Y ahora chicos —inclinó la cabeza en su dirección—, Angustias —repitió el gesto—, dejadme a solas con mi *colega*, tenemos *mucho* de lo que hablar.

Y sin esperar a que le hicieran caso, tomó la barbilla de *su* mujer para que lo mirara a los ojos y la besó.

Agradecimientos

Esta historia nació hace ya unos años movida por la admiración que me inspiraba una época y las personas que la sufrieron. A ellos, a su sacrificio y a su valentía quiero agradecerles el mundo de igualdad que nos han dejado y del que, muchas veces, no somos conscientes.

Para documentarme a la hora de escribir he acudido a diversas fuentes que me han ayudado a encontrar el tono, a recrear el ambiente y a hallar las claves para conseguir mostrar cómo era aquel tiempo de postguerra, en el que las diferencias sociales y la tiranía de la clase dirigente eran una constante. Entre esas fuentes están aquellos que viven en la residencia de la tercera edad La Creu Nova, de Corbera de Llobregat. Pero no son los únicos. Sus habitantes, en especial Carme Ponsá, colaboró con sus recuerdos a la recreación de la forma de vida del pueblo de aquel momento.

Reconozco que también he tirado de recuerdos, algunos de los cuales están descritos en estas páginas tal y como mi memoria los retiene.

En cuanto a los temas legales ha sido de una ayuda inestimable mi amiga y compañera Mar Álvarez, a la que, además, tengo que agradecer su paciencia para conmigo y su saber hacer. Gracias por una portada tan bella y que refleja tan bien la esencia de esta novela. Sin ella sería imposible poner ante vuestros ojos lo estáis leyendo.

[MLG1]